

La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías

Vanni Pettinà (ed.)



Vanni Pettinà
(ed.)

La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías

Estudios de Historia Latinoamericana

AHILA

N.º 16

EDITOR GENERAL

Pablo Yankelevich

El Colegio de México

CONSEJO EDITORIAL

Pilar González Bernaldo

Université Paris-Cité, Francia

Marta Saade

Universidad Externado, Bogotá, Colombia

Stefan Rinke

Universidad Libre de Berlín, Alemania

Christophe Giudicelli

CNRS, Francia

VANNI PETTINÀ (ed.)

La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías

Todos los derechos reservados

© del texto: los/as autores/as, 2023

© de la edición: UAM Ediciones, 2023

AHILA

Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos

Associação de Historiadores Latinoamericanistas Europeus

Diseño de la cubierta: ERAI Producción Gráfica

Imagen de cubierta: Fernando de Szyszlo, *Inkarri* 1968, acrílico sobre madera (150,5 × 150,5 cm). Blanton Museum of Art, The University of Texas at Austin, Gift of John and Barbara Duncan, G1971.3.48

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

C/ Einstein, nº 3

Edif. Rectorado-2ª Entrepant

Universidad Autónoma de Madrid

Carretera Colmenar, km 15

28049 Madrid

ISBN: 978-84-8344-898-4

e-ISBN: 978-84-8344-899-1

Depósito legal: M-19563-2023

Índice

Las historiografías y la Guerra Fría latinoamericana	9
<i>Vanni Pettinà</i>	
Otros espacios, otras temporalidades. La Guerra Fría y la historiografía política latinoamericana	19
<i>Marcelo Casals</i>	
Género y sexualidades en las historiografías de la Guerra Fría latinoamericana	59
<i>Valeria Manzano</i>	
Por una perspectiva desarrollista de la Guerra Fría latinoamericana	93
<i>Rafael R. Ioris, Felipe Loureiro</i>	
La Guerra Fría en América Latina desde los estudios transnacionales latinoamericanos	129
<i>Julieta Rostica</i>	
La Guerra Fría latinoamericana y el tema religioso. Una reflexión historiográfica	183
<i>Massimo De Giuseppe</i>	
Intelectuales, izquierdistas y transiciones en la Guerra Fría latinoamericana	225
<i>Rafael Rojas</i>	

Las historiografías y la Guerra Fría latinoamericana

Vanni Pettinà

Università Ca' Foscari-Venezia

En las últimas dos décadas, los estudios que han adoptado el marco cronológico-conceptual de la Guerra Fría para contextualizar sus análisis de los procesos históricos latinoamericanos contemporáneos han registrado un verdadero *boom*. La rápida evolución de este campo está bien testimoniada por los múltiples intentos de trazar un balance sobre una cada vez más abundante producción historiográfica. Al final de 2014, por ejemplo, Andrew J. Kirkendall publicaba, en la conocida plataforma académica estadounidense *H-Diplo*, un largo ensayo de revisión sobre las transformaciones de los estudios sobre América Latina y la Guerra Fría. En su texto, el historiador estadounidense señalaba cómo los estudios más recientes e innovadores habían intentado, con cierto éxito, rescatar la cuestión de la llamada agencia de los países latinoamericanos durante los años del conflicto bipolar. Esto, apuntaba Kirkendall, acontecía en un contexto historiográfico que había tradicionalmente insistido sobre la mirada estadounidense y, por ello, enfatizado en sus relatos, sobre todo las capacidades de la

política exterior de Washington para imponer su hegemonía en la región.¹

En 2019, un nuevo intento de fijar una imagen más estable, de un campo en continua transformación, llegaba por parte de otro historiador estadounidense, Gilbert Joseph, en un ensayo publicado en la revista británica *Cold War History*. En su artículo, Joseph subrayaba cómo los historiadores habían logrado superar el esquematismo que había caracterizado los estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana en sus etapas anteriores. Si en un primer momento el campo había sido monopolizado por especialistas en historia diplomática, para el historiador de Yale el avance más importante registrado por la discusión historiográfica descansaba en la "fertilización mutua" entre la historia internacional y la cultural acontecida en una segunda etapa.²

¹ Andrew J. Kirkendall, "Cold War Latin America: The State of the Field", *H-Diplo Essays* 119 (14 noviembre 2014) [<http://tiny.cc/E119>]. Entre los textos reseñados por Kirkendall se encuentran, por ejemplo: Stephen G. Rabe, *The Killing Zone: The United States Wages Cold War in Latin America* (Nueva York: Oxford University Press, 2012); Kyle Longley, *The Sparrow and the Hawk: Costa Rica and the United States during the Rise of José Figueres* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1997); Rafael R. Ioris, *Transforming Brazil: A History of National Development in the Postwar Era* (New York: Routledge, 2014); Thomas C. Field Jr., *From Development to Dictatorship: Bolivia and the Alliance for Progress in the Kennedy Era* (Ithaca: Cornell University Press, 2014); Dustin Walcher, "Petroleum Pitfalls: The United States, Argentine Nationalism, and the 1963 Oil Crisis", *Diplomatic History* 37:1 (enero 2013), pp. 24-57; William Michael Schmidli, *The Fate of Freedom Elsewhere: Human Rights and US Cold War Policy toward Argentina* (Ithaca: Cornell University Press, 2013); Matias Spektor, *Kissinger e o Brasil* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora, 2009); Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011); Raffaele Nocera, "La 'Relación triangular': Estados Unidos-Italia-Chile y la elección de Eduardo Frei Montalva", en Tanya Harmer y Riquelme Segovia (coords.), *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago de Chile: RIL Editores, 2014), pp. 113-132; Alessandro Santoni, "El Partido Comunista Italiano, la lección de Chile y la lógica de los bloques", en Harmer y Segovia, *op. cit.*, pp. 133-153; Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014).

² Gilbert M. Joseph, "Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies", *Cold War History*, 19:1 (2019), pp. 141-170. En-

Los dos ensayos que hemos citado, comparten dos elementos comunes a la mayoría de los intentos de sistematizar la producción historiográfica sobre América Latina y la Guerra Fría y que llaman especialmente la atención. Por un lado, se trata de ensayos publicados, en gran medida, en medios académicos anglosajones y por parte de especialistas cuya producción se ha realizado mayoritariamente en lengua inglesa. La segunda cuestión, que también resulta llamativa, es que, aún en presencia de importantes matices, los títulos

entre los textos reseñados por Joseph se encuentran, por ejemplo, Andra B. Chastain y Timothy W. Lorek (eds.), "Introduction", en *Itineraries of Expertise: Science, Technology, and the Environment in Latin America's Long Cold War* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2020); Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Cuba, 1959-1976* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002); Ariel C. Armony, "Transnationalizing the Dirty War: Argentina in Central America", en Gilbert Joseph y Daniela Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham: Duke University Press, 2008), pp. 134-168; Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011); Jonathan Haslam, *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide* (New York: Verso, 2005); Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (New York: Cambridge University Press, 2015); Gladys McCormick, *The Logic of Compromise in Mexico: How the Countryside Was Key to the Emergence of Authoritarianism* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016); Marco Bellingeri, *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres. Ensayos de guerrilla rural en el México contemporáneo, 1940-1974* (Ciudad de México: Ediciones Casa Juan Pablos, 2003); Virginia Garrard-Burnett, Mark Atwood Lawrence y Julio Moreno (eds.), *Beyond the Eagle's Shadow: New Histories of Latin America's Cold War* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013); Joaquín Chávez, *Poets and Prophets of Resistance: Intellectuals and the Origins of El Salvador's Civil War* (New York: Oxford University Press, 2017); Patrick Iber, *Neither Peace Nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge: Harvard University Press, 2015); Enrique Krauze, *Redeemers: Ideas and Power in Latin America* (New York: HarperCollins, 2011); Jean Franco, *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War* (Cambridge: Harvard University Press, 2002); Aldo Marchesi, *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global 1960s* (New York: Cambridge University Press, 2018); Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014).

en inglés representan en estos artículos la mayoría de los trabajos reseñados. Es decir, nos encontramos con el hecho, algo paradójico, de que la historiografía sobre América Latina durante la Guerra Fría parecería estar protagonizada en gran medida por medios y autores que no pertenecen a la región que es objeto de estudio.

Este libro colectivo nace del intento de responder a la pregunta de por qué la historiografía latinoamericana sobre la Guerra Fría en la región ha resultado poco presente en los debates historiográficos sobre ese periodo, que por otra parte han logrado adquirir cierta transcendencia internacional. Es decir, aun reconociendo que los intentos de ordenar el campo han acontecido en medios y por parte de estudiosos de lengua inglesa, esto deja irresuelta la cuestión de la marginalidad de las investigaciones latinoamericanas en los ensayos de revisión histórica sobre el periodo. Esta ausencia tiene, nos parece importante señalarlo desde un principio, dos dimensiones. Por un lado, los intentos latinoamericanos de hacer un balance de su propia producción han sido escasos, lo cual ofrece una primera clave para explicar la fuerte centralidad de las reflexiones historiográficas en lengua inglesa y sobre los trabajos en inglés.³ Por el otro lado, como ya ha sido señalado por Marcelo Casals, quien además contribuye con un capítulo a este volumen, la historiografía estadounidense se ha enfrentado con una importante dificultad a la hora de dialogar de forma incluyente con la producción latinoamericana sobre el periodo, aun admitiendo que esta no haya sido capaz de ofrecer una sistematización autónoma de su propia producción.⁴

³ En un texto de reciente publicación, Rafael Ioris y quien escribe hemos intentado intervenir sobre la discusión historiográfica desde un perspectiva latinoamericana: Rafael Ioris y Vanni Pettinà, "Debating Latin America's Cold War: A Vision from the South", *History Compass* 21:2 (2023), e12759. Un intento similar se puede encontrar también en Benedetta Calandra y Marina Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 2012).

⁴ Marcelo Casals, "Which Borders Have not yet Been Crossed? A Supplement to Gilbert Joseph's Historiographical Balance of the Latin American Cold War", *Cold War History*, 20:3 (2020), pp. 367-372.

Para intentar responder a estas inquietudes, en este volumen un grupo de historiadores e historiadoras ha intentado ordenar las investigaciones sobre la Guerra Fría latinoamericana de los últimos años. Lo han hecho siguiendo principalmente cuatro criterios. En primer lugar, la reconstrucción de esta genealogía se ha concentrado principalmente, pero no de manera exclusiva, en historiografías escritas en idiomas distintos del inglés. El castellano, el portugués y el francés, pero también el italiano y, claro está, el inglés han sido los idiomas de las obras y de los historiadores e historiadoras analizados en este volumen. Aun en medio de una fuerte pluralidad lingüística, el énfasis puesto sobre la producción en castellano o en portugués se ha dado con el objetivo de contribuir a ordenar el campo historiográfico latinoamericano sobre la Guerra Fría en la región. En particular, se ha intentado rescatar la evolución de estos estudios, los temas elegidos y las interpretaciones ofrecidas.

En segundo lugar, y partiendo de este punto, los capítulos han investigado en qué medida esta producción ha mantenido puntos de contacto con el debate historiográfico internacional que, como se ha dicho, se ha desarrollado tradicionalmente en forma mayoritaria en medios anglosajones.

En tercer lugar, relevando cómo la categoría cronológico-conceptual de guerra fría ha resultado menos exitosa en los estudios producidos en América Latina que en los anglosajones, los trabajos de este volumen se han planteado también la pregunta sobre su pertinencia para el análisis de la región latinoamericana después de 1945.⁵

Finalmente, para contribuir a ordenar el escenario e indagar su riqueza cualitativa, los autores han abordado la evolución del campo de estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana desde distintos ángulos. En particular, se han elegido la historia política,

⁵ En realidad, la pertinencia del uso de esta categoría no es una reflexión limitada al ámbito latinoamericano. Sobre esto, véase, en especial: Anders Stephanson, "Cold War Degree Zero", en Joel Isaac y Duncan Bell (eds.), *Uncertain Empire: American History and the Idea of the Cold War* (Oxford/New York: Oxford University Press, 2012), pp. 19-49.

económica, intelectual y de la religión, y los estudios de género y transnacionales como principales ámbitos de exploración para ordenar el desarrollo del campo historiográfico. De tal forma que cada uno de los ámbitos elegidos representa un capítulo de este libro.

De esta exploración colectiva surgen aproximaciones sugerentes a los planteamientos y las dudas iniciales que han inspirado la escritura de este libro. En primer lugar, se confirma la presencia de una importante producción latinoamericana sobre la historia de la Guerra Fría en los distintos países que conforman la región. Esta ha sido rica cuantitativamente, pero también, como muestra la amplitud temática de los trabajos aquí reseñados, cualitativamente. Los capítulos ofrecen en ese sentido un recorrido detallado de cómo ha evolucionado la trayectoria de la historiografía latinoamericana sobre el periodo de la Guerra Fría en los últimos años, aportando una contribución realmente valiosa para la sistematización del campo de estudios en cuestión. Desde este recorrido emerge, como muestra el capítulo de Julieta Rostica, que incluso perspectivas como la transnacional tienen en el ámbito de las investigaciones sobre la Guerra Fría un recorrido bastante consolidado. Todo ello cuando, por la peculiar tendencia de la historiografía contemporánea latinoamericana a realizar estudios de casos nacionales, la dimensión transnacional se solía percibir como menos practicada por los historiadores latinoamericanos. Lo transnacional recorre la metodología adoptada por una pluralidad de estudiosos latinoamericanos, enfocados en reconstruir, por ejemplo, las redes de la represión articuladas por las dictaduras sudamericanas durante los años setenta, con un alcance que llegó hasta América Central. Como destaca el capítulo de Massimo Di Giuseppe, la mirada transnacional ha representado también una característica específica de las investigaciones sobre las conexiones entre el ámbito de la religión y las dinámicas políticas y sociales latinoamericanas durante la Guerra Fría.

En segundo lugar, esta exploración revela que ciertos ámbitos han mantenido un contacto más sistemático y beneficioso con los debates historiográficos internacionales. Este aspecto aflora con

claridad, por ejemplo, del análisis de los estudios de género a lo largo de la Guerra Fría, realizado en este libro por Valeria Manzano. Como señala la historiadora argentina, las relaciones entre los trabajos realizados por las y los historiadores latinoamericanos y la historiografía estadounidense o, en el caso de Brasil, europea han sido estructuralmente fuertes. Importantes conexiones entre los debates historiográficos europeos y los latinoamericanos han emergido también del análisis realizado por Di Giuseppe sobre las investigaciones enfocadas hacia la historia de la religión durante los años de la Guerra Fría. Finalmente, en su reconstrucción del campo historiográfico intelectual latinoamericano, Rafael Rojas muestra cómo este ámbito ha mantenido un contacto constante con múltiples tradiciones historiográficas, sin perder una fuerte identidad interpretativa. Llamativo es, en este sentido, el contacto que la historia intelectual tuvo con la tradición historiográfica soviética sobre todo a partir de los años sesenta.

En tercer lugar, en los capítulos de este libro emerge un escenario bastante desigual en cuanto al uso de la categoría de guerra fría en los estudios y análisis sobre la región. En línea general, los rótulos de "pasado reciente", "historia del tiempo presente" o de "historia contemporánea" han sido las adjetivaciones elegidas por una parte importante de las investigaciones realizadas sobre el periodo. Como destaca el capítulo de Rafael R. Ioris y Felipe Loureiro, por ejemplo, la historia de los procesos económicos latinoamericanos ha sido abordada de forma marcadamente autónoma del uso del concepto de guerra fría. La excepción que los autores revelan en su diagnóstico es la relativa a los estudios sobre la historia del desarrollo económico, generalmente contextualizados de forma explícita en el marco analítico-temporal de la Guerra Fría.

Un fenómeno parecido ha ocurrido en los estudios de género donde, de acuerdo con Manzano, "pasado reciente" o "historia del tiempo presente" han sido las categorías temporales y analíticas escogidas en muchos casos por las y los historiadores en sus investigaciones. Significativamente, en el caso de los estudios de género ha sido el subcampo de las investigaciones enfocadas hacia el estudio de las políticas de control de la natalidad, donde el

concepto de guerra fría ha resultado ser, en cambio, central. Como para el caso de los estudios económicos, aquí también es la estrecha conexión entre la historia de las políticas de control de la natalidad y la historia de los proyectos de desarrollo económicos durante los años del conflicto bipolar lo que ha favorecido una contextualización de las investigaciones en cuestión dentro del marco dibujado por la Guerra Fría.

Al hilo de esta reflexión, el cuarto punto que emerge de los capítulos del libro es cómo el uso del concepto de guerra fría ha representado uno de los factores que, en cierta medida, ha facilitado o dificultado la inclusión de los trabajos producidos fuera de la esfera historiográfica en inglés en los debates internacionales. Es decir, existe evidentemente una centralización de los lugares de conocimiento y una consecuente marginalización de otros, independientemente de la calidad de sus contenidos o aportaciones interpretativas, como bien ha sido señalado en el trabajo de Gabriela De Lima Grecco y Sven Schuster.⁶ Este proceso inevitablemente otorga mayor visibilidad a ciertas tradiciones historiográficas y se la resta a las que no se encuentran en o cercanas a tales centros, como podría ser en línea general el caso de la historiografía latinoamericana sobre la Guerra Fría. Y, sin embargo, parte de esta marginalización descansa también en un problema de lenguajes distintos, usados por historiografías nacionales o regionales diversas, que puede llegar a dificultar las convergencias, el diálogo y los procesos de inclusión recíprocos. De hecho, en el caso de los estudios de género o de historia económica recién señalados, es justamente en la medida en que ciertos autores latinoamericanos se han definido como historiadores de la Guerra Fría que han encontrado un lugar en los debates historiográficos internacionales.

Como muestra el capítulo de Marcelo Casals sobre la evolución de la historia política latinoamericana en el ámbito de la Guerra Fría, la resistencia de las historiografías regionales a usar

⁶ Gabriela De Lima Grecco y Sven Schuster, "Decolonizing Global History? A Latin American Perspective", *Journal of World History* 31:2 (2020), pp. 425-446.

el concepto de guerra fría tiene válidas razones epistemológicas. La pregunta sobre la viabilidad general del concepto de guerra fría como clave analítica para estudiar la historia mundial pos-Segunda Guerra Mundial ha sido, de hecho, planteada no solo para el caso latinoamericano, como lo evidencia el sugerente análisis de historiadores como Anders Stephanson⁷.

Sin embargo, como afirma Casals, el uso de la categoría de guerra fría ofrece ventajas importantes. No solamente ayuda a rescatar la especificidad cronológica del arco temporal 1947-1989, definiéndolo de una forma algo más precisa que la que ofrece la simple catalogación como "historia contemporánea" o "historia del tiempo presente". Como destaca Casals, el estudio de los procesos históricos contextualizados en y gracias a esa categoría, además, ayuda efectivamente a conectar la historiografía latinoamericana sobre el periodo con debates historiográficos internacionales más amplios. El punto no es tanto que esta integración ayuda a desprovincializar una historiografía que, como este volumen muestra con contundencia, goza en realidad de buena salud y sofisticación analítica. La cuestión es que su integración más profunda en los debates historiográficos internacionales resulta indispensable para ayudar a mejorar esas mismas discusiones. Como el lector apreciará recorriendo los capítulos de este libro, las aportaciones que la historiografía latinoamericana ha producido en las últimas tres décadas sobre la historia de la Guerra Fría en la región resultan cruciales para una comprensión más matizada de los temas y los marcos cronológicos de los procesos de cambio social, político y económico que marcaron América Latina en esas décadas tan turbulentas.

⁷ Anders Stephanson, "Cold War Degree Zero", en Joel Isaac y Duncan Bell (eds.), *Uncertain Empire: American History and the Idea of the Cold War* (Oxford/New York: Oxford University Press, 2012), pp. 19-49.

Otros espacios, otras temporalidades. La Guerra Fría y la historiografía política latinoamericana

Marcelo Casals¹

*Profesor del Centro de Documentación e Investigación (CIDOC)
y la Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae (Chile)*

INTRODUCCIÓN

A primera vista, el término/metáfora de "guerra fría" resulta inapropiado para describir la agitada política latinoamericana de la segunda mitad del siglo xx. En primer lugar, la forma que asumió el conflicto político –sobre todo bajo los muchos regímenes autori-

¹ Contacto: mcasals@uft.cl. Este texto fue posible gracias a la Postdoctoral Fellowship de la Alexander von Humboldt Stiftung de Alemania y al Proyecto Fondecyt Regular n° 1220238 de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) de Chile. Mis agradecimientos a Antonio Monte, Vicente Gómez, Eugenia Palieraki, Vanni Pettinà y Valeria Manzano por sus sugerencias bibliográficas y más de una conversación en torno a estos temas; y también a María Manrique, bibliotecaria del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, por su diligente ayuda en la búsqueda de muchos de los materiales necesarios para este ensayo.

tarios conservadores que se multiplicaron en la región en nombre de la lucha contra el caos y la subversión— mal podría ser catalogada como una guerra, si por guerra entendemos una confrontación entre fuerzas relativamente equivalentes. La experiencia de las dictaduras del Cono Sur o de los largos y violentos conflictos de América Central en los años ochenta no podrían entrar en una definición de ese tipo. Más aún, en algunas ocasiones —como en la última dictadura argentina iniciada en 1976—, el término "guerra" ("guerra sucia", en ese caso) fue utilizado precisamente para legitimar prácticas de vigilancia, tortura y exterminio de todo tipo de disidencia política a través del uso intensivo de las tecnologías represivas del Estado. En segundo término, esas "guerras", cuando las hubo, estuvieron lejos de ser "frías", como la lucha de las guerrillas sandinistas contra Somoza en los setenta o la "guerra" de Sendero Luminoso contra el Estado peruano en los años ochenta lo dejan bien claro ¿Por qué, entonces, insistir con una categoría que parece ajena a la traumática experiencia regional de conflicto político desigual y violento? ¿No habría acaso que buscar otros encuadres con los cuales entender la especificidad de la realidad latinoamericana de entonces y sus legados en nuestro presente?

Esas preguntas no son meramente retóricas, considerando las trayectorias que ha tenido la propia noción de guerra fría dentro y fuera de la región. Como es bien sabido, dicho concepto nació de debates y análisis tanto en Estados Unidos como en Reino Unido para dotar de sentido a la nueva realidad que emergía de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial. En dichos esquemas, tras la derrota del enemigo común fascista, era ahora la Unión Soviética la principal amenaza a los valores, modelos y expectativas que Estados Unidos y el "mundo libre" decían defender. La "guerra fría" fue definida en los debates político-ideológicos de la inmediata segunda posguerra como un estado intermedio entre la paz y la hostilidad abierta, marcada por los intentos económicos, tecnológicos e ideológicos para "contener" la expansión soviética. Esa amenaza fue vista como urgente hacia finales de los años cuarenta luego de la conversión de buena parte de Europa del Este a regímenes "satélites" y, más aún, del triunfo de Mao y el comunismo local en

la guerra civil china.² La posibilidad de pasar a una guerra “caliente” estaba, entonces, latente, aunque la elaboración de una bomba nuclear propia por parte de Moscú –y el logro de una relativa paridad estratégica en las décadas siguientes– obligó a replantear los términos de la confrontación con la Unión Soviética hacia una competencia global de corte ideológico.

En América Latina el concepto fue de uso tardío y marginal. Cuando fue esgrimido, sus significados estuvieron íntimamente vinculados a la legitimación tanto de la política anticomunista global de Estados Unidos como de sus expresiones locales y regionales en América Latina.³ Sin embargo, esfuerzos recientes de reconceptualización crítica de la noción por parte de tradiciones historiográficas dentro y fuera de la región, y la lenta emergencia de un campo de estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana, han demostrado que, más allá de sus trayectorias pasadas, el término puede operar como una categoría analítica productiva a la hora de pensar la compleja historia regional del periodo. Analizaré esas trayectorias en la primera sección de este texto. En términos generales –y esta es la premisa en la que se basa este ensayo–, creo que es posible rescatar la potencialidad del concepto para dar cuenta de los contornos y dinámicas de una época fértil, tanto en eventos

² Para más antecedentes sobre los orígenes y las iteraciones del concepto de ‘guerra fría’, véase los ensayos de Anders Stephanson, “On the Very Concept of the Cold War”, *H-Diplo Essays* (1996) [<https://issforum.org/essays/PDF/stephanson-14notes.pdf>]; y “Cold War Degree Zero”, en Joel Isaac y Duncan Bell (eds.), *Uncertain Empire: American History and the Idea of the Cold War* (Oxford/New York: Oxford University Press, 2012), pp. 19-49.

³ Una de las primeras obras publicada en la región que hizo suya la categoría data de finales de los años cincuenta y fue escrita por el político conservador chileno Eduardo Yrarrázaval Concha, *América Latina en la guerra fría* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1959). Por supuesto, el término era de uso relativamente común en los combates políticos desde finales de los años cuarenta en Chile y otras partes de América Latina. Alfredo Riquelme, “La Guerra Fría en Chile: los intrincados nexos entre lo nacional y lo global”, en Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la Guerra Fría global* (Santiago de Chile: RIL Editores/Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2014), pp. 11-43.

particulares con resonancias más amplias como de procesos generales compartidos de alcance regional.

Todo esto obedece a dos razones. En primer lugar, la adopción de esta categoría permite dotar de sentido y coherencia al periodo en cuestión –más o menos desde finales de los años cuarenta a finales de los años ochenta–, a la vez que entender los conflictos que allí se sucedieron como formas particulares de procesos de más larga duración. En otras palabras, la comprensión de la historia política regional desde esta perspectiva permite entender la diversidad de temporalidades inscritas en los conflictos políticos que se aceleraron y radicalizaron en la segunda mitad del siglo xx. En segundo lugar, entender estos fenómenos desde la noción de guerra fría permite problematizar los marcos espaciales utilizados por buena parte de la historiografía política latinoamericana, a saber, el encuadramiento nacional de la comprensión del conflicto político. Una conceptualización más acabada del periodo en esta dirección deja en claro la naturaleza heterogénea y conectada de los espacios –desde lo local hasta lo global, con capas regionales intermedias– en que se desplegaron estos fenómenos. Todo ello permite a su vez escapar a otros de los vicios de los estudios en cuestión, sobre todo los escritos en el Norte: la centralidad casi inamovible de Estados Unidos como factor explicativo último de los fenómenos políticos latinoamericanos. Revisaré estos puntos en detalle en la segunda y tercera sección de este texto respectivamente.

Este ensayo, por último, pretende también demostrar que a través de la adopción crítica de la noción de guerra fría es posible entablar diálogos que no siempre son fluidos entre distintos campos de la historiografía política latinoamericana, divididos tanto por fronteras nacionales como temáticas. Para abordar todo esto recurrí a un conjunto representativo, aunque necesariamente incompleto, de campos, debates y obras de la historiografía política latinoamericana reciente. Las omisiones, forzosamente, serán muchas y notorias, considerando que la selección obedece a mis propios sesgos, intereses y limitaciones. Las propuestas y conclusiones, del mismo modo, no pueden tener sino un carácter tenta-

tivo, considerando que el campo de los estudios de la Guerra Fría latinoamericana –sobre todo en la producción académica realizada en la propia región– está aún en construcción, y por lo tanto requiere de más esfuerzos de conceptualización crítica para organizar agendas de investigación y discusiones sobre los alcances y límites de la categoría de guerra fría.

USOS Y DESUSOS DE LA GUERRA FRÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Como en la Europa del bloque socialista y otras zonas no directamente vinculadas al campo de producción anglófono, la noción de guerra fría en los estudios regionales sobre América Latina fue rara vez utilizada como marco de interpretación antes de la implosión de la Unión Soviética en 1991, e incluso en los años siguientes su uso fue escaso.⁴ En su lugar, emergieron otras formas de conceptualizar el pasado y aunar agendas de investigación en torno a las experiencias marcadas por dictaduras, represión y exterminio de ciudadanos por acción del Estado. Fue el caso, sobre todo desde los años noventa en adelante, de los estudios de "historia reciente", de fuerte desarrollo en los países del Cono Sur que vivían en carne propia los legados de sus respectivas dictaduras y la realidad de las frágiles transiciones democráticas. Esa línea de estudio asumió en gran medida los supuestos del "giro lingüístico" traducidos en un "giro subjetivo", como lo planteara Beatriz Sarlo.⁵ En lugar del estudio de actores colectivos y el Estado, el énfasis estuvo en el rescate de aquellas subjetividades más duramente golpeadas por la represión estatal, y en la valoración del testimonio como repositorio último de la verdad histórica. Ello, por cierto, tenía su

⁴ Albert Manke, Kateřina Březinová y Laurin Blecha, "Conceptual Readings into the Cold War: Towards Transnational Approaches from the Perspective of Latin American Studies in Eastern and Western Europe", *Estudios Históricos* 30 (abril 2017), p. 207.

⁵ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005).

propia racionalidad, dada la constante negación de los crímenes cometidos por parte de los mismos regímenes perpetradores y sus aliados sociales y mediáticos, y la necesidad social de construir nuevas formas de búsqueda y validación de información. Al mismo tiempo, y en diálogo con debates político-intelectuales más amplios, buena parte de la "historia reciente" asumió como propia la reivindicación y el estudio de la memoria, sobre todo de aquella que no había tenido posibilidad de proyectarse hacia la esfera pública en el periodo anterior.⁶ La memoria, de hecho, era ya para ese entonces parte del vocabulario de fuerzas de izquierda y progresistas que se habían movilizado contra los autoritarismos militares de derecha, por lo que no resultaba extraño que esas agendas de investigaciones se conectaran con movimientos sociales por los derechos humanos y la verdad histórica en las sociedades latinoamericanas posautoritarias.⁷

Habría que esperar hasta inicios del siglo XXI para que desde la historiografía política se empezara a encuadrar la experiencia latinoamericana reciente con la categoría de análisis de guerra fría. El primer intento al respecto fue el libro colectivo, editado por Daniela Spenser, titulado *Espejos de la Guerra Fría*. La organización del texto refleja las preocupaciones y líneas de investigación del momento. Luego de una sección de reflexión teórica y conceptual, la segunda parte asumía una perspectiva de historia diplomática para estudiar los casos de México y Cuba, mientras que la tercera

⁶ Al respecto véase Marina Franco y Florencia Levin, "El pasado cercano en clave historiográfica", en Marina Franco y Florencia Levin (eds.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires: Paidós, 2007). La presencia de la "historia reciente" en lugar de los estudios de guerra fría en la producción latinoamericana ya había sido notada por Aldo Marchesi, "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur 'local' y el Norte 'global'", *Estudios Históricos* 30:60 (abril 2017), pp. 187-202. Para una aproximación desde la historia del género y las sexualidades a la "historia reciente" véase el trabajo de Valeria Manzano incluido en este volumen.

⁷ Sobre la adopción de la memoria como concepto movilizador en el caso chileno, véase Steve J. Stern, "Memory. The Curious History of a Cultural Code Word", *Radical History Review* 124 (enero 2016), pp. 117-128.

sección cambiaba el foco hacia casos locales marcados de adopción y reformulación del lenguaje bipolar en contextos específicos. En varios de esos trabajos, y sobre todo en el texto introductorio de Friedrich Katz, el énfasis estuvo puesto en la relación entre la parte norte de América Latina y Estados Unidos, reduciendo la Guerra Fría a esas tensiones y conflictos.⁸

Al mismo tiempo, la producción historiográfica sobre la Guerra Fría latinoamericana en la academia anglosajona avanzaba a pie firme, gracias tanto a la multiplicación de monografías que presentaban distintas coyunturas y procesos de la región como parte del fenómeno general de la Guerra Fría, como a nuevos esfuerzos de conceptualización del término para hacer sentido de una renovada preocupación del "tercer mundo" o la "periferia" en los estudios globales del periodo. Esa renovación historiográfica estuvo representada en la obra seminal de Odd Arne Westad, *The Global Cold War*, publicada en 2005, y punto de inicio de la llamada "New Cold War History" (NCWH). Como el propio Westad había adelantado en un ensayo publicado años antes,⁹ la Guerra Fría ya no podía ser entendida desde la estrecha perspectiva de la historia diplomática y la relación competitiva entre las superpotencias, ya que en la práctica incluía campos distantes como la historia del "tercer mundo", el género, la descolonización o la integración europea. La Guerra Fría, desde esta perspectiva, debía ser entendida como un conflicto ideológico global entre proyectos alternativos de modernidad cuyas versiones ortodoxas estaban encarnadas en Washington y Moscú, pero sus efectos, reapropiaciones y consecuencias esca-

⁸ Daniela Spenser (ed.), *Especios de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: SRE-CIESAS-M.A./Porrúa, 2004). La versión traducida al inglés, aumentada con nuevos trabajos, y editada por Spenser y Gilbert Joseph apareció unos años después bajo el título *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham: Duke University Press, 2008). Una discusión más acabada de esta importante obra puede encontrarse en el capítulo de Julieta Rostica incluido en este mismo volumen.

⁹ Odd Arne Westad, "The New International History of the Cold War: Three (Possible) Paradigms", *Diplomatic History* 24:4 (2000), pp. 551-565.

paban por mucho a su radio de acción directa. La globalización de esa confrontación ideológica de posguerra hizo que el principal campo de conflicto estuviese en las entonces llamadas “periferias” del mundo, sobre todo aquellas partes recientemente descolonizadas y América Latina, en la que las élites locales buscaron estratégicamente el favor de las superpotencias y las dinámicas de conflicto político local se tiñeron de los lenguajes ideológicos y normativos de ambos proyectos de modernidad, y de sus posteriores hibridaciones y diversificaciones.¹⁰

Una de las consecuencias directas de las innovaciones conceptuales a ambos lados del Atlántico¹¹ en el mundo anglosajón fue la producción de monografías atentas a las particularidades locales y las distintas formas en que podía evidenciarse la agencia de actores latinoamericanos en la conformación de sus propias condiciones de conflicto político, sobre todo en torno a aquellos episodios que habían concentrado la atención de la academia y el activismo transnacional en países del “primer mundo”. Greg Grandin publicó en 2004 *The Last Colonial Massacre*, centrado en la experiencia de indígenas y militantes de izquierda de Alta Verapaz durante las largas décadas de violento conflicto en Guatemala, buscando con ello devolver la centralidad de esas luchas a las fuerzas e ideales locales –distintas interpretaciones del ideal democrático– más que a la mera competencia entre capitalismo y comunismo como reproducción directa de la confrontación en-

¹⁰ Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge/New York: Cambridge University Press, 2005).

¹¹ Una muy completa síntesis de ese caudal de producción historiográfica en inglés se encuentra en Gilbert M. Joseph, “Border Crossings and the Remaking of Latin American Cold War Studies”, *Cold War History* 19:1 (2 enero 2019), pp. 141-170. El problema de ese balance, como lo recuerda Vanni Pettinà en la introducción a este libro, es la casi nula integración de los aportes de la historiografía latinoamericana en español y portugués sobre aspectos claves de la guerra fría regional. Marcelo Casals, “Which Borders Have Not yet Been Crossed? A ‘Supplement’ to Gilbert Joseph’s Historiographical Balance of the Latin American Cold War”, *Cold War History* 20:3 (2020), pp. 367-372.

tre las superpotencias.¹² De un modo más ponderado y persuasivo, Tanya Harmer tomó las banderas de Westad y la NCWH para reinterpretar la experiencia de la Unidad Popular en Chile a partir de lo que denomina la "guerra fría interamericana". Al tomar en consideración los roles de otras potencias ideológicas regionales como Cuba y Brasil, además de Estados Unidos, Harmer complejizó de buena manera una historia que estaba excesivamente centrada, ya sea en su dinámica nacional o en su relación exclusiva con Washington. Al entender las alianzas, quiebres, tensiones y confrontaciones producidas a nivel regional a partir de la Revolución chilena es posible aquilatar los grados de autonomía relativa –y los fervores ideológicos que empujan esas decisiones a nivel local y regional– con los que un conjunto diverso y antagónico de actores latinoamericanos se enfrentaron en los tempranos años setenta a raíz del experimento dirigido en Chile por Salvador Allende.¹³

Mientras tanto, en el campo de producción latinoamericana, las obras conceptualizadas explícitamente como parte de los estudios sobre la Guerra Fría en la región fueron y siguen siendo escasas, al menos en comparación con el enorme caudal de publicaciones sobre temáticas importantes para avanzar en ese tipo de estudios, como las investigaciones sobre izquierdas, derechas, procesos y militancias revolucionarias, dictaduras y transiciones a la democracia, entre muchos otros. Algunas razones para explicar eso ya han sido anotadas, como el peso y las urgencias de la "historia reciente" o el escaso uso de la noción de guerra fría por parte de los propios actores en estudio, a diferencia de lo que sucedía en el mundo anglosajón. A ellas habría que agregarle también el encuadramiento excesivamente nacional de buena parte de la producción latinoamericana, en parte consecuencia de las estrecheces

¹² Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004).

¹³ Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011). La versión en español apareció en Chile pocos años después bajo el título *El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013).

materiales de la academia regional y de las dificultades a veces infranqueables para acceder a bibliografía y fuentes en otros países de la misma región y más allá. Probablemente mucho de ello tuvo y tiene que ver también con una desconfianza fundada ante el auge de la historia global, campo con el cual los estudios sobre la Guerra Fría ("global") están estrechamente vinculados. Más allá de las promesas de romper con el nacionalismo metodológico y las perspectivas eurocentristas, desde la academia latinoamericana se han acusado las, a ratos, evidentes continuidades con las viejas historiografías imperiales y una falta de esfuerzo reflexivo sobre la "geopolítica del conocimiento" implícita en la institucionalización y lugares de enunciación de esos estudios. Todo ello ha llevado a un cierto escepticismo regional con respecto a las promesas renovadoras de la historia global, correspondido con una relativa indiferencia de ese campo para con América Latina.¹⁴

Aun así, en los últimos tres lustros aproximadamente, ha habido intentos bien fundamentados para entender la realidad latinoamericana como parte de una guerra fría regional y global, mostrando con ello no solo la existencia de un campo de estudios dinámico y en construcción, sino también la pertinencia y la necesidad de reconceptualizar esa noción a la luz de las producciones historiográficas nacionales latinoamericanas. En línea con los caminos abiertos por *Espejos de la Guerra Fría* en México y la lenta recepción de la NCWH en la región, Roberto García Ferreira editó un temprano volumen en Guatemala en el que reunió a un diverso conjunto de investigadores en torno al problema de la guerra fría regional. Algunos de esos trabajos fueron reimpressiones de los aparecidos en el volumen editado por Daniela Spenser, pero a ellos se agregaron muchos otros que cubrían casos nacionales de casi toda América Latina. Si bien el libro no desarrolló una conceptualización muy

¹⁴ Al respecto, véanse las sugerentes reflexiones de Matthew Brown, "The Global History of Latin America", *Journal of Global History* 10:3 (noviembre 2015), pp. 365-386; y de Gabriela De Lima Grecco y Sven Schuster, "Decolonizing Global History? A Latin American Perspective", *Journal of World History* 31:2 (2020), pp. 425-446.

acabada en torno a los significados y posibilidades interpretativas de la Guerra Fría en esta parte del mundo, vistos en conjunto, los trabajos allí reunidos representaron tres tendencias complementarias: en primer lugar, un conocimiento detallado y profundo de distintas realidades locales e incluso de trayectorias individuales marcadas por los desgarramientos de los conflictos políticos e ideológicos de la región. En segundo término, una reinterpretación de la historia diplomática clásica para observar conexiones más amplias en lugar de meras relaciones bilaterales para así dimensionar el carácter transformador y polarizador del conflicto ideológico de guerra fría a escala regional. Por último, un fuerte énfasis en la dimensión cultural del conflicto, como lo demuestran los estudios sobre propaganda en México de Elisa Servín, las políticas educativas por televisión de El Salvador de Héctor Lindo Fuentes, la "diplomacia cultural" en la academia latinoamericana de Claudia González-Chiaramonte y el desarrollo de las doctrinas militares contrainsurgentes en Argentina de Melisa Slatman, entre otros.¹⁵

Buena parte de esos trabajos parecían estar en sintonía con las reflexiones que Olga Ulianova realizaba desde el otro rincón del continente, en Chile, a propósito de la historia reciente local y regional. En un breve pero iluminador ensayo, Ulianova conceptualizó la Guerra Fría como la globalización de la "guerra civil europea" de la primera parte del siglo xx a partir de la contraposición de "dos proyectos holísticos, totales, mutuamente excluyentes, vivida por los contemporáneos como una época de alternativas políticas, económicas, sociales y filosóficas extremas", con expresiones y articulaciones específicas dadas por las realidades locales y regionales.¹⁶ Así, para el caso chileno, Ulianova destacaba el desarrollo de una cultura política particular, atravesada por trazos contradic-

¹⁵ Roberto García Ferreira (ed.), *Guatemala y la Guerra Fría latinoamericana, 1947-1977* (Ciudad de Guatemala: CEUR/USAC, 2010).

¹⁶ Olga Ulianova, "Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el fin del mundo", en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (eds.), *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global* (Santiago de Chile: RIL Editores/Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012), pp. 234-235.

torios entre la sensación de aislamiento y lejanía con los centros de poder global y, al mismo tiempo, la internalización temprana de las grandes corrientes ideológicas globales en su sistema político con la consecuente interpretación de la realidad local a partir de los grandes "ismos" de su época. La Guerra Fría, se deriva de ello, más que una imposición foránea habría sido un proceso particular de conexiones ideológicas entre la política nacional y la confrontación bipolar a escala global. Esas mismas reflexiones, en diálogo con la preocupación por América Latina de la NWCH, animaron en 2009 la organización del seminario en Santiago "Chile y la Guerra Fría Global. Más allá de Washington y Moscú", que años después redundaría en la publicación de un libro homónimo editado por Alfredo Riquelme y Tanya Harmer. Los trabajos allí presentados pusieron el énfasis en el descentramiento de Estados Unidos como fuerza motriz del conflicto político nacional y regional de la Guerra Fría. Para ello, los autores del volumen exploraron conexiones con fuerzas europeas, como los comunistas y demócratacristianos italianos en los trabajos de Alessandro Santoni y Raffaele Nocera respectivamente; movimientos de solidaridad con Chile como el de Suecia, analizado por Fernando Camacho; o las relaciones transnacionales del comunismo chileno por parte de la propia Ulianova. Cuando Estados Unidos emergió como actor relevante en ciertos procesos, como en el artículo sobre los "cuerpos de paz" de Fernando Purcell, el foco estuvo en el análisis de las dinámicas de contacto local e incluso la autonomía relativa –y no siempre cómoda para las autoridades norteamericanas de ese programa– de los voluntarios enviados a Chile.¹⁷

En los años siguientes las iniciativas, sobre todo colectivas, en torno a la Guerra Fría latinoamericana han seguido creciendo.¹⁸ Un

¹⁷ Alfredo Riquelme y Tanya Harmer (eds.), *Chile y la guerra fría global* (Santiago de Chile: RIL Editores/Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2014).

¹⁸ No todas estas iniciativas han sido igualmente fructíferas, como lo demuestra el volumen editado por Avital Bloch y María del Rosario Rodríguez, *La Guerra Fría y las Américas* (Colima: Universidad de Colima, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, 2013). Más allá de las virtudes

buen ejemplo de ello es el volumen editado en 2017 por Roberto García Ferreira y Arturo Tarracena en Guatemala. En línea con los debates regionales y globales sobre la naturaleza de la Guerra Fría en el "tercer mundo", el libro se centra en la proyección transnacional de la experiencia guatemalteca, sobre todo a raíz del derrocamiento de Jacobo Árbenz en 1954. En esa línea, se estudian las dinámicas regionales y las reacciones y acomodos de sus vecinos ante el cambio de signo político de Guatemala y el entusiasta apoyo de Estados Unidos a la nueva agenda anticomunista de "contención" regional. El análisis detallado de esas conexiones e impactos transnacionales permite volver a sopesar las limitaciones de los encuadres nacionales de los estudios de guerra fría en América Latina y dimensionar la relevancia regional de los sucesos guatemaltecos de principios y mediados de los cincuenta en América Central, el Caribe y otras latitudes.¹⁹

Como este conjunto representativo de seminarios, redes académicas y publicaciones demuestran, el campo de la Guerra Fría latinoamericana (y escrita en América Latina) ha experimentado avances importantes, que no siempre son reconocidos por otras tradiciones académicas. A pesar de ello, hasta hace poco aún no había sido posible lograr una visión de síntesis que probara la pertinencia y potencialidad de la categoría para dar sentido a la historia política regional de la segunda mitad del siglo xx.²⁰ Eso cambió

de muchos de los trabajos incluidos en este libro, el esfuerzo de conceptualización de la guerra fría es escaso e insuficiente, y en gran medida tributario de aquellas nociones clásicas que reducen el conflicto a la competencia e intervención de las superpotencias en la región.

¹⁹ Roberto García Ferreira y Arturo Tarracena Arriola (eds.), *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica* (Ciudad de Guatemala: FLACSO, 2017).

²⁰ En inglés ya existía un primer intento de síntesis interpretativa, en la pluma de Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2010). Como fue evidente para muchos entonces, esta obra tenía algunas limitaciones importantes en su enfoque interpretativo. El periodo pre-1959 fue básicamente ignorado, y a escala regional primó un foco más bien difusionista y con poca sensibilidad por las articulaciones locales de procesos regionales, algo especialmente evidente en el análisis de las trayectorias de las izquierdas latinoamericanas.

sustancialmente gracias a la publicación en 2018 de la *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* de Vanni Pettinà, la primera publicación en español en avanzar una interpretación general del periodo desde una reconceptualización crítica de la categoría de guerra fría. El formato "mínimo" obedece, como es sabido, a la clásica colección publicada por el Colegio de México, y el propio autor en la introducción reconoce el carácter preliminar y esquemático de esta propuesta. Más aún, como señala el autor, es una "historia mínima" sin tener aún una "historia máxima", es decir, un caudal importante de interpretaciones generales que requieren de una síntesis para audiencias más amplias.²¹ Como sea, Pettinà logró aquí algo importante: al presentar un argumento original sobre el inicio de la Guerra Fría latinoamericana contribuyó decisivamente a probar la utilidad de la noción para captar la particularidad de un periodo y la comprensión de un conjunto de procesos unidos enlazados tanto a la bipolaridad ideológica global como al vaivén de los conflictos políticos locales.

Para Pettinà, la Guerra Fría latinoamericana habría emergido como fenómeno distintivo en un momento clave de cambio y reestructuración en la historia política regional entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el derrocamiento de Árbenz en Guatemala en 1954.²² En ese periodo se habría dado una "doble fractura" marcada por el giro de la política exterior norteamericana hacia la "contención" de la expansión soviética –con la consecuente caída de América Latina en las prioridades de Washington– y por el fortalecimiento de sectores conservadores y oligárquicos a escala regional, muchos de ellos vinculados a sectores económicos primarios y de exportación. Desde ese momento, la política latinoamericana quedaría irremediabilmente condicionada por los límites de la bipolaridad ideológica, que sería activamente internalizada y movi-

²¹ Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), p. 30.

²² La principal obra sobre el periodo sigue siendo la de Leslie Bethell y Ian Roxborough, *Latin America between the Second World War and the Cold War: Crisis and Containment, 1944-1948* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997).

lizada –a ratos con altas dosis de violencia– por una diversidad de actores políticos y sociales locales. La narrativa de Pettinà sigue los “puntos calientes” de esas confrontaciones locales teñidas del lenguaje y las fuerzas de la Guerra Fría global: la Guatemala de Árbenz, la Cuba revolucionaria, los convulsos años sesenta y el “momento 68” en México y otros lugares, la Unidad Popular chilena, las dictaduras del Cono Sur y la radicalización del conflicto político en América Central en los ochenta, con la Nicaragua sandinista como principal referente. Este primer abordaje general permite pensar el periodo desde un esquema común sensible a las particularidades subregionales y nacionales, evidenciando a la vez las conexiones entre distintas regiones en virtud de afinidades y alianzas político-ideológicas de guerra fría.

Tanto las coyunturas y procesos abordados por Pettinà como aquellos que no encontraron espacio en su apretada síntesis interpretativa revelan a su vez algo más: existe un amplio caudal de historiografía que se ha hecho cargo de cada uno de esos aspectos, aun cuando sus marcos interpretativos no hayan estado orientados desde la categoría de guerra fría. Las siguientes dos secciones se harán cargo de una selección de esos campos y debates producidos en América Latina para ponerlos en diálogo con un propósito claro: argumentar por qué y cómo la categoría analítica de la Guerra Fría puede seguir entregando herramientas interpretativas útiles para nuestra comprensión del pasado latinoamericano. A mi entender, su principal potencialidad radica en la oportunidad que ofrece para pensar nuevas temporalidades y nuevas espacialidades en el estudio de la historia política de América Latina en la segunda mitad del siglo xx.

PERIODIZACIONES Y TEMPORALIDADES DE LA GUERRA FRÍA LATINOAMERICANA

Uno de los principales debates en torno a la Guerra Fría en América Latina y otros lugares ha tenido que ver con sus momentos de inicio y término. En los primeros estudios generales sobre el tema

en inglés, el punto estaba en probar la responsabilidad soviética luego de la Segunda Guerra Mundial en la agudización de las contradicciones con Estados Unidos. La historiografía revisionista de los años sesenta y setenta –con el movimiento por los derechos civiles y las movilizaciones contra Vietnam como telón de fondo– invirtió los términos de la fórmula, responsabilizando a Washington de los desvaríos de la Guerra Fría y, sobre todo, de las prácticas imperiales en sus “zonas de influencia”, principalmente América Latina.²³ A pesar de las reconceptualizaciones críticas del concepto de guerra fría y de la ampliación del foco de su estudio al “tercer mundo”, la pregunta sobre los contornos del periodo sigue vigente. Ello no es un mero afán erudito de historiadores, sino un aspecto importante del siempre necesario esfuerzo de periodización. Si es que la noción de guerra fría puede ayudarnos a construir un marco de interpretación persuasivo y productivo debería a su vez ser capaz de dar cuenta de los rasgos particulares de una época y hacerla inteligible como un periodo diferenciable de otros. De allí que los debates sobre el origen, las etapas y el fin de la Guerra Fría sean importantes para testear la utilidad de la propia noción.

Pettinà es el principal exponente de la tesis de que la Guerra Fría latinoamericana se habría iniciado hacia finales de los años cuarenta. Como ya señalé, la estrategia de contención norteamericana habría provocado una “fractura externa”, acompañada de una “interna” que habría fortalecido a sectores conservadores y oligárquicos locales. En otras palabras, la inmediata posguerra habría abierto un nuevo escenario, fundamentalmente distinto al de los años del “New Deal” y la “primavera democrática” en el norte, centro y sur del continente. El derrocamiento de Árbenz en 1954 prefiguraría tanto la reacción norteamericana a todo aquello que remotamente pudiese significar una amenaza a su propia seguridad, como

²³ Una reconstrucción más completa de esos debates puede encontrarse en Gilbert M. Joseph, “What We Now Know and Should Know: Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies”, en Daniela Spenser y Gilbert M. Joseph (eds.), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham/London: Duke University Press, 2007).

también la potencia y violencia de las reacciones conservadoras locales contra proyectos de cambio social de los años siguientes.²⁴

Evidentemente, esa no es la única interpretación posible. Tanya Harmer ha argumentado que la Guerra Fría latinoamericana comenzó en la primera parte del siglo xx, entre la Revolución mexicana y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, toda vez que en ese periodo se habrían formado los lenguajes, fuerzas y líneas de división ideológica que protagonizarían el periodo "clásico" de la Guerra Fría, en la segunda parte de la centuria. Harmer apunta a fenómenos conocidos e importantes en la conformación de las culturas políticas latinoamericanas. El pensamiento socialista en sus distintas variantes, por ejemplo, fue recibido, internalizado y resignificado entre finales del siglo xix y las primeras décadas del xx, posibilitando que un fenómeno tan lejano como la Revolución rusa pudiese tener un impacto decisivo en las izquierdas de la región.²⁵ También fue el caso para sus detractores. Las nacientes derechas políticas y las oligarquías locales asumieron y desarrollaron un complejo lenguaje anticomunista para referirse a los sectores populares organizados y así combatirlos en la esfera pública, excluirlos de la comunidad política y/o reprimirlos con la acción del Estado. Tras un breve periodo de distensión hacia finales de los treinta y los años de la Segunda Guerra Mundial, la inmediata posguerra habría significado un periodo de consolidación e intensificación de estas confrontaciones previas antes que el inicio de algo completamente nuevo.²⁶

Ambas tesis tienen puntos atendibles. Pettinà opta por un recorte clásico que tiene la ventaja de alinear en términos generales las cronologías regionales con las globales, más allá de las diferen-

²⁴ Pettinà, junto a Rafael Ioris, ha insistido y refinado este punto en una publicación reciente titulada "Debating Latin America's Cold War: A Vision from the South", *History Compass*, e12759 (enero 2023).

²⁵ Al respecto, véase el reciente volumen de Carlos Miguel Herrera y Eugenia Palieraki (eds.), *La Revolución Rusa y América Latina: 1917 y más allá* (Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2021).

²⁶ Tanya Harmer, "The Cold War in Latin America", en Artemy M Kalinovsky y Craig Daigle (eds.), *The Routledge Handbook of the Cold War* (London/New York: Routledge, 2014).

cias que se puedan establecer al interior del periodo en cuestión. Harmer, por su parte, apunta a tomar en consideración las condiciones políticas locales previas, un paso indispensable para restituir la agencia a los actores latinoamericanos al interior de un marco interpretativo que pretende ir más allá del radio de acción directo de las superpotencias. Con todo, hay un aspecto en el que Pettinà corre con ventaja. Su propuesta permite identificar las condiciones generales que permiten aplicar la categoría de guerra fría a la historia política latinoamericana. Todo ello se vuelve aún más evidente cuando nos referimos al mucho menos polémico aspecto del fin de la Guerra Fría en la región. La caída de la Unión Soviética, como es sabido, coincidió con la consolidación de las democratizaciones en el Cono Sur y el fin de los conflictos armados en América Central a finales de los ochenta y principios de los noventa. Pero si podemos hablar del inicio de un nuevo periodo entonces, como apunta Pettinà, es porque aquella doble fractura inicial se agotó. Estados Unidos ya no lee los procesos políticos regionales desde el prisma anticomunista y de amenaza a su seguridad nacional, y parte importante de los sistemas políticos locales encontraron ciertas fórmulas de consenso para lidiar con los conflictos bajo sistemas más o menos democráticos. Si bien nada de eso implica la solución de los problemas de la región –como la masificación del narcotráfico, la desigualdad, la fragilidad de los Estados y la violencia social lo indican–, sí es un cambio cualitativo con respecto a los lenguajes y enfoques con que se interpretaba la realidad regional. Como señala Pettinà, los “socialismos del siglo XXI” en Venezuela, Ecuador y Bolivia no habrían sido tolerados por Estados Unidos en los años más álgidos de las políticas de “contención” del comunismo soviético.²⁷

A todo ello agregaría que las periodificaciones no tienen que cumplir con la exigencia de ser cortes limpios entre un periodo y otro, considerando que esas divisiones son más bien herramientas analíticas que ayudan a construir interpretaciones globales de un conjunto de fenómenos dispersos antes que descripciones preci-

²⁷ Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), p. 237.

sas. Además, en todo proceso de cambio es posible rastrear líneas de continuidad que nos llevan al pasado y cuya historización es necesaria para tener una comprensión acabada. De allí que sea necesario considerar el desarrollo de fuerzas y divisiones ideológicas previas, sin que ello implique necesariamente retrotraer el fenómeno hasta sus orígenes absolutos. Lo mismo podría decirse de las continuidades de determinados procesos luego del fin de la Guerra Fría. Uno de los ejes del conflicto regional –y volveré sobre esto más adelante– fue la sistemática utilización del lenguaje anticomunista para legitimar una variedad de prácticas, fuerzas políticas y regímenes antagónicos a corrientes de izquierda marxista y otras denominaciones. A pesar de que sus herederos, en términos generales, han renunciado al horizonte revolucionario que los animara en otras épocas, el anticomunismo sigue vivo como arma ideológica en el conflicto político, algo que Rodrigo Patto Sá Motta ha dejado perfectamente claro para el caso del Brasil de Bolsonaro.²⁸ En suma, el problema de las continuidades proyectadas hacia el pasado y el futuro no inhiben la posibilidad de pensar en la Guerra Fría latinoamericana en los mismos marcos temporales que la Guerra Fría global. Tampoco implica renunciar a analizar las particularidades de los procesos regionales, nacionales y locales, y los grados de autonomía relativa de regímenes, fuerzas políticas y actores sociales latinoamericanos involucrados en esos fenómenos.

Los debates en torno al comienzo y el fin de la Guerra Fría latinoamericana no agotan el problema de la periodización. Si, como Pettinà, reconocemos que una nueva etapa reconocible y con cierto grado de coherencia se inicia en la segunda posguerra en la historia política latinoamericana; pero como Harmer, entendemos que las fuerzas y tensiones político-ideológicas eran reconocibles en la región en las décadas anteriores, queda pendiente entonces el problema de conceptualizar el cambio y la continuidad e inte-

²⁸ Rodrigo Patto Sá Motta, "Anticomunismo, antipetismo e o giro direita no Brasil", en Ernesto Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta, y Stéphane Boisard (eds.), *Pensar as direitas na América Latina* (São Paulo: Alameda Casa Editorial, 2019).

grarlo a una noción productiva de guerra fría latinoamericana. William Booth ha sugerido un modelo interpretativo particularmente sugerente al respecto. Para él, la Guerra Fría latinoamericana sería la articulación de un conjunto de conflictos político-sociales cuyos orígenes se remontan a decenios e incluso siglos atrás, pero que alcanzaron nuevos niveles de radicalización, violencia e ideologización en la segunda mitad del siglo xx. Esos conflictos se ordenarían en capas de manera jerárquica de acuerdo con su profundidad y extensión temporal, pero que en la práctica reconocen múltiples puntos de contacto. Estas serían: 1) el conflicto por la propiedad de la tierra desde la constitución del latifundio colonial con la invasión europea; 2) el conflicto entre el Estado colonial y luego republicano y los súbditos/ciudadanos por los medios de violencia y la organización del poder, algo rastreable al menos desde las reformas borbónicas de finales del siglo xviii y las independencias de buena parte de la región a principios del siglo xix; 3) la tensión entre los afanes hegemónicos de Estados Unidos y las soberanías nacionales latinoamericanas, sobre todo a partir de la guerra contra España en 1898 (aunque para México, América Central y el Caribe el asunto era evidente desde al menos mediados del siglo xix); 4) el conflicto entre capital y trabajo, sobre todo desde la integración de las economías latinoamericanas (o al menos de sus enclaves más modernos) a la economía mundial a partir de la década de 1870; 5) las disputas políticas e ideológicas entre capitalismo y socialismo como producto de la politización de segmentos de sectores populares latinoamericanos, la difusión de distintas lecturas del socialismo y el marxismo, y la reacción de una diversidad de sectores conservadores y reformistas frente a estos fenómenos; y 6) la competencia entre las superpotencias de la segunda posguerra, incluyendo los contactos y alianzas entre élites y actores políticos locales con Moscú y, sobre todo, Washington.²⁹

El modelo de Booth presenta tres ventajas importantes. En primer lugar, permite lidiar de una manera más sofisticada con el pro-

²⁹ William A. Booth, "Rethinking Latin America's Cold War", *The Historical Journal* 64:4 (septiembre 2021), pp. 1128-1150.

blema del cambio y la continuidad al integrar procesos regionales previos constatando a la vez los rasgos particulares que alcanzaron durante la Guerra Fría. En segundo término, y relacionado con lo anterior, un modelo de esta naturaleza permite una aproximación más sensible y detallada a los conflictos políticos locales y nacionales, y sus distintas articulaciones con las contradicciones ideológicas globales representadas en las superpotencias. En ese sentido, la Guerra Fría latinoamericana no podría ser reducida solo a la Revolución cubana, la crisis de los misiles o los momentos paradigmáticos de revoluciones y contrarrevoluciones, sino que involucraría también conflictos locales procesados ahora con el lenguaje universalizante de la Guerra Fría global. En tercer lugar, una aproximación de este tipo obliga a abrir puentes y diálogos con campos historiográficos ajenos a lo que comúnmente se entiende como parte de la discusión sobre la Guerra Fría latinoamericana. De hecho, cada capa de conflicto que Booth reconoce constituye un campo historiográfico por derecho propio y de larga tradición en la producción académica latinoamericana, cuestión que –como en el propio texto de Booth– rara vez es reconocida en la bibliografía anglófona.

La historia agraria y rural y el estudio del problema de la propiedad de la tierra –la primera dimensión temporal del modelo de Booth– tiene ya un largo recorrido, marcado tanto por la producción historiográfica local como por diálogos productivos con investigadores extranjeros. En Chile, por ejemplo, a los clásicos estudios de Mario Góngora se les sumaron los de Arnold Bauer, explorando las formas particulares de constitución de la gran propiedad agraria y de las estructuras sociales rurales.³⁰ Con esa base es posible

³⁰ Mario Góngora, *Encomenderos y estancieros: estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la conquista: 1580-1660* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, Sede de Valparaíso, Departamento de Historia, 1970); y Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society: From the Spanish Conquest to 1930* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975). Un balance general de la historiografía agraria chilena puede encontrarse en Claudio Robles, "The Agrarian Historiography of Chile: Foundational Interpretations, Conventional Reiterations, and Critical Revisionism", *Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural* (1 agosto 2020).

entender las formas conflictivas que asumió la relación entre el campesinado local y los propietarios de la tierra durante el siglo xx, como lo hacen Brian Loveman y, para el caso de los mapuches, Florencia Mallon.³¹ Autores como Cristóbal Bize y Claudio Robles Ortiz dan cuenta tanto de las innovaciones políticas de comunidades de trabajadores rurales durante la reforma agraria bajo la Unidad Popular a inicios de los setenta, como también de sus largas trayectorias temporales y la pervivencia de antiguos conflictos sobre la propiedad de la tierra y el control de los medios de producción.³² Lo propio podría decirse sobre la vasta literatura de construcción de los Estados, sus burocracias, las nuevas y cambiantes ciudadanía, y las respectivas identidades nacionales en América Latina, que ha incorporado en el análisis tanto a las nuevas élites republicanas como a sectores populares que resisten y/o se adaptan al nuevo orden de cosas.³³ La Guerra Fría latinoamericana puede entenderse, en este nivel, como una radicalización e ideologización del conflicto en torno a los límites y contornos de los derechos ciudadanos

³¹ Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973* (Bloomington: Indiana University Press, 1976); Florencia E. Mallon, *Courage Tastes of Blood: The Mapuche Community of Nicolás Ailio and the Chilean State, 1906-2001* (Durham: Duke University Press, 2005); cuya versión en español se publicó con el título de *La sangre del copihue: la comunidad Mapuche de Nicolás Ailio y el Estado chileno, 1906-2001* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004).

³² Cristóbal Bize Vivanco, *El otoño de los raulies: poder popular en el Complejo Forestal y Maderero Panguipulli (Neltume, 1967-1973)* (Santiago de Chile: Tiempo Robado Editoras, 2017); Claudio Robles Ortiz, "Revolution from below in Panguipulli: Agrarian Reform and Political Conflict under the Popular Unity in Chile", *Journal of Agrarian Change* 18:3 (2018), pp. 606-631.

³³ Por solo citar tres ejemplos clásicos de un tema que excede los límites de este ensayo: Miguel Ángel Centeno, *Sangre y deuda: ciudades, estado y construcción de nación en América Latina* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Urbanos-IEU, 2014); Hilda Sabato (ed.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003); y Antonio Annino y François-Xavier Guerra, *Inventando la nación: Iberoamérica siglo xix* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003).

y su codificación en términos revolucionarios, reformistas, populistas, conservadores o contrarrevolucionarios.

Las relaciones, tensiones y conflictos entre Estados Unidos y América Latina han sido una preocupación constante en los estudios en ambas regiones. A los abordajes clásicos en torno a las relaciones de dominación económica, las influencias en las Fuerzas Armadas de la región y los momentos de abierta intervención durante el siglo xx, se le ha sumado también una preocupación por la recepción político-cultural de Estados Unidos en América Latina en al menos dos sentidos. Por una parte, una serie de estudios se han centrado en el antiimperialismo en tanto persuasión compartida por un grupo heterogéneo de actores políticos e intelectuales latinoamericanos, especialmente en la primera parte de la centuria. El antiimperialismo, en ese sentido, sería un sistema de ideas políticas que pueden articularse con distintas familias ideológicas, constituyendo un poderoso imaginario social.³⁴ En las izquierdas latinoamericanas, la hostilidad contra el gobierno y la cultura estadounidense se transformaron en una seña de identidad en los años de la Guerra Fría, cuestión agudizada por el peso simbólico de la Unión Soviética y el impacto de los episodios de intervención norteamericana abierta o soterrada en Guatemala, Cuba, República Dominicana, Chile o Nicaragua. Por otro lado, el impacto de la expansión hegemónica norteamericana en América Latina puede rastrearse desde la cultura de masas y la proyección global de las mercancías, objetos y prácticas culturales asociadas al *American way of life*.

³⁴ Las compilaciones de estudios más completas sobre el asunto son las de Carlos Marichal y Alexandra Pita González (eds.), *Pensar el antiimperialismo: ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (Colima/Ciudad de México: Universidad de Colima/EL Colegio de México, 2012); Andrés Kozel et al. (coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini/CLACSO, 2015); y Kristina Pirker y Julieta Carla Rostica (eds.), *Confrontación de imaginarios: los antiimperialismos en América Latina* (Buenos Aires/Ciudad de México: CLACSO/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2021); mientras que el estudio monográfico mejor logrado sigue siendo el de Daniel Kersfeld, *Contra el imperio: historia de la Liga Antimperialista de las Américas* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2012).

La música, el consumo o el cine, entre otros, fueron vehículos para la transmisión del proyecto de modernidad latinoamericano y su adopción entusiasta u hostil resistencia en suelo latinoamericano.³⁵

El conflicto entre capital y trabajo atraviesa la historia social latinoamericana. En ese plano, el estudio de la formación de sindicatos y movimientos obreros de distintas orientaciones ideológicas ha estado en el centro del análisis durante ya varios años.³⁶ La Guerra Fría añadió no solamente mayores niveles de movilización y de polarización en torno a los modelos de desarrollo en disputa, sino que también trajo aparejada la transnacionalización del movimiento sindical y su inclusión en las disputas ideológicas globales. Con todo, dichos procesos no fueron unilineales ni completamente dominados por las superpotencias. El estudio de Larissa Corrêa sobre las relaciones sindicales entre Brasil y Estados Unidos bajo el autoritarismo militar así lo demuestra. A pesar de las evidentes afinidades entre Washington y la dictadura brasileña, la asesoría de los sindicatos norteamericanos para establecer un modelo de sindicalismo "libre" –antitético, en ese sentido, al sindicalismo corporativista o *trabalhista* instituido en tiempos de Getúlio Vargas– encontró resistencias inesperadas. La dictadura purgó los sindicatos de líderes reformistas y comunistas, pero ello no llevó a la adopción acrítica del modelo norteamericano toda vez que le quitaba al Estado una herramienta eficaz de control y despolitización de sectores obreros organizados.³⁷ Las condiciones locales de con-

³⁵ La obra más ambiciosa y completa al respecto es la de Stefan Rinke, *Encuentros con el yanqui: Norteamericanización y cambio sociocultural en Chile (1898-1990)* (Santiago de Chile: DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2014). También para el caso chileno, véase Fernando Purcell Torretti, *¡De película!: Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950* (Santiago de Chile: Taurus, 2012).

³⁶ Por solo citar un ejemplo de perspectiva regional de un tópico asiduamente estudiado a nivel nacional: Ricardo Melgar Bao, *El movimiento obrero latinoamericano: historia de una clase subalterna* (Ciudad de México: Alianza Editorial, 1988).

³⁷ Larissa Rosa Corrêa, *Disseram que voltei americanizado: relações sindicais Brasil-Estados Unidos na ditadura militar* (Campinas: Editora UNICAMP, 2017).

flicto político, entonces, son capaces de moldear e incluso hacer fracasar políticas sindicales diseñadas en Washington y dirigidas a sus propios aliados en la región.

Las disputas entre capitalismo y socialismo, la quinta dimensión temporal del modelo de Booth antes del inicio del periodo "clásico" de la Guerra Fría, han recibido una amplia atención en la bibliografía de y en América Latina, y han tenido como protagonistas a movimientos y partidos de distintas identidades políticas. Las aproximaciones al estudio de las derechas de la región, por ejemplo, han buscado desentrañar la naturaleza de sus vinculaciones con los sectores propietarios y dueños del capital, y también los acomodos y transformaciones ideológicas que hicieron posibles declaraciones de apoyo explícito al capitalismo y a Estados Unidos luego de la Segunda Guerra Mundial.³⁸ Por su parte, el estudio de las izquierdas comunistas y de diferentes denominaciones marxistas es probablemente uno de los campos más productivos en la región.³⁹ La propia naturaleza transnacional de las redes e imaginarios de esos actores ha obligado a romper el cerco nacional para una comprensión más adecuada del asunto. Así lo ha hecho últimamente, entre otros, Aldo Marchesi al fijar la mirada en los grupos de izquierda radical de Brasil y el Cono Sur en los años

³⁸ Véase, entre tantos otros, José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana* (Buenos Aires: Paidós, 1970); Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas: la extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939* (Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2005); y Erika Pani (ed.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, vol. II (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2011).

³⁹ Dos muy útiles obras generales sobre el tema son las de Alan Angell, "La izquierda en América Latina desde c. 1920", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 12. *Política y sociedad desde 1930* (Barcelona: Cambridge University Press/Editorial Crítica, 1997); y Ugo Pipitone, *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina* (Ciudad de México: Taurus, 2015). Un balance parcial de esos estudios a principios del siglo XXI puede encontrarse en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Gutiérrez Crespo (eds.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 2007).

sesenta y setenta. En ese periodo, estos grupos circularon por la región de acuerdo con las necesidades políticas del momento, entablando alianzas que modificarían sus propios repertorios de protesta. La seguidilla de golpes de Estado en Brasil, Uruguay, Chile y Argentina plantearía límites a la larga infranqueables para sus aspiraciones revolucionarias armadas inspiradas en lecturas locales de –aunque no siempre coincidentes con– la experiencia cubana.⁴⁰ Con todo ello, Marchesi demuestra que la dimensión regional es imprescindible para una comprensión acabada tanto de las izquierdas radicales como de las particularidades de su experiencia de Guerra Fría en los años de empuje revolucionario y reacción contrarrevolucionaria.

El periodo “clásico” de la Guerra Fría produjo una aceleración de las distintas capas de conflicto, ahora entendidas bajo el lenguaje bipolar internalizado y promovido por actores locales. Muchos de ellos –partidos, gobiernos, organizaciones sociales, intelectuales, iglesias, sindicatos, etc.– fueron capaces de articular alianzas transnacionales mediante las cuales el lenguaje de guerra fría adquiría consistencia y urgencia. Todo ello se hizo más evidente aún en los momentos álgidos de conflicto político, en los que las distintas capas de conflicto parecieron acercarse y conectarse unas con otras. Más aún, fue en estos momentos en que también emergieron en América Latina formas originales y con proyección global de dotar de significado a esas capas de conflicto. El propio Aldo Marchesi ya había advertido que el pensamiento *cepalino* –aquel elaborado en la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas, o CEPAL– se presta especialmente bien para un estudio conectado y situado de la Guerra Fría latinoamericana, toda vez que ofrecía la posibilidad de destacar tanto las redes regionales como la oportunidad a los actores latinoa-

⁴⁰ Aldo Marchesi, *Hacer la Revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019). La traducción al inglés de ese texto apareció algunos meses antes con el título *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s* (New York: Cambridge University Press, 2018).

americanos de moldear los términos del debate incluso a escala global.⁴¹ Margarita Fajardo ha respondido a ese desafío con un sólido estudio de las redes intelectuales, políticas e institucionales que posibilitaron la formación y expansión de la CEPAL, y luego su deriva teórica radical en la igualmente importante Teoría de la Dependencia. En su investigación, Fajardo demuestra que tanto *cepalinos* como *dependentistas* pudieron labrarse un lugar en la vanguardia del pensamiento económico de su época, marcando el paso incluso con relación a las instituciones hegemónicas del centro desarrollado, como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional.⁴² Más importante para los propósitos de este ensayo, el estudio de este fenómeno permite ver cómo los propios actores latinoamericanos tematizaron de manera novedosa las formas específicas que las distintas capas de conflicto histórico asumieron en los años de la guerra fría regional, sobre todo a través del vocabulario centro/periferia que desarrollaron en distintas direcciones *cepalinos* y *dependentistas*. De esa manera, las originales reflexiones sobre el lugar de América Latina en la economía mundial, el diseño de políticas económicas y sociales para superar las desigualdades estructurales de la región en el campo y la ciudad, y el fuerte involucramiento de estos intelectuales en las disputas políticas de los años sesenta y setenta, permiten apreciar la interacción y reformulación de capas de conflicto de distintas temporalidades.

En suma, una forma de probar la potencialidad de la categoría de guerra fría para dotar de sentido y coherencia a los conflictos locales, nacionales y regionales de América Latina en la segunda mitad del siglo xx es aproximarse al siempre debatible problema de la periodización y las dimensiones temporales del fenómeno en cuestión. Los debates actuales han puesto el énfasis tanto en

⁴¹ Aldo Marchesi, "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur 'local' y el Norte 'global'", *Estudios Históricos* 30:60 (abril 2017), pp. 194-197.

⁴² María Margarita Fajardo Hernández, *The World That Latin America Created: The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2022).

la novedad del escenario de la segunda posguerra como también en la existencia previa de las fuerzas en conflicto. Una forma de lidiar con esa tensión entre cambio y continuidad es, tal cual lo hace Booth, entender la Guerra Fría latinoamericana como una articulación de conflictos de distintas temporalidades, y que tuvieron durante el periodo "clásico" manifestaciones radicales y particulares.

ESPACIOS, CONEXIONES Y CIRCULACIONES

Las posibilidades interpretativas que entrega el concepto de guerra fría para entender el conflicto político latinoamericano de la segunda mitad del siglo xx no se reducen a los problemas de la periodización y del cambio y la continuidad. También abre una ventana para conceptualizar los distintos espacios y geografías que emergieron a raíz de la internalización regional del conflicto bipolar global. Este punto es clave para dar cuenta de un rasgo común a la historia política del periodo: mientras las dinámicas de conflicto político están situadas en espacios locales con rasgos específicos, estas participaron también de procesos regionales, ya sea por la internalización, construcción y expansión de lenguajes ideológicos de aspiración global –comunismo, socialismo, anticomunismo, neoliberalismo, etc.–, ya sea por la articulación de redes regionales y globales de colaboración entre actores afines. Una comprensión adecuada de la Guerra Fría latinoamericana, en ese sentido, tiene que dar cuenta de la interrelación entre distintos espacios, explorando cómo esos vínculos impactaron en procesos locales y, al mismo tiempo, dando cuenta de la proyección regional y global de esas experiencias, sobre todo de aquellas –como veremos– que lograron influir o moldear aspectos más amplios de la Guerra Fría global.

Como ya señalé, uno de los rasgos más sobresalientes de la historia política latinoamericana en su compartimentalización nacional, cuestión que por cierto no es un problema en sí mismo. De hecho, es a través de ese tipo de estudios situados y detallados que es posible conocer en profundidad actores, dinámicas, moti-

vaciones y consecuencias de distintas formas de conflicto político en diferentes lugares. La comparación y la formulación de interpretaciones más amplias no pueden sino descansar en tradiciones intelectuales y agendas de investigación nacionales y subnacionales. Esa forma de encuadrar la comprensión del conflicto político sí se transforma en un problema cuando se asume que el marco natural de los procesos políticos es la nación, sin problematizar y –peor aún– historizar la producción de esos particulares espacios territoriales y estatales.

Como ya había advertido Gilbert Joseph a principios de este siglo, la historiografía anglosajona sobre la Guerra Fría no solo había dejado de lado a América Latina –más allá de sus eventos más paradigmáticos al respecto, como la Revolución cubana– sino que se había centrado en la competencia geopolítica entre las superpotencias, con poca atención por las condiciones y especificidades locales del conflicto ideológico global.⁴³ Las innovaciones metodológicas que buscaron escapar de ese marco explicativo para incorporar a América Latina a los estudios de la Guerra Fría asumieron focos más sensibles a realidades locales a nivel subnacional. Los ejemplos al respecto abundan. Fernando Aparicio, Roberto García Ferreira y Mercedes Terra elaboraron una fina narrativa del despliegue de la Guerra Fría en Uruguay a partir de los incidentes producidos en las inmediaciones del Cine Trocadero, en Montevideo, el 9 de octubre de 1948. Lo que a primera vista parece un episodio relativamente marginal en la vida urbana uruguaya de mediados de siglo, se revela como un caso de estudio decidor del nuevo ambiente abierto por la “doble fractura”, al decir de Pettinà. Esa noche estaba programado el estreno de la película *La cortina de hierro*, de fuerte contenido pronorteamericano y anticomunista. Con la intención de manifestarse en contra de la película e impedir su ex-

⁴³ Gilbert M. Joseph, “What We Now Know and Should Know: Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies”, en Daniela Spenser y Gilbert M. Joseph (eds.), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham/London: Duke University Press, 2007), pp. 8-16.

hibición, grupos de militantes comunistas uruguayos se apostaron en las inmediaciones del cine, desatando una fuerte pelea con la policía local. El episodio, estudiado en detalle gracias a la prensa y los archivos policiales, revela no solo un incremento en los grados de movilización del comunismo uruguayo y una especial sensibilidad ante toda expresión pública antisoviética, sino también la existencia de una potente persuasión anticomunista en la policía uruguaya, algo que por cierto se remontaba a principios de siglo xx. Lo que puede entenderse como un episodio más de persecución policial a fuerzas de izquierda, asume aquí un significado particular en virtud de los conceptos y lenguajes utilizados para dar cuenta de la realidad circundante.⁴⁴

Por supuesto, el impacto, internalización y disputa de las dinámicas ideológicas de guerra fría no se redujo a espacios locales y específicos. También tuvo expresiones a nivel nacional y estatal. En ese sentido, no está de más recordar que la crítica al foco nacional no implica ignorar esa dimensión, toda vez que constituyó un conjunto de relaciones concretas y reales expresadas en la institucionalidad del Estado y los respectivos imaginarios nacionales que tiñeron la política latinoamericana en el siglo xx. Su comprensión, con todo, no puede descansar en una naturalización de la nación en tanto unidad de análisis. Para ello se requiere, por una parte, integrar las experiencias subnacionales específicas, sobre todo aquellas lejanas a las capitales y poderes centrales. Por otro lado, ello también supone el análisis a nivel nacional de procesos y fenómenos político-ideológicos en conexión con experiencias análogas en otros lugares de la región. Dicho de otra manera, en virtud del carácter universalizante del lenguaje de la Guerra Fría y de su interrelación con conflictos y fuerzas locales, una delimitación estricta del análisis de este tipo de fenómenos al marco nacional sería insuficiente para comprenderlos a cabalidad. La Guerra Fría latinoamericana fue un momento en que aquellos proyectos de

⁴⁴ Fernando Aparicio, Roberto García Ferreira, y Mercedes Terra, *Es-pionaje y política: guerra fría, inteligencia policial y anticomunismo en el sur de América Latina, 1947-1961* (Montevideo: Ediciones B, 2013), cap. 2.

modernidad alternativos –y sus hibridaciones locales– fomentaron la construcción de redes políticas y la circulación de ideas e imaginarios que alimentaron el procesamiento ideológico de conflictos locales. Veamos un par de ejemplos al respecto.

Un campo particularmente dinámico en la historia política latinoamericana de los últimos años es el ya mencionado estudio de las derechas regionales. A estas alturas contamos con un acervo bibliográfico significativo de experiencias locales y nacionales al respecto.⁴⁵ En términos generales, esas obras dan cuenta de las mutaciones sufridas por las derechas locales ante el cambio de la política exterior norteamericana y la instauración del anticomunismo como eje discursivo privilegiado. Con todo, a pesar de que las derechas enfatizaron su carácter nacional en tanto expresión genuina de la política local –en contraposición a las fuerzas de izquierda, a quienes acusaban de obedecer intereses extranjeros–, el estudio de estos actores no puede limitarse, como ya mencioné, a la escala nacional. Las redes tejidas con actores fines y la adopción y traducción local de ideas e imágenes políticas de circulación transnacio-

⁴⁵ Sin ánimo de ser exhaustivo, algunas de las obras más interesantes de este campo son las de Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas: el "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2008); Magdalena Broquetas, *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2015); Gerardo Caetano y Magdalena Broquetas (eds.), *Historia de los conservadores y las derechas en el Uruguay*, vol. 2.: *Guerra Fría, reacción y dictadura* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2022); Mario Virgilio Santiago Jiménez, "Entre 'hispanistas' y 'pro-yanquis'. El Primer Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina, México, mayo de 1954", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* (6 junio 2017) (<https://nuevomundo.revues.org/70497>); Luis Herrán Ávila, "Las Falsas Derechas: Conflict and Convergence in Mexico's Post-Cristero Right after the Second Vatican Council", *The Americas* 79:2 (2022), pp. 321-350; Martín Vicente, "Presentación: las derechas liberal-conservadoras en la Argentina y Uruguay en tiempos de Guerra Fría", *Revista de Historia Americana y Argentina* 54:2 (junio 2019), pp. 159-167 (y todo el dossier que abre esa presentación); Ernesto Bohoslavsky, "La historia transnacional de las derechas argentinas en el siglo xx: ¿qué sabemos y qué podríamos saber?", *Páginas* 10:24 (diciembre 2018), pp. 10-33; y Ariel Goldstein, *Bolsonaro: la democracia de Brasil en peligro* (Buenos Aires: Marea Editorial, 2019).

nal fueron elementos constitutivos de estas fuerzas. Libros como el editado por Ernesto Bohoslavsky y João Fábio Bertonha muestran claramente la potencialidad de estudios situados a la vez que atentos a su dimensión transnacional de las derechas latinoamericanas. A contrapelo de modelos difusionistas centrados en la mera recepción local de corrientes ideológicas globales, los trabajos reunidos en este volumen –especialmente los de la segunda parte, dedicados al periodo “clásico” de la Guerra Fría– apelan a las conexiones regionales y percepciones cruzadas entre grupos derechistas de distintas filiaciones, desde el impacto del peronismo de derecha en Brasil, las redes transnacionales de la extrema derecha uruguaya, la construcción de una “comunidad imaginada” latinoamericana por parte del nacionalismo de derecha argentino o las circulaciones de ideas y estrategias políticas que pueden encontrarse en las revistas de la extrema derecha chilena en los años de la Unidad Popular.⁴⁶ Más allá de las apelaciones a la nación y sus particularidades, este libro demuestra que las derechas latinoamericanas se constituyeron como actores políticos en el entrecruce entre su arraigo local y las múltiples redes e imaginarios que circularon a escala regional antes y durante la Guerra Fría latinoamericana.

El carácter local a la vez que regional de las dinámicas de conflicto político en América Latina puede verse y rastrearse también a través del estudio del anticomunismo, persuasión ideológica que se convirtió en una seña de identidad de las derechas de entonces, aunque también involucró a otros actores de centro e incluso de izquierda. El estudio del anticomunismo latinoamericano tiene ya a su haber un conjunto de estudios que permiten explorar sus hondas raíces, sus expresiones ideológicas concretas y sus actores más destacados, sobre todo a raíz del trabajo seminal de Rodrigo Patto Sá Motta para el caso de Brasil. Sá Motta, de hecho, fue

⁴⁶ João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha: percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973* (Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016). Véase, como complemento, la discusión sobre este libro desarrollada en el texto de Rostica en este libro.

uno de los primeros en demostrar a través de un detallado estudio monográfico la presencia a lo largo de buena parte del siglo xx de una potente persuasión anticomunista, dando cuenta a la vez de su carácter mutable y amoldable a las necesidades políticas del momento. Esa ductilidad del anticomunismo latinoamericano estaría dada sobre todo por las diferentes "matrices" ideológicas en las que se inspiró –catolicismo, nacionalismo y liberalismo, según Sá Motta– y sus distintas posibles combinaciones. Gracias a ese tipo de aproximaciones es posible estudiar un fenómeno tan visible como heterogéneo, que involucró desde socialdemócratas a fascistas, pasando por varias de las familias político-ideológicas regionales más relevantes.⁴⁷ Al igual que en el campo de estudio de las derechas políticas, resulta evidente que un estudio acabado del asunto requiere de una especial atención a las dinámicas, préstamos, circulaciones y redes de colaboración regionales entre actores anticomunistas afines. Esa es una agenda de investigación aún en ciernes, aunque ya cuenta con investigaciones significativas en torno a redes y eventos anticomunistas a escala regional y a la colaboración entre actores civiles y militares en función de un anticomunismo radical compartido.⁴⁸

⁴⁷ Rodrigo Patto Sá Motta, *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964* (São Paulo: Editora Perspectiva: FAPESP, 2002).

⁴⁸ Ernesto Bohoslavsky y Magdalena Broquetas, "Circulação transnacional. Os congressos anticomunistas da América Latina (1954-1958): redes, sentidos e tensões na primeira guerra fria", en Ernesto Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta, y Stéphane Boisard (eds.), *Pensar as direitas na América Latina* (São Paulo: Alameda Casa Editorial, 2019); Fernando López, *The Feathers of Condor: Transnational State Terrorism, Exiles and Civilian Anticommunism in South America* (Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2016); Lorena Soler, "Redes y organizaciones anticomunistas en Paraguay. La XII Conferencia Anual de la Liga Anticomunista Mundial, realizada en Asunción en 1979", *Revista Paginas* 10:24 (30 diciembre 2018), pp. 55-73. Para estudios recientes de trayectorias locales del anticomunismo en Costa Rica y México respectivamente, véase Iván Molina Jiménez y David Díaz Arias (eds.), *El verdadero anticomunismo: política, género y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1973)* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2017); Carlos Illades y Daniel Kent Carrasco, *Historia mínima del comunismo y anticomunismo en el debate mexicano* (Ciudad

La Guerra Fría latinoamericana también tuvo una dimensión global, sobre todo en aquellas experiencias políticas de alto valor simbólico y con capacidad de moldear agendas políticas a través de redes transnacionales más allá de la región. La Revolución cubana quizás es el ejemplo paradigmático al respecto, en virtud de la alianza con la Unión Soviética, su cercanía geográfica con Estados Unidos y los altos niveles de tensión global que se alcanzaron en episodios como la crisis de los misiles. Nuevas investigaciones como la de Rafael Pedemonte han vuelto sobre este asunto, superando aquellas interpretaciones clásicas centradas en las decisiones estratégicas de las élites políticas de Washington y Moscú. Pedemonte, en su *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile*, elabora una narrativa de historia política-cultural para reinterpretar las relaciones cubano-soviéticas poniendo el énfasis en las tensiones ideológicas y en la construcción de imaginarios prosoviéticos a partir de objetos culturales y elaboraciones intelectuales. También incluyó en su análisis el caso de Chile –tanto antes como durante la Unidad Popular– conectando esa experiencia con Cuba y la Unión Soviética, para evidenciar el rol de actores no-estatales en el estrechamiento de las relaciones culturales con Moscú. Tomados en conjunto, los casos cubano y chileno muestran los acomodos, tensiones y más de alguna decepción ante la Unión Soviética, al mismo tiempo que muchos expresaban adhesión ideológica al horizonte revolucionario soviético. Lejos del enfoque estrictamente geopolítico, el análisis de Pedemonte permite observar las elaboraciones locales a partir de la relación con la potencia socialista, dando cuenta de esa manera del grado de internalización local de la bipolaridad de la Guerra Fría a la vez que de la proyección global de las experiencias políticas paradigmáticas de América Latina.⁴⁹

de México: El Colegio de México, 2022). Un tratamiento más detallado de esta bibliografía desde la perspectiva de la historia transnacional puede encontrarse en el texto de Julieta Rostica incluido en este libro.

⁴⁹ Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973: presencia soviética en Cuba y Chile* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2020).

Enfoques como el de Pedemonte permiten seguir problematizando lo que hace algún tiempo Harmer bautizó como la "doctrina Monroe historiográfica":⁵⁰ aquel enfoque –especialmente fuerte en la academia norteamericana– que reduce la Guerra Fría latinoamericana a la relación de la región con Estados Unidos, es decir, a lo que en la literatura anglosajona se conoce como "Western Hemisphere" o "hemisferio occidental". Esa categoría, por lo demás, está vinculada históricamente con la doctrina Monroe original y los intentos norteamericanos posteriores de unificar el continente bajo su liderazgo a través de proyectos político-culturales panamericanos.⁵¹ No es de extrañar, por ende, que en la producción académica latinoamericana su uso haya sido más bien escaso.

A estas alturas ya existe un importante acervo de investigaciones que enfatiza la inserción de actores, conflictos y procesos de la Guerra Fría latinoamericana en marcos globales que superan con creces –aunque sin ignorar– la relación generalmente asimétrica con Washington. El libro póstumo de Olga Ulianova –escrito junto a Raffaele Nocera y Alessandro Santoni– da cuenta de las redes transnacionales de la Democracia Cristiana chilena, incluyendo pero no limitándose a los demócratas estadounidenses.⁵² Los trabajos sobre prácticas de solidaridad transnacional con actores latinoamericanos también muestran la dimensión global del proceso, como los estudios de Eline van Ommen, Gerardo Sánchez Nateras y Mónica Szente-Varga sobre las entusiastas redes de apoyo a la Nicaragua sandinista en Europa Occidental, el rol central de

⁵⁰ El concepto fue acuñado en la reseña de Harmer a "The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina" de Federico Finchelstein, *Cold War History* 15:3 (julio 2015), p. 419.

⁵¹ Una breve e iluminadora historia del concepto de hemisferio occidental puede encontrarse en Arthur P. Whitaker, "The Origin of the Western Hemisphere Idea", *Proceedings of the American Philosophical Society* 98:5 (1954), pp. 323-326.

⁵² Olga Ulianova, Alessandro Santoni y Raffaele Nocera, *Un protagonismo recobrado: la Democracia Cristiana chilena y sus vínculos internacionales (1973-1990)* (Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2021).

los gobiernos regionales en el desenlace de la lucha guerrillera antisomocista, y los vínculos algo más decepcionantes para los sandinistas con Hungría, respectivamente, entre muchos otros.⁵³ El estudio de los Derechos Humanos y la importancia capital que las experiencias de las dictaduras de América del Sur tuvieron en la emergencia de ese paradigma en los años setenta es un campo en continua expansión, sobre todo gracias a los trabajos de Vania Markarian para Uruguay y Patrick Kelly en torno a los casos de los regímenes dictatoriales en Brasil, Chile y Argentina.⁵⁴ En ambos libros es posible dimensionar la proyección global de esas experiencias, su importancia en la modificación radical de lenguajes y conceptos políticos globales, y –más en Markarian que en Kelly– la interconexión entre las labores de activismo político transnacional y el conflicto político doméstico en cada uno de los países estudiados. En general, en esos estudios es evidente que las condiciones de posibilidad de la elaboración de esas redes políticas transnacionales no se limitaron a la sensibilidad de actores afines en Europa, sino que también tuvo mucho que ver con la agencia y voluntad de actores políticos latinoamericanos, varios de ellos en el exilio. Explorar esas interacciones es también una forma de relevar las agencias locales (proyectadas hacia distintas latitudes por la fuerza de las circunstancias) en las dinámicas de confrontación de la Guerra Fría latinoamericana.

⁵³ Eline van Ommen, "The Nicaraguan Revolution's Challenge to the Monroe Doctrine: Sandinistas and Western Europe, 1979-1990", *The Americas* 78:4 (2021), pp. 639-666; Gerardo Sánchez Nateras, "La última Revolución: la insurrección sandinista y la Guerra Fría interamericana", tesis de doctorado en Historia (Ciudad de México: El Colegio de México, 2019); Mónica Szente-Varga, "Relaciones frías en la guerra fría: Hungría y Nicaragua", *Secuencia* 108 (diciembre 2020).

⁵⁴ Vania Markarian, *Left in Transformation: Uruguayan Exiles in the Latin American Human Rights Network 1967-1984* (New York: Routledge, 2005). Traducción al español: *Idos y recién llegados: la izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984* (Montevideo: Correo del Maestro, 2006); Patrick William Kelly, *Sovereign Emergencies. Latin America and the Making of Global Human Rights Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 2018).

El estudio de las conexiones políticas y redes de solidaridad, por cierto, no se limita a las relaciones de actores latinoamericanos con sus pares europeos, si bien esa es una dimensión particularmente importante en muchos de estos episodios. Algunos estudios recientes han puesto el énfasis en las conexiones Sur-Sur, por fuera o a través del ámbito de acción de las superpotencias y los países europeos. Jessica Stites Mor ha publicado recientemente un volumen en el que explora distintos casos relativos a la proyección global de diferentes sectores de la izquierda latinoamericana, como la voluntad y el uso político de la solidaridad por parte del "Estado revolucionario" mexicano, la circulación de imágenes y fotografías elaboradas en Cuba para incluir en la agenda del bloque afro-asiático en Naciones Unidas, el impacto en el socialismo argentino de la causa palestina y las redes de apoyo de clérigos progresistas latinoamericanos en la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica.⁵⁵ En la misma línea, en un esfuerzo colectivo ambicioso y firmemente alineado con la NCWH, el volumen editado por Vanni Pettinà, Stella Krepp y Thomas C. Field Jr. acerca la historia de la Guerra Fría latinoamericana a la del proyecto político del tercermundismo, especialmente en los años sesenta y setenta, cuando una diversidad de actores políticos y élites estatales se identificaron y buscaron redefinir en sus propios términos el ideario del tercer mundo.⁵⁶ En las páginas de este libro, por supuesto, las superpotencias no están del todo ausentes, como demuestran los artículos de Thomas C. Field Jr. sobre los intentos del MNR boliviano en el poder por navegar aguas internacionales tumultuosas en la Guerra Fría o el estudio de las relaciones entre Cuba, la Unión Soviética y el Movimiento de los países No Alineados a cargo de Michelle Getchell, entre otros. Con todo, más allá de las superpotencias y las élites estatales latinoamericanas, de la lectura de este

⁵⁵ Jessica Stites Mor, *South-South Solidarity and the Latin American Left* (Madison: The University of Wisconsin Press, 2022).

⁵⁶ Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

volumen queda clara la capacidad y voluntad de actores sociales por construir alianzas de colaboración mutuamente benéficas, y que descansaban en conexiones que emergieron de experiencias afines y contemporáneas. El estudio de Eugenia Palieraki sobre las redes entre la Argelia independiente y revolucionaria y militantes socialistas chilenos antes y después del golpe de Estado de 1973 es un buen ejemplo de ello.⁵⁷

Como todas las obras y agendas de investigación citadas en esta sección dejan en claro, la Guerra Fría latinoamericana debe entenderse desde la articulación entre distintas dimensiones espaciales, y el estudio atento y detallado de geografías emergentes a partir de lazos, redes, circulaciones y elaboración de imaginarios de lugares a veces distantes, pero que moldean las prácticas y lenguajes de los conflictos políticos locales.⁵⁸ Todo ello tiene varias implicancias metodológicas a considerar: la importancia del conocimiento de realidades y coyunturas locales específicas, la incorporación crítica de la dimensión estatal y nacional, el estudio de dinámicas intrarregionales que no reduzcan la complejidad del proceso latinoamericano al rol hegemónico de Estados Unidos, y la proyección global de las experiencias políticas latinoamericanas hacia Europa y el tercer mundo.

⁵⁷ Eugenia Palieraki, "Chile, Algeria, and the Third World in the 1960s and 1970s. Revolutions Entangled", en Thomas C. Field Jr., Stella Krepp, y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

⁵⁸ Por supuesto, las capas espaciales y escalas de análisis podrían seguir detallándose hasta llegar al estudio específico de vidas particulares. Una prometedora veta de investigación a este respecto radica en los estudios biográficos de personajes que internalizaron y actuaron en función de las lógicas de la guerra fría regional, y que en sus trayectorias a ratos trágicas encarnaron mejor que muchos los desgarramientos, contradicciones y escenarios cambiantes de toda una época. Las biografías del mexicano Vicente Lombardo Toledano y de la chilena Beatriz Allende –escritas por Daniela Spenser y Tanya Harmer, respectivamente– son ejemplos notablemente bien logrados de este campo emergente de estudios. Daniela Spenser, *En combate: la vida de Lombardo Toledano* (Ciudad de México: Debate, 2018); Tanya Harmer, *Beatriz Allende: A Revolutionary Life in Cold War Latin America* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

CONCLUSIONES

Este ensayo bibliográfico sobre la Guerra Fría latinoamericana desde la perspectiva de la historia política partió desde un lugar algo paradójico: la pregunta sobre la pertinencia de la propia categoría de guerra fría para el estudio de la historia regional entre finales de los cuarenta y finales de los ochenta. Como señalé, la pregunta no era meramente retórica, dados los altos niveles de conflictividad y violencia que caracterizaron a buena parte de las historias locales de ese ciclo político. Esa categoría, además, había sido tradicionalmente ajena a los debates políticos e intelectuales latinoamericanos, y cuando fue invocada se hizo con la clara intención de apoyar a grandes rasgos la política global norteamericana de "contención" al comunismo. El campo historiográfico que había utilizado esa noción, de hecho, se había centrado sobre todo en el mundo anglosajón, y cuando consideraron a América Latina en sus análisis lo hicieron desde la perspectiva de las superpotencias y desde las experiencias regionales que más explícitamente empalmaron con esa competencia geopolítica, como la Revolución cubana.

Con todo, desde finales del siglo xx y con más fuerza desde los primeros años del siglo xxi se ha realizado un ejercicio de redefinición crítica de la categoría de guerra fría, ahora más atenta a la internalización de la competencia bipolar en conflictos políticos domésticos, la agencia local y las dinámicas de confrontación regional con diversos grados de autonomía con respecto a Washington y Moscú. La producción historiográfica latinoamericana y latinoamericanista –en español, portugués e inglés, principalmente– ha incorporado poco a poco la categoría para hacer sentido de la historia reciente regional, gracias a diálogos productivos con académicos del mundo anglosajón y también a iniciativas intelectuales regionales.

La categoría de guerra fría presenta posibilidades metodológicas importantes que deben ser exploradas y analizadas críticamente, y en esa dirección se encaminó este ensayo. Por una parte, señalé que los debates sobre los contornos temporales y la periodización de la Guerra Fría dan cuenta de la existencia de distintas

capas de conflictos que alcanzaron nuevos niveles de radicalización durante el periodo "clásico" de la Guerra Fría, sobre todo gracias a la expansión de un lenguaje común bipolar que tiñó los debates y confrontaciones políticas latinoamericanas. Por otro lado, la noción de guerra fría permite también explorar las distintas capas espaciales en las que se desarrolló este proceso, desde las particularidades y eventos locales, pasando por fenómenos a escala nacional, hasta aquellas dinámicas regionales y globales empujadas por la construcción de redes e imaginarios transnacionales. En este plano, la categoría de guerra sirve para problematizar tanto la compartimentalización nacional de buena parte de la producción latinoamericana como la reducción "hemisférica" del conflicto a las relaciones asimétricas entre Estados Unidos y América Latina, común a cierta literatura anglosajona.

El campo de estudios de la Guerra Fría latinoamericana aún está en construcción. Para orientar las pesquisas y construir agendas colectivas de investigación se requiere continuar con discusiones y reflexiones metodológicas como la que intenté exponer en este ensayo. A mi juicio, ellas deben basarse, en primer lugar, en un diálogo franco y directo entre tradiciones historiográficas de diferentes latitudes, más allá de diferencias lingüísticas y de la "geopolítica del conocimiento" asimétrica en la academia global contemporánea. En segundo término, las posibilidades de avance del estudio de la Guerra Fría latinoamericana desde América Latina requieren construir puentes con campos historiográficos afines que, en muchos casos, han avanzado de manera paralela y desconectada. Algunos de ellos han sido (apenas) mencionados en este ensayo: la historia de las derechas, del anticomunismo y de las dictaduras; otros esperan aún un análisis más detallado, como la historia de las izquierdas, de la construcción del Estado, de los populismos, de las relaciones agrarias, de las disputas intelectuales regionales, entre tantos otros. La propia noción de guerra fría es una buena oportunidad para crear y fortalecer lazos intelectuales dentro y fuera de la historia política latinoamericana.

Género y sexualidades en las historiografías de la Guerra Fría latinoamericana

Valeria Manzano

*CONICET/Escuela de Altos Estudios Sociales, Universidad
Nacional de San Martín*

INTRODUCCIÓN

En 2001, dos historiadoras norteamericanas publicaron ensayos historiográficos sobre el panorama de los estudios del género en América Latina. Se trataba de Sueann Caulfield y Donna Guy, especialistas en Brasil y Argentina respectivamente, quienes pertenecían a cohortes generacionales diferentes y también a diversas tradiciones dentro de la historia social. Se trataba, también, de dos intervenciones disímiles tanto en su alcance como en sus medios de publicación. El ensayo de Caulfield formaba parte del primer dossier sobre historia del género publicado en la antigua *Hispanic American Historical Review*, mientras que el de Guy fue publicado en el *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales* de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, un espacio institucional creado tras la restauración del orden político demo-

crático en Argentina. Más allá de las diferencias, sin embargo, ambos ensayos comparten tres características. Primero, los dos proponen una lectura del mediano plazo en los que se destaca que la década de 1990 representó el despunte de las intervenciones propiamente historiográficas en los estudios de género y sexualidades en América Latina, diferenciándose metodológicamente de los trabajos que venían desarrollándose desde los años setenta en las ciencias sociales –en especial, la sociología y la antropología de las mujeres, la familia y las relaciones del trabajo. Segundo, ambos ensayos subrayaban la existencia de diálogos entre el mundo académico norteamericano y las producciones realizadas en diferentes contextos latinoamericanos (básicamente Brasil, Argentina, Chile, Perú y México) aunque resaltaban que en los segundos, hasta el momento, las historiografías eran más reacias a la adopción de una perspectiva de género. En tal sentido, el ensayo de Caulfield iba un paso más allá y se concentraba en revisar solo lo producido en la academia norteamericana. Por último, en sus revisiones de los principales temas, problemas y periodos, ambos señalaban la importancia que iba adquiriendo la interconexión con otros campos de indagación –como la historia política– en la “historia moderna” latinoamericana, clasificación esta que cubría en lo fundamental desde la historia posindependentista hasta mediados del siglo xx.¹ Ambos ensayos estaban atados a su momento y espacio de producción y de circulación. En las dos décadas que siguieron, dos de sus características comunes, con transformaciones, se han mantenido –la respetabilidad y visibilidad de un campo, por un lado, y la existencia de diálogos fluidos entre los mundos académicos del sur y del norte de América, por el otro–, pero la tercera se ha modificado de manera sustancial desde que la segunda mitad del siglo xx ha entrado con dinamismo al estudio historiográfico.

¹ Sueann Caulfield, “The History of Gender in the Historiography of Latin America”, *Hispanic American Historical Review* 81:3-4 (2001), pp. 449-490 y Donna J. Guy, “Género y sexualidad en América Latina: pasado, presente y futuro”, *Anuario IHES* 16 (2001), pp. 197-206.

Este ensayo se ocupa de revisar algunos de los temas y problemas abordados por la historiografía del género y las sexualidades en América Latina que se concentra en el estudio de la segunda mitad del siglo xx. Este campo, o subcampo, viene desplegándose sostenidamente desde comienzos del nuevo milenio en intersección con una historiografía que, en diversos contextos latinoamericanos, toma como referencia los conceptos de “pasado reciente” o “historia del tiempo presente” y que, en significativos ejemplos de la historiografía producida mayor aunque no únicamente en Norteamérica, se coloca bajo la categoría de “Guerra Fría”.² En cualquiera de sus denominaciones, la vastísima historiografía que ha colaborado a expandir nuestro conocimiento de las décadas de 1960, 1970 y 1980 en la región ha privilegiado el estudio de la emergencia y transformaciones de proyectos políticos revolucionarios y contrarrevolucionarios, incluyendo las variaciones en las ideas y prácticas asociadas a las militancias y las características de los esquemas y prácticas represivas, indagadas a partir de la interrelación entre actores y agencias locales, nacionales y supranacionales. De modo más reciente –como lo analiza el ensayo de Marcelo Casals en este volumen– también se ha incorporado una evaluación sobre las dinámicas de democratización, especialmente en los países del Cono Sur, atenta a las relaciones entre política, cultura y movimientos sociales (nuevos y viejos). La historiografía centrada en el género y las sexualidades viene acompañando y colaborando a la profundización del estudio de los problemas privilegiados por la “historia reciente”, “historia del tiempo presente” o historia de la Guerra Fría, a la vez que ha propuesto temas y metodologías novedosas y relativamente autónomas.

² Para discusiones sobre los usos y significados posibles de “historia reciente” o “historia del tiempo presente” véanse, entre otros, Eugenia Allier Montaño, “El tiempo presente en la historia: generaciones, memoria y controversia”, en Eugenia Allier Montaño *et al.*, *En la cresta de la ola: debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2020). Para la Guerra Fría, me remito a Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018).

Dada la imposibilidad de abarcar exhaustivamente la producción sobre la historia del género y la sexualidad en el pasado reciente latinoamericano, he optado por circunscribirme a tres áreas que, de manera desigual, se apropian de y/o construyen un marco referencial alrededor de algún concepto de guerra fría. Esta elección permite, a mi criterio, puntualizar cuáles son los sentidos más habituales que adquirió ese concepto en este subcampo de indagación y también intentar corroborar cuáles podrían ser sus posibilidades analíticas. En primer lugar, el ensayo se detiene en revisar investigaciones centradas en una problemática específica de la historia de las sexualidades en relación con la historia del género, las familias y la política: el control de la población en general, y de la natalidad en particular. Se trata del área en la cual el marco referencial de "Guerra Fría" adquirió una relevancia mayor, y ha sido utilizado en investigaciones realizadas en diversas locaciones geográficas en las Américas. En segundo lugar, el ensayo recupera una serie de investigaciones sobre la historia de los movimientos feminista y de "liberación homosexual" –para retomar léxico de época– en los cuales aquel marco referencial tiene menor pregnancia interpretativa. En particular, me interesa resaltar en estas investigaciones los modos en que la geopolítica –uno de los componentes clave del marco referencial de guerra fría– se pone de relieve para analizar las especificidades de los movimientos feministas y de "liberación homosexual" en países como Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, México o Uruguay, en especial a partir de la discusión de ciertos eventos clave (como la Conferencia Internacional de la Mujer de 1975), o vínculos entre movimientos e izquierdas. Por último, el ensayo revisa una porción minúscula de la extensa producción sobre militancias –mayormente las enroladas en proyectos que se autoproclamaron revolucionarios– que ha adoptado una perspectiva atenta al género y a las sexualidades. Con un foco puesto en la cotidianidad y la subjetividad de militantes y activistas, esta veta de estudios ha avanzado ideas e hipótesis novedosas sobre los alcances y límites de esos proyectos revolucionarios y ha permitido visitar también las modalidades sexo-genéricas de las tramas represivas –en este último sentido, algunos estudios sí

analizan los imaginarios y las prácticas represivas desde un marco referencial de guerra fría.

MÁS ALLÁ DE LA “EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA”

En la inmediata segunda posguerra, una porción importante de las élites políticas del Atlántico Norte –en especial, de Estados Unidos– promovieron discursos y políticas centradas en el “desarrollo” de regiones del mundo en disputa entre lo que se iba configurando como dos grandes bloques de poder. La promoción de tal desarrollo tenía ramificaciones variadas y entroncaba con una renovada confianza en la modernización. Uno de los pilares fundamentales para los emprendimientos desarrollistas era el control de la población, particularmente en las regiones de lo que empezaba a denominarse tercer mundo, en las que se creía activada una verdadera “explosión demográfica”. Sociólogos, demógrafos y politólogos ofrecieron sus saberes técnicos para la gestión de ese control poblacional confluyendo en una serie de certezas: que el “desarrollo” –cualquiera fuese su declinación– era clave para que el tercer mundo se alejara de la tentación del comunismo, y que para lograrlo era imperativo reducir el tamaño de la población de esas regiones en las cuales los recursos no alcanzaban (se suponía) para lograr siquiera una adecuada alimentación. En 1965, el presidente norteamericano Lyndon Johnson reutilizó y amplificó una frase de su secretario de Defensa, Robert McNamara, argumentando que “menos de cinco dólares invertidos en el control de la población valen más de cien dólares invertidos en desarrollo económico”.³ Tal era la importancia que el control de la población, y en especial de la natalidad, había adquirido en el contexto de las confrontaciones entre las superpotencias mundiales. El control de la natalidad, como dinámica social, incluyó más que técnicas y

³ Para esos desarrollos, véase Matthew Connelly, *Fatal Misconceptions: The Struggle to Control World Population* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2008).

proyectos demográficos o médicos: constituye un punto nodal en el que también convergieron cambios de pautas socioculturales que afectaban a las ideas sobre y a la organización de las familias, del género y de las sexualidades. Dada la complejidad de múltiples procesos confluyentes, no es de sorprender que un segmento significativo de la historiografía sobre el género y la sexualidad se haya abocado a su dilucidación.

Con un foco importante en el abordaje de las décadas de 1960 y 1970, diversos estudios sobre el control de la natalidad han aportado centralmente a la comprensión de las relaciones entre geopolítica, género y sexualidades y, al hacerlo, también a los modos de aproximación metodológica a la Guerra Fría. En efecto, al despuntar el siglo XXI un conjunto de historiadoras e historiadores, ya sea desde la academia norteamericana como desde diversos contextos latinoamericanos, han desarrollado trabajos de largo aliento –por lo general, tesis doctorales o fragmentos de las mismas– con el fin de dilucidar los procesos de control de la natalidad en diferentes contextos nacionales latinoamericanos, prestando particular atención a las dimensiones políticas y científicas transnacionales y sus apropiaciones nacionales (e incluso subnacionales) y dando cuenta de la pluralidad de agencias, actores y motivaciones que los alentaron. Algunos de esos trabajos, además, han logrado reconstruir los modos en que grupos de mujeres y, en menor medida, varones de los sectores populares y medios participaron activamente de las iniciativas de control de la natalidad (de “planificación familiar” o “anticoncepción”) tanto como de los debates políticos y culturales que despertaron entre distintas fuerzas políticas, movimientos sociales y corporaciones –como la Iglesia católica en plena transformación.

El puntapié inicial de esta camada de estudios fue el muy influyente libro de la historiadora norteamericana Laura Briggs sobre las políticas “científicas”, raciales y sexuales en la construcción y transformación del imperialismo norteamericano en Puerto Rico.⁴

⁴ Laura Briggs, *Reproducing Empire: Race, Sex, Science, and U.S. Imperialism in Puerto Rico* (Berkeley: University of California Press, 2002).

Ya en la década de 1970, tanto en los medios masivos como en los debates de las izquierdas y de los feminismos, Puerto Rico y Bolivia constituyeron significantes cruciales para una lectura en clave antiimperialista que ponía énfasis en la confluencia entre el gobierno y agencias norteamericanas (en particular USAID, las fundaciones Ford y Rockefeller y los Cuerpos de Paz) y empresas farmacéuticas. Se denunciaba, entre otras cosas, que esas agencias y empresas habrían montado sus estrategias de control de la población mediante la prueba sin consentimiento de nuevos métodos anticonceptivos –la pildora en Puerto Rico en la década de 1950, nuevas variantes del dispositivo intrauterino a comienzos de la siguiente– entre las mujeres pobres y “de color”, a quienes también se habría sometido a diversas variantes de esterilización, tal cual lo denunciado en el documental *Yawar Mallku* (1969), del cineasta boliviano Jorge Sanjinés, ampliamente comentado y difundido entre grupos de izquierda y feministas en todo el continente.⁵ El trabajo de Briggs retoma y desmonta esas discusiones a partir de una reconstrucción detallada de los modos en que la administración norteamericana y los gobiernos elegidos en Puerto Rico confluyeron en una agenda centrada en la diada desarrollo –control de la natalidad para la isla–, autorizando algunas experimentaciones de nuevos anticonceptivos en la década de 1950 –aunque rechazando otros– y promoviendo la acción de agentes y actores locales y transnacionales, entre los que se contaba la rama local de la International Planned Parenthood Federation (IPPF), agencia crucial en la diseminación de programas de “planificación familiar” en todo el hemisferio. Igualmente importante en términos metodológicos, el trabajo de Briggs no solo sigue de manera puntillosa las motivaciones y prácticas específicas de actores estatales (tanto en Estados

⁵ Sobre control de la natalidad en Bolivia y sobre el documental, véanse, respectivamente, Natalie Kimball, *An Open Secret: the History of Unwanted Pregnancy and Abortion in Bolivia* (New Brunswick: Rutgers University Press, 2020) y Mollie Geidel, “Sowing Death in Our Women’s Wombs: Modernization and Indigenous Nationalism in the 1960s Peace Corps and Jorge Sanjinés’ *Yawar Mallku*”, *American Quarterly* 62:3 (2010), pp. 763-786.

Unidos como en Puerto Rico), de agencias cercanas al gobierno norteamericano y de farmacéuticas, sino que también incorpora las de grupos de expertos –demógrafos y sociólogos, médicos de diferentes subdisciplinas– que construían sus propias estrategias de legitimación. Más fundamentalmente, Briggs considera clave la “alianza táctica” entre muchos de esos expertos, agencias e incluso farmacéuticas con una multiplicidad de actrices locales que lideraban organizaciones de mujeres (asistentes sociales, maestras), quienes fueron la cara visible de los programas de diseminación de métodos anticonceptivos entre mujeres trabajadoras, apropiándose a su manera de una creencia compartida en torno a la importancia de unidades familiares reducidas para “modernizar” la sociedad y agregando una matriz de género específica: “modernizar” e idealmente empoderar a las mujeres más pobres.⁶ Briggs reconstruye así un fresco heterogéneo de actores y agencias que confluyeron en torno a políticas de control de la natalidad indudablemente ligadas a la transformación del imperialismo norteamericano en Puerto Rico en el contexto de la Guerra Fría, pero que permitieron la movilización de un conjunto de mujeres activistas. Algunas de esas trayectorias de mujeres, en especial de quienes –por sus ideas y/o por su activismo– viajaron entre Estados Unidos y Puerto Rico, fueron recuperadas por Benedetta Calandra, cuyo trabajo de largo alcance sobre la política de reproducción conecta a ambos espacios e introduce una interrogación fundamental sobre la “agencia” de las mujeres puertorriqueñas, en especial en lo relativo a las esterilizaciones.⁷

⁶ Es desde esa perspectiva que Briggs discute las denuncias de las feministas socialistas norteamericanas sobre las políticas de control de la natalidad en Puerto Rico. A la vez que reconoce la importancia de las denuncias antiimperialistas de Linda Gordon o Angela Carter a comienzos de la década de 1970, plantea que las mismas tenían un sentido específico en los feminismos de Estados Unidos (a los que radicalizaban), pero desoían lo que contemporáneamente planteaban las feministas de Puerto Rico.

⁷ Benedetta Calandra, *Il corpo del Caribe: La politiche di riproduzione tra Puerto Rico e Stati Uniti (1898-1993)* (Verona: Ombre Corte, 2020).

Algunos de esos hallazgos historiográficos y muchas de sus precauciones metodológicas son compartidas por trabajos abocados a otros contextos geográficos, entre los que sobresale Chile, un caso singularmente importante en sus propios términos: Santiago fue, desde 1957, sede de una de las tres oficinas de la ONU para el estudio de la población en el denominado tercer mundo, y sede también –en 1967– de la primera conferencia de la IPPF fuera de Estados Unidos. En los “largos años sesenta”, Chile constituyó un campo de batalla para la experimentación de proyectos de reforma social y de revolución y las iniciativas de planificación familiar fueron cruciales para ambos. Como sucediera contemporáneamente en Argentina, Bolivia y Perú, diversos actores y agencias en Chile se apropiaron del creciente interés global en el control de la natalidad más allá de no estar convencidos de la existencia de una “explosión demográfica”: la principal preocupación de agentes del campo médico, de las élites políticas y también del mundo católico era antes bien la de limitar la incidencia de abortos y, con ellos, la mortalidad materna entre las mujeres de sectores populares.⁸ Haciendo uso de una variedad de fuentes producidas en Chile (desde prensa médica hasta archivos del área de salud, pasando por historias judiciales y orales) y en Estados Unidos (reportes de las Fundaciones Rockefeller y Ford y de la IPPF tanto como informes de demógrafos), las historiadoras Heidi Tinsman y Jadwiga Pieper Mooney, desde diferentes perspectivas, han avanzado en la comprensión de los alcances de las iniciativas de “planificación familiar”. Tinsman incluyó esa indagación como una de las piezas clave de su historia de la reforma agraria en Chile, reconstruida desde una perspectiva del género y de las sexualidades. Poniendo el foco en iniciativas llevadas adelante durante el gobierno del

⁸ Para Argentina, Perú y Bolivia, véanse, respectivamente, Karina Felitti, *La revolución de la píldora: sexualidad y política en los sesenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2012); Raúl Necochea López, *A History of Family Planning in Twentieth Century Peru* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014); Natalie Kimball, *An Open Secret: the History of Unwanted Pregnancy and Abortion in Bolivia* (New Brunswick: Rutgers University Press, 2020).

demócrata cristiano Eduardo Frei (1964-1970), Tinsman muestra la confluencia y las tensiones de intereses y motivaciones de agentes estatales y no estatales, locales y transnacionales, en la formulación de programas que, bajo el rótulo de "salud familiar", incluían la diseminación de saberes de métodos anticonceptivos entre mujeres de sectores populares en general, y campesinas en particular. Como sucediera en otros países latinoamericanos, médicos y activistas de organizaciones como la Asociación Chilena de Protección Familiar (rama de la IPPF) favorecían la utilización de dispositivos intrauterinos –uno de ellos creado por el eminente médico chileno Jaime Zipper– antes que la píldora, bajo la convicción que las mujeres pobres no tendrían la responsabilidad suficiente como para tomarla una vez al día y que era conveniente que existiera un control médico sobre su salud reproductiva, control que era extendido también hacia sus esposos ya que se pedía el consentimiento del varón para la colocación de esos dispositivos de larga duración. Como muestran Tinsman para la población campesina y Pieper Mooney para las poblaciones populares de Santiago, las incitativas estaban centradas en la regulación de la sexualidad de las mujeres casadas e implicaron una serie de tensiones en las parejas, ya que muchos varones consideraban "no natural" el control de la natalidad, posiblemente al entender que su virilidad se medía por la cantidad de hijos que tuvieran antes que por la chance de proveer para una familia reducida y "moderna" –tal cual rezaban los mandatos con los que se promovían las iniciativas de planificación familiar. En cualquier caso, a juzgar por los datos disponibles, la incidencia del uso de métodos anticonceptivos modernos fue muy baja entre las mujeres populares pero eso no obturó que los índices de fertilidad cayeran, tanto como las tasas de mortalidad materna.⁹ Ambas autoras reconstruyen iniciativas de "planificación

⁹ Heidi Tinsman, *Partners in Conflict: the Politics of Gender, Sexuality, and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973* (Durham: Duke University Press, 2002), pp. 156-190; Jadwiga E. Pieper Mooney, *The Politics of Motherhood: Maternity and Women's Rights in Twentieth-century Chile* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009).

familiar" atendiendo a una pluralidad de actores y agencias, recuperando debates políticos y focalizando centralmente en los usos, apropiaciones y tensiones por parte de las mujeres *per se*, dando en este sentido una vuelta de tuerca clave para la comprensión situada, en clave de género y sexualidad, en torno a una política global como era el control de la natalidad en el marco de la Guerra Fría.¹⁰ Cambiando el foco, un trabajo más reciente de las historiadoras chilenas María Soledad Zárate Campos y Maricela González Moya recorre, en parte, el camino inverso: además de mostrar las apropiaciones locales de discursos, saberes, técnicas y recursos de agencias internacionales, estas historiadoras muestran la internacionalización de una comunidad de profesionales médicos chilenos, algunos de ellos (como Benjamín Viel) verdaderos cuadros de las políticas de control de la natalidad y la "planificación familiar" a escala hemisférica.¹¹

La historiografía concentrada en el estudio del control de la natalidad y los programas de planificación familiar en América Latina en las décadas de 1960 y 1970 ha colaborado, también, con la revisión sobre los roles desempeñados, en ese sentido, por dos corporaciones fundamentales en la historia política de la región: las Fuerzas Armadas y la Iglesia católica, en principio porque muchos estudios han mirado con detalle las tensiones ideológicas y políticas inherentes en ambas corporaciones vis a vis el control de la población y la priorización de cuáles eran los "verdaderos" problemas sociales en la región. Como lo ha sintetizado la historiadora Karina Felitti, en algunos países la diseminación de los métodos anticonceptivos modernos y de iniciativas de planificación familiar fueron toleradas, aunque no promovidas, por gobiernos burocrático-autoritarios, como los ejemplificados tras los golpes militares de 1964 en Brasil y 1966 en Argentina. Aun cuando sectores de las

¹⁰ Un ejercicio similar, aunque más acotado, para Brasil en Joana María Pedro, "A experiência com contraceptivos no Brasil: uma questão de geração", *Revista Brasileira de História* 23:45 (2003), pp. 239-260.

¹¹ María Soledad Zárate Campos y Maricela González Moya, "Planificación familiar en la Guerra Fría chilena: política sanitaria y cooperación internacional, 1960-1973", *Historia Crítica* 55 (2015), pp. 207-230.

fuerzas armadas en ambos países fueran decididamente "pronatalistas", la tolerancia relativa de esos gobiernos ilumina su costado modernizante, en especial en comparación con las dictaduras antimodernizantes que se impondrían en el Cono Sur en la década de 1970. En efecto, solo con el correr de la década de 1970 se instauraron restricciones más severas que, sin embargo, se desplegaron en situaciones políticas diversas: en 1973, tras la imposición del golpe de Estado en Chile, se limitó fuertemente toda iniciativa de planificación familiar; en 1974 el gobierno de Juan Velasco Alvarado en Perú –bajo consignas de tipo antiimperialista– prohibió el accionar de la rama local de la IPPF (una agencia clave para toda iniciativa de planificación familiar) y en ese mismo año el gobierno democráticamente electo de Isabel Perón en Argentina restringió la venta de la píldora y la diseminación de información sobre métodos anticonceptivos en hospitales públicos. Las relaciones entre fuerzas armadas e iniciativas y agentes de "planificación familiar" fueron, entonces, mucho más complejas y variables vistas desde el mediano plazo. Sucedió lo mismo con los posicionamientos de las jerarquías de la Iglesia católica. En 1968, meses después que la ONU declarara a la planificación familiar como un derecho humano, el papa Paulo VI dio a conocer la encíclica *Humanae Vitae* por la cual el Vaticano rechazaba todo medio y práctica de regulación de la fecundidad a excepción de la abstinencia sexual. Esta decisión papal confrontaba de manera abierta las políticas de control de la natalidad que constituían uno de los nudos de la Guerra Fría, sostenido en el despliegue de agencias, actores y recursos financieros en muchos países de la región, configurando un escenario de respuestas variadas. El gobierno democristiano de Frei, por ejemplo, sostuvo las iniciativas de planificación familiar tras la encíclica, y de igual manera siguieron trabajando en iniciativas similares miembros relevantes de las iglesias en Perú, Argentina y Bolivia –países donde voceros católicos importantes coincidían en que el mal mayor no era la sobrepoblación y la falta de recursos, sino la extensión de la práctica del aborto. Asimismo, miembros destacados de la Teología de la Liberación (analizada en el capítulo de Massimo De Giuseppe en este volumen), como el obispo brasileño Helder

Cámara, aun reconociendo las dificultades sociales que implicaba el cumplimiento de los mandatos de la encíclica en la comunidad católica de su país, la defendía públicamente a partir de motivos antiimperialistas que ponían el foco en evitar la injerencia de agencias de Estados Unidos en la región –un argumento común entre los movimientos políticos que se proclamaban por proyectos revolucionarios.¹²

La historiografía del género y la sexualidad en América Latina ha contribuido a revisar con creces uno de los pilares de la Guerra Fría en la región. Estos estudios han desmontado lo que era en apariencia un único proyecto con una finalidad política clara: controlar la natalidad para favorecer el desarrollo y evitar la tentación comunista en el tercer mundo. Al hacerlo, estos trabajos han mostrado la convergencia y las tensiones entre una heterogeneidad de actores y agencias gubernamentales y no gubernamentales (que gravitaban en diferentes escalas), la emergencia de discursos y preocupaciones propias de las élites políticas y científicas de algunos países de la región (donde la creencia en la superpoblación *no* fue la norma), los debates políticos y culturales que despertó, y los modos en que impactó en la reconfiguración de los modos de imaginar y construir pautas de relación entre varones y mujeres. Estas investigaciones apostaron a una reconstrucción situada y anclada en perspectivas de género de una serie de políticas ligadas al control de la población en general, y de la sexualidad en particular, y con ello dieron cuenta, con diferentes modalidades, de uno de los campos de batalla de la Guerra Fría. En este último sentido, antes que teorizar el concepto, se lo ha tomado como marco de referencia no solo para indicar las ineludibles y explícitas dimensiones geopolíticas de las estrategias de control de la natalidad, sino también para enmarcar el entendimiento del involucramiento de agencias y empresas privadas, muchas de origen norteamericano (aunque no

¹² Karina Felitti, "Planificación familiar en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970: ¿un caso original en América Latina?", *Estudios Demográficos y Urbanos* 27:1 (2012), pp. 153-188.

solamente) en el delineamiento de discursos, prácticas y saberes específicos.

MOVIMIENTOS FEMINISTAS Y DE “LIBERACIÓN HOMOSEXUAL”

Hasta no hace demasiado tiempo el estudio de los feminismos y de los movimientos de “liberación homosexual” no tuvo un lugar destacado en la historiografía del pasado reciente latinoamericano. Aunque sí existieron numerosos y valiosos ensayos pioneros, muchas veces escritos en forma de testimonios de activistas y militantes, la consolidación de un área de indagación específica se ha vinculado posiblemente con la reemergencia y transformación de los actuales movimientos feministas y LGBTQ+ en la región, en los cuales los y las historiadoras suelen participar.¹³ Este renovado entramado político y cultural ha despertado el interés profesional y político en revisar las ideas, prácticas, repertorios de acción y formas de alianzas políticas de movimientos del pasado, y muy especialmente de la segunda mitad del siglo xx (los feminismos de la primera mitad del siglo han sido investigados de forma mucho más minuciosa). Así, en las últimas décadas han proliferado investigaciones historiográficas más robustas y sistemáticas, muchas veces producidas como parte de tesis doctorales de investigadoras/es que –con algunas excepciones– trabajan mayormente en América Latina. Como suele suceder en relación con otros movimientos sociales y políticos del pasado reciente latinoamericano, muchas de estas investigaciones se anclan en espacios nacionales (e incluso en las ciudades más importantes de cada país) aunque se realizan cada vez mayores esfuerzos por resaltar similitudes y diferencias entre países y/o entre la región y tendencias que de manera contemporánea se desplegaban en el Atlántico Norte. Suele resaltarse que en comparación con el dinamismo y la

¹³ Uno de los ejemplos más significativos es la organización, en 2017, de la Red de Historiadoras Feministas en Chile, con coordinadoras por región, que ya ha realizado dos importantes congresos nacionales.

relativa masividad de los feminismos y movimientos de "liberación sexual" en Estados Unidos, Inglaterra, Italia o la España pos-Franco, los movimientos en América Latina en las décadas de 1960 y 1970 fueron mucho más modestos en su composición y gravitación política –en buena medida por el tipo de relaciones que tuvieron con las distintas variantes de las izquierdas. Este último –las relaciones con las izquierdas– constituye uno de los temas y problemas más recurrentemente abordado, junto con los vínculos (teóricos, organizativos, políticos) con movimientos en el Atlántico Norte y con la importancia de ciertos eventos clave, como por ejemplo la Conferencia Internacional de la Mujer de 1975. Tratándose de un área de indagación en la cual el marco referencial de la Guerra Fría aparece invocado de manera superficial, entiendo que una revisión de aquellos tres temas y problemas clave en la producción historiográfica permite asomarnos al modo en que la dimensión geopolítica es, también, significativa en los estudios de los feminismos y movimientos de "liberación homosexual" en América Latina.

Los estudios sobre la historia del feminismo en el pasado reciente latinoamericano han enfatizado algunas características comunes. En primer lugar, los grupos y colectivos que emergieron en la primera mitad de la década de 1970 fueron relativamente chicos, adoptaron –como sus homólogos en el Atlántico Norte– el formato de grupos de "autoconciencia" y agitación pública, y convocaron en su mayoría a mujeres provenientes de sectores medios. En segundo lugar, participaron de la reactivación global del feminismo en la que se ponía el acento, con diversas modalidades y significaciones, en la idea de que "lo personal es político". En tal sentido, compartieron con sus pares del Atlántico Norte referencias teóricas, debates y modalidades organizativas aunque –en muchos casos– construyeron una agenda de demandas propia en la cual, por ejemplo, las problemáticas ligadas a la sexualidad no tuvieron un papel tan central como la búsqueda de igualdad de derechos entre mujeres y varones en lo referente a las relaciones y al mercado de trabajo o la discusión de lo concerniente a temas del cuidado. Esas y otras diferencias, en este contexto y en ante-

riores, han llevado a historiadoras como Gabriela Cano a poner en discusión la categoría de "olas", muy utilizada en Estados Unidos, para aprehender la historia de los feminismos latinoamericanos.¹⁴ En tercer lugar, los feminismos de la primera mitad de la década de 1970 se desplegaron en contextos sociopolíticos que, por un tiempo, fueron disímiles. En algunas experiencias los grupos feministas surgieron tras la derrota de y represión hacia movimientos políticos y culturales radicalizados, ya sea en la coyuntura del pos-68 en México o tras la represión y el pase a la clandestinidad de grupos de izquierda en Brasil. Algunas mujeres que habían tenido experiencias en esas coyunturas y colectivos se sumaron a, o bien contribuyeron a crear, grupos feministas. Mientras tanto, en otros contextos los grupos feministas emergieron en pleno despliegue de dinámicas de politización y radicalización social, como lo sucedido en Argentina y Colombia –dinámicas con las que se vinculan, muchas veces en tensión.¹⁵

En el análisis histórico de los feminismos en el pasado reciente latinoamericano se ha prestado atención a una serie de eventos referentes a sus relaciones con la geopolítica. Entre esos eventos se destaca principalmente la Conferencia Internacional convocada por la ONU en 1975 para lanzar el decenio de la mujer. Analizada exhaustivamente por la historiadora Jocelyn Olcott, la Conferen-

¹⁴ Gabriela Cano, "El feminismo y sus olas", *Letras Libres* (noviembre 2018).

¹⁵ Eli Bartra, "Tres décadas de neofeminismo en México", en Eli Bartra, Anna Fernández Poncela y Ana Lau, *Feminismo en México, ayer y hoy* (Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 2002), pp. 45-81; Céli Regina Jardim Pinto, *Uma história do feminismo no Brasil* (São Paulo: Perseu Abramo, 2003); Doris Lamus Canavate, *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005* (Bogotá: INCAH, 2020). Sobre las relaciones entre la emergencia del feminismo y el contexto pos-1968 en México, véase Lessie Jo Frazier y Deborah Cohen, "Mexico '68: Defining the Space of the Movement, Heroic Masculinity in the Prison, and 'Women' in the Streets", *Hispanic American Historical Review* 83:4 (2003), pp. 617-660; y para una discusión sobre temas de sexualidad y su importancia relativa en Argentina, Karina Felitti, "Sexualidad y reproducción en la agenda feminista de la segunda ola en la Argentina (1970-1986)", *Estudios Sociológicos* 84 (2010).

cia oficial y las discusiones en la Tribuna de las organizaciones no gubernamentales fueron parte aguas para la historia de las políticas hacia mujeres en general, y de los feminismos en particular. La Conferencia y la Tribuna llevadas a cabo en Ciudad de México en junio y julio de 1975 fueron una plataforma clave en la cual diferentes agencias y actores –desde la ONU y sus múltiples y cambiantes “centros” (para el desarrollo, para la mujer) pasando por los gobiernos (de Estados Unidos, México, la ex Unión Soviética) hasta los diversos grupos relacionados con los feminismos en todo el mundo– pusieron en escena sus intereses, motivaciones y discusiones. Entre las discusiones más resonadas se encuentra la que mostró las diferencias entre “feministas del norte” y “feministas del tercer mundo”, pero también resaltaron las que ponían el acento en las formas disímiles de entender la política feminista para grupos de lesbianas y para quienes entendían que la “cuestión de la mujer” era inseparable de otras luchas sociales.¹⁶ Fundamental a escala global, algunas historiadoras han puesto en discusión qué tipo de relación existió entre el evento (su preparación, su desarrollo y sus efectos en la formulación de políticas hacia las mujeres) y las transformaciones de los grupos feministas en América Latina. Así, por ejemplo, la historiadora Pamela Fuentes Peralta ha analizado las simetrías y diferencias entre las discusiones sobre género en Conferencia y Tribuna con las que se desarrollaban contemporáneamente entre grupos feministas mexicanos –los más involucrados de forma presencial– y ha mostrado la pregnancia que en estos tuvieron las discusiones sobre igualdad y justicia social vis a vis cuestiones ligadas a la sexualidad. Por su parte, Joana de Pedro ha propuesto descentrar al evento del “rol” clave, dinamizador, asignado en las memorias del feminismo en Brasil para proponer una historia de más larga duración, con énfasis en la organización previa de grupos feministas ligados a grupos de izquierda. En un reciente trabajo doctoral, la historiadora Karin Gramático le asigna a la Conferencia y al decenio siguiente un lugar central aunque

¹⁶ Jocelyn Olcott, *International Women's Year: The Greatest Consciousness Event in History* (New York: Oxford University Press, 2017).

no para explicar los "orígenes" del feminismo setentista en Argentina sino sus transformaciones, mostrando que una matriz política y discursiva de alcances transnacionales fue fundamental para delinear alianzas políticas y modalidades de interpelación al Estado, tanto en dictadura como en el proceso de apertura democrática de la década de 1980.¹⁷ Estas intervenciones colocan a la historia de los feminismos latinoamericanos como una de las piezas que permiten poner en debate las apropiaciones de políticas, agendas e imaginarios de alcance global en la configuración de movimientos a escala nacional, y muestran también tanto la importancia historiográfica como las dificultades materiales para realizar historias "conectadas" desde América Latina –en especial, en lo referido a la accesibilidad a fuentes primarias.

Las relaciones de los grupos feministas y otras fuerzas políticas, en especial de izquierdas, constituye otro de los temas y problemas recurrentes –es así para la primera mitad del siglo xx tanto como para el pasado reciente. Para grupos feministas de la década de 1970, estudios específicos para Argentina, Brasil, México, Colombia y Costa Rica han destacado la importancia teórica, política y organizativa de sus vínculos con partidos de izquierda, notablemente de los de inspiración trotskista (aunque no exista, hasta el momento, un estudio comparativo y/o de alcance global que permita reconstruir la "cuestión feminista" en la denominada IV Internacional). Fueron mujeres militantes quienes iniciaron debates sobre las particularidades de la dominación patriarcal en las sociedades capitalistas, procurando insertar reivindicaciones de las

¹⁷ Pamela Fuentes Peralta, "La Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer y la Tribuna de las Organizaciones no Gubernamentales de 1975. Una aproximación a las discusiones en torno al género", tesis de maestría (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008). Joana María de Pedro, "Narrativas fundadoras do feminismo: poderes e conflitos (1970-1978)", *Revista Brasileira de Historia*, 26:52 (2006), pp. 249-272; Karin Gramático, "Las feministas argentinas y el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, 1975-1985. Una historia de activismo local a partir de sus conexiones transnacionales", tesis doctoral (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2021).

mujeres en el marco de proyectos que proclamaban al socialismo como meta, o donde el socialismo era ya el marco de referencia, como en Cuba. Ese "feminismo socialista" –cuyas referentes más conocidas eran Linda Gordon, quien visitó varios países latinoamericanos a principios de la década de 1970, e Isabel Largaña– coexistió con ciertas tensiones dentro de los partidos, como así también con otras variantes del feminismo tildadas de "liberales".¹⁸ Muchos de esos desarrollos políticos incipientes, en especial en los países del Cono Sur, fueron abruptamente cortados tras la imposición de las dictaduras militares o, en el caso de Brasil, del reforzamiento de la represión tras 1968. Así, un segmento de la historia del feminismo en la región ha incorporado el estudio de las experiencias exiliarias y los espacios y modos por los cuales muchas mujeres habrían "encontrado" al feminismo en sus espacios de acogida como parte de las críticas a los límites de los proyectos políticos que se habían proclamado por la revolución y la reivindicación de otro tipo de acción política desde una clave sexual, introduciendo debates en las comunidades exiliarias sobre la renovación de las agendas de las izquierdas.¹⁹ Algunas de las mujeres que "devinieron" feministas en el exilio retornaron a sus países de origen en los contextos de apertura iniciados en el cruce de las décadas de 1970 y 1980, convergiendo –con tensiones– con quienes se habían

¹⁸ Catalina Trebisacce, "Encuentros y desencuentros entre la militancia de izquierda y el feminismo en la Argentina", *Estudios Feministas* 21:2 (2013); Lamus Canavate, *De la subversión a la inclusión*; Jardim Pinto, *Uma história do feminismo no Brasil*; Alexia Ugalde Quesada, "El Movimiento para la liberación de la mujer en Costa Rica (1975-1981)", *Debate Feminista* 62 (2012), pp. 95-116; véase también Mabel Bellucci y Emmanuel Theumer, *Desde la Cuba revolucionaria: feminismo y marxismo en la obra de Isabel Largaña y John Dumoulin* (Buenos Aires: CLACSO, 2018).

¹⁹ Isabel Burgos "Feminismos y exilios. Genealogías del feminismo latinoamericano", en Soledad Lastra (comp.), *Exilios. Un campo de estudios en expansión* (Buenos Aires: CLACSO, 2018), pp. 223-234. Victoria Álvarez, "Un tiempo suspendido. Vida cotidiana y devenir feminista de mujeres argentinas exiliadas durante la última dictadura militar (1976-1983)", *Arenal* 26 (2019), pp. 427-447.

quedado. Las dinámicas de apertura y transición fueron, también, de consolidación de movimientos sociales, que incluían los de derechos humanos, mujeres y feministas. En Uruguay, Chile y Brasil –y en menor medida en otros países– fue en la década de 1980 que el feminismo adquirió una pregnancia mucho mayor, convergiendo con los movimientos de mujeres y contribuyendo con la transformación de la cultura de izquierdas (aunque posiblemente menos de lo que sus protagonistas hubieran aspirado, como lo mostró Ana Laura de Giorgi).²⁰ A diferencia de la década precedente, buena parte de las agendas feministas se articulaban desde grupos y centros de estudios, espacios académicos y –en el caso de Brasil– en oficinas gubernamentales a las que algunas feministas comenzaban a acceder. Esas agendas estaban atravesadas por problemáticas ligadas a la violencia contra las mujeres y a la salud sexual y reproductiva y, de manera creciente, ponían el foco en las mujeres de sectores populares y en la activación de lo que comenzaba a conocerse como “feminismo popular”.²¹ Esa aspiración a la formación de “feminismos populares” fue una de las claves con la que se convocaron los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, instancias de reunión bianuales iniciadas en 1981 en Bogotá que se convirtieron en foros para la discusión sobre, por ejemplo, las posibilidades y los límites de la “doble militancia” –en partidos y grupos feministas– y las especificidades del “feminismo latinoamericano” –algo que también se debatió en extenso en el

²⁰ Ana Laura de Giorgi, *Historia de un amor no correspondido: feminismo e izquierda en los 80* (Montevideo: Sujeto Editores, 2020); Ana Alcântara Costa, “O feminismo brasileiro em tempos de Ditadura Militar”, en Joana Maria Pedro y Cristina Scheibe Wolff (orgs.), *Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul* (Santa Catarina: Editora Mulheres, 2010) pp. 174-190. Karen Alfaro, Gina Inostroza y Hillary Hiner, “El poder de desafiar el poder: movimiento de mujeres y feminista en la revolución y contra la dictadura (1950-1990)”, en Ana Gálvez Comadini (coord.), *Históricas: movimientos feministas y de mujeres en Chile, 1850-2020* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2021), pp. 82-135.

²¹ Para Brasil, véase Mariana Santos Damasco, Marcos Chor Maio y Simone Monteiro, “Feminismo negro: raça, identidade e saúde reprodutiva no Brasil (1975-1993)”, *Estudos Feministas* 20:1 (2012), pp. 133-172.

marco de una serie de publicaciones periódicas de alcance continental.²²

La historiografía sobre los feminismos en el pasado reciente latinoamericano ha colaborado a la construcción de conocimientos no solo en relación con un movimiento que había sido escasamente transitado (para la segunda mitad del siglo xx) sino también, a partir del mismo, con las relaciones entre izquierdas y movimientos sociales y con las posibilidades conceptuales y políticas de definición de lo "latinoamericano" –por lo general, en oposición a lo "norteamericano". El marco referencial de la Guerra Fría, con la excepción de algunos estudios sobre eventos como la Conferencia de la Mujer o, en menor medida, para marcar aquellas diferencias conceptuales y políticas, aparece para señalar un "contexto" pero no ocupa un lugar de privilegio analítico. No obstante, muchos de los temas y problemas constitutivos de la historia política del pasado reciente sí han sido abordados y también potencialmente reformulados desde la historiografía de los feminismos, tales como las críticas a los proyectos revolucionarios, las experiencias exiliares e, incipientemente, las dinámicas de apertura democrática en el Cono Sur.

La historiografía sobre los movimientos de "liberación homosexual" ha corrido caminos paralelos a la de los feminismos del pasado reciente latinoamericano. Las historias de los "orígenes" de esos movimientos en Argentina, Brasil, Colombia y México también abrevan en las relaciones con las izquierdas y se interrogan por los vínculos conceptuales y políticos con procesos que eran contemporáneos en el Atlántico Norte. Para Argentina, y particularmente Buenos Aires, donde se fundó el primero de los movimientos de

²² Sobre los Encuentros, Alejandra Restrepo, "Tras los rastros del proyecto sociopolítico feminista: Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe. 1981-2014", tesis doctoral (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016); véanse también, sobre Encuentros y publicaciones, Ana Laura de Giorgi, "Un pensamiento propio: feminismo desde y para América Latina en la década de 1980", *Travesía* 20:2 (2018), pp. 45-64 y Karin Gramático, "Feminismos en clave latinoamericana: un recorrido sobre Fem, Isis y Fempress", *Mora* 17:2 (2011).

"liberación" en América Latina en la intersección de las décadas de 1960 y 1970, diversos estudios han sugerido concebirlo como parte de la "nueva izquierda" (analizada en el capítulo de Rafael Rojas en este volumen), en buena medida porque algunos de sus militantes habían tenido militancia en partidos comunistas prosoviéticos de los que se apartaron, entre otras cuestiones, por sus posiciones estigmatizantes hacia la homosexualidad. A diferencia de lo propuesto en memorias del activismo y en algunos otros trabajos académicos, que situaron los "orígenes" en los procesos de apertura democrática y los reclamos de ampliación de ciudadanía, diversos trabajos sostienen que la creación de los primeros grupos en Argentina se dio en el contexto autoritario de la Revolución argentina (1966-1973) y fue parte de las dinámicas de intensa politización y radicalización de los primeros años setenta, bajo la primacía de ideas de "liberación" –social, nacional y/o sexual, depende de quienes la enunciaran. El Frente de Liberación Homosexual (FLH), creado en 1971, proponía una clave de liberación en la que primaban las declinaciones sociales y sexuales del término. Alejados de una política de "minorías sexuales" y del lenguaje de derechos, sus militantes proponían una política emancipatoria de conjunto que idealmente podría –y debía, de acuerdo con su interpretación– ser recogida por el conjunto de la sociedad, y por las fuerzas que se proclamaban por la revolución en particular. Aunque el FLH hiciera intentos, fueron pocos los puentes tendidos con esas fuerzas políticas que –una vez más, con la excepción del trotskismo, como sucediera también en Brasil– antes bien sostenían posiciones netamente homofóbicas.²³ La homofobia

²³ Sobre el FLH, Pablo Ben y Santiago Joaquín Insausti, "Dictatorial Rule and Sexual Politics in Argentina: The Case of the Frente de Liberación Homosexual (1967-1976)", *Hispanic American Historical Review* 97:2 (2017), pp. 297-232; y Patricio Simonetto, *Entre la injuria y la revolución: El Frente de Liberación Homosexual, Argentina, 1967-1976* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2017); sobre las relaciones con el trotskismo en Argentina y Brasil véase Santiago Joaquín Insausti, "¿Hedonistas o revolucionarios? Política homosexual radical e izquierda trotskista en Argentina y Brasil (1967-1983)", *Mora* 25 (2019); y Felipe César Ramírez Caro Romero y Patricio Simonetto, "Sexualidades radicales: los Movimientos de Liberación Homosexual en América Latina (1967-1989)", *Izquierdas* 46 (2019), pp. 65-85.

de las izquierdas, "nuevas" y no tanto, es difícil de soslayar, como lo muestran los estudios que han abordado las políticas hacia la homosexualidad del gobierno cubano a lo largo de la década de 1960, las referencias a la represión a los tímidos intentos de organización política de personas homosexuales en Chile durante la experiencia de la Unidad Popular y, desde otro ángulo, las disputas –trágicas también– entre militantes brasileros encarcelados en los setenta.²⁴ Sin embargo, como lo ha mostrado Martín González Romero en una reciente tesis doctoral sobre la "revolución sexual" en México, desarmar y pluralizar la noción de izquierdas importa especialmente a la hora de reconstruir los vínculos con los movimientos de "liberación homosexual" que, en buena medida, se percibieron parte de esos conglomerados.²⁵

La historiografía de los movimientos de "liberación homosexual" ha ayudado, así, a repensar la categoría de izquierda, en especial de "nueva izquierda", tanto para insistir en que esos movimientos eran una de sus vertientes como para señalar algunas dimensiones sexo-genéricas que permiten tensionar su "radicalismo" e incluso su antiautoritarismo –dos de los rasgos que solían remarcarse como distintivos de las novedades. Asimismo, al igual que sucede con el estudio de los feminismos, esta historiografía ha avanzado en las interpretaciones de las conexiones entre los movimientos de "liberación" con los contextos de apertura democrática y, en algunos casos –notablemente en Brasil– su conexión con los cambios en las ideas y las prácticas de las izquierdas que abrazaban, ya en la década de 1980, ideales de ampliación y resignifica-

²⁴ Ian Lumsden, *Machos, Maricones & Gays: Cuba and Homosexuality* (Philadelphia: Temple University Press, 2010); Víctor Hugo Robles, *Bandera hueca: historia del movimiento homosexual de Chile* (Santiago de Chile: Editorial Arcis/Editorial Cuarto Propio, 2008); James H. Green, "'Who Is the Macho Who Wants to Kill Me?' Male Homosexuality, Revolutionary Masculinity, and the Brazilian Armed Struggle of the 1960s and 1970s", *Hispanic American Historical Review* 92:3 (2012), pp. 437-469.

²⁵ Martín Humberto González Romero, "La revolución sexual: debates públicos de sexualidad, política y cultura en la Ciudad de México, 1960-1984", tesis de doctorado (Ciudad de México: Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 2021), pp. 209-220.

ción de la democracia.²⁶ De manera específica, estudios recientes han puesto el foco en la transformación de los movimientos en la década de 1980, con cambios que fueron desde una perspectiva de "liberación" hacia otra de la ciudadanía y los derechos. Como se ha mostrado para Argentina y Uruguay, esos desplazamientos involucran al menos dos dinámicas relacionadas: por un lado, dan cuenta de la persistencia de prácticas represivas de los Estados en sus "transiciones" desde las dictaduras (usualmente en la forma de continuas razias policiales), frente a los reemergentes movimientos de personas homosexuales que utilizaban para sus reclamaciones el lenguaje de la ciudadanía y los derechos individuales; y, por el otro, la interrelación cada vez más profunda entre interacciones políticas y sociales de personas homosexuales y los "mercados" que fueron consolidándose en relación con su sociabilidad.²⁷ Estas historias permiten reconstruir dinámicas de "desradicalización" política tanto como interrogar las múltiples continuidades de los aparatos represivos en la década de 1980.

La historiografía concentrada en los movimientos feminista y de "liberación homosexual" en América Latina no ha referido sino indirectamente al marco referencial de la Guerra Fría, con la excepción del estudio de algunos acontecimientos específicos –la Conferencia Internacional de la Mujer en 1975– o problemas más generales. Entre estos últimos, con diversas modalidades e intensidades, el interés historiográfico se ha puesto en reconstruir y analizar diferencias y similitudes, además de circulaciones, entre desarrollos conceptuales, organizativos e ideológicos entre el "sur" y el "norte" –el eje político y geográfico "este" y "oeste" prácticamente no ha tenido relevancia. Esto último quizá constituye una réplica

²⁶ Véase especialmente Rafael de la Dehesa, "El sexo y la revolución: la liberación lésbico-gay y la izquierda partidaria en Brasil", *Revista de Estudios Sociales* 28 (2007), pp. 44-55.

²⁷ Diego Sempol, *De los baños a la calle: historia de movimiento lésbico, gay y trans en Uruguay (1984-2013)* (Montevideo: Sudamericana, 2013); Santiago Joaquín Insausti, *El fin de la promiscuidad, la feminidad y el escándalo: una historia de las nuevas masculinidades gays* (Buenos Aires: EUdeBA, en prensa).

de la escasa gravitación que el comunismo (ligado a la ex URSS) ha tenido en la reemergencia de los feminismos y la organización de los movimientos de "liberación homosexual" (aunque algunos activistas organizadores de esos movimientos hubieran sido previamente militantes comunistas).

MILITANCIAS Y REPRESIÓN

La historiografía del pasado reciente latinoamericano ha puesto particular énfasis en estudiar las ideas, prácticas organizativas y modalidades de acción de las fuerzas políticas que se proclamaron portadoras de proyectos revolucionarios en las décadas de 1960 y 1970 tanto como de los alcances y modalidades de las tramas represivas estatales. Las historias del género y la sexualidad han contribuido a revisar ambas sendas temáticas, las militancias y la represión estatal, especialmente en los países del Cono Sur y Brasil. De hecho, grupos de historiadoras afincadas en esos países han sido pioneras en la creación de espacios de intercambio, tales como la serie de cinco jornadas "Historia, género y política en los '70" organizadas por el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires entre 2004 y 2018 y la serie de jornadas "Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul", organizadas por un grupo de historiadoras de la Universidad Federal de Santa Catarina entre 2009 y 2018.²⁸ Esos espacios congregaron a multitud de investigadoras, dando cuenta de la vitalidad y dinamismo que fue adquiriendo el estudio imbricado entre la historia reciente y la historia del género. En ya casi dos décadas fueron consolidándose una serie de temas y problemas, entre los cuales se destacan tres. En primer

²⁸ Sobre el carácter pionero de la producción sobre el pasado reciente en clave de género en Argentina, véase Débora D'Antonio y Cristina Viano, "A propósito de la Historia Reciente, la Historia de las Mujeres y los estudios de género: intersecciones y desafíos", en Gabriela Águila *et al.* (comps.), *La Historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2018).

lugar, las modalidades de la participación de mujeres en proyectos políticos que se proclamaron revolucionarios –en especial, a partir de la opción por la lucha armada– y los modos en que esas participaciones supusieron cuestionar o negociar mandatos sociales y culturales sobre el género y las sexualidades. Como ha sucedido para otros contextos geográficos, la revisión de las modalidades de militancia en clave de género se ha iniciado con un foco en las mujeres y las feminidades y es solo recientemente que algunos estudios han incorporado una atención mucho más abarcadora a las masculinidades. En segundo lugar, un conjunto relativamente nuevo de trabajos se ha centrado en la reconstrucción de las tramas represivas tomando como punto nodal al género y las sexualidades, acompañando –en el caso de Argentina– la reemergencia de procesos legales contra represores y el ingreso de la violencia sexual como crimen de lesa humanidad. Por último, desde los estudios del género se ha revisitado uno de los temas más recorridos desde la ciencia política o el periodismo –ya en la década de 1970– como lo han sido los movimientos de familiares de personas presas o desaparecidas, en especial los conformados por madres y abuelas.

La historiografía que ha analizado las militancias en proyectos revolucionarios en clave de género ha tendido a establecer diálogos a escala regional, esto es, por ejemplo, entre investigadoras del Cono Sur o de América Central y el Caribe. Sin embargo, para cada una de esas “regiones”, al despuntar el nuevo milenio emergía el interés por indagar la historia del pasado reciente poniendo el foco en las experiencias y mandatos diferenciados para mujeres y varones, provenientes también de diversos orígenes sociales y culturales. Así, la politóloga Karen Kampwirth publicaba en 2002 una monografía fundamental para abordar, cuantitativa y cualitativamente, la participación de mujeres en movimientos guerrilleros en Nicaragua, El Salvador y Chiapas, donde también introducía una serie de preguntas importantes, en especial ligadas a los “costos” socioculturales diferenciales de ese involucramiento para varones y para mujeres y las dificultades que las organizaciones guerrilleras habían tenido para dar un paso más allá de la retórica igualitarista

y afrontar la persistencia de múltiples formas de machismo.²⁹ Algunas de esas mismas preguntas ha retomado la socióloga María Eugenia Ibarra Melo al investigar lo que llama “reconfiguración de la identidad femenina” en el marco de organizaciones guerrilleras en Colombia. En su investigación, basada en entrevistas en profundidad con expresas políticas y militantes, Ibarra Melo ha llamado la atención sobre los orígenes socioculturales de las militantes que ingresaron a fuerzas políticas que optaban por la lucha armada y que en la década de 1980 constituían casi el 40 por ciento de las FARC –dando cuenta que muchas tenían mayor nivel de instrucción que sus pares varones– y ha revisado en extenso el hecho de que muy pocas llegaran a posiciones de dirección, analizando la persistencia de “micromachismos” en todas las fuerzas y en cada nivel de las organizaciones, persistencia que algunas mujeres cuestionaron pero que la mayoría había naturalizado.³⁰ Y esa naturalización se anclaba, en buena medida, en la construcción histórica de un sujeto para la lucha armada, que era la figura masculinizada y juvenil del guerrillero y sus asociaciones con la fuerza física, el coraje y la entrega que Ernesto Che Guevara ha encapsulado. Sin embargo, como lo ha mostrado la historiadora Michelle Chase, esa figura emergió públicamente en Cuba alrededor de 1958, en un contexto de intensa disputa política interna en la cual “la sierra” tomaba preponderancia sobre otras formas de resistencia antidictatorial que incluían a un significativo segmento de mujeres –que luego, como ella muestra, también marcaron la agenda inicial del gobierno revolucionario, que ha seguido entronizando la figura del guerrillero heroico.³¹

La historiografía del pasado reciente en el Cono Sur producida en clave de género y sexualidades, sin establecer en muchos

²⁹ Karen Kampwirth, *Women & Guerrilla Movements: Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba* (Park State: Pennsylvania University Press, 2002).

³⁰ María Eugenia Ibarra Melo, *Mujeres e insurrección política en Colombia: reconfiguración de la identidad femenina en la guerrilla* (Cali: Pontificia Universidad Javeriana, 2009).

³¹ Michelle Chase, *Revolution within the Revolution: Women and Gender Politics in Cuba, 1952-1962* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015).

casos diálogos con sus pares trabajando sobre otros contextos geográficos, ha abordado temas y problemas similares. Uno de los ejes de estudio más prolíficos ha sido la interrogación sobre la participación de mujeres en organizaciones que se proclamaban por la lucha armada, algunas de las cuales –como sucediera en Argentina– se habían dado sus propios códigos escritos en torno a la "moral". Así, diversas historiadoras han analizado los modos en que esos códigos, escritos o no, retomaban o modificaban los mandatos culturales de la época sobre las relaciones entre varones y mujeres y la moral sexual, y las diversas maneras en las que lo "personal era político" en el marco de organizaciones que, a su manera, releían el lema feminista. Mucho más fundamentalmente, las investigadoras se han detenido en analizar las transformaciones subjetivas que implicaba el ingreso de mujeres a organizaciones que se proclamaban revolucionarias –y optaban por la lucha armada– y han buscado respuestas a preguntas tales como las maneras en que esas mujeres vivieron y transformaron los mandatos sobre la moral sexual, las "carreras" y el futuro profesional, y sobre todo la pareja y la maternidad. En muchos casos, las historiadoras han reconstruido un fresco ciertamente complejo. Muchas mujeres ingresaron y participaron de organizaciones políticas donde –pese a sus diferencias ideológicas e históricas– primaba una estructura jerárquica que replicaba roles de género tradicionales, en las que los varones, dada su capacidad para "ascender" al estatus de combatientes, legitimaban su voluntad de ejercicio de la toma de las decisiones importantes, mientras que a la mayoría de las mujeres se las "relegaba" a tareas o áreas de acción menos atractivas. Sin embargo, la participación en esas organizaciones supuso para muchas mujeres la posibilidad de llevar adelante microdecisiones que implicaban confrontaciones socioculturales –con sus familias de origen, sus parejas, las expectativas sobre ellas y sus futuros– y que alteraban, en la práctica, las comprensiones históricas sobre las relaciones de género.³² Solo de manera reciente la

³² Véase especialmente Isabella Cosse, "Infidelities: Morality, Revolution, and Sexuality in Left-Wing Guerrilla Organizations in 1970s Argentina",

historiografía ha comenzado a abordar las relaciones entre género y política desde las masculinidades, un área de indagación fundamental que tiene la potencialidad –como lo ha mostrado Isabella Cosse– de ir un paso más allá de la figura consolidada del “guerrillero heroico” para entrever, por un lado, cuáles eran los sentidos que esta figura asumía en diferentes contextos geográficos y temporales y, por el otro, comprender los modos en que competía con otras construcciones de masculinidad que también se cifraban a partir de las relaciones con la política, al menos en la década de 1970 en el Cono Sur.³³

La historiografía del pasado reciente, en sus conexiones con la historiografía del género y de las sexualidades, ha colaborado también a renovar los estudios sobre las ideas, prácticas y modalidades represivas, en especial en el Cono Sur. Una veta de estudios viene abordando las modalidades sexo-genéricas de las tramas represivas, especialmente en los espacios de prisión y en los centros clandestinos de detención. Para Argentina, diversos estudios han abordado las prácticas represivas en clave de género en prisiones “legales” –atendiendo, por ejemplo, a experiencias tanto de prisioneras como de mujeres represoras– y en centros clandestinos de detención, reconstruyendo desde las formas de parir y encontrar solidaridades entre compañeras presas como las formas específicas que asumió la violencia sexual, que en la última década se ha autonomizado como delito de lesa humanidad pero

Journal of the History of Sexuality 23-2 (2015), pp. 415-450; Alejandra Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2015); Tamara Vidaurrazaga, “El pecado pequeño-burgués en las organizaciones de la nueva izquierda revolucionaria latinoamericana. MIR chileno y MLN-T uruguayo”, *Estudios* 34 (2015), pp. 177-198; Cristina Scheibe Wolff, “Feminismo e configurações de gênero na guerrilha: perspectivas comparativas no Cone Sul, 1968-1985”, *Revista Brasileira de História* 27: 54 (diciembre 2007), pp. 19-38.

³³ Isabella Cosse, “Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970)”, *Revista Mexicana de Sociología* 81:4 (2019), pp. 825-854 y Olga Ruiz, “Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)”, *Revista Austral de Ciencias Sociales* 28 (2015), pp. 163-182.

que previamente había sido soterrada, como lo muestra un estudio comparado de los informes por "la verdad" en Chile.³⁴ De igual manera, los estudios sobre violencia sexual han incorporado solo recientemente una indagación por las incidencias entre prisioneros varones, y los modos en que prácticas habituales –como las violaciones– fueron llevadas adelante, pero también en muchos casos comunicadas y "tratadas".³⁵ Mientras la violencia genérica y sexual va siendo investigada en sus propios términos, algunos otros estudios han brindado materiales para abordar de qué maneras el personal de las fuerzas de seguridad fue socializado y entrenado para las tareas represivas, y han enfatizado que la construcción de la figura del "enemigo interno" se enmarcó en consideraciones sobre la moral sexual y los roles de género tradicionales. En sus representaciones habituales, propuestas desde usinas conservadoras civiles y militares que abrevaban de imágenes y discursos de circulación global (desde el macarthismo norteamericano hasta el integrista católico), el "enemigo interno" también se proponía subvertir el orden sexual y genérico, y en ese terreno también tendría que ser doblegado. Al analizar los modos y materiales con

³⁴ Débora D'Antonio, *La prisión en los años setenta: Historia, género y política* (Buenos Aires: Biblos, 2016) y "El carácter sexo-genérico de la represión estatal en la Argentina de la década del setenta", *Semata* 31 (2019), pp. 53-69; Barbara Sutton, *Surviving State Terror: Women's Testimonies of Repression and Resistance in Argentina* (New York: New York University Press, 2018); Victoria Álvarez, "*¿No te habrás caído?*" *Terrorismo de Estado, violencia sexual, testimonios y justicia en Argentina* (Málaga: Universidad de Málaga, 2019); Hillary Hiner, "Voces soterradas, violencias ignoradas. Discurso, violencia política, y género en los Informes Rettig y Valech", *Latin American Research Review* 44:3 (2009), pp. 50-74. Estudios en escala ampliada de violencia sexual y represión en María Sonderegger (comp.), *Género y poder. Violencias de género en contextos de represión política y conflictos armados* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2012).

³⁵ Brandi Townsend, "Violentando y rehabilitando masculinidades de izquierda: La tortura sexual contra hombres y la terapia psicológica en las organizaciones de derechos humanos durante la dictadura de Pinochet, 1970s-1980s", *Izquierdas* 43 (2018), pp. 159-184 y Jelke Boesten, *Sexual Violence during War and Peace Gender, Power, and Post-Conflict Justice in Peru* (London: Palgrave, 2014).

los que esa figura se fue delineando en Argentina y Brasil en los "largos sesenta", dos estudios sí retoman el marco referencial de la Guerra Fría, en particular para recomponer las reapropiaciones a escala latinoamericana de los imaginarios sobre sexualidades y política que organizaban la visión de un "otro" en las confrontaciones geopolíticas.³⁶

Mientras que segmentos significativos de la historiografía del pasado reciente se ha focalizado en el estudio de las tramas represivas y las militancias en organizaciones que se proclamaban por la revolución, otra línea revisa desde los estudios del género uno de los temas que ha suscitado atención ya en la década de 1970, esto es, la participación de mujeres en los movimientos de derechos humanos en general, y de familiares en particular. Investigadoras del Cono Sur han vuelto a abordar, por ejemplo, a organizaciones de madres de personas presas o desaparecidas en Argentina y Chile, entendiendo sus modalidades de acción y de reclamos en el marco de historias de mediana duración centradas en las familias y el género –en especial, las maternidades– y apropiándose en algunos casos de perspectivas novedosas, como el denominado "giro afectivo".³⁷ En tal sentido, los estudios reconstruyen nuevamente, desde una perspectiva histórica –antes que periodística o sociológica– la configuración de demandas, las redes y solidaridades entre familiares, y la importancia del discurso familiarista y "maternal" en la formulación de reclamos ante organismos de diversas escalas.

Como segmento intrínseco de la "historia reciente" o "historia del tiempo presente", los estudios con foco en género y sexuali-

³⁶ Benjamin Cowan, *Securing Sex: Morality and Repression in the Making of Cold War Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2015); Valeria Manzano, "Sex, Gender, and the Making of the 'Enemy Within' in Cold War Argentina", *Journal of Latin American Studies* 47:2 (2014), pp. 1-29.

³⁷ Carla Peñaloza Palma, "Duelo callejero: mujeres, política y derechos humanos bajo la dictadura chilena (1973-1989)", *Estudios Feministas* 23:3 (2015), pp. 959-973; Virginia Morales, "La subversión del grito: repensando la emergencia de las Madres de Plaza de Mayo", *Mora* 21 (2015), pp. 37-51.

dades han renovado la agenda y, en algunos casos, las preguntas privilegiadas. Como parte de sus hallazgos se encuentra la interrogación sobre las militancias en organizaciones revolucionarias en clave sexo-genérica, mostrando la persistencia permanente de machismos –y homofobia– dentro de las mismas, pero a la vez intentando deshilvanar los sentidos que sucesivas cohortes de mujeres proyectaron y crearon con sus militancias en tales entramados. A la vez, esta línea de investigaciones ha aportado a nuestro conocimiento sobre la violencia de género y sexual, tanto desde los testimonios de las víctimas como, en menor medida, desde los discursos e imaginarios que históricamente sirvieron para modelar las prácticas de las y los represores –ejercicio, en este último caso, en el que si primaron los marcos referenciales a la Guerra Fría.

CONCLUSIONES

Esta somera revisión de algunos de los temas y problemas abordados por la historiografía del género y las sexualidades en el pasado reciente latinoamericano ofrece una serie de pistas para abordar sus especificidades tanto como lo que comparte con otros campos. Primero, se trata de una imbricación (historia del pasado reciente y del género y las sexualidades) que es relativamente nueva, ya que ha despuntado a comienzos del siglo XXI. Segundo, en este subcampo los diálogos entre el norte y el sur de América son ciertamente aceitados –aunque algunas historiografías, como la brasileña, mantenga puentes institucionales y conceptuales posiblemente más sólidos con espacios académicos europeos. Tercero, buena parte de la emergencia y transformación de este subcampo se ha sostenido en el esfuerzo y la voluntad de investigadoras de algunas instituciones específicas que propiciaron la creación de redes y la periodicidad de encuentros y jornadas, como ha sucedido en Argentina y Brasil. Cuarto, ya sea en términos de intercambios en espacios académicos como en los sistemas de citados, las “áreas” de incumbencia suelen estar atadas a escalas nacionales o regionales (por ejemplo, el Cono Sur o México y América Central), pero

los cruces son muy escasos entre regiones. Esto último obedece posiblemente a las dificultades logísticas y económicas de sostener esos vínculos, tanto como a las deficiencias de muchos de los sistemas bibliotecarios en casi todos los países latinoamericanos –incluyendo sus universidades. Aunque en las historiografías centradas en algunos problemas y temas –como la historia del control de la natalidad o de los movimientos de “liberación homosexual”– se han hecho muchos esfuerzos en producir reconstrucciones que atraviesen regiones, la tarea es aún muy desigual.

También, y quizás por alguna de las mismas razones, ha sido muy desigual la apropiación y el uso de un marco de referencias de guerra fría, aun cuando la expresión suele mencionarse en una mayoría de los trabajos para señalar un “contexto”. Como lo ha mostrado este ensayo, aquel marco de referencias es estructurante de muchos de los trabajos que han analizado el control de la natalidad y las iniciativas de planificación familiar, en buena medida porque –en tanto proyecto– se asociaban a una disputa clave de la confrontación entre superpotencias y porque participaron agencias y agentes de Estados Unidos, generando en algunos casos fuertes controversias cifradas en un lenguaje antiimperialista. También, aunque de modo acotado, ese marco de referencias fue clave para los estudios que abordaron la construcción de las figuras de los “enemigos internos” por parte de sectores conservadores, tanto civiles como militares. Sin embargo, muchos otros de los problemas y temas investigados podrían ser, eventualmente, atravesados por algún concepto de guerra fría. Entre esos temas y problemas puede estar, por ejemplo, la emergencia, transformación y circulación global de la figura del “guerrillero heroico”: ¿cómo llegó hasta la ex Unión Soviética? ¿En cuáles modalidades esa figura que ataba edad y región –“Latinoamérica”– puede, o no, haber contribuido a volver a imaginar los alcances de la revolución y sus posibles ramificaciones en las arenas del género y las sexualidades para jóvenes varones y mujeres? ¿Qué imágenes y significados han prevalecido y cuáles fueron sus variaciones en el tiempo? Este tipo de análisis podría contribuir a una mejor comprensión de la relación entre América Latina y el antiguo bloque soviético que, reconstrui-

da más allá de los esfuerzos diplomáticos, reconozca también la pregnancia de las dimensiones sexo-genéricas en la política. Para la historia del género y las sexualidades en el pasado reciente latinoamericano, implicaría –entre otras cuestiones– poder introducir una clave de interrogación y análisis que descentre la mirada casi exclusiva sobre el eje “sur” y “norte”, un esfuerzo al cual también podría sumarse una interrogación más acabada por los vínculos “sur” y “sur”. En igual sentido, la incorporación de algún concepto de guerra fría puede ser útil y productiva para analizar las mutaciones desde los movimientos de “liberación homosexual” hacia los lenguajes de la ciudadanía: ¿Qué vínculos establecieron esos cambios no solo con las transiciones hacia ordenes democráticos en diversos países latinoamericanos, sino con una oleada mucho más abarcadora que atravesaba desde Sudáfrica hasta Europa del Este? Un trabajo más preciso sobre, y con, un marco referencial de guerra fría permitiría potenciar algunas cuestiones claves en el subcampo de la historia del género y de las sexualidades en el pasado reciente en América Latina. En primer lugar, este marco podría ser útil para ampliar las escalas temporales de lo que suele denominarse “historia del pasado reciente”, muy atada a las décadas de 1960 y 1970. Como lo muestran los estudios sobre control de la natalidad, se trató de dinámicas que se remontaban a la segunda mitad de la década de 1940. Algo similar podría suponerse en caso de que se produjeran, por ejemplo, estudios de largo alcance sobre prácticas vestimentarias y de mostración del cuerpo (femenino). En segundo lugar, la incorporación de ese marco, incluyendo en sentido estricto las dinámicas de confrontación entre los dos superpoderes hegemónicos en todos los terrenos, podría también colaborar a corroborar los alcances de la competencia de agencias y agentes tanto como de modelos y representaciones en las arenas vinculadas al género y a la sexualidad. En tal sentido, los estudios sobre género y sexualidad –como los relacionados a la cultura de masas– son potencialmente muy útiles para abordar la cotidianeidad de esas competencias geopolíticas, iluminando sus variaciones en el tiempo.

Por una perspectiva desarrollista de la Guerra Fría latinoamericana

Rafael R. Ioris

*Profesor titular del Departamento de Historia
de la Universidad de Denver*

Felipe Loureiro

*Profesor asociado del Instituto de Relaciones Internacionales
de la Universidad de São Paulo*

POR QUÉ UN ANÁLISIS DESARROLLISTA DE LA GUERRA FRÍA LATINOAMERICANA

Además de violenta y desestabilizadora, la experiencia latinoamericana de la Guerra Fría fue también contradictoria. Si bien se produjo un nuevo ciclo de intervenciones estadounidenses en la región y un aumento del grado, la escala y la sofisticación de la represión en defensa de las estructuras de poder oligárquicas, también se produjo un crecimiento y una diversificación de la movilización contra el *statu quo*. El periodo también se caracterizó por una profundización del ciclo reformista que se venía desarrollando desde el periodo de entreguerras en varios países, así como por una represión asociada y creciente para debilitar o impedir cualquier reformismo. Sorprendentemente, dada su importancia, aunque los trabajos

sobre la Guerra Fría latinoamericana se han vuelto más complejos en los últimos años, todavía existe un gran vacío en la literatura –incluso en la academia anglófona– sobre el tema de la búsqueda del desarrollo acelerado, un fenómeno que contribuyó a definir, en gran medida, el curso de la región a mediados del siglo xx.

El influyente autor realista Jorge Domínguez, por ejemplo, ofrece una buena síntesis de la visión tradicional sobre el tema. Ello porque entiende que América Latina no habría sido central en los desarrollos y la dinámica general de la Guerra Fría, y también porque afirma que la matriz económica de las relaciones hemisféricas –antes importante tanto en las primeras décadas del siglo como durante el periodo de la política norteamericana llamada de Buen Vecino– habría sido guiada, durante la Guerra Fría, esencialmente por razones geopolíticas. Desde este punto de vista, la implicación norteamericana en el golpe de Estado de 1954 en Guatemala estuvo motivada no por las pérdidas económicas que las empresas estadounidenses estaban sufriendo en el país, sino por la lógica de la contención para frenar la supuesta expansión del comunismo global representado, a juicio de Estados Unidos, por el gobierno de Arbenz.¹

Si las llamadas vertientes clásicas,² o incluso las asumidas como revisionistas,³ no han incorporado suficientemente la temá-

¹ Jorge Domínguez, "US-Latin American Relations During the Cold War and its Aftermath", en Victor Bulmer-Thomas y James Dunkerley, *United States and Latin America: The New Agenda* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1999), pp. 33-50.

² George F. Kennan, *American diplomacy* (Chicago: University of Chicago Press, 1951); Herbert Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought* (Princeton: Princeton University Press, 1957); Arthur M. Schlesinger, Jr., "Origins of the Cold War", *Foreign Affairs* (octubre 1967), pp. 22-52.

³ William Appleman, *The Tragedy of American Diplomacy* (Cleveland: World Pub. Co., 1959); Joyce y Gabriel Kolko, *The Limits of Power: The World and United States Foreign Policy, 1945-1954* (New York: Harper & Row, 1972); Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-1971* (New York: Wiley, 1972); Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (New York: Hill and Wang, 1995).

tica económica en sus análisis, es interesante constatar que incluso trabajos más recientes, que han venido dando mayor énfasis a la agencia de los actores regionales y han aportado nuevas perspectivas en la propia escala cronológica de análisis, siguen manteniendo, sin embargo, gran parte de su enfoque analítico en dinámicas no económicas para explicar el desarrollo de la guerra fría regional.⁴ Al hacerlo, ambas líneas de interpretación desconocen la importancia histórica y la riqueza teórica producida sobre el tema del desarrollo nacional en el continente, ya sea por el pensamiento estructuralista desarrollado bajo la égida de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL), o por la rica reflexión crítica consolidada en las llamadas Teorías de la Dependencia.⁵

Se observa, entonces, que la historiografía de la Guerra Fría latinoamericana, y las líneas de reflexión asociadas, aún carecen de un mayor reconocimiento del papel profundamente transformador que tuvieron en la región las nuevas ideas, proyectos y políticas públicas vinculadas a la noción de desarrollo nacional acelerado, especialmente en términos de la profundización de las expectativas y la movilización de nuevos sectores sociales en la búsqueda de cambios en el panorama socioeconómico, político, ideológico y cultural.⁶ Des-

⁴ Véase en especial Greg Grandin y Gilbert M. Joseph (eds.), *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin America's Long Cold War* (Durham: Duke University Press, 2010) y Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, 2007).

⁵ Entre algunos de los principales trabajos del estructuralismo latinoamericano, se destacan: Raúl Prebisch, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems* (New York: United Nations, 1950); Celso Furtado, *Formação Econômica da América Latina* (Rio de Janeiro: Lia Editora, 1959); Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (New York: Monthly Review Press, 1967); Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (Ciudad del México: Siglo XXI, 1970). Para la teoría de la dependencia, el marco clásico es Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1969).

⁶ Rafael R. Ioris y Vanni Pettinà, "Debating Latin America's Cold War: A Vision from the South", *History Compass* (enero 2023), pp. 1-9.

de nuestro punto de vista, este compromiso con el tema del desarrollo es necesario, tanto empíricamente como por ser una importante herramienta heurística de interpretación, dado que estos procesos fueron centrales para ayudar a explicar, directa o indirectamente, la radicalización del panorama político e ideológico regional, ya sea en el compromiso por el cambio o en la reacción coordinada para evitarlo –procesos que en conjunto hicieron que la Guerra Fría se viviera de manera tan dramática en América Latina.

En este sentido, en las páginas que siguen presentamos una reflexión crítica de la literatura sobre la Guerra Fría latinoamericana desde lo que llamamos una perspectiva desarrollista, o de desarrollo. Sugerimos, como estudiosos del tema, cuyos trabajos asociados a este objeto serán incorporados más adelante, que tal clave de análisis permite comprender mejor los arreglos políticos y económicos establecidos a escala hemisférica entre actores estatales y privados, especialmente en el tercer cuartil del siglo xx, y que, en su conjunto, fueron esenciales para definir la dinámica del conflicto en la región. En la medida de lo posible, centramos el análisis en autores latinoamericanos, o que al menos trabajaron con fuentes latinoamericanas, ya que, como muestra este volumen, el debate historiográfico se ha centrado principalmente en obras de autores anglosajones. No obstante, muchos de los puntos que se exponen a continuación también son válidos para la literatura anglófona, que, en términos generales, aún no ha producido un diálogo sistemático con las teorías latinoamericanas del desarrollo.

Siguiendo con el corte del capítulo, considerando que la búsqueda de cooperación externa fue clave en el proceso desarrollista, especialmente en las décadas de 1950 y 1960, las experiencias de cooperación y ayuda económica merecerán especial énfasis en nuestro análisis. Asimismo, dado el desequilibrio de los estudios existentes sobre la región en su conjunto, se tomaron los casos más paradigmáticos de dicha dinámica como representativos de las tendencias regionales, aunque en su mayoría se basen en experiencias particulares. Siguiendo una lógica cronológica, el capítulo presenta una primera parte en la que se analizan dinámicas históricas hemisféricas centrales para la comprensión del contex-

to de desarrollo regional, seguida de una reflexión historiográfica más detallada. Finalmente, el análisis se estructura de manera que se destacan las transformaciones y continuidades, contradicciones y, especialmente, oportunidades perdidas, que pueden ofrecer nuevas y más ricas formas de reflexionar sobre la Guerra Fría latinoamericana, un proceso de creciente desgarramiento del horizonte reformista de las décadas anteriores y de profundización de una lógica cada vez más polarizada y de dinámicas sociales cada vez más violentas.

LA BÚSQUEDA DEL DESARROLLO ACELERADO EN LA GUERRA FRÍA DE AMÉRICA LATINA: NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE LOS AÑOS FUNDACIONALES

La historia desarrollista de la posguerra en América Latina se inicia bajo una lógica de diálogo de sordos. Acostumbrados a la experiencia innovadora de la Política del Buen Vecino, los líderes latinoamericanos, especialmente aquellos que se habían alineado más decididamente con los esfuerzos de los países aliados en la lucha contra el nazi-fascismo durante la guerra, como los de Brasil y México, exigieron que las dinámicas más colaborativas implementadas en los años treinta y especialmente en la primera mitad de los cuarenta siguieran definiendo el rumbo de la región. A su vez, Estados Unidos, que ya no era solo un país hegemónico en el continente americano, sino también una potencia económica, diplomática y militar única a escala global, entendía de manera muy diferente la cuestión de la colaboración con los países al sur del río Bravo, especialmente en términos de apoyo al desarrollo regional. En este sentido, la contribución que ofrecen las narrativas más amplias o que añaden la dimensión política e intelectual es insertar tales iniciativas dentro de los debates centrales que definieron gran parte de lo que ocurrió en la mayoría de los países regionales a mediados de siglo. Estos trabajos señalan cómo tales esfuerzos no habrían sido posibles de no ser por nuevos arreglos políticos amplios, cuyas concertaciones tuvieron ciertamente connotacio-

nes locales, pero que, en común, buscaron ampliar las funciones administrativas de los gobiernos centrales como respuestas políticas y económicas a las graves necesidades de sociedades que experimentaban rápidas transformaciones demográficas, urbanas y socioculturales.⁷

Pero a pesar de estar basadas en ideas ambiciosas y de gran impacto entre influyentes círculos políticos e intelectuales –y apoyadas en nuevos arreglos políticos que crearon las condiciones para la posibilidad de promover la búsqueda de un desarrollo basado en nuevos modelos económicos regionales–, estas políticas no habrían tenido el impacto que tuvieron, al menos en los países más grandes de la región, si no hubieran existido nuevas líneas de compromiso entre actores clave de todo el hemisferio que, al menos en sus primeros años, permitieron creer en la posibilidad de nuevas líneas de desarrollo dentro de los moldes capitalistas.⁸ Y dado que, incluso en los casos supuestamente exitosos, en el sentido de lograr algún grado de transformación de la base económica desde una matriz esencialmente primaria para incluir también

⁷ Leslie Bethell y Ian Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948* (Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, 1992); véase Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza Editorial, 1970); Albert O. Hirschman, "The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America", *The Quarterly Journal of Economics* 82:1 (febrero 1968), pp. 1-32; Luis Bértola y José Antonio Ocampo, *The Economic Development of Latin America since Independence* (Oxford: Oxford University Press, 2012); Joseph Love, "The Rise and Decline of Economic Structuralism in Latin America: New Dimensions", *Latin American Research Review* 40:3 (2005), pp. 2-2; Kathryn Sikkink, *Ideas and Institutions: Developmentalism in Brazil and Argentina* (Ithaca: Cornell University Press, 2012); Sérgio Besserman Vianna y André Villela, "O pós-guerra", en Fabio Giambiagi (ed.), *Economia brasileira contemporânea (1945-2004)* (Rio de Janeiro: Campus, 2005). Trabajos más recientes confirman tales entendimientos, como, por ejemplo, el importante trabajo sintético reciente de Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018).

⁸ Leslie Bethell e Ian Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948* (Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, 1992).

elementos industriales, tales experiencias tendieron a ser seguidas por procesos de fuerte desestabilización política y, casi siempre, por el ascenso al poder de formas autoritarias.

Al contrario de la noción de modernización acelerada como panacea para los problemas regionales, promovida por los actores públicos y privados norteamericanos en la región (acciones que serán detalladas en la próxima sección), el caso de la búsqueda del desarrollo industrial en Brasil en la década de 1950, por ejemplo, es analizado crítica y minuciosamente por uno de los autores de este capítulo. De manera concreta, a través de un examen multidimensional de los múltiples esfuerzos que se pusieron en práctica en este periodo, ya sea por parte de líderes políticos, burocráticos, diplomáticos, empresariales, intelectuales e incluso sindicales, el análisis de Rafael Ioris muestra claramente cómo la búsqueda de un desarrollo acelerado, aunque en teoría se asumiera como consensual, en realidad revelaba profundas complejidades y desafíos estructurales de una sociedad en rápida transformación.

De hecho, de forma detallada y basándose en ricas y diversas fuentes diplomáticas, intelectuales, empresariales y sindicales, el polifacético trabajo de Ioris demuestra bien cómo, aunque el objetivo de la industrialización asumía un papel destacado entre un número creciente de miembros influyentes de diferentes segmentos sociales, no existía, sin embargo, una posición unívoca sobre qué camino de desarrollo debía seguir Brasil en la década de 1950. Y a medida que las políticas del gobierno federal se fueron implementando, profundas diferencias ideológicas asumieron cada vez más predominio en los debates políticos y en los diferentes cursos de acción de los principales actores políticos, en un proceso turbulento que culminaría, en clara y recurrente contradicción con las expectativas de las promesas modernizadoras del periodo, en el colapso del régimen democrático a mediados de la década siguiente.⁹

Si el caso brasileño sería paradigmático del impacto negativo de un proceso de industrialización llevado a cabo de forma ace-

⁹ Rafael R. Ioris, *Transforming Brazil: A History of National Development in the Postwar Era* (New York: Routledge, 2014).

lerada, la experiencia de los primeros años de la industrialización mexicana, en cambio, suele tomarse como la que mejor representa un proceso de industrialización acelerada a través de colaboraciones con actores externos, pero que, aunque seguido de una creciente autocracia gubernamental, no experimentaría un golpe militar como varios de sus vecinos del sur. La perdurable singularidad de México en la posguerra comienza a ser mejor dilucidada por trabajos recientes como el de Vanni Pettinà, quien analiza los orígenes bastante específicos de la industrialización acelerada que tuvo lugar en México en la inmediata posguerra. Publicado en 2015, centrado en la administración de Miguel Alemán (1946-1952), y resultado de un trabajo de investigación que incluyó archivos nacionales de varios países, así como archivos de organismos multilaterales de promoción económica entonces en creación, el estudio de Pettinà refuerza análisis ya establecidos en la materia (citados en la introducción), pero apunta bien al aspecto idiosincrático de la experiencia mexicana.¹⁰

Uno de esos aspectos, tal vez uno de los más sorprendentes e intrínsecos del caso mexicano –tema que podría haber sido más enfatizado si el artículo hubiera buscado apuntar a una perspectiva más regional, y que sería, por lo tanto, una de las áreas donde nuevos estudios tienen gran potencial de contribución– es el hecho de que, a pesar de que ese país tenía, ya desde la década de 1930, un formato de Estado aún más corporativista que, por ejemplo, el brasileño, las políticas desarrollistas de Alemán lograron ser mejor vistas por el gobierno de Truman que las de los demás países de la región. De hecho, en un buen contraste con el caso mexicano, aunque mejor escudriñado por los nuevos estudios comparativos, por más esfuerzos de cooperación que se hubieran establecido entre Brasil y EE. UU., por ejemplo, todavía había una gran resistencia, del lado norteamericano, a aceptar formas más ambiciosas de actuación de los actores públicos brasileños en la promoción industrial –que, se-

¹⁰ Vanni Pettinà, "Adapting to the New World: Mexico's International Strategy of Economic Development at the Outset of the Cold War, 1946-1952", *Culture & History Digital Journal*, 4:1 (enero 2015), pp. 1-16.

gún la narrativa profundizada por la administración Eisenhower, debería ser perseguida principalmente por el capital privado.¹¹

Pettinà también detalla cómo la estabilidad gubernamental del modelo de Estado mexicano fue bien recibida en Washington, de modo que favoreció la obtención de ayuda. En otras palabras, a pesar de la retórica del gobierno estadounidense en defensa de la democracia –que fue aún más pronunciada en el caso de la Alianza para el Progreso de John Kennedy, analizada en la siguiente sección–, la preferencia por la “estabilidad” (que a menudo significaba la oposición de Washington a los resultados santificados por las urnas) parece haber sido clave para entender la experiencia mexicana de posguerra en el contexto de las políticas de desarrollo y las relaciones con Estados Unidos. El trabajo señala así una nueva línea de investigación que el autor seguiría posteriormente –la de insertar los casos latinoamericanos en el contexto más amplio de lo que hoy se conoce como Sur Global–,¹² como el caso de la búsqueda más exitosa y estable de formas de desarrollo acelerado a través de negociaciones con países proveedores de fondos ubicados en el Norte Global, contribuyendo a mostrar cómo el caso mexicano presenta fuertes similitudes con los casos indio y egipcio, por ejemplo.

Pero aunque exista un conocimiento general de las cuestiones centrales involucradas en los procesos de colaboración económica hemisférica, que estarían cada vez más implicadas en las crecientes disputas Norte-Sur –a medida que la guerra fría regional se volvía, con el tiempo, cada vez menos “fría”– existe todavía, como señalamos anteriormente, un gran vacío sobre cómo tales

¹¹ Marcelo de Paiva Abreu, “The Brazilian Economy, 1945-1964”. Texto para *Discussão* 414, Departamento de Economía (Rio de Janeiro: Pontificia Universidade Católica, 2000); Margarita López-Maya, “The Change in the Discourse of US-Latin American Relations from the End of the Second World War to the Beginning of the Cold War”, *Review of International Political Economy* 2:1 (invierno 1995), pp. 135-149; y Stephen Rabe, “The Elusive Conference: United States Economic Relations with Latin America, 1945-1952”, *Diplomatic History* 2:3 (verano 1978), pp. 279-294.

¹² Thomas Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

cuestiones se relacionaban con dinámicas geopolíticas más amplias, especialmente en lo que se refiere a otras formas de ayuda o colaboración para el desarrollo latinoamericano. Es cierto que, aunque todavía pocos, algunos estudios recientes han empezado a cambiar este panorama. Y centrándose en el importante caso de las dinámicas que volvieron a producirse en Brasil, el trabajo de Claiton Silva apunta hacia nuevas direcciones de investigación que amplían nuestro conocimiento sobre las interacciones hemisféricas de los actores no estatales en las dinámicas de desarrollo de los inicios de la Guerra Fría latinoamericana. Centrándose en las actividades de modernización agrícola a través de proyectos de extensión rural promovidos por la Asociación Internacional Americana para el Desarrollo Económico y Social (AIA) bajo el liderazgo de Nelson Rockefeller, Silva argumenta que tales iniciativas se acoplaban perfectamente en la nueva lógica de cooperación establecida por la administración Truman. El texto también señala, aunque no lo desarrolla en detalle, cómo las acciones de las agencias de cooperación privadas o semiprivadas tuvieron presencia no solo regional, sino mundial, y también pueden ser foco de análisis en las líneas de estudios comparativos entre países del Sur.¹³

En su conjunto, el análisis ofrece un buen panorama del contexto regional de las actividades de Nelson Rockefeller, aunque el artículo carece de una investigación detallada de las actividades rutinarias y, por tanto, del posible impacto de la propia AIA.¹⁴ Tales

¹³ Claiton Marcio da Silva, "Nelson Rockefeller e a atuação da American International Association for Economic and Social Development: debates sobre missão e imperialismo no Brasil, 1946-1961", *História, ciências, saúde-Manguinhos* 20:4 (octubre-diciembre 2013), pp. 1695-1711.

¹⁴ La literatura sobre las actividades de Nelson Rockefeller en América Latina ya dispone de algunos buenos trabajos generales, incluido el de Elizabeth Cobbs, *The Rich Neighbor Policy: Rockefeller and Kaiser in Brazil* (New Haven: Yale University Press, 1992); Marcos Cueto (ed.), *Missionaries of Science: the Rockefeller Foundation and Latin America* (Bloomington: Indiana University Press, 1994); Darlene Rivas, *Missionary Capitalist: Nelson Rockefeller in Venezuela* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002); y Antonio Pedro Tota, *O Amigo Americano: Nelson Rockefeller e o Brasil* (São Paulo: Companhia das Letras, 2014).

limitaciones se derivan, al menos en parte, de la escasez documental que actualmente comienza a resolverse. De hecho, en un artículo más reciente, el mismo autor ofrece una perspectiva más detallada, basada en material de archivo, de la labor de las agencias creadas por Rockefeller en América Latina, en particular en el ámbito de las actividades agrícolas.¹⁵ Las actividades de Rockefeller en la agricultura latinoamericana, especialmente en Brasil, se extendieron a través de diferentes medios, como en el caso de la creación de la Asociación de Crédito y Asistencia Rural (ABCAR) en Brasil, en 1956, tema que fue analizado por Felipe Loureiro y Lucas Guardiano en un artículo reciente, que demuestra la posibilidad de desarrollar el trabajo con mayor firmeza a partir de la documentación oficial disponible.¹⁶ El trabajo muestra cómo estas iniciativas estaban ancladas a un contexto más amplio de promoción estadounidense de la cooperación técnica en todo el mundo, así como en esfuerzos análogos en Brasil, como el CMBEU de 1951 y la Oficina Técnica Brasileño-Americana de Agricultura (OTA) de 1953.¹⁷ Del mismo modo, volvemos a destacar la noción, ya clara en la literatura existente, pero que aún merece un estudio más profundo sobre cómo tuvieron lugar tales procesos en casos concretos en toda la región, de que estas iniciativas de colaboración se produ-

¹⁵ Claiton Marcio da Silva, "Ciencia y saberes locales en la posguerra: la Asociación Internacional Americana para el Desarrollo Económico y Social (AIA) y los programas de modernización de la agricultura en Brasil (1945-1961)", *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* 67:1 (enero-junio 2015), pp. 1-14.

¹⁶ Felipe Loureiro y Lucas Guardiano, "Cooperação técnica Brasil-Estados Unidos e a extensão rural: A criação das bases do sistema ABCAR (1953-1958)", *Diálogos Latinoamericanos* 30 (2021). Número monográfico, pp. 1-18.

¹⁷ Para el programa *Ponto IV* y la actuación de la CMBEU en Brasil, véase también, respectivamente, Natalia Abreu Damasceno, "O programa Ponto IV e a articulação de projetos estadunidenses de desenvolvimento para a América Latina (1949-1954)", tesis de doctorado en Historia Global (Florianópolis, Santa Catalina: UFSC, 2022); y Nathalia Gomes, "A Comissão Mista Brasil-Estados Unidos para o Desenvolvimento Econômico (CMBEU) (1951-1953) à luz do Programa Ponto Quatro (1949) do governo Truman", *Revista Carta Internacional* 17:1 e1195 (2022), pp. 1-23.

ieron a través de actores públicos, privados y semiprivados, y que esta amplitud –a veces superpuesta– de esfuerzos supuso un reto para la gestión de la cooperación.

Como se señaló anteriormente, la promoción de actividades de extensión rural y de crédito fue central en los esfuerzos de modernización de la agricultura regional, visión que, a su vez, se basó en la noción de que los actores locales debían *buy in* (comprometerse) con las acciones de promoción del desarrollo para que se pudieran alcanzar resultados duraderos. Esta lógica se basaba en el paradigma de la "autoayuda" (*self-help*), tan central en todos los esfuerzos de ayuda exterior norteamericana de los años cincuenta y sesenta,¹⁸ y también existía el deseo de que las asociaciones receptoras de los fondos se convirtieran, con el tiempo, en autosuficientes. Pero aunque hayan tenido un impacto importante e incluso duradero en el proceso de modernización de la agricultura brasileña, estas actividades también tenían un sesgo claramente tecnocrático que no podía abordar plenamente los retos socioeconómicos y políticos más amplios de las sociedades latinoamericanas. Estos desafíos se harían más explícitos en los años siguientes. El curso de tales experiencias se vería dramáticamente impactado por la creciente disputa geopolítica por la influencia global que comenzó a regir las relaciones entre Estados Unidos y la URSS a fines de la década de 1950, proceso fuertemente relacionado con los acontecimientos regionales, especialmente con la Revolución cubana de 1959, como se analizará más adelante.

¹⁸ Rafael Ioris, "Capitalizing Latin America: US-Brazil Relations at the Height of the Hemispheric Cold War", *Sul Global* 2:2 (2021), pp. 38-59. Véase también Amy C. Offner, *Sorting Out the Mixed Economy: The Rise and Fall of Welfare and Developmental States in the Americas* (Princeton: Princeton University Press, 2019). Otro importante actor multilateral que seguía esa misma lógica privatista de cooperación internacional era el Fondo Monetario Internacional, analizado de manera innovadora en Fernanda Conforto de Oliveira, "The IMF as a 'mantle of multilateral anonymity': US-IMF-Brazil relations, 1956-9", *Cold War History* (2022), pp. 1-22.

LA MODERNIZACIÓN DE LA BÚSQUEDA DEL DESARROLLO ACELERADO VISTA DESDE EL SUR

La mayoría de los análisis sobre la ayuda económica y el desarrollo en América Latina se centran en las llamadas Teorías de la Modernización¹⁹ y en el mayor y más ambicioso programa de ayuda económica de Washington a la región: la Alianza para el Progreso, lanzada por la administración de John F. Kennedy en 1961 y que tendría un impacto significativo en la relación entre Estados Unidos y América Latina a lo largo de los años sesenta. Con la entrada del republicano Richard Nixon en la Casa Blanca en enero de 1969, la etiqueta de Alianza se retiraría definitivamente de la jerga de la política exterior estadounidense, aunque ya había ido perdiendo protagonismo con anterioridad. Con el entierro formal del programa de Kennedy en 1969, el exfuncionario de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) Jerome Levinson y el periodista de *The New York Times* Juan de Onís lanzaron, al año siguiente, una obra con el balance general de la Alianza para el Progreso.

Además de convertirse en una referencia inmediata sobre el tema, el título del libro de Onís y Levinson recogería durante mucho tiempo el espíritu de los estudiosos –sobre todo norteamericanos– sobre el resultado del programa norteamericano de ayuda económica: “la Alianza que perdió el rumbo”.²⁰ Incluso antes de la publicación de esta obra, estadistas, responsables políticos y periodistas latinoamericanos habían venido publicando análisis sobre las razones del fracaso de las grandiosas promesas de desarrollo socioeconómico y político de Washington para con el continente. Estas publicaciones iban, por ejemplo, desde la ácida evaluación

¹⁹ Michael Latham, *Modernization as Ideology: American Social Science and “Nation Building” in the Kennedy Era* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000) y Nils Gilman, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2007).

²⁰ Jerome Levinson y Juan de Onís, *The Alliance That Lost Its Way. A Critical Report on the Alliance for Progress* (Chicago: Quadrangle Books, 1970).

del periodista argentino Gregorio Selser, que calificó a la Alianza para el Progreso, ya en 1964, de "mal nacida", hasta la interpretación del exministro de Hacienda de Colombia, el liberal Hernando Agudelo Villa, que destacaba la "esperanza" seguida de una profunda "frustración" que el paquete económico norteamericano había suscitado en la región.²¹

A diferencia del trabajo clásico de Levinson y Onís, los escritos de los latinoamericanos acabaron siendo ignorados por la literatura académica anglosajona centrada en la Alianza para el Progreso. Nada representa mejor esta tendencia que el hecho de que el propio título de la obra clásica de Levinson y Onís –"la Alianza que perdió el rumbo"– fue tomado en realidad de un artículo publicado en 1967 por el presidente de la Democracia Cristiana chilena, Eduardo Frei Montalva, en la revista *Foreign Affairs*.²² Aunque Levinson y Onís dieron crédito a Frei, fueron los primeros, y no el presidente chileno, quienes finalmente serían identificados con la expresión.²³ En cierto sentido, el uso y la recepción del trabajo de Levinson y Onís en el Norte Global condensa la trayectoria historiográfica de la producción latinoamericana sobre la Alianza para el Progreso, que todavía produce poco compromiso con la historiografía anglosajona.

Importantes trabajos sobre la experiencia de la implementación del programa económico de Kennedy en la región –tanto los producidos por académicos latinoamericanos como los que se basaron fundamentalmente en fuentes primarias latinoamericanas–

²¹ Gregorio Selser, *Alianza para el Progreso: la mal nacida* (Buenos Aires: Ediciones Iguazú, 1964); Hernando Agudelo Villa, *La Alianza para el Progreso: esperanza y frustración* (Bogotá: Ediciones Tercero Mundo, 1966).

²² Eduardo Frei Montalva, "Urgencias in Latin America: The Alliance that Lost its Way", *Foreign Affairs* (abril 1967) [<https://www.foreignaffairs.com/articles/south-america/1967-04-01/urgencias-latin-america>] (consultado el 2 de diciembre de 2022).

²³ Jerome Levinson y Juan de Onís, *The Alliance That Lost Its Way. A Critical Report on the Alliance for Progress* (Chicago: Quadrangle Books, 1970), p. 204. Para un ejemplo de identificación de la expresión con la obra de Levinson y Onís, véase Mark Gilderhus, "An Emerging Synthesis? U.S.-Latin American Relations since the Second World War", *Diplomatic History* 16:3 (1992), pp. 429-452 y 446.

continúan siendo, salvo raras excepciones, poco explorados por los historiadores del Norte, incluso si, en algunos casos, son siquiera citados.²⁴ La producción historiográfica norteamericana centrada en la Alianza para el Progreso –entendida aquí no solo como la escrita por norteamericanos, sino, sobre todo, la producida exclusivamente a partir de fuentes primarias y secundarias norteamericanas– sigue dominando el campo, como atestiguan recientes revisiones bibliográficas, inclusive aquellas que tuvieron en cuenta parte de la producción historiográfica latinoamericana en el área.²⁵ Curiosamente, esta tendencia es seguida también por estudiosos latinoamericanos, lo que puede verse en un reciente dossier sobre el impacto de la Alianza para el Progreso en diferentes países de América Latina publicado en 2020 por la *Revista de Historia (Conceptión)*, por ejemplo, que mostró muy poco compromiso con la literatura sobre la Alianza basada en fuentes latinoamericanas.²⁶

²⁴ Dos de las obras más referenciadas sobre la Alianza para el Progreso son prueba de ello. Respecto a la contribución de Stephen Rabe, esta se basa, única y exclusivamente, en fuentes estadounidenses. Jeffrey Taffet presenta una base empírica más equilibrada, aunque sigue haciendo mayor hincapié en las fuentes secundarias norteamericanas. Véanse Stephen Rabe, *The Most Dangerous Area in the World. JFK Confronts Communist Revolution in Latin America* (Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press, 1999); y Jeffrey F. Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy. The Alliance for Progress in Latin America* (New York/London: Routledge, 2007). Las producciones más recientes de ambos autores sobre la Alianza mantienen esas características. Véase Stephen Rabe, *The Killing Zone: The United States Wages Cold War in Latin America* (Oxford/New York: Oxford University Press, 2016), cap. 5; y Jeffrey Taffet, "Latin America", en Marc Silverstone (ed.), *A Companion to John F. Kennedy* (Malden/Oxford: John Wiley and Sons Ltd, 2014), pp. 307-327.

²⁵ Michael Dunne, "Kennedy's Alliance for Progress: Countering Revolution in Latin America. Part II: The Historiographical Record", *International Affairs* 92:2 (2016), pp. 435-452.

²⁶ A título ilustrativo, véase el análisis de los casos argentino y brasileños del dossier. María Victoria Carsen y Horacio García Bossio, "Desarrollismo y diseño institucional de la Alianza para el Progreso en Argentina", *Revista de Historia* 1:27 (2020), pp. 190-211; y Vera Alves Cepêda, "Tensiones entre el proyecto Alianza para el Progreso y el desarrollismo nacional en Brasil", *Revista de Historia* 1:27 (2020), pp. 45-76.

A pesar de generar menos impacto en la academia anglosajona, las últimas dos décadas han sido prolíficas en excelentes trabajos académicos sobre la Alianza para el Progreso construidos en diálogo con fuentes primarias y secundarias latinoamericanas. Hay importantes contribuciones especialmente para los países más grandes, como Argentina y Brasil, aunque países medianos y pequeños, como Bolivia, Colombia, Chile y Nicaragua, también han sido objeto de análisis sistemáticos.²⁷ En términos nacionales, a pesar del sugerente análisis de Pettinà mencionado anteriormente, la principal laguna se encuentra en México, que aún carece de un estudio de envergadura.²⁸ Lo mismo ocurre con los análisis que tienen un enfoque internacional y/o transnacional, así como con los estudios de síntesis, como es el caso del trabajo de Jeffrey Taffet, que enfatiza las contribuciones académicas latinoamericanas sobre la compleja y multifacética experiencia continental durante la Alianza para el Progreso.²⁹ Dado que las investigaciones centradas en experiencias nacionales son las más destacadas en la literatura, dividiremos nuestros comentarios en base a casos de países, comenzando por los dos sobre los que disponemos de más trabajos: Argentina y Brasil.

El caso argentino es sumamente interesante de ser analizado en la medida en que su presidente de la época, Arturo Frondizi, de

²⁷ Ejemplos importantes en ese sentido, y que no serán analizados en este capítulo por falta de espacio, son Diana Marcela Rojas, "La Alianza para el Progreso en Colombia", *Análisis Político* 23:70 (2010), pp. 91-124; Jeffrey Taffet, "Alliance for What? US Development Assistance in Chile During the 1960s", tesis doctoral (Georgetown: Georgetown University, 2001); y Juan Alexys Acuña, "La Alianza para el Progreso como programa interamericano en el contexto político nicaragüense del somocismo", *Presente y Pasado. Revista de Historia*, 16:32 (2011), pp. 319-336.

²⁸ El trabajo de Renata Keller es una referencia clave para el México de los años sesenta, pero el foco de la autora está puesto sobre todo en las relaciones del país con Estados Unidos y Cuba a la luz de la experiencia revolucionaria mexicana. Véase Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (New York: Cambridge University Press, 2015).

²⁹ Jeffrey F. Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy. The Alliance for Progress in Latin America* (New York/London: Routledge, 2007).

la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), constituía, en teoría, uno de los liderazgos más susceptibles de ser identificados como símbolo de la Alianza para el Progreso, es decir, un liderazgo democrático, comprometido con el desarrollo socioeconómico del país, pero que rechazaba las perspectivas nacionalistas radicales y que se mantenía distante de los sectores más izquierdistas de la sociedad, como peronistas y comunistas.³⁰

A pesar de estas credenciales, Frondizi sería depuesto por un golpe militar en marzo de 1962, semanas después de finalizada la II Conferencia de Punta del Este, en Uruguay, cuando Buenos Aires, junto con otros cinco países latinoamericanos (Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México), se abstendría ante una resolución que determinaba la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). ¿Hasta qué punto la política exterior argentina de defensa de los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, que tuvo su mayor símbolo en Punta del Este, comprometió las relaciones con Washington, contribuyendo a la caída de Frondizi?

Este es uno de los principales problemas abordados por la obra de Leandro Morgenfeld.³¹ De manera concreta, y basándose principalmente en fuentes gubernamentales argentinas, Morgenfeld historiza la relación Buenos Aires-Washington durante el go-

³⁰ Para una perspectiva general de la historia argentina de posguerra, véase Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)* (Buenos Aires: Ediciones Macchi, 2000), caps. 4-8.

³¹ Véase, principalmente, Leandro Morgenfeld, "Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta Del Este (1961-1962)", *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad* 20:40 (2012), pp. 1-29. A pesar de estar menos enfocado en la relación entre desarrollismo y Alianza para el Progreso, otros artículos del autor también exploran el tema. Véase, por ejemplo, Leandro Morgenfeld, "Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano durante la crisis de los misiles (1962)", *História: debates e tendências* 12:2 (2012), pp. 323-341. Un estudio de referencia sobre el gobierno de Frondizi y el tema del desarrollo, aunque habiendo puesto poquísimo énfasis en la Alianza para el Progreso, es el de Celia Szusterman, *Frondizi and the Politics of Developmentalism in Argentina, 1955-1962* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1993).

bierno de Frondizi (1958-1962), utilizando como ancla de análisis las conferencias interamericanas (San José, 1960; y Punta del Este I y II, 1961 y 1962). El autor muestra, por un lado, cómo Frondizi tejió un acercamiento sin precedentes con Estados Unidos –Frondizi sería el primer presidente del país en visitar Washington–, vinculando directamente el esfuerzo de desarrollo nacional a la necesidad de apoyo económico exterior, tanto en términos de capital público como de inversiones y préstamos privados. Por otro lado, sostiene Morgenfeld, especialmente a partir de 1961, desilusionado con la dimensión del compromiso norteamericano hacia la economía argentina, Frondizi habría decidido recurrir a la política exterior como forma de regatear un mayor apoyo económico norteamericano, utilizando como factor de presión el peligro del comunismo en América Latina, metaforizado por Cuba.

Morgenfeld también señala cómo se movilizó la diplomacia argentina para evitar que la Alianza para el Progreso de Kennedy se convirtiera en un mero programa de asistencia. En la medida en que Kennedy no igualó la envergadura y la urgencia defendidas por la administración Frondizi en términos de apoyo económico, Buenos Aires mantuvo su política exterior de mayor independencia de Washington –y ello a pesar, dice el autor, de la fuerte presión de Kennedy sobre Frondizi entre finales de 1961 y principios de 1962.³² Al fin y al cabo, continúa el autor, en parte por principios, pero también por pragmatismo político, el voto de abstención argentino en Punta del Este sobre la cuestión de la expulsión de Cuba de la OEA

³² Parte de la literatura especializada en política exterior argentina, como es el caso del trabajo de María Cecilia Míguez, entiende que, por más que las dimensiones “diplomática” y “estratégico-militar” de la administración Frondizi se hayan caracterizado por una “independencia” frente a Estados Unidos, lo mismo no habría sucedido en el ámbito económico, sobre todo por motivo de la subordinación del proyecto desarrollista a capitales internacionales. Por eso, según Míguez, el abordaje exterior de Frondizi no debe ser caracterizado como “independentista” o “autonomista”. Véase María Cecilia Míguez, “La relación entre la política económica interna y la política exterior en el proyecto desarrollista argentino, 1958-1962”, *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, 2:2 (2011), pp. 53-78 y 76.

acabaría desencadenando una gravísima crisis interna entre Frondizi y los militares, obligando al presidente, para no ser desalojado del poder, a romper relaciones con La Habana tras la finalización de la II Conferencia de Punta del Este. Finalmente, Morgenfeld sostiene que, aunque el Departamento de Estado norteamericano se hubiera mostrado reacio a reconocer al gobierno argentino después del golpe de marzo de 1962, "las presiones de la Casa Blanca" sobre el gobierno de Frondizi, especialmente en el área de política exterior, habrían terminado "debilitando aún más la posición del gobierno argentino, generando, en parte, las condiciones para su caída".³³

Además de Morgenfeld, otra referencia fundamental sobre el tema del desarrollo y la ayuda económica en Argentina en el contexto de la Alianza para el Progreso –y que también hace uso de documentos argentinos, pero que presenta un mayor equilibrio documental, empleando una amplia cantidad de fuentes norteamericanas– es el trabajo del historiador norteamericano Dustin Walcher, quien analiza, en profundidad, cómo la élite política argentina que llegó al poder con Frondizi en mayo de 1958 abrazó el discurso liberal modernizador propagado por los formuladores políticos y técnicos de la administración de Dwight Eisenhower (1953-1961).³⁴ Esta confluencia de pensamiento y acción de los responsables políticos argentinos y estadounidenses –a quienes Walcher se refirió felizmente como los "misioneros de la modernidad"– se produjo precisamente en un momento en el que la administración Eisenhower estaba llevando a cabo una importante revisión de su

³³ Leandro Morgenfeld, "Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta Del Este (1961-1962)", *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad* 20:40 (2012), p. 3.

³⁴ El trabajo principal de Walcher es su tesis de doctorado, que, por lo que sabemos, aún no fue publicada. Véase Dustin Walcher, "Missionaries of Modernization: The United States, Argentina, and the Liberal International Order, 1958-1963", tesis doctoral (Columbus: Ohio State University, 2007). Parte del argumento del autor referente al periodo posterior al golpe de 1962 fue resumido en Dustin Walcher, "Petroleum Pitfalls: The United States, Argentine Nationalism, and the 1963 Oil Crisis", *Diplomatic History* 37:1 (2013), pp. 24-57.

política exterior hacia América Latina, que se aceleraría tras la Revolución cubana de enero de 1959 y el posterior acercamiento de La Habana a Moscú en los meses siguientes.

La tesis de Walcher detalla bien cómo Frondizi y sus "misioneros", en particular el primer ministro de Economía de su gobierno, Rogelio Frigerio, apostaron fuerte por llevar a cabo un conjunto de reformas "liberalizadoras" en la economía del país –liberalización del tipo de cambio; reducción de la política de control primario de las exportaciones; la más simbólica de todas ellas, la autorización de inversiones extranjeras en sectores estratégicos como el petrolero– con el fin no solo de atraer capitales extranjeros para financiar la industrialización y la integración nacional de la economía argentina, sino también para recibir ayuda económica exterior tanto bilateral (Estados Unidos) como multilateral (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional [FMI] y, después de 1959, el propio Banco Interamericano de Desarrollo [BID]).³⁵ Los resultados, sin embargo, serían frustrantes para Frondizi, y ello incluso después de que Kennedy hubiera ascendido a la presidencia en Estados Unidos, inaugurando la Alianza para el Progreso. La frustración se explica, según el autor, en primer lugar, por la limitada ayuda económica externa que Argentina recibía de Washington y de los organismos financieros multilaterales sobre los que Estados Unidos tenía amplia ascendencia (FMI, BID, Banco Mundial) –durante el gobierno de Frondizi, Buenos Aires obtuvo dos grandes paquetes de ayuda de Washington (diciembre de 1958 y febrero de 1962), pero ambos paquetes presentaban varios tipos de limitaciones y trabas burocráticas, como la necesidad de firmar un acuerdo previo de estabilización con el FMI para la liberación de los recursos, por ejemplo.

³⁵ Frondizi también buscó ayuda económica externa más allá de Estados Unidos, incluyendo la propia Unión Soviética. Walcher también explora ese punto, además de otros estudiosos, como María Cecilia Míguez. Véase, por ejemplo, María Cecilia Míguez, "La relación entre la política económica interna y la política exterior en el proyecto desarrollista argentino, 1958-1962", *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo xx*, 2:2 (2011).

Otro elemento que generó serias frustraciones en el gobierno argentino fue la falta de contrapartida de las naciones ricas del Norte Global en la agenda del comercio internacional. Aunque tales países presionaron a Frondizi para que realizara una amplia liberalización económica, Washington, por ejemplo, aprobaría en mayo de 1959 sanciones contra la carne vacuna argentina, uno de los principales rubros de exportación del país, alegando razones sanitarias. En este sentido, Walcher muestra cómo la situación política del gobierno de Frondizi se volvió cada vez más frágil desde el punto de vista político. Amurallado, por un lado, por un movimiento obrero bajo hegemonía peronista, que acusaba al presidente de haber vendido la soberanía del país sin haber ganado nada a cambio; y, por otro, por una derecha civil y militar eternamente recelosa del presidente, que veía en Frondizi un liderazgo débil e incapaz de contener la grave espiral de tensiones sociales del país, el presidente argentino perdió rápidamente las condiciones de gobernabilidad.

Tras este análisis detallado del caso argentino, pasaremos al ejemplo brasileño en el contexto de la Alianza para el Progreso. Para hacer la transición de un caso al otro, destacamos el excelente trabajo de Leandro Benmergui, que analiza la ayuda económica norteamericana dirigida a la política de vivienda en las ciudades de Buenos Aires y Río de Janeiro a lo largo de la década de 1960. A partir de fuentes argentinas, brasileñas y norteamericanas, y desde una perspectiva teórica transnacional –especialmente haciendo uso del concepto de “zonas de contacto”, introducido por la obra de Mary Louise Pratt–,³⁶ Benmergui nos muestra cómo la ideología modernizadora estadounidense influyó en las políticas urbanas y habitacionales de Buenos Aires y Río de Janeiro durante el periodo. Para el autor, los intelectuales, académicos y responsables políticos implicados en la financiación y ejecución de la construcción de viviendas asequibles en los centros urbanos más importantes de América Latina entendían la ciudad no solo como el lugar por

³⁶ Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel, Writing, and Transculturation* (London/New York: Routledge, 1992).

excelencia de la modernización, sino también como una fuerza modernizadora en sí misma, es decir, como una fuerza capaz de transformar los hábitos propios de las sociedades "tradicionales" en hábitos "modernos", impulsados por la especialización y la racionalización productiva, funcional y espacial.

Más allá del propio contexto urbano, estos formuladores también interpretaron que el propio lugar de la vivienda tendría un enorme potencial para revolucionar la vida de las personas, ya que la residencia, si se instituía y moldeaba adecuadamente, podía convertirse en el motor para la creación no solo de un ciudadano responsable, sino también de un consumidor que pudiera contribuir al desarrollo económico de sus países. Es en este sentido que Benmergui examina en detalle la experiencia de la construcción, con fondos de la Alianza para el Progreso, de cuatro aldeas habitacionales en el antiguo estado de Guanabara, hoy ciudad de Río de Janeiro (Vila Aliança, Vila Esperança, Vila Kennedy y Cidade de Deus); y de dos barrios residenciales planificados (Villa Lugano I y II), y un asentamiento habitacional (Ciudad General Belgrano), en la capital argentina de Buenos Aires.³⁷ Con un análisis minucioso de folletos, manuales y otros materiales de propaganda distribuidos por los gobiernos de Río de Janeiro y Buenos Aires a los nuevos propietarios de viviendas construidas con fondos de la Alianza para el Progreso, el autor nos muestra, de forma privilegiada, cómo entendían los responsables políticos argentinos y brasileños el papel de estas viviendas para la creación de consumidores y ciudadanos "responsables".

Hay por lo menos tres elementos a destacar: en primer lugar, el hecho de que la residencia no era fruto de una donación, sino de una política que preveía el pago de modestas mensualidades por parte del nuevo propietario; con ello, se imaginaba que no solo

³⁷ Leandro Benmergui, "Housing Development. Housing Policy, Slums, and Squatter Settlements in Rio de Janeiro, Brazil and Buenos Aires, Argentina, 1948-1973", tesis doctoral (University of Maryland, 2012). Véase también Leandro Benmergui, "The Alliance for Progress and Housing Policy in Rio de Janeiro and Buenos Aires in the 1960s", *Urban History* 36:2 (2009), pp. 303-326.

se incentivaría el sentido de responsabilidad y compromiso de los adjudicatarios de las viviendas –obligándolos a asegurar un flujo continuo de ingresos para el cumplimiento de la deuda financiera–, sino que también se darían condiciones para que se construyeran otras viviendas con los recursos provenientes de los pagos. En segundo lugar, mientras las villas y villas miserias de Buenos Aires, con graves problemas de higiene y falta de privacidad de sus unidades habitacionales, eran asociadas a la indolencia, al cambalache y a la falta de responsabilidad cívica de sus residentes, los folletos y materiales de propaganda de la Compañía de Viviendas de Guanabara (COHAB-GB) y del Consejo Nacional de la Vivienda (CNV) vinculaban las casas y pisos individuales construidos por los programas de la Alianza para el Progreso con la limpieza, el fortalecimiento de la individualidad y del núcleo familiar, y con una estricta división del trabajo entre hombres y mujeres según pautas patriarcales. Y, en tercer y último lugar, como esta característica era específica de los asentamientos habitacionales de la ciudad de Río de Janeiro, se optó por la construcción de "casas embrionarias", es decir, casas que contenían solo una habitación, además de cocina y baño, con el fin no solo de garantizar un bajo coste unitario para cada residencia, sino sobre todo de permitir que se añadieran más habitaciones a la casa original en función de las condiciones económicas y del esfuerzo de cada familia.

Aunque los grandiosos objetivos detrás de los proyectos de vivienda de la Alianza para el Progreso en Argentina y Brasil fracasaron estrepitosamente, esto no quita que, como muestra Benmergui, las narrativas y los discursos modernizadores se transnacionalizaron en América Latina en la década de 1960, moldeando profundamente las políticas públicas en dos de las ciudades más grandes de la región. Y tratándose de estudios que analizan en detalle el proceso concreto de implementación de la Alianza para el Progreso, destacan los trabajos, divididos en dos grupos, del segundo autor de este capítulo. El primer conjunto de trabajos de Felipe Loureiro se centra en la relación entre la ayuda económica y las políticas de estabilización promovidas por el gobierno federal brasileño a principios de los años sesenta. El segundo conjunto, a

su vez, analiza la distribución de recursos de la Alianza para el Progreso a las unidades estatales brasileñas.

En el primer grupo, el trabajo de Loureiro muestra, a partir de fuentes confidenciales de Brasil, Estados Unidos y organismos multilaterales (BID y FMI), cómo la administración Kennedy utilizó diferentes parámetros a la hora de conceder ayuda económica de la Alianza para el Progreso a los gobiernos de Jânio Quadros (1961) –que renunciaría a la presidencia de la República tras solo siete meses en el cargo– y João Goulart (1961-1964), vicepresidente y sucesor de Quadros, derrocado por un golpe militar en marzo de 1964. Mientras que Quadros consiguió negociar con éxito un amplio paquete de ayuda económica en mayo de 1961 con Washington, que permitía incluso el uso de recursos del Banco de Exportación e Importación de Estados Unidos (Eximbank) sin necesidad de firmar un acuerdo de estabilización con el FMI; Goulart, por el contrario, sufrió una posición mucho más dura e intransigente por parte de la administración Kennedy, que exigía la firma de un acuerdo con el FMI como condición previa para la liberación de recursos que ya habían sido prometidos a su predecesor.³⁸ Loureiro sostiene que el elemento esencial que perturbó a los responsables políticos estadounidenses fue la relación de Goulart con los izquierdistas, incluidos los comunistas, en diversos segmentos de la sociedad, especialmente en el movimiento sindical urbano. Y aunque los funcionarios estadounidenses admitieron que el propio Goulart no era comunista, se temía que la indulgencia de Goulart con los grupos de izquierda radical de la sociedad creara las condiciones para el ascenso al poder de los mismos. De ahí que Washington utilizara la exigencia de una política ortodoxa de estabilización económica, que tenía como mayor símbolo la firma de un acuerdo *stand by* con el FMI, no solo como un fin en sí mismo, sino también como un medio para obligar a Goulart a elegir entre gobernar con el apoyo de

³⁸ Ese tema es tratado en detalle en Felipe Loureiro, "Dois pesos, duas medidas: os acordos financeiros de maio de 1961 entre Brasil e Estados Unidos durante os governos Jânio Quadros e João Goulart (1961-1962)", *Economia e Sociedade* 22:48 (2013), pp. 547-576.

Estados Unidos o mantener relaciones amistosas con sectores de la izquierda nacionalista, incluidos los comunistas, que eran muy críticos con las recetas de estabilización económica. Al final, debido en gran parte a la intransigencia norteamericana en negociar nuevos recursos para la economía brasileña sin la aplicación de una estricta política de estabilización, Goulart acabaría asociándose más fuertemente con la izquierda, generando una reacción de los sectores conservadores y reaccionarios, que lo apartarían del poder con un golpe militar en marzo de 1964.³⁹

El segundo conjunto de publicaciones de Loureiro sobre Brasil y la Alianza para el Progreso se centra en la aplicación del programa norteamericano de ayuda económica en los estados brasileños durante el gobierno de João Goulart.⁴⁰ Aunque los funcionarios de la administración Kennedy afirmaron en su momento, e incluso después del golpe de 1964, que la Alianza para el Progreso era un programa técnico, cuyos recursos se distribuían a los gobiernos estatales siempre con la autorización de la administración federal brasileña y sin tener en cuenta el color político de los gobernadores, esto no se condijo con la realidad. A partir de una sistematización inédita del conjunto de recursos ofrecidos por el gobierno norteamericano y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) a las unidades estatales brasileñas –desde préstamos en dólares hasta donaciones en cruzeiros y dólares–, Loureiro muestra cómo los recursos de la Alianza para el Progreso fueron fundamental-

³⁹ Para textos que discuten esos elementos en profundidad, véase Felipe Loureiro, "The Alliance for or Against Progress? US-Brazilian Financial Relations in the Early 1960s", *Journal of Latin American Studies* 46:2 (2014), pp. 323-351; y Felipe Loureiro, "The Alliance for Progress and President João Goulart's Three-Year Plan: The Deterioration of U.S.-Brazilian Relations in Cold War Brazil (1962)", *Cold War History* 17:1 (2017), pp. 61-79.

⁴⁰ La principal referencia en este caso es Felipe Loureiro, *A Aliança para o Progresso e o governo João Goulart (1961-1964): ajuda econômica norte-americana a estados brasileiros e a desestabilização da democracia no Brasil pós-guerra* (São Paulo: UNESP/FAPESP, 2020). Para una versión resumida del argumento, véase Felipe Loureiro, "Making the Alliance for Progress Serve the Few: U.S. Economic Aid to Cold War Brazil (1961-1964)", *Journal of Cold War Studies* 25:1 (2023), pp. 168-207.

mente concedidos a gobernadores de la oposición al gobierno de Goulart. Ningún gobernador identificado como de izquierda recibió préstamos en dólares de la Alianza para el Progreso, el tipo de recurso más codiciado por las administraciones estatales. Al privilegiar a los líderes anticomunistas y opositores a Goulart, Washington buscaba tres objetivos: primero, moderar a Goulart, forzándolo a negociar con gobernadores derechistas fortalecidos en sus bases estatales; segundo, fortalecer los nombres de la derecha para las futuras elecciones presidenciales, que tendrían lugar a finales de 1965 (y que no se celebrarían, evidentemente, debido al golpe de 1964); y, tercero, armar una coalición de resistencia anticomunista en los estados más importantes de la federación brasileña en caso de que Goulart intentara dar un giro a la izquierda en el régimen.

Ambas vertientes del trabajo de Loureiro apuntan a un papel decisivo de la Alianza para el Progreso en la desestabilización del gobierno de Goulart, dejando espacio para el golpe de 1964 en Brasil. En teoría, esto constituía exactamente lo contrario de lo que la retórica democrática y reformista de la administración Kennedy afirmaba que era el objetivo de la Alianza para el Progreso. Se puede ver, por lo tanto, que el caso brasileño, aún más que el argentino, sugiere profundas contradicciones entre la retórica y la práctica del programa de ayuda económica norteamericana de Kennedy para América Latina. Esta contradicción es ilustrada al extremo por el ejemplo boliviano, analizado extensamente en fuentes regionales por Thomas Field Jr.,⁴¹ quien nos convoca a repensar la lógica misma de la Alianza para el Progreso, en los términos del expresidente chileno Eduardo Frei, como una "Alianza que (habría) perdido el rumbo". En realidad, argumenta el autor, al menos tomando a Bolivia como referencia, el "rumbo" de la Alianza ya estaba trazado desde el principio. No hubo una mutación de un programa que, al principio, habría privilegiado las reformas socioeconómicas, el

⁴¹ Thomas Field Jr., *From Development to Dictatorship. Bolivia and the Alliance for Progress in the Kennedy Era* (Ithaca/London: Cornell University Press, 2014).

desarrollo inclusivo y la democracia, a otro que, con el tiempo, habría utilizado la ayuda económica como forma de presionar a los gobiernos a adoptar políticas cada vez más autoritarias, contribuyendo, en palabras del autor, a transformar la prometida "década de desarrollo" de Kennedy en una "década de dictadura" –como se sabe, varios países latinoamericanos, entre ellos Bolivia, además de Argentina y Brasil, terminarían la década de 1960 bajo el yugo de regímenes autoritarios. Por el contrario, afirma Field Jr., desde el principio la Alianza para el Progreso se utilizó como arma política e ideológica para "modernizar" las naciones latinoamericanas de forma autoritaria y represiva si era necesario, alentando y legitimando a actores –sobre todo militares– que posteriormente tomarían el poder y se mantendrían en él por la fuerza, sin ningún compromiso con una agenda reformista real.

Dos casos, estudiados a fondo por el autor, nos parecen ilustrar claramente esta tesis. El primer caso ocurre a principios de 1961. Incluso antes del famoso discurso de Kennedy en el Despacho Oval de la Casa Blanca el 13 de marzo de 1961, que lanzaría oficialmente el inicio de la Alianza para el Progreso, autoridades norteamericanas, como el asesor presidencial Arthur Schlesinger Jr, además del propio presidente del BID, Felipe Herrera, visitaron La Paz y conversaron con el mandatario boliviano, Víctor Paz Estenssoro. Uno de los temas clave de estas reuniones, por supuesto, fue la necesidad de ayuda económica de Estados Unidos y el BID a Bolivia. El hecho de que estas visitas tuvieran lugar días antes de que Estenssoro declarara el estado de sitio en el país para reprimir una huelga de maestros no inquietó en absoluto a Schlesinger ni a Herrera. De hecho, a principios de marzo, Washington contribuiría materialmente al aparato represivo en La Paz con el envío de equipamiento militar que ayudaría al Ejército a ocupar puntos estratégicos del país, especialmente ferrocarriles, para contener a los huelguistas –lo que de hecho lograría el gobierno boliviano, al menos en ese contexto–.

El segundo caso se refiere al fatídico "Plan Triangular", un plan de ayuda económica a la empresa minera estatal boliviana COMIBOL (Corporación Minera de Bolivia), aprobado en mayo de

1961, en el que participaron Estados Unidos y Alemania Occidental (de ahí el nombre de "triangular"). Este plan merece especial atención ya que, a pesar de estar envuelto en un discurso económico aparentemente técnico y neutro, enfatizando la necesidad de recortar gastos y personal en la empresa minera boliviana, "racionalizando" su administración, haciéndola más "eficiente" y reduciendo así el déficit público; en la práctica, los objetivos centrales del Plan Triangular eran otros: desmovilizar y despolitizar –por la fuerza, si era necesario– al movimiento sindical minero, parte del cual estaba bajo la hegemonía de los comunistas, recuperar la autoridad de la administración de las minas sobre los trabajadores, así como despedir (o detener) a los dirigentes sindicales más combativos y con mayor representatividad en las bases mineras.

Haciéndose eco de dinámicas ocurridas en otros países, como señaló anteriormente, Field Jr. muestra también cómo la aprobación del Plan Triangular en mayo de 1961 fue el resultado de una enorme presión de Washington sobre el gobierno de Estenssoro, así como cómo la aplicación de las draconianas condiciones estipuladas por el Plan –parte de las cuales estaban contenidas en un apéndice secreto, ya que dichas condiciones eran impublicables–, fruto también de una gigantesca presión norteamericana sobre La Paz, desembocaría finalmente en la financiación y equipamiento de una milicia indígena, con el objetivo de garantizar el control gubernamental de las minas que más se oponían al programa. Este proceso culminó en un sangriento conflicto a mediados de 1963, abriendo las puertas a una desestabilización política que, un año y medio después, desembocaría en el derrocamiento del gobierno de Estenssoro por parte de las milicias. Como concluye el autor, el caso boliviano muestra claramente que la vía autoritaria de modernización no fue en realidad la "vía alternativa" de la Alianza para el Progreso en Bolivia, o la vía que habría surgido tras el fracaso de la vía idílica original; sino que la vía autoritaria fue la "propia Alianza en acción, un proyecto agresivo de modernización implementado a través de la fuerza armada"; y que, como era de esperar, acabaría destruyendo por

completo la democracia boliviana y llevando al poder a las propias Fuerzas Armadas.⁴²

El ejemplo boliviano es pues emblemático para ilustrar cómo, a finales de los años sesenta, los vientos de la soñada modernización democrática capitalista estaban siendo brutalmente reprimidos en América Latina por el surgimiento de regímenes autoritarios y por una visión cada vez más realista y pragmática de la política exterior estadounidense hacia la región.⁴³ Así, el contexto supuestamente más prometedor de la búsqueda de un desarrollo acelerado bajo regímenes democráticos en el continente llegaría a su fin. Los años siguientes estuvieron marcados por gobiernos de excepción que, en varios casos, buscaron reorganizar sus bases económicas, pero ya no en la línea de la lógica desarrollista democrática de las dos primeras décadas de posguerra. El rol desempeñado por los actores públicos y privados norteamericanos en esta dinámica también sufriría redefiniciones, que se analizan brevemente a continuación, seguidas de una reflexión a modo de conclusión.

EL GIRO AUTORITARIO Y EL AUGE DEL CAPITAL PRIVADO: LA CRISIS DEL MODELO DE DESARROLLO BASADO EN LA COOPERACIÓN EXTERIOR Y POSIBLES LECCIONES

Nunca hubo muchos estudios sobre las relaciones entre actores económicos privados y agentes públicos en el giro autoritario que contribuyó a definir gran parte de la región latinoamericana a principios de los años sesenta. En la mayoría de los casos, los estudios sobre el periodo se centraron más en los aspectos políticos de dichos regímenes, lo cual, en cierto modo, tenía sentido, ya que lo más interesante era entender cómo se produjo la erosión demo-

⁴² Thomas Field Jr., *From Development to Dictatorship. Bolivia and the Alliance for Progress in the Kennedy Era* (Ithaca/London: Cornell University Press, 2014), p. 96.

⁴³ Nelson A. Rockefeller, *The Rockefeller Report on the Americas: The Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere* (New York: Quadrangle Books, 1969).

crática de los Estados desarrollistas y, más aún, cómo superar el marco de los Estados de excepción.⁴⁴

Los entresijos de las relaciones de los actores económicos, sin duda vitales para el funcionamiento de estos regímenes, es un tema que aún debe estudiarse mejor. La buena noticia es que en los últimos años algunos trabajos han proporcionado análisis detallados de dicha dinámica.⁴⁵ Fundamentalmente, dado el alcance regional y la perspectiva transnacional de la obra, el reciente libro de Victoria Basualdo, Hartmut Berghoff y Marcelo Bucheli representa un gran avance y un fructífero camino a seguir. Fruto de la cooperación entre investigadores latinoamericanos y europeos, estructurado en 14 capítulos centrados en casos nacionales representativos de toda la región, y examinando el papel de las empresas locales y extranjeras, incluso a través de material de archivo de las propias empresas, el libro detalla cómo estos poderosos actores, lejos de ser apolíticos, jugaron un papel central en la legitimación política y diplomática, así como en la operacionalización de las nuevas directrices de política económica implementadas por tan poderosos regímenes.⁴⁶

Uno de los capítulos más emblemáticos sobre las complejas relaciones establecidas entre los nuevos regímenes burocrático-autoritarios en el Cono Sur a mediados de la década de 1970 es el de Victoria Basualdo sobre la Argentina de la época. Como consecuencia del golpe de Estado de 1976 que dio inicio a un am-

⁴⁴ Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1975); Guillermo A. O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics* (Berkeley: University of California Press, 1973); Alfred Stepan (ed.), *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future* (New Haven: Yale University Press, 1976); Francisco Weffort, *O populismo na política brasileira* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978).

⁴⁵ Pedro Campos, *Estranhas Catedrais As Empreiteiras Brasileiras* (Rio de Janeiro: Eduff, 2014)

⁴⁶ Victoria Basualdo, Hartmut Berghoff y Marcelo Bucheli (eds.), *Big Business and Dictatorships in Latin America. A Transnational History of Profits and Repression*. Palgrave Studies in Latin American Heterodox Economics. (London: Palgrave/Macmillan, 2021).

plio abanico de reformas que dismantelaron el estado de bienestar de herencia peronista y la base industrial creada por la lógica sustitutiva de importaciones de los años anteriores, el gobierno del general Jorge Rafael Videla (1976-1981) buscó promover una abrupta apertura comercial y liberalización financiera que beneficiaría de muy distintas maneras a los grandes grupos económicos locales y extranjeros. En este proceso, que tuvo eco en otros países, como demuestran los casos chileno, brasileño y uruguayo, analizados en otros capítulos de la obra, el congelamiento salarial y la represión sindical favorecieron aún más los beneficios empresariales del periodo. A su vez, estos grupos, radicados en el exterior, contribuyeron fuertemente a promover una imagen positiva de estos regímenes, tarea nada fácil dada la creciente notoriedad de los casos de violaciones a los derechos humanos que llegaron a la opinión pública internacional. En este sentido, la formación de economistas de sesgo neoclásico (neoliberal) en las academias norteamericanas, en parte promovida por donaciones privadas, de grandes empresas y agencias filantrópicas, así como la creación de una verdadera red de *think tanks* neoliberales en varios países de la región, ayudaron a la propaganda (para)estatal a favor de dichos gobiernos.

Además de la represión, la censura y la propaganda, las diversas dictaduras latinoamericanas de los años setenta (y también regímenes democráticos como México y Venezuela) se endeudaron rápidamente gracias a la gran liquidez y a los bajos tipos de interés existentes en el mercado internacional, en parte en beneficio de los grandes capitales privados nacionales o nacionalizados a través de enormes inversiones en redes de infraestructura que impulsaron la expansión de los mercados nacionales. En ocasiones, las empresas nacionales, tanto privadas como estatales, tuvieron un mayor protagonismo en estos procesos, como fue el caso del régimen dictatorial brasileño, que financió la transnacionalización de estos actores, tanto directamente (financiación), como indirectamente (concesiones de grandes obras nacionales que generaron el capital necesario para la expansión internacional), como se analiza en otro capítulo del libro, escrito por Pedro Campos.

La connivencia de los actores financieros internacionales en tales dinámicas también se explora en la obra que, en su conjunto, demuestra, por tanto, que no faltaron apoyos a regímenes abiertamente dictatoriales que nunca tuvieron dificultades para obtener fondos y, así, legitimidad externa (y, al menos parcialmente, también interna, a corto plazo). Cuando la crisis de la deuda llamó a la puerta de esos gobiernos represivos a principios de los años ochenta, los militares serían los primeros en renunciar a gestionar la deuda excesiva e ilegítima que habían contraído en los años anteriores. Al igual que los grandes bancos internacionales, corporaciones mundialmente poderosas como Ford y Volkswagen desempeñaron un papel central a la hora de convencer a los gobiernos de sus países de origen de que debían adoptar una línea blanda a la hora de criticar a los regímenes dictatoriales latinoamericanos, a pesar de la clara contradicción con su diplomacia oficial, ya que sus ganancias locales, ya fuera en *marketshare* (cuota de mercado) o en control salarial, justificarían una posible erosión en términos de imagen internacional.

Así, aunque el libro podría haber analizado con más detalle los desastrosos impactos socioeconómicos de las políticas de promoción del crecimiento económico (¿desarrollo?) por vías (neo)liberales, o a través del mercado y con un papel central de los grandes actores privados nacionales y sobre todo transnacionales (a través de la narrativa norteamericana de los años cincuenta), tenemos en esta obra un ejemplo de una prometedora vía de reflexión con colaboraciones de investigadores de múltiples orígenes y enfoques de trabajo.

Consolidando la tendencia de obras colectivas que intentan insertar las experiencias latinoamericanas de la Guerra Fría en narrativas más amplias bajo nuevos enfoques y, a veces, de manera comparativa, el ya mencionado trabajo de Thomas, Krepp y Pettinà merece mención, no por el enfoque económico (o desarrollista) del libro, ya que se trata de análisis de naturaleza eminentemente política y cultural, sino porque representa, una vez más, líneas de trabajo prometedoras que deberían ser ampliadas.⁴⁷ En

⁴⁷ Thomas Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

efecto, invirtiendo la cuestión de cómo impactó (o no) la Guerra Fría en América Latina –cuestión que jugó un papel importante en el enriquecimiento de los campos historiográficos sobre la propia Guerra Fría (global), así como sobre la historia latinoamericana–, los autores de esta reciente e importante colección se proponen comprender, dentro de un ambicioso esfuerzo que reúne a autores de diversos centros de investigación de todo el mundo, qué rol pudo jugar América Latina en la Guerra Fría y cómo distintas partes del llamado mundo periférico (entonces, hoy Sur Global) trataron, de forma coordinada o no, de responder a los retos, y posibles oportunidades, que este conflicto les planteaba.

No cabe aquí resumir todos los capítulos del libro que, en común, señalan con competencia las reiteradas dificultades para coordinar esfuerzos, ya sean regionales o transregionales (hoy diríamos, Sur-Sur). En conjunto, el estudio demuestra bien que las presiones Norte-Sur limitaron repetidamente la posibilidad de profundizar nuevas relaciones extra hemisféricas –ya sean de naturaleza económica (búsqueda de nuevos mercados, fuentes de financiación y tecnología) y/o de forma asociada a una dimensión más política (aumento de los niveles de autonomía), buscadas por los líderes latinoamericanos con actores centrales (como en el caso del intento de profundizar la relación entre México y la URSS), o a través de actores intermediarios (como en el caso de las relaciones de Bolivia con Checoslovaquia y Cuba).

Como el libro demuestra de manera general –algo que sería importante tener en cuenta para avanzar con nuevos estudios comparativos entre diferentes casos regionales y globales–, el proyecto tercermundista nunca fue algo unívoco, lo que reitera la necesidad, como aquí se afirma, de seguir reflexionando sobre cómo la economía y la geopolítica se influyeron mutuamente. Al mismo tiempo, sin embargo, la obra señala nuevas direcciones de investigación más que cuestiones agotadas –lo que, más que los límites del propio libro, refleja el estado aún incipiente de los trabajos en esta dirección. Incluso el capítulo más centrado en cuestiones económicas (el de Christy Thornton sobre México, trabajo que amplía en su importante libro recientemente

publicado),⁴⁸ aunque esclarecedor sobre los entresijos del papel mexicano en la elaboración formal de la agenda económica tercermundista, es incapaz de explorar el contexto geopolítico más amplio, ya sea desde el punto de vista de las relaciones Norte-Sur, Sur-Sur y, sobre todo, de las propias relaciones latinoamericanas, algo que algunos estudios han empezado a hacer, siguiendo todavía un sesgo más jurídico que económico.⁴⁹

Tenemos también, por lo tanto, en lo que se refiere a trabajos colectivos que revisan temas tradicionales, como el rol empresarial en las dictaduras del Cono Sur, un campo en expansión y transformación que, sin embargo, señala más la apertura de nuevas direcciones de investigación que la resolución de cuestionamientos anteriores. Nuevos métodos, preguntas y, sobre todo, esfuerzos de colaboración parecen ser cada vez más fructíferos y bienvenidos. En este sentido, inspirándonos también en tales iniciativas, aunque más sugerentes que perentorias, señalamos a continuación, "a modo de conclusión, unas breves notas de reflexión sobre lo que consideramos las principales características, dinámicas y orientaciones futuras del campo".

UNA CONCLUSIÓN PARA REPENSAR LA GUERRA FRÍA DESDE UNA PERSPECTIVA DESARROLLISTA

En esta larga (pero ciertamente no exhaustiva) revisión historiográfica, hemos intentado trazar una reflexión crítica de obras clave que examinan, desde diferentes ángulos y nuevas fuentes históricas, cuestiones centrales del proceso de desarrollo acelerado en América Latina durante el turbulento, transformador y violento periodo

⁴⁸ Christy Thornton, *Revolution in Development Mexico and the Governance of the Global Economy* (Berkeley: University of California Press, 2021).

⁴⁹ Liliana Obregón, "Latin America during the Bandung Era: Anti-Imperialist Movements vs. Anti-Communist States", en Luis Eslava, Michael Fakhri y Vasuki Nesiah (eds.), *Bandung, Global History, and International Law: Critical Pasts and Pending Futures* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).

de la Guerra Fría. No hemos pretendido proponer un estudio totalizador del tema, sino indicar cómo nuevas perspectivas han contribuido a una visión más crítica y pormenorizada de los entresijos de este proceso, a través de estudios de caso paradigmáticos de tan compleja dinámica histórica.

En general, el análisis demuestra que la Guerra Fría no fue vida en América Latina como algo estrictamente impuesto desde fuera de la región, sino, más bien, como un conjunto de experiencias, generalmente trágicas, que se desarrollaron dentro y de acuerdo con dinámicas y realidades históricas específicas, ancladas en el proceso de desarrollo acelerado, crecimiento demográfico, industrialización, urbanización y modernización reformista ya en marcha a principios de los años cincuenta. Del mismo modo, pero de forma más positiva, se demuestra también que disponemos de un campo de estudios en clara expansión y que, en su conjunto, confirma nuestra tesis de que las cuestiones vinculadas al tema del desarrollo ya no pueden considerarse aisladas de los análisis de las crecientes turbulencias políticas y de la polarización ideológica que marcaron la segunda mitad del siglo xx en el continente.

Aunque cada vez más fructífero, entendemos sin embargo que el campo –tanto el producido por la academia anglófona como el liderado por los estudiosos latinoamericanos– aún requiere de nuevas investigaciones que examinen en detalle cómo se entrelazaron las distintas dimensiones políticas, ideológicas, económicas, intelectuales, etc. de la Guerra Fría latinoamericana. En este sentido, esperamos que el presente esfuerzo por reflexionar sintéticamente sobre el valor heurístico de un enfoque desarrollista de tales desarrollos históricos pueda servir para inspirar y fundamentar nuevos trabajos que se emprendan, de manera más multidimensional e integrada, en el futuro. Tales estudios serían particularmente importantes si se basaran, de manera central, en fuentes de investigación regionales y si fueran capaces de interconectar las líneas historiográficas producidas en las llamadas regiones centrales y periféricas.

La Guerra Fría en América Latina desde los estudios transnacionales latinoamericanos

Julieta Rostica
UBA-CONICET¹

INTRODUCCIÓN

Como gran parte de los protagonistas y académicos de la época la denominaron, la Guerra Fría fue, sobre todo, una guerra ideológica. En América Latina, durante los años sesenta y setenta se consideró que Latinoamérica se encontraba bajo la acción de la guerra subversiva y revolucionaria y que dentro de esta se encon-

¹ Investigadora, docente y co-coordinadora del Grupo de Estudios sobre Centroamérica y del Grupo de Estudios Transnacionales sobre la Violencia Política de las Derechas, con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); sus proyectos son apoyados por esta institución, así como por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y la Secretaría de Ciencias y Técnica de la UBA, Argentina.

traba la Guerra Fría, un momento de ofensiva de paz que “no quiere tanto evitar la vertical guerra entre las naciones, cuanto alentar las desuniones nacionales alimentando la guerra horizontal entre connacionales de distintas ideologías políticas”.² En esta guerra la disputa no era territorial por la delimitación de las fronteras nacionales, sino por la conquista de la población, que se transformó en el objetivo principal. Como consecuencia, si bien el uso de la violencia no dejó de ser central, fue acompañada de recursos que se orientaron a conquistar las mentes y los corazones: las ideas, los intelectuales, la propaganda, las obras de infraestructura, la religión, la alfabetización, entre otras.

A pesar de esta peculiaridad de la “guerra horizontal”, los estudios más tradicionales sobre la Guerra Fría privilegiaron el análisis del accionar de las superpotencias *sobre* el llamado tercer mundo, desde sus propios archivos y bibliografía. Contra esta tendencia, perspectivas más actuales y desde América Latina, como las que se buscan evidenciar en el presente volumen, sin negar el colonialismo, el imperialismo y las relaciones de dependencia que se mantuvieron con Estados Unidos y la Unión Soviética, destacaron los espacios de autonomía relativa y de negociación de las actoras y los actores latinoamericanos, los procesos internos regionales y nacionales, así como las condiciones estructurales en las que estos tuvieron lugar.

Para abordar esta guerra sin fronteras y “descentrar” la mirada del análisis bipolar, una parte del campo historiográfico optó por incorporar una perspectiva transnacional. La historiografía tradicionalmente había tenido un rol más limitado, vinculado a la construcción de los imaginarios de la nación que fueron parte de los procesos de construcción y consolidación de los Estados moder-

² Miguel Herrera Figueroa, “El tiempo en la estrategia del general Marini. Estudio preliminar”, en Alberto Marini, *Estrategia sin tiempo. La guerra subversiva y revolucionaria* (Buenos Aires: Circulo Militar, 1971), p. 22. Este autor fue un reconocido académico argentino, fundador y rector de la Universidad Argentina John Kennedy durante 34 años. En esta ocasión presentó el libro del general Alberto Marini, quien también era doctor en Historia y Ciencias Políticas y profesor de dicha Universidad.

nos latinoamericanos a lo largo del siglo XIX, por lo tanto, traspasar la escala nacional constituyó un desafío. La disciplina histórica había tendido a la especificidad, al relato y al detalle. Las extensas y heterogéneas geografías del continente, las escasas comunicaciones y los enormes costos de viajar, conocer, realizar trabajo de campo e intercambiar con colegas de la región, condicionaron a la disciplina y a las áreas de investigación. Y, por supuesto, limitaron las escalas espaciales elegidas, la definición de los objetos de estudio, así como la formulación de los problemas de investigación histórica que generaron hipótesis de insuficiente generalización. Las transformaciones sociales, tecnológicas y científicas que en buena medida la Guerra Fría impulsó, así como el alejamiento de las ciencias sociales latinoamericanas respecto de las teorías que naturalizaban los procesos sociales, fomentaron el desarrollo de ese campo específico. La historiografía comenzó a experimentar la mediana y larga duración, así como la formulación de problemas de investigación cuya respuesta no podía encontrarse dentro de la unidad nacional.

Por consiguiente, dentro de las investigaciones historiográficas situadas en el campo de la Guerra Fría latinoamericana aparecieron estudios que traspasaron la escala local e incluso la comparación de casos nacionales y abordaron tanto las redes transnacionales, como las llamadas "zonas de contacto" o espacios transnacionales en los que ocurrieron encuentros, interacciones, intercambios internacionales entre actores políticos, sociales, económicos, religiosos, individuales y colectivos. Esto fue favorecido por el desarrollo y la consolidación, a fines de los años noventa, de un enfoque que en Estados Unidos suele denominarse perspectiva transnacional.³ El énfasis de esta perspectiva, para dejar algunos puntos importantes

³ Dos trabajos marcaron el momento fundacional de la "perspectiva transnacional", ambos de 1998: el primero de Margaret Elizabeth Keck y Kathryn Sikkink (eds.), *Activists beyond Borders. Advocacy Networks in International Politics* (Ithaca: Cornell University Press, 1998); y el libro editado por Gilbert Joseph, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (Durham/London: Duke University Press, 1998).

claros, no está puesto en lo "internacional", sino en las redes, en las causas y objetivos compartidos de actores radicados en diferentes contextos nacionales. Keck y Sikkink propusieron que para estudiar las redes transnacionales se investigue el cómo, el porqué, entre quiénes y con qué propósito se construyen esas relaciones; las ideas e intereses que nuclea a esas redes, así como las estrategias y tácticas utilizadas y los efectos que pueden tener en la política internacional.⁴ Weinstein señaló que hay una invitación a buscar "las zonas de contacto", es decir "puntos no necesariamente físicos ni geográficos en los que se traslucen los 'encuentros' internacionales más intensos", zona que "puede ser un lugar físico, como un enclave de la United Fruit en Colombia, pero también incluye a las 'comunidades' de discurso y conocimiento, y el reino del consumo, espacios que tienden a ser transnacionales".⁵ Este cambio del espacio de la unidad de análisis impactó en el declive de los estudios comparativos, porque los propulsores de la mirada transnacional, señaló Weinstein, destacaron "la alta permeabilidad de las fronteras (nacionales, regionales, etc.) y la intensa circulación de cuerpos, ideas y objetos de consumo".⁶ Más que el espacio tradicional de referencia, piensan el circuito donde existen múltiples redes de contacto, compromiso, intercambio y diversas formas de movimiento e identidad. De este modo, el enfoque transnacional permitiría, por un lado, una mayor atención a los procesos, las redes y los fenómenos de todo tipo que atraviesan las fronteras de la nación sin implicar la homogeneización; y, por otro lado, ir más allá de la identificación de particularidades o especificidades en un contexto nacional.

El presente artículo se propone analizar cuándo, cómo y dónde nació el enfoque transnacional en América Latina, repasar la producción general latinoamericana sobre la guerra fría regional que se ha encuadrado dentro de la perspectiva transnacional y, finalmente,

⁴ Margaret Elizabeth Keck y Kathryn Sikkink, "Redes Transnacionales de Cabildeo e Influencia", *Foro Internacional* XXXIX:4 (1999), pp. 404-405.

⁵ Barbara Weinstein, "Repensando la historia más allá de la nación", *Aletheia* 3:6 (2013), p. 5.

⁶ *Ibidem*, p. 7.

reparar un grupo de producciones escritas en español que utilizan las estrategias de investigación de la perspectiva transnacional cuyos temas están entrelazados. Como se verá, el campo es interdisciplinario, pues los aportes vienen tanto de la historia, como de la sociología, las ciencias políticas y las relaciones internacionales. La idea consiste en enfocarnos en el cómo y en el qué de lo escrito sobre cuatro redes transnacionales, las cuales si bien no agotan el campo de conocimiento del periodo de la Guerra Fría, temporalidad discutida en este libro por Marcelo Casals, sí son una buena muestra de los enormes avances recientes: las redes entre las Fuerzas Armadas estatales, las de las organizaciones civiles de extrema derecha, las de las organizaciones político-militares ("Nueva Izquierda"), y las gestadas entre los exiliados latinoamericanos y las organizaciones de derechos humanos. Consideramos que este balance en torno a la producción latinoamericana y en español no se ha hecho hasta el momento, como bien señala Vanni Pettinà en la introducción a este libro, y que su sistematización colaborará a un mayor con las reflexiones historiográficas en lengua inglesa. El análisis nos permitirá sacar algunas conclusiones sobre cómo pensar la Guerra Fría latinoamericana de los años setenta y principios de los ochenta.

DEL ENFOQUE COMPARATIVO AL ENFOQUE TRANSNACIONAL

En América Latina, por lo que he llegado a reconstruir, la mirada "transnacional" surgió de las ciencias sociales y más en particular de un cruzamiento que se dio entre la sociología histórica y el método comparativo de casos nacionales con las relaciones internacionales. Desde la creación de la Comisión Económica de América Latina (CEPAL) en 1947 por Naciones Unidas, adquirió dimensión regional el proceso de construcción institucional y teórica de las ciencias sociales latinoamericanas, así como una preocupación por definir el objeto de estudio. ¿Qué era América Latina? ¿Cómo pensarla? ¿Cómo analizarla? Si bien al comienzo primaron las ciencias económicas, hacia fines de los años sesenta la sociología y la historia adquirieron un papel predominante en el estudio de la región.

En 1967, año en que se fundó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), se publicó el libro *Historia Contemporánea de América Latina* de Tulio Halperin Donghi. En el prólogo, el historiador argentino se preguntó si “la nación ofrece ella misma un seguro marco unitario” para ofrecer una historia de “América Latina que pretenda hallar la garantía de su unidad y a la vez de su carácter efectivamente histórico al centrarse en el rasgo que domina la historia latinoamericana desde su incorporación a una unidad mundial, cuyo centro está en Europa: la situación colonial”.⁷ Para el autor, tras la ruptura del orden colonial había surgido en América Latina un orden “neocolonial”. Sin embargo, si las revoluciones de independencia no transformaron las estructuras socioeconómicas, sino las estructuras políticas, y, por lo tanto, lo que se había derrumbado era el orden colonial y lo que había nacido era el Estado nación moderno, el concepto de orden “neocolonial” no permitía distinguir con claridad las rupturas y el tipo de relaciones que no habían sido afectadas por las independencias. Enfocarse en el Estado nación no haría perder a América Latina el marco unitario, pues si antes había existido la situación colonial ahora existía la dependencia, una variable común que definía grados y modos de inserción de América Latina en el mercado mundial. La reconocida como teoría de la dependencia utilizó el enfoque de la sociología histórica y nació a mediados de los años sesenta en Santiago de Chile con las conocidas obras de Fernando Cardoso, Enzo Faletto y Edelberto Torres-Rivas, publicadas en 1969.⁸ En estos trabajos los así llamados dependentistas plantearon un desafío transnacional: la búsqueda de “los puntos de intersección” de las diferentes situaciones empíricas latinoamericanas.⁹

⁷ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza Editorial, 1997), p. 12.

⁸ Julieta Carla Rostica, “Edelberto Torres-Rivas, Sociología Histórica e a Noção de Dependência”, *Revista de Estudos e Pesquisas Sobre as Américas* 14:1 (2020), pp. 79-99.

⁹ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, vigésimo octava edición (Buenos Aires: Siglo XXI, 1998), p. 20.

Pero las agendas de investigación fueron cambiando con los golpes militares y la persecución militar a los científicos sociales. Desde 1973, CLACSO generó espacios de reflexión conjunta e interdisciplinaria no solo para incidir en esos procesos autoritarios sino para encontrar patrones de explicación común a fenómenos que, con diferencias, estaban atravesando a gran parte de la región. Así la institución académica se transformó en un espacio transnacional de intelectuales prominentes de la región que reflexionaron sobre el Estado, la dictadura, la democracia y los derechos humanos. Las producciones pudieron trascender el Estado solo en la medida que aplicaron la perspectiva comparativa. Una obra de enorme relevancia fue la del politólogo Guillermo O'Donnell quien se ocupó de caracterizar al Estado Burocrático-Autoritario a partir de un estudio y análisis histórico de las dictaduras militares instaladas en Brasil (desde 1964), Argentina (1966 y 1976), Chile (1973) y Uruguay (1973).¹⁰ A mediados de los años noventa, el mismo Guillermo O'Donnell consideró que sus análisis habían sido demasiado politicistas y que era necesario recuperar la obra de Cardoso y Faletto, su definición de dependencia y la perspectiva y visión latinoamericana.

Mientras tanto, la sociología había aportado otras miradas a las de la ciencia política. En un ensayo de 1980 el sociólogo argentino Juan Carlos Portantiero advirtió que las distancias de nuestras sociedades con el resto del mundo se achicaban, que la dimensión política interna se "desprovincializaba" y comenzaba a mundializarse y que, correlativamente, las "formas de la política y de la ideología" también se internacionalizaban.¹¹ Cuatro años después, desde la disciplina de las relaciones internacionales en Chile, académicos como Jorge Nef y Francisco Rojas Aravena construyeron el concepto de "dependencia compleja" basándose en el artículo de Portantiero y la idea de que América Latina transitaba un doble "pro-

¹⁰ Guillermo O'Donnell, *1966-1973. El Estado burocrático autoritario* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982).

¹¹ Juan Carlos Portantiero, "La internacionalización de la política y de la ideología en América del Sur", *E-L@tina* 15:60 (2017), p. 128.

ceso de transnacionalización": por un lado, económico-social y por el otro, político. Señalaron que su enfoque pretendía: "establecer vínculos entre los procesos y las estructuras económicas, políticas y sociales a nivel nacional y subnacional con lo transnacional" desde una "perspectiva dinámica de 'sociología histórica', en la que se entrecruzan factores de continuidad y de cambio".¹² El modelo, por lo tanto, puso el énfasis en las relaciones históricas y estructurales entre la economía, la sociedad, el régimen político y el sistema internacional; utilizó la noción de "régimen político penetrado" por un proceso de transnacionalización creciente; y finalmente, reforzó la perspectiva analítica en la "que se mira el mundo desde el 'Sur'".¹³ Ya en ese entonces los dos autores identificaban los procesos de transnacionalización en la sociedad civil y la cultura –como el movimiento sindical, la etnia o los movimientos de solidaridad– y los de transnacionalización del Estado. Nef y Rojas Aravena sostenían que esa transnacionalización del Estado se había producido en un cuarto momento de evolución de las relaciones internacionales latinoamericanas, después de 1950. Este iba más allá de las relaciones formales entre gobiernos, marcando puntos de ruptura con el paradigma del realismo clásico, pues consideraban que las "redes de intereses" podían ser opuestas y señalaron como ejemplos los desarrollos técnicos en comunicaciones, el comercio internacional, los aparatos militares y los fenómenos de transculturación que llevaba a que los actores políticos latinoamericanos se "desprovincialicen" en un proceso de transnacionalización ideológica. Lo interesante, además, para el tema que nos ocupa, es que afirmaban que esa misma transnacionalización hacía que los encuadramientos rígidos y automáticos de la Guerra Fría se complejizaran y a veces se resquebrajaran, lo cual posibilitaba el desarrollo de políticas diversas que, sin romper con el centro hegemónico, reajustaban las relaciones asimétricas.

¹² Jorge Nef y Francisco Rojas Aravena, "Dependencia compleja y transnacionalización del Estado en América Latina", *Relaciones Internacionales* 8:2 (1984), p. 104.

¹³ *Ibidem*.

El enfoque transnacional propuesto, sin embargo, aún no se ha institucionalizado como sí lo han hecho la sociología histórica y las metodologías comparadas, de cuyos nichos estamos viendo la emergencia del nuevo campo. En Argentina, por ejemplo, uno de los historiadores propulsores de la sociología histórica y del método comparativo fue Waldo Ansaldi, quien en 1985 había creado la unidad de investigación y docencia de investigaciones socio-históricas de América Latina (UDISHAL). En 1994 publicó un libro que compiló una serie de artículos centrales para pensar la historia latinoamericana.¹⁴ El resultado de sus investigaciones se plasmó en dos extensos y exhaustivos libros que escribió junto a Verónica Giordano en el que trabajaron el largo proceso sociohistórico de construcción del orden en América Latina a partir de conceptos históricamente referidos y la perspectiva comparativa.¹⁵ Waldo Ansaldi y su equipo fundaron la revista académica *e-l@tina* en la que el sociólogo político comparativo Luis Roniger publicó recientemente el primer registro que he encontrado en esa revista desde la perspectiva de los estudios transnacionales y de historia conexas.¹⁶

En Brasil, quien realizó sistemáticas reflexiones sobre los aportes y los límites de la historia comparada, las historias "conectadas" y la historia transnacional fue María Ligia Coelho Prado, profesora de Historia de América de la Universidad de São Paulo. En un artículo reciente, Coelho Prado presentó una delimitación del enfoque de la historia transnacional, a partir de los avances de este tipo de estudios en Europa y Estados Unidos: la libertad metodológica; la manera particular en que se observa los objetos de investigación; la exaltación de las interconexiones de la historia de la humanidad pensada sin fronteras; el énfasis en las redes, los procesos, las creencias y las instituciones que trascienden el espacio nacional; la preocupación central en el movimiento y las circulaciones; la

¹⁴ Waldo Ansaldi (ed.), *Historia / Sociología / Sociología Histórica* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1994).

¹⁵ Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina. La construcción del orden* (Buenos Aires: Ariel, 2012), p. 245.

¹⁶ Luis Roniger, "Formación nacional y transnacionalismo: la historia conexas de América Central", *E-L@tina* 15:59 (2017).

mirada que descentraliza a Europa o Estados Unidos y construye un relato con diferentes protagonistas; la visión transnacional que se concentra en los intercambios, que no es lo mismo que la variable internacional de los estudios comparativos que anidan en los paralelismos.¹⁷ El énfasis en la historia comparada en Brasil se expresó en la creación de una revista en 2007, *Revista de Historia Comparada*, que abrió con un artículo de José D'Assunção Barros en el que intentó esclarecer y discutir dicho campo historiográfico.¹⁸ Recientemente, para delimitarlo, el mismo autor reflexionó sobre las historias interconectadas, cruzadas y los abordajes transnacionales, a todas las cuales las incluyó en una "historia relacional". Todas estas nuevas historiografías, que procuran superar los límites de las perspectivas nacionalistas, como una necesidad de repensar el mundo a partir de unidades identitarias mayores que busquen romper con el patrón unilineal de observación basado en el punto de vista eurocéntrico, occidental, colonialista y recuperar los múltiples puntos de vista, no deberían confrontar.¹⁹ La historia comparada, a su juicio, podría conectarse con el nuevo campo con un creciente compromiso transnacional, ampliando el sentido de la comparación y rompiendo con los recortes monocentros de la historiografía tradicional.²⁰

En Uruguay un grupo de historiadores que se ocupaban de pensar la historia reciente del país y de los países del Cono Sur en perspectiva comparada crearon en 2010 el Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente en la Universidad de la República. Este fundó la revista *Contemporánea* en 2010, la cual se planteó con una fuerte intención de trascender las fronteras nacionales, con una convocatoria particular para quienes traba-

¹⁷ Maria Ligia Coelho Prado, "América Latina: historia comparada, historias conectadas, historia transnacional", *Anuario de la Escuela de Historia* 24 (2012), p. 19.

¹⁸ José D'Assunção Barros, "História Comparada – Um novo modo de ver e fazer a história", *Revista de História Comparada* 1:1 (2007), pp. 1-30.

¹⁹ José D'Assunção Barros, "Historias interconectadas, historias cruzadas, enfoques transnacionales y otras historias", *Secuencia* 103 (2019), p. 7.

²⁰ *Ibidem*, p. 9.

jen América Latina. De forma manifiesta, y ciertamente novedosa, propusieron motivar investigaciones de lo local y lo transnacional, "escalas que pongan en cuestión la centralidad que la historia nacional ha tenido en nuestra historiografía".²¹ En un balance que en 2017 realizó Aldo Marchesi sobre los estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana explicó, sobre el periodo considerado por la "historia reciente", que si bien "los intercambios transnacionales fueron evidentes para cualquier analista de la región, y diversos actores (guerrilleros, militares, movimiento de derechos humanos, etc.) coordinaron regionalmente sus proyectos, estos procesos políticos han sido explicados más que nada en términos nacionales o por medio de enfoques comparativos que, en los últimos años, reforzaron las diferencias nacionales sin considerar los modos como fueron construidos los diálogos regionales".²²

Como puede observarse, a pesar del incipiente enfoque transnacional, al menos en Argentina, Brasil y Uruguay primó la sociología histórica y la metodología comparada en los estudios latinoamericanos hasta que la perspectiva transnacional aterrizó en la primera década del presente siglo de la mano, especialmente, de los estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana. En el siguiente apartado presentaré una mirada general de la producción latinoamericana que inscribió sus trabajos dentro de ese campo de los estudios sobre la Guerra Fría bajo la perspectiva transnacional para luego profundizar en las cuatro líneas de investigación que presenté en la introducción.

EL LUGAR DE AMÉRICA LATINA PARA PENSAR LA GUERRA FRÍA DESDE LA PERSPECTIVA TRANSNACIONAL

Vanni Pettinà identificó tres grandes corrientes historiográficas sobre la Guerra Fría y una más nueva, que procuró corregir los reduc-

²¹ Aldo Marchesi, Vania Markarian, y Jaime Yaffé, "Presentación de los editores. Dossier: Enfoques transnacionales de la Guerra Fría en América Latina", *Contemporánea* 1:1 (2010), p. 7-8.

²² Aldo Marchesi, "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur Local y el Norte Global", *Estudios Históricos* 30:60 (2017), pp. 193.

cionismos de las anteriores, que denominó "nueva historia de la Guerra Fría". Esta corriente, para decirlo de forma muy sintética, se propuso abandonar la perspectiva de análisis centrada en la historia de Estados Unidos y en el punto de vista estadounidense y construir una narrativa que se enfoque en los espacios de autonomía, resistencia, negociaciones presentes en los procesos políticos latinoamericanos, a tono con las propuestas de la llamada "historia global".²³ Las incomodidades con los relatos tradicionales sobre la Guerra Fría impulsaron obras como la coordinada por Daniela Spenser en México,²⁴ la cual colocó a América Latina, como periferia, en el centro de un nuevo modelo interpretativo del conflicto Este-Oeste. El libro compiló los artículos de ocho investigadores radicados en universidades anglosajonas, especialmente de Estados Unidos, y Canadá, y tan solo de tres investigadores pertenecientes a instituciones mexicanas, y se enfocó mayormente en Cuba, en detrimento de México y Centroamérica. Las fuentes documentales utilizadas si bien fueron abundantes, su mayoría no fue producida, ni estaba resguardada, en repositorios de América Latina.

En América Latina los estudios que expresamente estudiaban la Guerra Fría latinoamericana eran muy escasos y el libro coordinado por Spenser, con dichas limitaciones, abrió una nueva agenda de investigación. Considero que esto tiene que ver con que el libro fue publicado en español y en México, con la forma en que conceptualizaron ese suceso de la historia global, junto a la propuesta de pensar la Guerra Fría interdisciplinariamente y con nuevas metodologías, como la perspectiva de los llamados estudios transnacionales. La primera parte del libro, titulada "Nuevos enfoques, nuevas inquisiciones", estuvo conformada por los artículos de Richard Saull y Gilbert Joseph, quienes plantearon algunos dilemas epistemológicos, conceptuales y metodológicos. Richard Saull cuestionó las narrativas de la historia de la Guerra Fría que

²³ Vanni Pettinà, *La Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), pp. 20-21.

²⁴ Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: CIESAS/SER/Miguel Ángel Porrúa, 2004).

supusieron que "el sur se encontraba del lado receptor de las decisiones y se veía 'afectado por cambios' que se decidían fuera del sur", tanto como si la Guerra Fría hubiera sido impuesta al Sur.²⁵ Propuso, al contrario, definir a la Guerra Fría como "una forma de conflicto social global entre estados y fuerzas sociales asociadas con los sistemas sociales rivales del capitalismo y el comunismo".²⁶ El autor indicó que la Guerra Fría estaba constituida "por un conjunto de guerras frías particulares y localizadas" que no siempre se asociaron directamente a la relación bipolar, ya que fueron producto de "contradicciones sociales que se dieron en contextos locales específicos de 'desarrollo' capitalista".²⁷ De este modo, Saull agregó a los determinantes ideológicos y políticos de la Guerra Fría, los componentes sociales y sistémicos de la misma. Según indicaba en una nota al pie de página, su conceptualización fue histórica y sociológica y partió de los enfoques de inspiración marxista de Sayer (*The Violence of Abstraction*) y de Rosenberg (*The Empire of Civil Society*),²⁸ este último un libro que se ha convertido en una obra de referencia sistemática de la muy reciente sociología histórica de las relaciones internacionales o sociología histórica global.²⁹ Por otro lado, el artículo de Gilbert Joseph señaló tres cuestiones sugerentes: 1) que la literatura latinoamericanista estaba dependiendo en gran medida de los archivos estadounidenses; 2) que había una primacía de los historiadores de las relaciones exteriores lo

²⁵ Richard Saull, "El lugar del Sur Global en la conceptualización de la Guerra Fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico", en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: CIESAS/SER/Miguel Ángel Porrúa, 2004), p. 31.

²⁶ Ibidem, p. 32.

²⁷ Ibidem, p. 40.

²⁸ Justin Rosenberg, *The Empire of Civil Society. A Critique of the Realist Theory of International Relations* (London/New York: Verso, 2001).

²⁹ Julian Go y George Lawson, "Introduction: For a Global Historical Sociology", en Julian Go y George Lawson (eds.), *Global Historical Sociology* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), pp. 1-34; George Lawson, "La imaginación sociológica desde la perspectiva histórica", *Relaciones Internacionales* 5 (2006), pp. 1-33.

cual conducía a la "marginación de los sujetos humanos, y en particular de los actores subalternos";³⁰ 3) y que los textos académicos sobre la diplomacia también habían descuidado otros campos políticos-culturales, que él denominó "zonas de contacto transnacionales", como las representaciones, los sistemas simbólicos y las nuevas tecnologías, entre otras.

Este libro, sin dudas, fue una invitación importante. Desde entonces se generaron iniciativas en la región para impulsar y visibilizar la producción latinoamericana sobre la Guerra Fría. Algunas de esas iniciativas fueron encaradas por el historiador uruguayo Roberto García Ferreira, quien editó un primer libro titulado *Guatemala y la Guerra Fría latinoamericana 1947-1977* en el año 2010 y un segundo libro, junto al historiador Arturo Taracena Arriola, *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica*, publicado en 2017, pero ideado en 2012, en las sesiones de una mesa sobre la "Guerra Fría en Centroamérica" del XI Congreso Centroamericano de Historia.³¹ La mayoría de los aportes compilados en estos libros, sin embargo, se enfocaron más en actores individuales que en colectivos, en sus movimientos o itinerarios, y en temas localizados en el Estado nación, de relaciones entre Estados nación o de análisis comparativos entre experiencias nacionales, más que en los estudios redes o de preguntas de investigación que invoquen a la historia transnacional. Si bien algunas producciones utilizaron fuentes archivísticas o entrevistas latinoamericanas, prevalecieron los documentos desclasificados estadounidenses. La excepción en ambos libros fueron los trabajos de los historiadores pertenecientes a la academia estadounidense, Max Paul Friedman y Aaron Coy Moulton.

³⁰ Gilbert Joseph, "Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la Guerra Fría", en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de La Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 2004), p. 79.

³¹ Roberto García Ferreira (ed.), *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina 1947-1977* (Ciudad de Guatemala: Centro de Estudios urbanos y regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2010); y Roberto García Ferreira y Arturo Taracena Arriola (eds.), *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica* (Ciudad de Guatemala: FLACSO, 2017).

El ejemplo de ambos libros muestra que el enfoque o perspectiva transnacional no es usado habitualmente por la academia latinoamericana. Estos estudios requieren el conocimiento de idiomas, un trabajo de adquisición de fuentes en acervos de diferentes países para su contraste, becas o subsidios de investigación y diversos medios de apoyo. A esto se suma el desbalance que hay en el acceso a bibliotecas, bases de datos y archivos en Estados Unidos respecto de los países latinoamericanos. No es un dato menor que ninguna institución argentina tenga acceso a la colección ProQuest/National Security Archive en la fecha que consulté (julio de 2021) o los altísimos impuestos a las compras realizadas en dólares, lo que dificulta, entre otras cuestiones, el acceso a libros y suscripciones. Hay países, por otra parte, cuyos archivos históricos de relaciones exteriores se encuentran disponibles y organizados (como México, Argentina, Uruguay, Chile) en detrimento de otros, cuyo acceso es muy limitado (Guatemala, Honduras, El Salvador, por ejemplo). El derecho de acceso a la información pública si bien fue garantizado en diferentes partes de América Latina a través de leyes sancionadas desde inicios de este siglo, ha tenido serios problemas de implementación. A pesar de estas diferencias entre los centros de producción de conocimiento ubicados en el norte y el sur, en los últimos años han surgido algunos impulsos latinoamericanos cuyos resultados podrían florecer en algunos años.

En 2019, el grupo de investigadores que estudia la historia reciente organizó el III Coloquio Internacional sobre Violencia Política en el Siglo xx y las IV Jornadas de Trabajo de la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política en Rosario, Argentina, de las cuales surgieron dos publicaciones. Por un lado las actas, que tuvieron una separata denominada "La dimensión transnacional de las dictaduras, la 'lucha antisubversiva' y defensa de los derechos humanos" y el libro, coordinado por Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza, con una parte titulada "Circulaciones, redes e intercambios transnacionales en procesos de violencia política y represiva" que reunió artículos sobre el exilio y la coordinación supraestatal de la represión, sobre los que volveré

más adelante.³² Ese mismo año, Lucrecia Molinari, Julieta Rostica y Laura Sala organizaron y coordinaron la mesa "La Guerra Fría en América Latina y los estudios transnacionales" en el marco de las Jornadas de Sociología y de las Jornadas del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. El primer encuentro reunió investigadores que discutieron la perspectiva transnacional en temas como la Guerra Fría cultural, el impacto de la Revolución cubana en el Río de la Plata, la circulación de ideas en espacios transnacionales, las izquierdas latinoamericanas, las relaciones exteriores entre Argentina, Centroamérica y Estados Unidos y las derechas latinoamericanas. La mayoría de los trabajos discutidos fueron publicados posteriormente en libros y revistas, por ejemplo, en un dossier de la revista *Secuencia* del Instituto Mora de 2021 que titulamos "La Guerra Fría en América Latina y los estudios transnacionales".³³ Los trabajos, metodológicamente, aún utilizaron la comparación o se apegaron a una dimensión cercana a la historia de las relaciones internacionales, lo cual supone que el peso específico aún sigue estando en el Estado nación, aunque es evidente que las preguntas de investigación se desplazaron hacia el lugar del Sur en la Guerra Fría. Daniel Kent Carrasco, por ejemplo, se enfocó en la organización del Congreso por la Libertad de la Cultura en los años cincuenta, pero desde las sedes de dos países del llamado "tercer mundo" (México e India). Israel Rodríguez profundizó el estudio del tercermundismo cinematográfico mexicano, pero en sus interconexiones y colaboraciones con Chile y Cuba en los años setenta.³⁴ El artículo de Alberto Con-

³² Marianela Scocco, María Alicia Divinzenzo y Emmanuel Kahan (eds.), *Violencia política en el siglo xx* (Rosario: HyA ediciones, 2021); Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (eds.), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo xx* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2020).

³³ Julieta Carla Rostica y Laura Sala, "La Guerra Fría en América Latina y los estudios transnacionales. Introducción", *Secuencia* 111 (2021).

³⁴ Daniel Kent Carrasco, "La Guerra Fría cultural en el Tercer Mundo: el Congreso por la libertad de la cultura en México e India" e Israel Rodríguez

suegra, por su parte, cuestionando los relatos más transitados sobre su país natal, reconstruyó las estrechas relaciones diplomáticas entre Cuba y Argentina en plena dictadura militar, aun cuando comulgaron ideologías contrapuestas, mostrando con esto la enorme complejidad de la Guerra Fría latinoamericana.³⁵ En temas como la producción, circulación y recepción de ideas, Laura Sala realizó una lectura crítica de la literatura que abordó la denominada "doctrina de Seguridad Nacional" y la "doctrina de la Guerra Revolucionaria" y mostró cómo esta se apoyó en una serie de supuestos que enfatizaron, en vez de la creatividad latinoamericana, las ideas externas en la elaboración de esta.³⁶ Por su parte, Javier Castro Arcos se adentró en las operaciones de la diplomacia religiosa estadounidense entre los tejidos sociales y las redes transnacionales evangélicas chilenas, señalando que las ideas del "norte" fueron articuladas, pero no sin conflictos.³⁷

En 2021 coordiné una mesa junto a Laura Sala sobre "La Guerra Fría en América Latina y los estudios transnacionales" en las V Jornadas del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Buenos Aires que recibió trabajos que permiten avanzar en las investigaciones sobre las coordinaciones represivas, sobre el rol de las escuelas militares en la producción de ideas sobre el desarrollo, sobre las izquierdas latinoamericanas durante la Guerra Fría. Además, la discusión permitió plantear una crítica hacia las narrativas "desde arriba", es decir, sobre la "performatividad" discursiva que en realidad sería presentar y representar los procesos históricos locales en la clave de la Guerra Fría. El aporte

Rodríguez, "La aventura tercermundista del cine mexicano. Producción fil-mica y diplomacia latinoamericana, 1971-1976", *Secuencia* 111 (2021).

³⁵ Alberto Consuegra Sanfield, "Entre el pragmatismo y el consenso: los vínculos del gobierno cubano y la última dictadura argentina (1976-1983)", *Secuencia* 111 (2021).

³⁶ Laura Sala, "Las ideas externas en las doctrinas militares latinoamericanas de la Guerra Fría", *Secuencia* 111 (2021).

³⁷ Javier Castro Arcos, "Neomalthusianismo, Guerra Fría y redes evangélicas transnacionales en la guerra contra el hambre, Chile (1960-1970)", *Secuencia* 111 (2021).

del investigador guatemalteco Alejandro Flores, por ejemplo, planteó la importancia de recuperar aquellos relatos o memorias del pasado político de los Ixiles, como el porqué de la decisión de la lucha armada, que han quedado "subrepresentadas" ante las grandes disputas de la Guerra Fría.

Por último, hay que mencionar la celebración del Congreso Centroamericano de Historia de 2021 en el que Roberto García Ferreira, ahora junto a Gerardo Sánchez Nateras del Colegio de México, propusieron la mesa "El lugar de Centroamérica en la Guerra Fría Latinoamericana: avances, desafíos y agendas de investigación", en cuyo espacio de debate, que duró del 16 al 20 de agosto, una serie de intervenciones ocupadas en Centroamérica tuvieron un enfoque transnacional.

En términos generales se puede afirmar que en América Latina la emergencia de los estudios transnacionales se está produciendo en aquellos espacios académicos en los que proliferó la sociología histórica, la historia comparada y la reflexión sobre América Latina, y que el libro compilado por Daniela Spenser impactó en ciertos académicos y académicas de América Latina procedentes de aquellos espacios académicos señalados, cuyos temas estaban vinculados específicamente al periodo de la Guerra Fría latinoamericana. La perspectiva transnacional, no obstante, aún es muy escasa. Considero, sin embargo, que hay un núcleo de investigaciones que giran en torno a los Estados terroristas, que son las que más se acercan al enfoque transnacional. Sobre cada una de estas profundizaré en los siguientes apartados.

LAS REDES ENTRE LOS ACTORES MILITARES ESTATALES

La coordinación de diferentes actores militares latinoamericanos en la represión de la oposición política no fue una novedad de los Estados de seguridad nacional que se establecieron en el Cono Sur desde 1964 hasta 1992. Sin embargo, dentro de este periodo, específicamente entre 1975 y 1978, funcionó la más importante red de inteligencia y operaciones entre actores militares, conoci-

da como Operación Cóndor, con la participación de Brasil, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay y Bolivia, cuyos objetivos fueron el intercambio de información y prisioneros y la realización de operaciones coordinadas, extraterritoriales y transnacionales. Posteriormente, en la fase decreciente de la Operación Cóndor, comenzaron a desarrollarse formas de colaboración y de coordinación en seguridad nacional entre algunos Estados terroristas del Cono Sur, como Argentina y Chile, y América Central, un proceso que habría durado, aproximadamente, hasta 1983.

Las sospechas en torno a una coordinación represiva entre las Fuerzas Armadas del Cono Sur y Centroamérica fueron planteadas, a inicios de los años ochenta, por algunos periodistas, cuyas hipótesis fueron retomadas por el politólogo argentino Ariel Armony en un libro que es referente en el campo de los nuevos estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana.³⁸ El investigador, en 1997, afirmó que los perpetradores de la "guerra sucia" en Argentina habían trasladado a fines de la década del setenta y principios de la del ochenta su modelo de represión masiva a América Central, porque Argentina decidió "ocupar el lugar de Estados Unidos en la lucha hemisférica contra el comunismo" cuando la subversión ya no se percibió como una amenaza seria en el ámbito interno. Argentina habría operado, en un principio, como un actor independiente en América Central, pero luego "se erigió en un sucedáneo calificado en el programa de política exterior del gobierno de Reagan para esa región".³⁹ En este libro, Armony logró sistematizar la asistencia militar que Argentina presuntamente ofreció a Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua con fuentes orales, periodísticas y pocos documentos, pues en rigor, los archivos que hoy conoce-

³⁸ Óscar Raúl Cardoso, Ricardo Kirschmaum y Eduardo Van Der Kooy, *Malvinas. La trama secreta* (Buenos Aires: Sudamericana, 1983); Ariel Armony, *Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977-1984* (Athens: Ohio University Center for International Studies, 1997); Ariel Armony, *La Argentina, los Estados Unidos, y la cruzada anticomunista en América Central (1977-1984)* (Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1999).

³⁹ *Ibidem*, p. 69.

mos no existían. No se propuso explorar las causas, ni realizar una comparación analítica de dicha asistencia argentina en los casos centroamericanos, ni indagar sobre la significación y el impacto para cada experiencia histórica nacional, a excepción del caso de la "contra" nicaragüense, que fue el más trabajado.

Apenas antes que Armony empezara su investigación se descubrió, a fines de 1992, un archivo en Paraguay que contenía un enorme arsenal documental en torno a la Operación Cóndor. La detención del líder de la dictadura chilena, Augusto Pinochet, sumó la desclasificación de miles de documentos por parte del gobierno estadounidense en 1999. Esto permitió avanzar en la investigación de la Operación Cóndor. A partir de su trabajo con dichas fuentes, la periodista Stella Calloni arriesgó conectar la Operación Cóndor con la participación argentina en la represión en Centroamérica durante los años ochenta. Explicó que Cóndor funcionaba de coordinadora de las dictaduras "sin fronteras de contención alguna"⁴⁰ incluyendo a otras redes:

servicios de inteligencia de muchos países, asociaciones criminales [...], grupos comandos y de tareas de la guerra sucia, escuadrones de la muerte, cubanos anticastristas, los terroristas del coronel croata Vlado Scecen, la ultraderecha italiana de Stefano Delle Chiaie, la Organización del Ejército Secreto de Francia (OAS) y apoyos de gobiernos como el de Sudáfrica, en manos del régimen del apartheid, entre otros.⁴¹

Calloni sostuvo que "Estados Unidos proporcionó inspiración, financiamiento y asistencia técnica a la represión, y plantó las semillas de la Operación Cóndor".⁴² Si bien no teorizó sobre los objetivos de la Operación, señaló que Cóndor buscó eliminar a los "terroristas fugitivos" y a los "disidentes exiliados".⁴³ En Estados Unidos, el

⁴⁰ Stella Calloni, *Operación Cóndor. Pacto militar* (Ciudad de México: La Jornada ediciones, 2001), p. 12.

⁴¹ *Ibidem*, p. 14.

⁴² *Ibidem*, p. 21.

⁴³ *Ibidem*, p. 22.

periodista John Dinges, en 2004 publicó *The Condor Years*, el cual amplió durante el proceso judicial y volvió a publicar en 2021 en español como *Los años del Cóndor*.⁴⁴ Él consideró que, en Sudamérica, el miedo a la unión de los grupos guerrilleros era una realidad, pues los grupos revolucionarios que optaron por la lucha armada como el MIR (Chile), el MLN-Tupamaros (Uruguay), el ELN (Bolivia) y el PRT-ERP (Argentina) se habían reunido y aprobado una alianza formal denominada Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), la cual se dio a conocer a fines de 1974. De acuerdo a Dinges: "la JCR [...] se convirtió en el principal objetivo de la operación cóndor".⁴⁵ En la versión de 2021 Dinges esclareció el papel de Estados Unidos, el cual calificó como de complicidad, pues sostuvo que "ninguna agencia del gobierno de Estados Unidos participó en la creación de la Operación Cóndor ni en la identificación de sus blancos o la realización de sus operaciones."⁴⁶ Sin embargo, no modificó su hipótesis respecto de la JCR.

Desde el ámbito académico Patrice McSherry se ocupó de conceptualizar y analizar esta coordinación transnacional de la represión a lo largo de los años noventa. En un artículo de 2002, se propuso explorar los orígenes conceptuales y organizacionales de Cóndor, usando y citando los documentos estadounidenses, así como examinar las relaciones entre el gobierno de Estados Unidos y dicha operación.⁴⁷ Ella sostuvo que el gobierno de Estados Unidos fue el líder de la cruzada global anticomunista y que Cóndor debía ser comprendido en ese contexto. En sus conclusiones señaló que, durante la Guerra Fría, el verdadero temor de los responsables políticos estadounidenses no parecían ser las guerrillas, sino los nuevos movimientos populares de América Latina que exi-

⁴⁴ John Dinges, *The Condor Years. How Pinochet and His Allies Brought Terrorism to Three Continents* (New York: The New Press, 2004); John Dinges, *Los años del Cóndor. Operaciones internacionales de asesinato en el Cono Sur* (Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial Chile, 2021).

⁴⁵ *Ibidem*, p. 53.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Patrice McSherry, "Tracking the Origins of a State Terror Network: Operation Condor", *Latin American Perspectives* 29:1 (2002), p. 39.

gían cambios políticos y socioeconómicos, como Allende en Chile, Torres en Bolivia, Perón en Argentina y Velasco en Perú. La investigadora publicó su libro en 2005 en Estados Unidos y en 2009 en español, en Chile, donde explicó exhaustivamente qué fue la Operación Cóndor, la definió como un "brazo transnacional del Estado paralelo" y explicitó sus seis características principales.⁴⁸ Sostuvo que Cóndor no fue una anomalía, sino "una manifestación de una estrategia anticomunista más amplia que fue adoptada secretamente por los dirigentes occidentales" y concluyó que "Washington no solamente colaboró con la Operación Cóndor y se aprovechó del sistema Cóndor para promover los intereses que Estados Unidos consideraba como propios, sino que también desempeñó un papel indispensable en su génesis y funcionamiento".⁴⁹ La investigadora expresó que entre "1979 y 1980 un nuevo sistema tipo Operación Cóndor se estableció en Centroamérica" y si bien retomó los aportes de Armony, puso en tela de juicio la hipótesis del investigador con relación a la independencia del régimen argentino para tomar sus decisiones.⁵⁰ En este libro, Patrice McSherry volvió a sostener que la JCR fue una excusa para que los regímenes militares formalizaran la ya existente cooperación multilateral, ya que la mayoría de estos grupos habían sido prácticamente derrotados.

En ese tiempo, Ariel Armony fue invitado a participar del ya mencionado libro coordinado por Daniela Spenser. La cuarta parte del libro presentó la perspectiva de "La transnacionalización de la Guerra Fría" e incluyó los capítulos de Daniela Spenser y Ariel Armony. En este artículo, Armony adoptó de forma explícita la perspectiva transnacional en el momento en que esta se estaba consolidando en Estados Unidos. Reafirmó sus viejas hipótesis: que a "finales de los años setenta y principios de los ochenta, el régimen militar argentino procuró internacionalizar su aparato represivo en

⁴⁸ Patrice McSherry, *Los Estados depredadores: la operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009), pp. 33-38 y 56.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 67 y 327.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 276.

América Latina", como parte de una cruzada hemisférica contra el comunismo, proporcionando entrenamiento en contrainsurgencia, inteligencia y asistencia militar a El Salvador, Guatemala y Honduras, y que alcanzó su clímax con la organización de los "contras" nicaragüenses.⁵¹ Y sostuvo, al igual que en 1997, que esta cruzada hemisférica se nutrió e impulsó desde una red anticomunista transnacional que estuvo integrada por actores estatales y no estatales.⁵² Para Ariel Armony, la construcción de esas redes transnacionales fue fundamental y había que poner el foco del análisis ahí. Estas redes se habían construido a través de vínculos personales entre élites domésticas y regionales, entre organizaciones de la sociedad civil, grupos económicos y redes locales de base y se sustentaron "en valores y discursos comunes, así como también en un intercambio fluido de información, *know how* y recursos".⁵³ Esto habría resultado en una "cultura militar hemisférica" una dimensión poco estudiada de la Guerra Fría en América Latina.⁵⁴ Estas redes se habrían formado a lo largo del tiempo, en una especie de proceso de creación de "zonas de colaboración y contacto transnacional" que no estaban ubicadas en un territorio determinado, sino que representarían "espacios de intercambio y circulación de ideas, vínculos y recursos", un proceso que se habría iniciado en 1973 con la formalización de la Operación Cóndor, habría dado un paso clave con el golpe de Estado en Bolivia en 1980 y se habría fortalecido con su convergencia en Centroamérica.⁵⁵ La Guerra Fría en América Latina, decía Armony recuperando a Joseph, no debía pensarse desde el "enfoque que establece una jerarquía analítica según la cual los países de la región solo pueden ser vistos como actores periféricos", pues una estrategia

⁵¹ Ariel Armony, "Transnacionalizando la 'guerra sucia': Argentina en Centroamérica", en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 2004), p. 319.

⁵² *Ibidem*, p. 320.

⁵³ *Ibidem*, p. 348.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 331.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 321.

diferente habilitaría a examinar los "sitios de contacto en donde se producen los encuentros, conflictos e intercambios entre ideologías [...], tecnologías (de terror y represión, por ejemplo) y capital económico y humano".⁵⁶ Lo que creo que también es novedoso en este artículo, que retoma los estudios pioneros sobre Operación Cóndor, es que propuso que estas redes transnacionales anticomunistas debían pensarse como "contraparte de las redes transnacionales revolucionarias", lo cual tendría cierta lógica, pues a un fenómeno transnacional lo estaría explicando otro fenómeno con las mismas características.⁵⁷ En otros términos, dos redes transnacionales estaban expresando los dos bloques ideológicos que habrían caracterizado a la Guerra Fría en América Latina. Cada una de estas redes (la revolucionaria y la anticomunista), por otra parte, sería un punto de convergencia de intereses en el marco del conflicto bipolar, pero de ningún modo representaría la subordinación de la autonomía de los países del "tercer mundo" respecto a cada una de las superpotencias (a la Unión Soviética la red "revolucionaria" y a Estados Unidos la red "anticomunista"), como lo ejemplificaron Cuba respecto de la Unión Soviética y Argentina respecto de Estados Unidos.⁵⁸

Las aportaciones de Armony estimularon nuevas preguntas de investigación. En 2011 la historiadora argentina Melisa Slatman decidió encarar la relación entre la JCR y el Operativo Cóndor. Slatman utilizó documentos de la JCR, testimonios de los dirigentes de las organizaciones que integraron la JCR y, finalmente, documentos estatales producidos por los organismos de inteligencia de la región para revisar la hipótesis de John Dinges en torno al rol central que habría tenido la JCR en la creación de Cóndor. Es cierto que uno de los documentos centrales del Cóndor aludió a la dimensión que estaba tomando la subversión con "mandos intercontinentales, continentales, regionales y subregionales" entre los que se encontraba la Conferencia Tricontinen-

⁵⁶ *Ibidem*, p. 348.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 320.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 320-321.

tal o la JCR.⁵⁹ Sin embargo, Slatman sostuvo que había que matizar la idea, pues la JCR tuvo poco nivel de desarrollo cualitativo y fue reducida tanto en el tiempo como en su impacto material. A su juicio, había que pensar más en la influencia del pensamiento geoestratégico estadounidense de la seguridad hemisférica para la defensa común. No fue tanto la existencia de la JCR lo que habría impulsado una alianza represiva sino, por el contrario, "la necesidad de una alianza transnacional que valorizara el lugar de los países del Cono Sur en el ordenamiento continental lo que haría que las fuerzas represivas locales centren su atención en la JCR y la utilicen como justificación para establecer las alianzas".⁶⁰ Así se explicaría "por qué las víctimas de la Operación Cóndor exceden a los militantes de las organizaciones de esta coordinadora y abarcan a diferentes conjuntos de militantes y no militantes de la región".⁶¹

Al año siguiente, Melisa Slatman y Enrique Serra Padrós de Brasil editaron un monográfico en torno a las coordinaciones represivas en el Cono Sur (1964-1991), lo que entendieron como la "expresión de la transnacionalización del terrorismo de Estado".⁶² Allí hubo una reflexión más explícita en relación a la frontera y los espacios transnacionales: "la colaboración regional, al definir la intrínseca relación entre la defensa de la seguridad nacional y el primado de las fronteras ideológicas, reconoció no tener límites para combatir al 'enemigo interno' donde se encontrara".⁶³ Así, señalaron, aparecieron "zonas liberadas internacionales", pues las fronteras nacionales fueron ignoradas y funcionaron de manera laxa para el paso de los comandos y la realización de los operativos. El dossier inició con un trabajo de Patrice McSherry en el que la autora sinteti-

⁵⁹ Melisa Slatman, "Para un balance necesario: la relación entre la emergencia de la Junta de Coordinación Revolucionaria y el Operativo Cóndor. Cono Sur, 1974-1978", *Testimonios 2* (2011), p. 81.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 98.

⁶¹ *Ibidem*, p. 98.

⁶² Enrique Serra Padrós y Melisa Slatman, "Introducción: coordinaciones represivas en el Cono Sur (1964-1991)", *Taller 1:1* (2012), p. 28.

⁶³ *Ibidem*, p. 28.

zó las ideas principales de su libro, y otro de Melisa Slatman, quien realizó un balance de la investigación sobre las coordinaciones represivas y el mejor uso de fuentes, las que para ella deben ser oficiales, pues estas coordinaciones fueron estatales.⁶⁴ El monográfico, además, contó con investigaciones empíricas de Enrique Serra Padrós y Ananda Simões Fernandes, quienes trabajaron sobre Río Grande do Sul, un espacio transnacional clave para estudiar la implementación represiva a nivel regional, y en una escala temporal más allá de la Operación Cóndor. Finalmente, habría que señalar en esta obra colectiva un artículo de Caroline Silveira Bauer, quien abordó la coordinación Brasil-Argentina desde el punto de vista del espionaje e inteligencia sobre los exiliados, estudios que incorporaron archivos recientemente desclasificados de Brasil.⁶⁵ Desde Uruguay, los aportes vinieron de Vania Markarian, del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente. Markarian había escrito el capítulo referente a la Operación Cóndor en el informe sobre los detenidos desaparecidos solicitado por el presidente de Uruguay Tabaré Vázquez y sus aportes principales fueron recuperados en un artículo que escribió para el libro *Problemas de historia reciente del Cono Sur* que compilaron en dos tomos referentes del campo, pero en los que la historia transnacional estuvo ausente.⁶⁶

En un libro más reciente, Fernando López ha señalado que la Operación Cóndor fue mucho más que una estrategia de Estados Unidos durante la Guerra Fría, por lo que su análisis abordó tanto a

⁶⁴ Melisa Slatman, "Archivos de la represión y ciclos de producción de conocimiento social sobre la coordinación represiva", *Revista Taller* 1:1 (2012), pp. 47-66.

⁶⁵ Enrique Serra Padrós, "Rio Grande Do (Cone) Sul: La conexión represiva de Seguridad Nacional (1960-1985)"; Ananda Simões Fernandes, "A conexão repressiva entre a ditadura brasileira e o Uruguai (1964-1973): A atuação do Departamento de Ordem Política e Social do Rio Grande Do Sul"; y Caroline Silveira Bauer, "O controle sobre argentinos no Brasil e brasileiros na Argentina: Vigilância e repressão extraterritoriais", *Taller* 1:1 (2012).

⁶⁶ Vania Markarian, "Una mirada desde Uruguay a la coordinación represiva regional, 1973-1984", en Ernesto Bohoslavsky *et al.* (eds.), *Problemas de historia reciente del Cono Sur* (Buenos Aires: Universidad Nacional General Sarmiento/Prometeo Libros, 2010), pp. 265-285.

los gobiernos militares como a sus alianzas con las extremas derechas civiles anticomunistas de Latinoamérica y del mundo. López propuso varias hipótesis para contestar a la pregunta acerca de la transnacionalización del terrorismo de Estado en tiempos de retraimiento de la lucha armada en América Latina. El autor señaló, por un lado, que hubo por parte de los militares una percepción desmesurada en torno a la amenaza de la seguridad del Estado que podían ocasionar los movimientos revolucionarios y otros grupos políticos. Por otro lado, marcó los desafíos reales que conllevaron los exiliados y el movimiento mundial de derechos humanos, quienes colaboraron a neutralizar y socavar la retórica y las estrategias de los regímenes de la Guerra Fría latinoamericana. Según López, la JCR habría proporcionado la excusa para justificar la persecución de opositores políticos.⁶⁷ Para argumentarlo, desarrolló el trabajo de las resistencias no armadas a las dictaduras y el de los exiliados sudamericanos y sus relaciones con las redes transnacionales de defensa de los derechos humanos.

La agenda de investigación abierta por Ariel Armony la continuamos en el Grupo de Estudios sobre Centroamérica del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Buenos Aires, cuyos resultados parciales han resultado en la formación del Grupo de Estudios Transnacionales de Violencia Política de las Derechas, con sede en el mismo Instituto, y bajo la co-coordinación de Armony por University of Pittsburgh y de quien escribe por parte de la Universidad de Buenos Aires. Desde 2012 investigamos la colaboración de la dictadura militar argentina y de la red transnacional de organizaciones de extrema derecha latinoamericana en la "lucha contrasubversiva" en América Central, especialmente en Guatemala, Honduras y El Salvador. Asimismo, mediante la utilización de la comparación analítica, mostramos su impacto en el ejercicio de la represión de la disidencia política en las zonas urbanas de dichos países centroamericanos. La inves-

⁶⁷ Fernando López, *The Feathers of Condor: Transnational State Terrorism, Exiles and Civilian Anticommunism in South America* (Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2016), pp. 98-99.

tigación se basó en el cruce de fuentes provistas por diferentes repositorios documentales latinoamericanos (Argentina, Honduras, El Salvador, Guatemala, México, Paraguay) las cuales estarán disponibles en acceso abierto en el futuro en alguna colección sobre violencia política transnacional. Rostica investigó las relaciones exteriores entre Guatemala y Argentina (1976-1983) y sostuvo que las mismas constituyeron uno de los condicionantes sociohistóricos en la instalación de la dictadura militar guatemalteca que perpetró la mayor cantidad de violaciones a los derechos humanos (1982-1985).⁶⁸ Su trabajo documental le permitió afirmar que la colaboración en materia de seguridad nacional entre Argentina y Guatemala adquirió sistematicidad entre 1980 y 1981 lo cual impactó cualitativamente en la desaparición forzada de personas en Guatemala.⁶⁹ Laura Sala, por su parte, abordó diversos aspectos de la circulación y recepción de ideas sobre "lucha contra la subversión" en América Latina. En su tesis doctoral, mediante el análisis de documentos inéditos y entrevistas a exoficiales guatemaltecos, Sala demostró la influencia argentina en la reconfiguración de la estrategia represiva de las Fuerzas Armadas guatemaltecas entre 1977 y 1982.⁷⁰ Para el caso salvadoreño, Lucrecia Molinari, también integrante del Grupo

⁶⁸ Julieta Carla Rostica, "Una agenda de investigación pendiente: la política exterior de la dictadura militar argentina hacia Guatemala (1976-1983)", *Boletín de la Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica* 59 (2013); Julieta Carla Rostica, "La política exterior de La dictadura cívico-militar argentina hacia Guatemala (1976-1983)", *Estudios* 36 (2016), pp. 85-119.

⁶⁹ Julieta Carla Rostica, "La transnacionalización de ideas: la escuela contrasubversiva de Argentina a Guatemala", *Diálogos Revista Electrónica* 19:2 (2018), p. 170; Julieta Carla Rostica, *La colaboración de la dictadura militar argentina en la "lucha contrasubversiva" en Guatemala (1976-1981)* (Ciudad de Guatemala: Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales de Guatemala, 2021).

⁷⁰ Laura Sala, "Enemigos, población y guerra psicológica. Los saberes contrasubversivos argentinos y su (re)apropiación por los militares guatemaltecos", *Diálogos* 19:2 (2018), pp. 140-169; Laura Sala, *La guerra es ideológica. La circulación de ideas 'contrasubversivas' argentinas y su recepción en la doctrina militar guatemalteca, 1977-1982* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2020).

de Estudios Transnacionales de Violencia Política de las Derechas, propuso una periodización de la proyección extraterritorial de la última dictadura militar argentina mediante el análisis de la relación de esta con los gobiernos militares salvadoreños entre 1977 y 1983 y un análisis detallado del progresivo acercamiento.⁷¹ En otro trabajo de elaboración conjunta propusimos evidenciar con fuentes oficiales el grado de responsabilidad que tuvo la dictadura militar argentina en la comisión de la masacre de El Mozote en El Salvador que se llevó la vida de casi mil salvadoreños.⁷² Rostica también avanzó en la investigación sobre Honduras, donde se instalaron organismos de coordinación de inteligencia y comunicaciones transnacionales, que funcionaron en paralelo y de forma coordinada con las agregadurías militares de Argentina (instaladas en Guatemala y luego en Honduras) y que en 1981 se trasladaron a Argentina.⁷³ La última publicación examinó comparativamente la colaboración de la dictadura militar argentina con los gobiernos de Guatemala y Honduras en su "lucha contra la subversión" (1980-1983) mostrando los diferentes grados y formas de la colaboración intergubernamental, sus responsables, su temporalidad y las instituciones, buscando analizar el papel de dicha colaboración en los procesos represivos de la experiencia histórica de las dos naciones.⁷⁴ Como puede verse, si bien avanzamos en la investigación de

⁷¹ Lucrecia Molinari, "La dictadura argentina frente al estallido de la guerra civil salvadoreña (1977-1982): proyección continental y 'experiencias compartidas'", *Diálogos* 19:2 (2018); Lucrecia Molinari, "Las relaciones diplomáticas Argentina-El Salvador: motivaciones y características del progresivo acercamiento (1979-1981)", *Cuadernos de Marte* 18 (2020), pp. 389-423.

⁷² Julieta Carla Rostica *et al.*, "La masacre de El Mozote en El Salvador: una aproximación a la responsabilidad argentina", *E-L@tina* 18:71 (2020), pp. 1-34.

⁷³ Julieta Carla Rostica, "La colaboración y coordinación de la represión de la disidencia política entre Argentina y Honduras: avances de investigación (1979-1983)", *Secuencia* 111 (2021).

⁷⁴ Julieta Carla Rostica, "The Collaboration of the Argentine Military Dictatorship with the Governments of Guatemala and Honduras in Their 'Fight against Subversion' (1980-3)", *Journal of Latin American Studies* (2022), pp. 1-26.

las consecuencias y el impacto de la colaboración y coordinación con Centroamérica, estamos en el proceso de abordar las causas y las condiciones sociohistóricas que la explican.

En el libro de Spenser, Armony planteó que las redes transnacionales anticomunistas debían pensarse como "contraparte de las redes transnacionales revolucionarias".⁷⁵ En ese marco, retomó la hipótesis de Dinges en torno a la JCR.⁷⁶ Sin embargo, si para 1979 la JCR había desaparecido hay que pensar en otras explicaciones a la política argentina en América Central. En ese sentido, Pablo Uncos señaló que la presencia de grupos guerrilleros argentinos en Centroamérica constituyó una razón de peso muy importante en las motivaciones de los "cruzados occidentalistas" del Ejército para emprender sus operaciones encubiertas en América Central. Como por sí sola esta observación no explica el fenómeno, Uncos agregó el estudio del contexto internacional y, sobre todo, la política exterior del país para aclarar las razones de la proyección argentina en América Central.⁷⁷ El trabajo más reciente sobre la política exterior de Argentina durante la dictadura militar es el de Magdalena Lisinska. Lisinska esgrimió que desde 1960 América Central fue considerada una zona de posible expansión de ideologías de izquierda, que hacia 1977 había presencia de guerrilleros argentinos que se habían fugado del país y que la responsabilidad de evitar ese escenario fue asumido por Estados Unidos, situación que se alteró con la asunción de la presidencia por parte de Carter.⁷⁸ Recientemente,

⁷⁵ Ariel Armony, "Transnacionalizando la 'guerra sucia': Argentina en Centroamérica", en Daniela Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 2004), p. 320.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 328-329.

⁷⁷ Pablo Uncos, "Los militares globalistas argentinos y su Guerra Fría en América Central", *Revista Análisis Internacional* 6:1 (2015); Pablo Uncos, *Entre guerrilleros y asesores militares: Argentina y su Guerra Fría en América Central (1977-1984)* (Buenos Aires/Barcelona: FLACSO/Universidad de San Andrés/Universidad de Barcelona, 2012), p. 5.

⁷⁸ Magdalena Lisinska, *Argentine Foreign Policy during the Military Dictatorship, 1976-1983. Between a Nationalist and Pragmatic Approach* (Cham: Springer Nature Switzerland-Palgrave Macmillan, 2019), p. 130.

Emiliano Balerini Casal propuso reconsiderar las razones de interés político y estratégico del comando en jefe del Ejército argentino por aumentar la colaboración y presencia en Centroamérica. A su entender, tuvo que ver con la persecución a los militantes argentinos que se habían integrado a las guerrillas de la región en el exilio.⁷⁹ Para argumentarlo, Balerini Casal estudió a los internacionalistas argentinos en Centroamérica y ejemplificó algunos casos de ataque, persecución y desaparición forzada entre 1979 y 1981.

Esta temática de la coordinación supraestatal de la represión, o la articulación en una red transnacional de los diferentes actores militares estatales de América Latina, un tema urgente para el esclarecimiento de las violaciones a los derechos humanos y su judicialización,⁸⁰ permitió introducir el enfoque transnacional en las investigaciones sociohistóricas. Es el tema más avanzado si lo comparamos con el restante, puesto que se vienen trabajando tanto sus causas como sus consecuencias, sus periodizaciones, sus estrategias y tácticas, sus actores, instituciones y víctimas, hasta dimensiones que llegan al plano de la formación militar.

LAS REDES ENTRE LOS ACTORES CIVILES ANTICOMUNISTAS

Otro tema recurrente en las investigaciones que abordaron las coordinaciones supraestatales de la represión es su vinculación con las redes de las organizaciones civiles de extrema derecha. El trabajo pionero es de 1986 y correspondió a los periodistas Scott Anderson y Jon Lee Anderson, quienes reconstruyeron la Liga Anticomunista Mundial (WACL) y su capítulo latinoamericano: la Confederación Anticomunista Latinoamericana (CAL). Ellos afirmaron que la coordinación de la dirección y de las actividades de la CAL

⁷⁹ Emiliano Balerini Casal, *Argentina en el conflicto centroamericano: de la dictadura militar al Internacionalismo Revolucionario (1977-1984)* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2019), p. 6.

⁸⁰ Cabe destacar el reciente libro de Francesca Lessa, *Los juicios del Cóndor. La coordinación represiva y los crímenes de lesa humanidad en América del Sur* (Montevideo: Taurus, 2022).

estaba localizada en México, en manos de la Federación Mexicana Anticomunista de Occidente (FEMACO) liderada por Los Tecos y que en 1980 la CAL sirvió "como principal enlace en la exportación de escuadrones de la muerte, vigilancia sofisticada, tortura y técnicas de infiltración de Sudamérica a Centroamérica".⁸¹

Este trabajo abrió el tema a investigaciones de corte más académico. Bajo la inspiración del libro de Daniela Spenser y el enfoque transnacional es importante mencionar los trabajos de Mónica López Macedonio, quien reconstruyó los orígenes del capítulo latinoamericano de la WACL a partir del análisis de los vínculos entre la Federación Mexicana Anticomunista de Occidente (FEMACO) y la Liga en 1967, tal vez como reacción a la expansión de un movimiento político internacional que se concretó en la Tricontinental. Su investigación demostró que los actores estudiados contaron con un margen de autonomía respecto de la política anticomunista estadounidense, "tuvieron la capacidad de replantear sus alianzas sin intervención estadounidense" y, hasta incluso, cuestionaron la política exterior norteamericana cuando no se sintieron apoyados o cobijados por ella.⁸² El trabajo tuvo el enorme valor de utilizar la documentación desclasificada de los archivos de la policía política mexicana resguardada en el Archivo General de la Nación.

El imaginario y la práctica del anticomunismo fue más allá de los contextos nacionales, por eso otro interesante trabajo es el de Herrán Ávila, quien buscó estudiar los puntos de contacto entre dos grupos de extrema derecha de Argentina y México de 1954 a 1972, dos países localizados en los extremos del subcontinente, en los albores de la fundación de la CAL y la realización del primer congreso de la WACL en América Latina. Si bien los grupos es-

⁸¹ Scott Anderson y Jon Lee Anderson, *Inside the League. The Shocking Exposé of How Terrorists, Nazis, and Latin American Deaths Squads Have Infiltrated the World Anti-Communist League* (New York: Dodd, Mead & Co., 1986), cap. xvii, p. 146.

⁸² Mónica Naymich López Macedonio, "Historia de una colaboración anticomunista transnacional. Los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta", *Contemporánea* 1:1 (2010), p. 134.

tudiados estuvieron enfrascados en sus luchas dentro de una dimensión estatal "fueron sintoma de una novedosa concepción de lucha política y espiritual contra el comunismo a escala global".⁸³ A juicio de Herrán Ávila, las formas de acción política que caracterizaron a los anticomunistas juveniles de medio siglo prefiguraron y fueron antecedentes de la formulación ideológica de las "guerrillas blancas" como un instrumento de lucha civil contra el enemigo "comunista". Al igual que López Macedonio, consideró que estas "guerrillas blancas" serían, a su vez, la respuesta a la retórica insurreccional surgida de la Conferencia de la Tricontinental organizada en Cuba.⁸⁴

Una compilación que también procuró estudiar las redes y los contactos entre las organizaciones de derecha y de extrema derecha en el momento previo a la formalización de la entidad transnacional, es decir hasta 1973, fue la encabezada por João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky, aunque ese recorte fue elegido por el golpe de Estado en Chile. Este libro tiene el mérito de iluminar los contactos Sur-Sur para conocer mejor la historia transnacional de las transferencias y relaciones entre los actores sudamericanos, intentando dar un paso más allá que la comparación de casos, para buscar la formación de redes y contactos que daban un sentido global a luchas regionales o nacionales.⁸⁵ La segunda parte del libro se ocupó propiamente del periodo de la Guerra Fría, cuando la perspectiva fascista perdió su peso ideológico en comparación a la preocupación por el "comunismo". Tal vez sea el artículo de Magdalena Broquetas el que menos enfocado estuvo en actores individuales y más permite reconstruir el panorama de las organi-

⁸³ Luis Alberto Herrán Ávila, "Las guerrillas blancas: anticomunismo transnacional e imaginarios de derechas en Argentina y México, 1954-1972", *Quinto Sol* 19-1 (2015), p. 1.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 20.

⁸⁵ João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky, "Las derechas sudamericanas: trayectorias, miradas y circulación", en *Circule por la derecha: percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973* (Los Polvorines: Universidad Nacional General Sarmiento, 2016), pp. 10 y 14.

zaciones de extrema derecha uruguayas y su red tejida, por ejemplo, con el movimiento continental neofascista Joven América, íntimamente vinculado con la organización de exiliados cubanos en Estados Unidos, o con organizaciones argentinas, como el Movimiento Nacionalista Tacuara, con las cuales "compartían un plan de acciones conjuntas".⁸⁶ La autora señaló que "la existencia de un enclave marxista-leninista en el continente americano, así como la emergencia de una nueva izquierda y el ensanchamiento del marco de alianzas de las viejas izquierdas partidarias constituían factores de unión y disparadores para la acción en los distintos países americanos de organizaciones con perfiles ideológicos similares".⁸⁷ Ella consideró que hacia mediados de los años sesenta, estas organizaciones ya habían entablado proyectos conjuntos a nivel continental y que sus acciones hayan llegado hasta la reconfiguración del Cono Sur por las dictaduras resulta una razón suficiente para profundizar más en sus itinerarios a nivel regional y global.

Ernesto Bohoslavsky ha mostrado desde entonces un creciente interés en la historia transnacional de las derechas. Los avances, consideró, permiten profundizar en torno a formas de circulación transnacional en cuatro sentidos: en aquella que va en el sentido geográfico inverso al dominante, como podría ser desde el Sur al Norte; la circulación horizontal o Sur-Sur; las percepciones cruzadas Sur-Sur; y las conexiones transnacionales entre espacios no hegemónicos en las historiografías nacionales.⁸⁸ Bohoslavsky, junto a Stéphane Boisard y otros colegas de la región, con el fin de darle un espacio de discusión al campo sobre las derechas en el Cono Sur, han organizado desde el año 2010 talleres de discusión promovidos por la Universidad Nacional General Sarmiento y la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, los coloquios

⁸⁶ Magdalena Broquetas, "La extrema derecha uruguaya y sus redes transnacionales (década de 1960)", en Bertonha y Bohoslavsky, *op. cit.*, p. 220.

⁸⁷ *Ibidem.*

⁸⁸ Ernesto Bohoslavsky, "La historia transnacional de las derechas argentinas en el siglo xx: ¿qué sabemos y qué podríamos saber?", *Páginas* 10:24 (2018), pp. 10-33.

"Pensar las derechas en América Latina" realizados periódicamente cada dos años desde 2014 y el Grupo de Trabajo en CLACSO.⁸⁹ Magdalena Broquetas, también parte de este grupo, editó recientemente un monográfico sobre "Derechas latinoamericanas y violencia en el siglo xx" del que participaron Ignacio Araujo y el propio Ernesto Bohoslavsky con una contribución en clave transnacional que examinó las relaciones establecidas entre la WACL, organizaciones anticomunistas y dictaduras militares en América del Sur y Asia en los años setenta, relaciones que si bien ya preexistían se fortalecieron cuando el gobierno de Estados Unidos comenzó a oponerse a esos regímenes anticomunistas.⁹⁰ El estudio se enfocó especialmente en un Congreso de la WACL que tuvo a Asunción (Paraguay) como sede en 1979, una de las actividades habituales de la Liga que más contribuyeron al intercambio de ideas e información, a solidificar identidades y contactos entre anticomunistas. Lorena Soler, experta en la historia paraguaya y particularmente en el orden de Stroessner (1954-1989), había contribuido a pensar ese Congreso desde el diario *Patria* y, posteriormente, desde la perspectiva transnacional. Reconstruyó ese Congreso y las redes paraguayas y agregó que dicho Congreso fue un hito en la reelaboración de los discursos anticomunistas.⁹¹

El hallazgo del "archivo del terror" en Paraguay, en el que había una buena cantidad de documentos sobre la red transnacional de derecha denominada CAL, permitió profundizar las investigaciones

⁸⁹ Las actas de los talleres y los coloquios pueden consultarse en el blog *Derechal@gos*: <https://derechalogs.hypotheses.org/coloquios-pensar-las-derechas>.

⁹⁰ Ignacio Araujo y Ernesto Bohoslavsky, "The Circuits of Anti-Communist Repression between Asia and Latin America during the Second Cold War: Paraguay and the World Anti-Communist League", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 31:1 (2020), pp. 105-125.

⁹¹ Lorena Soler, "Combatir el comunismo con humor. El diario 'Patria' durante la celebración del XII Congreso Anual de la Liga Anticomunista Mundial en Paraguay (1979)", *Anuario IEHS* 32:1 (2017), pp. 193-220; Lorena Soler, "Redes y organizaciones anticomunistas en Paraguay. La XII Conferencia Anual de la Liga Anticomunista Mundial, realizada en Asunción en 1979", *Páginas* 10-24 (2018), pp. 55-73.

y vincular la WACL y la CAL a la Operación Cóndor y su presunta extensión en América Central. Para el "Segundo Coloquio Pensar las Derechas en América Latina en el Siglo xx" organizado en la Universidad Nacional de General Sarmiento en 2016, presenté una ponencia que llevé al año siguiente al Congreso de la Latin American Studies Association (2017). En esa intenté organizar toda la documentación de la propia organización encontrada en Paraguay y ofrecer una descripción del surgimiento y desarrollo de la CAL entre 1972, cuando nació la organización, y 1980, así como revelar sus integrantes, objetivos y accionar. Asimismo, procuré descubrir las posibles articulaciones entre esta organización y los gobiernos nacionales, especialmente con las dictaduras militares que gobernaban muchos de los países latinoamericanos.⁹² Con base en este primer trabajo, investigué la transferencia de recursos, conocimientos y experiencias de Argentina hacia Guatemala a través de las conexiones civiles, militares, secretas, informales y clandestinas que se establecieron vía la CAL, agregando documentación proveniente del archivo histórico de la cancillería argentina.⁹³

Juan Carlos Vázquez Medeles también ha trabajado la presencia guatemalteca en los congresos anticomunistas, pero incorporando el periodo abierto desde 1954 con los congresos de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente, una Confederación que buscó investigar también Cañón Voirin.⁹⁴ El aporte de Vázquez Medeles fue incorporar el fondo del Archivo General de la Nación de México, pero también documentos de

⁹² Julieta Carla Rostica, "La confederación anticomunista latinoamericana y los gobiernos nacionales latinoamericanos (1972-1980)", en *Congreso LASA* (Lima: LASA, 2017); Julieta Carla Rostica, "La Confederación Anticomunista Latinoamericana y las Fuerzas Armadas. Guatemala y los años setenta", en *Segundo coloquio "Pensar las derechas en América Latina en el siglo xx"* (Los Polvorines: Universidad Nacional General Sarmiento, 2016).

⁹³ Julieta Carla Rostica, "La Confederación Anticomunista Latinoamericana. Las conexiones civiles y militares entre Guatemala y Argentina (1972-1980)", *Desafíos* 30:1 (2018), pp. 309-347.

⁹⁴ Julio Lisandro Cañón Voirin, "La Confederación Interamericana de Defensa del Continente (CIDC)", *Rubrica Contemporanea* VI:12 (2017), pp. 79-99.

archivos guatemaltecos, como los del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA) y del Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHPN).⁹⁵ Otra investigación que ha trabajado con el archivo de Paraguay desde Brasil es la tesis de doctorado de Marcos Vinicius Ribeiro, quien profundizó sobre algunos congresos no explorados hasta el momento, como el realizado en Río de Janeiro en 1974, a través del cual se estrecharon los lazos entre Brasil y Paraguay.⁹⁶ Él ratificó que tanto la WACL como la CAL actuaron paralelamente a los aparatos dictatoriales y que contaron con la participación de algunos cuadros de la represión latinoamericana entre sus miembros. Asimismo, logró mapear instituciones estrechamente vinculadas, como la Sociedad de Estudios Interamericanos (SEI), la Agencia de Informaciones Especiales (AIE), entre otras y reponer la importancia de figuras brasileñas de extrema relevancia como el empresario Carlo Barbieri Filho, quien facilitó las relaciones estratégicas entre Taiwán y Paraguay. También realizó un interesante análisis de la historia de la CAL durante la Operación Cóndor.

Con todos estos trabajos hemos podido trazar la red de circulación propiamente latinoamericana y los sucesivos congresos y conferencias como espacios transnacionales. Los escritos de la CAL revelan su autonomía respecto de Estados Unidos por su adscripción a tres elementos centrales del imaginario antiimperialista en América Latina: la reivindicación de Nuestra América, la defensa del principio de no intervención y el llamado antiamericanismo, lo cual sería expresión de la particular forma en que se vivió la Guerra Fría en América Latina. El imaginario antiimperialista fue usado por la derecha latinoamericana porque permitía en una coyuntura particular aglutinar en una lealtad latinoamericana transnacional a las diferentes organizaciones nacionales anticomunistas: el presi-

⁹⁵ Juan Carlos Vázquez Medeles, "La presencia guatemalteca en los Congresos Anticomunistas Latinoamericano (1954-1980)", *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe* 17:2 (2020).

⁹⁶ Marcos Vinicius Ribeiro, *A História Da Confederação Anticomunista Latino-Americana Durante as Ditaduras de Segurança Nacional (1972-1979)* (Cascavel: Universidade Estadual do Oeste do Paraná, 2018), p. 16.

dente demócrata James Carter había llevado a cabo una política de tolerancia hacia la Revolución sandinista al final de los años setenta, una revolución que era vista por las extremas derechas y las dictaduras militares como una amenaza subversiva que ayudaría, especialmente a las fuerzas revolucionarias de El Salvador, a triunfar en la guerra civil. Asimismo, había cancelado la ayuda militar a los países que violaban los derechos humanos, como a Argentina y Guatemala, y que tenían a sus propias guerrillas visibilizadas como amenaza comunista; y, por último, comenzaba la campaña electoral por la presidencia del republicano Ronald Reagan, quien colaboró en caracterizar al gobierno demócrata de "cartercomunismo".⁹⁷ Los llamados "países amigos" y los civiles que comulgaban en la misma comunidad ideológica, frente a las acciones de la superpotencia en el sentido opuesto al imaginado, se aglutinaron como latinoamericanos para luchar contra la supuesta agresión.

LAS REDES ENTRE LAS ORGANIZACIONES POLÍTICO-MILITARES: LA NUEVA IZQUIERDA

Una de las hipótesis que generalmente se barajaron para explicar tanto las coordinaciones represivas como el fortalecimiento y la institucionalización de las redes de extrema derecha en América Latina fue la concreción de las redes entre organizaciones de izquierda.

Al igual que ocurrió con las áreas de investigación anteriores, los primeros estudios en América Latina sobre las movilizaciones revolucionarias que tuvieron lugar desde 1959 fueron impulsados por periodistas, aunque a diferencia de los estudios sobre las derechas, la producción más considerable fue realizada por los mismos protagonistas de los hechos, en la forma de memorias, testimonios, entrevistas. El ámbito académico recién se ha ocupado

⁹⁷ Julieta Carla Rostica, "El antiimperialismo de la derecha. La Confederación Anticomunista Latinoamericana (1972-1980)", en Kristina Pirker y Julieta Rostica (coords.), *Confrontación de imaginarios. Los antiimperialismos en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO/Instituto Mora, 2021), pp. 215-239.

del tema a inicios del siglo, aunque, como afirman Martín Álvarez y Rey Tristán, han tendido al estudio de caso y no de las conexiones.⁹⁸ Para los dos autores había en estos primeros trabajos una atomización y aislamiento, sin vinculación con los procesos que se daban en otros países de la región. Por dicha razón, propusieron una definición del objeto de estudio "nueva izquierda", lo acotaron temporalmente, ofrecieron una periodización, una comprensión de la totalidad del proceso en el cual la "nueva izquierda" se ancla, sus partes y ciclos y una aproximación al debate internacional en el cual los casos latinoamericanos se enmarcan. Al tomar la definición de "nueva izquierda" aportada por David Rapoport, Martín Álvarez y Rey Tristán intentaron proponer una perspectiva transnacional para el estudio de la Nueva Izquierda latinoamericana. Esta fue parte de la oleada de actividad revolucionaria de alcance global: "La existencia de una identidad revolucionaria común de índole verdaderamente transnacional –si bien plena de matices nacionales–, que incluía un horizonte político de carácter socialista, una estrategia de lucha armada, unas formas organizativas similares, y la presencia de múltiples vínculos ideológicos –y con no poca frecuencia organizativos y personales– permiten sostener esta afirmación".⁹⁹ Los dos académicos españoles caracterizaron como "oleada" el ciclo revolucionario que inauguró la Revolución cubana (1959), que afectó a prácticamente todos los países del continente en las siguientes cuatro décadas y que se cerró en los años noventa con los acuerdos de paz en los últimos dos países que sufrieron conflictos armados: El Salvador y Guatemala (1996). Retomaron la periodización propuesta por varios investigadores de las tres etapas, aunque agregaron variables de análisis: una oleada estaría caracterizada por las primeras experiencias rurales o foquistas de los años sesenta (Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Argentina, Perú y Bolivia); otra en la que predominaron los grupos de actuación ur-

⁹⁸ Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, "La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996: definición, caracterización y algunas claves para su análisis", *Naveg@mérica* 9 (2012), p. 3.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 30.

banos, especialmente en el Cono Sur (Argentina, Uruguay, Brasil y en cierta medida Chile) entre los años sesenta y setenta; y la última, desde mitad de los años setenta cuyo protagonismo lo tuvieron las organizaciones de Centroamérica y las andinas (especialmente El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Colombia y Perú). Finalmente, agregaron la clave generacional. Bajo estas nociones conceptuales el grupo de investigadores españoles ha avanzado sustancialmente a despejar y edificar dicho campo de conocimiento.

Un interesante esfuerzo por construir un estado de la cuestión exhaustivo es el libro editado por Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos titulado *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Los editores consideraron que lo que hubo, en buena medida, durante la segunda mitad del siglo xx fueron intentos de construcción de un nuevo orden internacional que reemplazó al impuesto por las potencias colonialistas del siglo xix y, por ende, estimuló los procesos de cambio en las sociedades que aspiraban al desarrollo económico y a la ampliación de las libertades democráticas, pero limitó a los actores locales en los métodos y en los objetivos para alcanzar dichas aspiraciones. La dialéctica consistía en la transformación del liberalismo al socialismo o en mantener el conservadurismo. El punto de quiebre de dicha dialéctica, indicaron, fue la Revolución cubana, cuando se cambiaron tanto los métodos como los objetivos de los procesos revolucionarios, generando a la así llamada "nueva izquierda" latinoamericana. A diferencia de las prácticas anteriores, el modelo revolucionario ya no se enfocó en la creación del Estado nacional, por lo que la Guerra Fría "mostraría que éste fue un problema global, compartido por las regiones ajenas al mundo europeo y que irrumpió de manera determinante en el ámbito latinoamericano".¹⁰⁰ El libro buscó realizar un balance

¹⁰⁰ Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.), "Introducción general", en *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión* (Zamora/Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán/Universidade de Santiago de Compostela, 2014), p. 9.

historiográfico sobre la producción existente. Eduardo Rey Tristán exploró la producción referida a la escala regional latinoamericana, tras reseñar la perspectiva del caso, la anglosajona, la comparada y la de género. Por medio de este ejercicio llegó a la conclusión de que la dimensión regional de la nueva izquierda constituía un área poco explorada y que, dado el amplio desarrollo de los estudios de casos nacionales, su análisis como oleada de movilización regional constituye una de las líneas de trabajo más promisorias para los próximos años.¹⁰¹

Unos años más tarde, Martín Álvarez y Rey Tristán procuraron sistematizar la nueva perspectiva de análisis de la izquierda armada situándola, ahora, en el "marco de una oleada global de movimientos antisistémicos surgida desde finales de la década de los cincuenta del siglo pasado" procurando dar el primer paso en la "construcción de una perspectiva global del surgimiento, desarrollo y desaparición de la izquierda armada".¹⁰² Si bien el artículo no se enfocó en América Latina, la puso en perspectiva, estableciendo varios puntos de contacto con el resto del mundo, como los marcos ideológicos (como el antiimperialismo y el socialismo), las tácticas y los repertorios de acción (lucha armada). Señalaron, por ejemplo, que lo sucedido en América Latina fue central para la difusión del repertorio de acción de la lucha armada a escala global. En ese sentido, hitos o eventos como la Revolución cubana o la Revolución nicaragüense han contribuido a difundir repertorios concretos de acción colectiva, marcos de interpretación y formas de organización que fueron reinterpretados y adaptados por activistas de grupos de oposición alrededor del mundo, lo cual es muy interesante para la perspectiva transnacional y la circulación desde el Sur. La llegada al poder de gobiernos revolucionarios –como Cuba y Argelia– facilitó, a su

¹⁰¹ Eduardo Rey Tristán, "Las luchas revolucionarias en América Latina en perspectiva regional", en *ibidem*, pp. 87-109.

¹⁰² Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, "La dimensión transnacional de la izquierda armada", *América Latina Hoy* 80 (2018), p. 9.

vez, la interacción transnacional entre militantes y activistas de distintos países y regiones. Una muy reciente publicación de Alberto Martín Álvarez abonó en esa dirección al estudiar el papel que la izquierda anticolonial francesa tuvo en la solidaridad activa con grupos guerrilleros y movimientos de liberación de América Latina.¹⁰³

Al mismo equipo de investigadores españoles pertenece Eudald Cortina, fundador y coordinador del Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMA) y experto en la comunicación clandestina. Cortina, en diferentes publicaciones, y con la voluntad de aportar a la perspectiva de los estudios transnacionales de la "nueva izquierda", ha reconstruido los contingentes internacionalistas de las principales organizaciones político-militares argentinas (PRT-ERP y Montoneros) y chilenas (MIR), su solidaridad con la Revolución nicaragüense, las redes transnacionales tejidas por las organizaciones durante la segunda mitad de la década del setenta y el impacto que la experiencia internacionalista causó en dichas organizaciones a nivel ideológico, organizativo y práctica política.¹⁰⁴ Su trabajo, que linda con los estudios sobre los exilios políticos, conectó la segunda y tercera "onda" entre Sudamérica y Centroamérica dentro de la oleada de actividad revolucionaria de alcance global.

¹⁰³ Alberto Martín Álvarez, "El activismo anticolonial francés y América Latina: la organización Solidarité y su relación con las guerrillas latinoamericanas (1962-1970)", *Araucaria* 24:50 (2022), pp. 465-486.

¹⁰⁴ Eudald Cortina Orero, "Internacionalismo y Revolución sandinista: proyecciones militantes y reformulaciones orgánicas en la izquierda revolucionaria argentina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 28:2 (2017), pp. 80-103; "Brigada Sanitaria Adriana Haidar: solidaridad técnica montonera con la Revolución sandinista", *Secuencia* 108 (2020), pp. 1-27; "Militancia transnacional de montoneros en Centroamérica. De la solidaridad antiimperialista a la lucha por la recuperación democrática", en Kristina Pirker y Julieta Carla Rostica (eds.), *El imaginario antiimperialista en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO/Instituto Mora, 2021), pp. 183-212; "Apuntes sobre las experiencias internacionalistas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno en la Revolución sandinista", *Araucaria* 24:50 (2022).

En América Latina también hubo trabajos enfocados en una clave comparada, como aquellos emanados de la perspectiva de la sociología histórica. Para Centroamérica considero de extrema importancia el trabajo de Edelberto Torres-Rivas, quien se enfocó en escudriñar cuáles fueron las causas de los procesos revolucionarios en Centroamérica apoyándose en las teorías de las revoluciones "estadocéntricas", más que en el objeto de estudio de la "nueva izquierda", e hizo unos aportes extraordinarios para entender las particularidades de Guatemala, El Salvador y Nicaragua y el fracaso de los proyectos revolucionarios.¹⁰⁵ En Argentina, desde la perspectiva de la sociología histórica cultivada por Waldo Ansaldi, Inés Nercesián analizó el surgimiento de la lucha armada en tres países del Cono Sur, Brasil, Chile y Uruguay durante el periodo 1950-1970, es decir, en el marco de un proceso más amplio de conflicto social, cuestión que le permitió debatir con la creencia de que "la violencia de las organizaciones armadas instaló un escenario de violencia generalizada y que éste propició el quiebre de la democracia liberal", saltando con esto algunas cronologías del pasado reciente latinoamericano.¹⁰⁶

Algunos de los trabajos que más dialogan con la pregunta que busca explicar las redes, las colaboraciones y coordinaciones entre las extremas derechas, los gobiernos dictatoriales y sus órganos represivos son los trabajos de Aldo Marchesi y Hernán Confino. Aldo Marchesi muy tempranamente venía pensando en la "nueva izquierda" en América Latina y construyendo una geografía de la protesta armada en el Cono Sur. En un artículo previo al de los colegas españoles caracterizó a la "generación política" que surgió en el contexto marcado por la creciente movilización social y la emergencia de regímenes autoritarios y planteó las dimensiones regionales que las luchas de la "nueva izquierda" adquirieron. Marchesi consideró que se había prestado poca atención a las "evidentes

¹⁰⁵ Edelberto Torres-Rivas, *Revoluciones sin cambios revolucionarios* (Ciudad de Guatemala: F&G Editores, 2011).

¹⁰⁶ Inés Nercesián, *La política en armas y las armas de la política. Brasil, Chile y Uruguay 1950-1970* (Buenos Aires: CLACSO, 2013), p. 32.

similitudes, simultaneidad y coordinación que las acciones de estas organizaciones tuvieron".¹⁰⁷ Para empezar a superar ese vacío existente, se propuso analizar la red de organizaciones armadas de izquierda, la JCR, organización que muestra el nivel de circulación de militantes y de ideas en la región. El autor utilizó documentación interna de la organización y sus miembros, de archivos estatales como la DIPBA de Argentina y del "archivo del terror" de Paraguay, mediante la cual pudo describir cómo esta red de intercambios se originó hacia 1966, desarrolló y terminó, cuando el golpe de Estado en Argentina canceló el último refugio en la región. Diez años más tarde, Aldo Marchesi publicó su libro en el que propuso la importancia de un análisis en múltiples escalas: la transnacional, la regional y la local. De este modo, pudo ofrecer un estudio de las particularidades de cada organización y su contexto nacional, como los elementos que estimularon el proyecto a nivel regional de la JCR. Haciendo uso de las aproximaciones teóricas de la sociología histórica de los movimientos sociales y definiendo diferentes variables, logró contrastes comparativos con las "viejas izquierdas".¹⁰⁸

Por su parte, Confinó estudió la contraofensiva de Montoneros en clave transnacional. Esta organización armada había estado exiliada orgánicamente de Argentina desde septiembre de 1976, cuando, tras una enorme represión de la dictadura, la organización decidió ampliar la etapa de resistencia al exterior del país. Hacia fines de 1977 y principios de 1978 la dictadura militar terminó de desactivar sus últimas estructuras dentro del país. Sin embargo, la organización cobró mayor protagonismo en el extranjero, especialmente en México. Este exilio no abandonó los ideales revolucionarios y hacia octubre de 1978 decidió el inicio de la Contraofensiva Estratégica, lo cual implicó que entre 1979 y 1980 más de doscientos montoneros y montoneras ingresaran en se-

¹⁰⁷ Aldo Marchesi, "Geografías de la protesta armada: nueva izquierda y latinoamericanismo en el Cono Sur. El ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria", *Sociohistórica* 25 (2009), p. 42.

¹⁰⁸ Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019).

creto a Argentina "con el objetivo de alimentar el descontento social", pero cerca de la mitad fueron asesinados y desaparecidos.¹⁰⁹ El estudio del caso es sugerente para discutir la colaboración y coordinación represiva en la fase decreciente del plan Cóndor (c. 1979-1980).¹¹⁰

LAS REDES TRANSNACIONALES ENTRE EXILIADOS LATINOAMERICANOS Y ORGANIZACIONES DE DERECHOS HUMANOS

El tema de las redes de exiliados y su denuncia internacional por las violaciones a los derechos humanos que las dictaduras del Cono Sur estaban perpetrando también es útil para explicar las coordinaciones represivas. Esta conexión, sin embargo, no ha sido estudiada por los especialistas en los exilios y las diásporas en la historia reciente latinoamericana, es decir, con preguntas que conviertan las prácticas de las redes de los exiliados en variables independientes. Pablo Yankelevich ha dejado sentada la pregunta como referente de los estudios sobre el exilio argentino en México y quien, posiblemente, mejor cantidad y calidad de datos ha proporcionado al respecto. En su libro, que sin dudas constituye un puntapié para realizar investigaciones comparativas y transnacionales, al realizar un breve balance del tema en la región, propuso que, a inicios del siglo XXI, el exilio alcanzó una presencia nunca antes conocida en las investigaciones académicas sobre la base de un doble reconocimiento: por un lado, la admisión de que se trató de una de las consecuencias del terrorismo de Estado, y por otro, su contribución a la lucha antidictatorial.¹¹¹ Esta segunda dimensión constituye una clave para repensar la categoría de "enemigo interno" y el concepto de las "fronteras ideológicas" de las doctrinas militares en boga.

¹⁰⁹ Hernán Eduardo Confino, *La contraofensiva. El final de montoneros* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2022), p. 15.

¹¹⁰ *Ibidem*.

¹¹¹ Pablo Yankelevich, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2010), p. 18.

Quien ha pensado a lo largo de sus trabajos el exilio en clave transnacional ha sido Luis Roniger. El autor señaló que en las décadas recientes ha habido una profunda transformación en la aproximación analítica del fenómeno, que ha cesado de ser analizado solamente a partir de los testimonios personales y las aproximaciones biográficas. Según Roniger, su carácter masivo en las últimas fases de la Guerra Fría ha llevado a los investigadores a analizar su profundidad histórica, su funcionalidad represiva y su diversidad contextual tanto en relación con los países de origen como en relación con los países de residencia y la esfera transnacional. Roniger realizó una extensa reseña de los trabajos existentes y sentó la agenda de investigación que aún sigue abierta expresando que

es necesario prestar más atención a la dinámica interactiva de grupos de exiliados, comités de solidaridad, asociaciones de defensa de los derechos humanos, con toda su dinámica interna y las contradicciones políticas frente a los regímenes militares que expulsaron a sus oponentes. También necesitamos más estudios que analicen el papel de los exiliados en las campañas internacionales contra la tortura, por ejemplo, y la forma en que influyen en las políticas gubernamentales en relación con el tratamiento de los disidentes encarcelados. ¿Qué efectos concretos han tenido las actividades de los exiliados en censurar a las dictaduras y afectar así los procesos políticos de sus países?¹¹²

Estas palabras de Roniger fueron al compás de la publicación del libro que escribió junto a Mario Sznadger, *La política del destierro y el exilio en América Latina*, en 2013, una obra que, a juicio de Silvana Jensen, consolidó el campo de estudios de los exilios políticos latinoamericanos, pues propuso un aparato teórico sustentado en un enfoque sociopolítico y macro histórico atento a instituciones y

¹¹² Luis Roniger, "Destierro y exilio en América Latina: Un campo de estudio transnacional e histórico en expansión", *Pacarina del Sur*, n.d. [<http://pacarinadelsur.com/nuestra-america/abordajes-y-contiendas/318-destierro-y-exilio-en-america-latina-un-campo-de-estudio-transnacional-e-historico-en-expansion>].

redes.¹¹³ El dossier "Exilios latinoamericanos y derechos humanos: perspectivas transnacionales" coordinado por la misma Silvina Jensen sintetizó los aportes de los referentes del campo.¹¹⁴ El artículo de Pablo Yankelevich revisó las singularidades de los exilios políticos latinoamericanos de los años sesenta y setenta, especialmente de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay y las áreas de vacío. Al mismo tiempo, Mario Sznadger se ocupó de reflexionar sobre los retornos y Silvina Jensen repasó la historia de la constitución del campo de estudios de los exilios políticos en Argentina. Finalmente, Luis Roniger, nuevamente, se detuvo a pensar el exilio y su impacto en las formas de entender y hacer política en las diferentes escalas: en la esfera pública nacional y en la activación de redes transnacionales, como las redes humanitarias.¹¹⁵

Un trabajo de investigación que vinculó el exilio con las redes transnacionales de los derechos humanos es el de Vania Markarian, quien se enfocó en el caso del exilio uruguayo. Ella realizó un análisis del movimiento de derechos humanos, su lenguaje, sus antecedentes y proyección a nivel nacional e internacional para observar en qué medida el exilio uruguayo, particularmente en Estados Unidos, fue incorporando ese discurso y actuó en los diferentes foros internacionales.¹¹⁶ El trabajo de Confinio, que se limitó a Montoneros, también planteó una serie de interrogantes desde el campo de los exilios. Consideró que las redes políticas de Montoneros en el exilio deben comprenderse en una trama mayor de conexiones que constituyeron el activismo transnacional anti-

¹¹³ Silvina Jensen, "Sobre la política del destierro y el exilio en América Latina de Mario Sznadger y Luis Roniger. Hacia un enfoque sociopolítico, macrohistórico y teórico-analítico del problema", *Historia, Voces y Memoria* 8 (2015), pp. 13-20.

¹¹⁴ Silvina Jensen, "Presentación dossier Exilios Latinoamericanos y Derechos Humanos: Perspectivas transnacionales", *Migraciones y Exilios* 16 (2016), pp. 7-9.

¹¹⁵ Luis Roniger, "Exilio, teoría sociopolítica y enfoques transnacionales", *Migraciones y Exilios* 16 (2016), pp. 33-56.

¹¹⁶ Vania Markarian, *Idos y recién llegados: la izquierda uruguayo en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984* (Montevideo: Correo del Maestro, 2006).

dictatorial. Descentrando la mirada de la conducción y atendiendo en mayor medida a las relaciones que se gestaron en torno a la organización, discutirá una tesis que planteó Aldo Marchesi en el libro anteriormente mencionado: que los grupos armados latinoamericanos participaron del movimiento transnacional de derechos humanos de forma "ambigua", "en el uso de las instancias de denuncia, por un lado, y en la certeza de que el fin de las violaciones a los derechos humanos sería obra de una insurrección que derrotara a las dictaduras del Cono Sur, por el otro".¹¹⁷ Hernán Confino sostuvo que hay que matizar esa ambigüedad, que entre 1974 y 1980 coexistieron en Montoneros tanto la lucha por los derechos humanos, la solidaridad con los compatriotas exiliados como el impulso revolucionario. Una coexistencia que, si bien puede haber sido instrumental para la cúpula, no lo era para quienes habitaron las redes en torno a los Montoneros en el exilio.

El activismo transnacional antidictatorial, desde las redes religiosas, fue un tema del que se ha ocupado recientemente María Soledad Catoggio. Su hipótesis entiende a la dimensión transnacional del mundo religioso como un elemento decisivo en la gestión de la circulación y los intercambios entre activistas de derechos humanos y organizaciones humanitarias que hicieron frente a la represión estatal de las dictaduras y denunciaron sus crímenes ante el mundo. En efecto, dichas redes, primero religiosas y luego de derechos humanos, "se conformaron como respuesta a los autoritarismos instaurados por las dictaduras militares en el Cono Sur de América Latina" entre 1973 y 1985.¹¹⁸ Como la represión tuvo un

¹¹⁷ Hernán Eduardo Confino, "Las redes montoneras en el exilio. Revolución, solidaridad y derechos humanos (1974-1980)", en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Scatizza (eds.), *La represión como política de Estado. Estudios sobre la violencia estatal en el siglo xx* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2020), p. 269.

¹¹⁸ María Soledad Catoggio, "La trama religiosa de las redes humanitarias y del activismo transnacional en las dictaduras del Cono Sur de América Latina", en Silvina Jensen y Soledad Lastra (eds.), *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta* (La Plata: EDULP, 2014), p. 187.

carácter coordinado, por ejemplo, en la Operación Cóndor, demandó esfuerzos de coordinación de parte de los familiares y organismos de derechos humanos a través de las fronteras. El activismo humanitario, sostenido por la trama religiosa, contribuyó a construir puentes latinoamericanos como a la integración de esos espacios regionales de derechos humanos a la dinámica global. En uno de sus artículos, Catoggio trabajó los casos de organizaciones nacidas en Chile, Brasil y Argentina y logró demostrar cómo estas redes lograron dar solución a casos concretos de coordinación represiva y construir un campo de conocimiento en materia de derechos humanos que con el tiempo desarrolló sus propias reglas.¹¹⁹ En otro de sus artículos trabajó dos organizaciones que nacieron en 1978 en Brasil (CLAMOR) y Venezuela (Fundalatin) y que enfrentaron la cuestión de los derechos humanos como un problema regional desde sus inicios y que denunciaron la coordinación represiva de las fuerzas armadas latinoamericanas sistemáticamente. Estas "formas de resistencia supranacional a la coordinación represiva implementada en la región tuvieron [...] éxito tanto en el corto como en el largo plazo".¹²⁰

Si bien quedan muchos trabajos por reseñar, no quiero dejar de mencionar el libro publicado por CLACSO compilado por Soledad Lastra, *Exilios: un campo en expansión*, de 2018. El mismo contiene un artículo de Melisa Slatman que pensó a los exilios desde otro ángulo al habitual, no como una consecuencia más de represión y violencia de las dictaduras, sino como el objeto o causa de la Operación Cóndor, como variable independiente: "de manera muy

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ María Soledad Catoggio, "Políticas contra el Estado autoritario, religión y derechos humanos. La impronta regional de un activismo transnacional", *Papeles de Trabajo* 10:17 (2016), p. 186. Un tema que nos queda afuera es el de la solidaridad de la militancia comunista, pues no formarían parte de la "nueva izquierda", ni tampoco podríamos incluirlos dentro de las resistencias a las dictaduras, al menos en el caso de Argentina, además que su solidaridad e internacionalismo con la Revolución sandinista se institucionalizó en democracia. Véase Paula Fernández Hellmund, *Nicaragua debe sobrevivir. La solidaridad de la militancia comunista argentina con la Revolución Sandinista (1979-1990)* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015).

esquemática, fue la respuesta que las dictaduras dieron a la reestructuración de actividades políticas de opositores en el exilio".¹²¹ Cóndor, entonces, desarrolló técnicas específicas de persecución a los opositores en el exilio y eso es, precisamente, lo que reconstruyó en el artículo.

CONCLUSIÓN

En este extenso artículo procuré reconstruir parcialmente tres temas que se vinculan con los objetivos generales del libro. En primer lugar, procuré realizar una aproximación a la evolución del debate epistemológico y metodológico en torno a los estudios que procuran trascender el Estado nacional, tanto de aquellos que comparan casos nacionales, como de aquellos que procuran adoptar perspectivas transnacionales en América Latina. En segundo lugar, ofrecí un repaso general de la producción generada desde América Latina para pensar la Guerra Fría latinoamericana desde una perspectiva transnacional. En tercer lugar, presenté cronológicamente los trabajos que se fueron produciendo sobre cuatro redes transnacionales que se tejieron durante el periodo de la Guerra Fría latinoamericana, pero que se institucionalizaron y lograron altos niveles de coordinación en la década del setenta. Estas redes no agotan los temas que se han trabajado bajo la perspectiva transnacional, como bien muestran las diferentes autoras y autores del presente volumen, sino tan solo un recorte que nos permite sacar algunas conclusiones.

Para empezar, entonces, mostré que el enfoque epistemológico y metodológico de los estudios transnacionales nació y se afinó a fines de los años noventa en Estados Unidos y que se desprendió de las limitaciones de la metodología comparada en historia que se afincaba en el caso nacional, la cual en vez de haber tendido a

¹²¹ Melisa Slatman, "Evolución de los métodos de ataque contra dirigentes y figuras públicas en el exilio en el marco de la Operación Cóndor", en Soledad Lastra (comp.), *Exilios: un campo de estudios en expansión* (Buenos Aires: CLACSO, 2018), pp. 65-79.

la generalización había reafirmado las diferencias. La perspectiva transnacional, en cambio, invitaba especialmente a trabajar con las redes, procesos, creencias e instituciones transnacionales, a buscar "zonas de contacto" y espacios transnacionales, a considerar la alta permeabilidad de las fronteras, a observar la circulación de sujetos, ideas y objetos, a pensar los circuitos y entrecruzamientos de las redes, a descentrar la mirada de la historia de Europa o Estados Unidos y a construir una historia cambiando a los protagonistas. En América Latina, por lo que llegué a reconstruir, una cierta mirada "transnacional" puede apreciarse más tempranamente en las ciencias sociales, como producto de un cruzamiento entre la sociología histórica y el método comparativo de casos nacionales con las relaciones internacionales. El desarrollo de los estudios latinoamericanos y la teoría de la dependencia, si bien partían de referencias al Estado nación, tendieron a buscar más los patrones comunes que las diferencias, lo cual tal vez explique que el paso hacia perspectivas transnacionales fuese impulsada por aquellos espacios de conocimiento que desarrollaban la sociología histórica y las metodologías comparativas. La articulación entre el dependentismo, la comparación y la transnacionalización ofreció formas mucho más flexibles para pensar la Guerra Fría en esta parte del Sur Global. En el artículo mostré algunos espacios institucionales y referentes de Chile, Argentina, Brasil y Uruguay que fueron impulsores de estas miradas.

Sobre estos cimientos, la perspectiva transnacional aterrizó de la mano de los estudios sobre la Guerra Fría latinoamericana en la primera década del presente siglo. Sin dudas fue impulsada por el mencionado libro coordinado por Daniela Spenser, a pesar de contener escasas producciones aportadas por la academia latinoamericana y poco uso de fuentes locales y latinoamericanas. Esta obra abrió la agenda de investigación tanto por la forma más flexible en que conceptualizaron ese suceso de la historia global, que abandonó la narrativa centrada en Estados Unidos, puso el foco en el Sur e incorporó otros protagonistas y dimensiones sociales, como por la invitación a pensar la historia latinoamericana de la Guerra Fría interdisciplinariamente y con nuevas metodologías, como la pers-

pectiva de los llamados estudios transnacionales. Desde entonces se generaron iniciativas en la región para impulsar y visibilizar la producción latinoamericana sobre la Guerra Fría, aunque pocas se localizaron bajo el enfoque transnacional. La reseña muestra que el enfoque o perspectiva transnacional no ha sido usado habitualmente por la academia latinoamericana, pues son muchas las limitaciones en términos de recursos para su abordaje. Sin embargo, en los últimos años se vieron algunos impulsos de académicas y académicos de diferentes disciplinas sobre temas arraigados en los años setenta, un periodo que generalmente ha sido encuadrado en la llamada "historia reciente", pero que tiene una indiscutible relevancia en el trazado de redes que exceden las fronteras nacionales y tensionan los espacios tradicionales de referencia.

Esta década del setenta, que se extendería hasta los primeros años de la década del ochenta, estuvo caracterizada por la distensión entre las superpotencias, pero por una escalada del conflicto social y político en América Latina, generado en muchas partes por una aguda crisis de dominación, que se tradujo en el uso generalizado de la violencia política y el antiimperialismo. En ese periodo se gestaron redes latinoamericanas, con conexiones globales y que mantuvieron un importante nivel de autonomía respecto de las directrices ideológicas y geopolíticas procedentes de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Esas redes se superpusieron, convivieron y se enfrentaron. En este artículo me ocupé de mostrar las investigaciones existentes sobre las redes entre las Fuerzas Armadas; las redes entre las organizaciones civiles de extrema derecha; las redes entre las organizaciones político-militares caracterizadas como la "Nueva Izquierda"; y las redes entre exiliados latinoamericanos y organizaciones de derechos humanos. En ese derrotero la presencia tan marcada de las superpotencias se fue desdibujando por elaboraciones propias, que se nutrieron de los intercambios entre las experiencias locales, regionales y transnacionales. Cada vez vemos con mayor nitidez las diversas escuelas de formación militar que construyeron las doctrinas, estrategias y técnicas militares latinoamericanas, tenemos más claro el rol de Estados Unidos en la Operación Cóndor, ponderamos las consecuencias de la

suspensión de la ayuda militar estadounidense a numerosos países de América Latina, observamos el surgir de los antiimperialismos de las extremas derechas.

En las coordinaciones represivas entre los Estados de seguridad nacional latinoamericanos, como la Operación Cóndor o la establecida en América Central posteriormente, podemos ubicar los espacios transnacionales de fundación y coordinación en Chile, Argentina y Honduras; en el caso de la red transnacional de las extremas derechas latinoamericanas esos espacios radicarían en Guadalajara (México) y Asunción (Paraguay). Si superpusiéramos los mapas de ambas redes (Fuerzas Armadas y civiles) podríamos aventurar que la categorización por el régimen político democracia-dictadura en los relatos de la historia reciente nos dice muy poco sobre la confrontación y polarización ideológica en América Latina, pues con el estudio de estas redes podemos ver que no había país latinoamericano que estuviera por fuera de la Guerra Fría. Un ejemplo es México, donde si bien no había dictaduras, ni organizaciones político-militares, sus organizaciones de extrema derecha tuvieron un rol central en la fundación y desarrollo de la CAL en América Latina. El mismo ejercicio podríamos hacer con las redes de la "nueva izquierda", de exiliados y de derechos humanos que abogaron por procesos de cambio social, los cuales integrarían la oleada global de movimientos antisistémicos o constituirían el activismo transnacional antidictatorial. La revisión de las redes nos permite sacar otra conclusión: si los objetivos de las coordinaciones represivas no fueron los "comunistas", ni solamente las organizaciones político militares de la "nueva izquierda" latinoamericana, ni los internacionalistas, ni sus coordinaciones como la JCR, sino, además, los nuevos movimientos populares y los exiliados disidentes que resistían a las dictaduras, dichas coordinaciones represivas no pueden pensarse solamente como parte de una cruzada hemisférica contra el "comunismo", sino contra las propuestas de "cambio". En este sentido, considero que es más útil pensarlo por fuera de la dicotomía clásica de la Guerra Fría y contextualizarlo más en una clave latinoamericana. Waldo Ansaldi y Verónica Giordano sostuvieron que entre 1954 y 1989 Améri-

ca Latina vivió el tiempo de mayor intensidad en procura de cambios profundos, que se trató "de la más grande confrontación de propuestas de orden vivida por la región desde los tiempos de la ruptura de la dominación colonial" en los que la violencia fue sustantiva.¹²² Pero a diferencia de aquellas lecturas dicotómicas de la Guerra Fría, argumentaron que los proyectos fueron de tres tipos. En primer lugar, los proyectos de profundización del capitalismo (como el desarrollismo, el cepalismo, la Alianza para el Progreso) bajo formas democráticas, dictatoriales, reformistas militaristas autoritarias o la combinación de reformismo civil y militar. En segundo lugar, los proyectos revolucionarios socialistas. Y, en tercer lugar, los proyectos de reestructuración conservadora del capitalismo, generalmente basados en el "neoliberalismo" y el Consenso de Washington y asociados a las dictaduras de los Estados Terroristas de Seguridad Nacional. Podríamos interpretar la violencia transnacional, como sugirieron Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, como un instrumento a favor del proyecto que abogaba por la reestructuración conservadora del capitalismo tanto contra los proyectos de profundización del capitalismo como contra los proyectos revolucionarios socialistas. En este sentido, considero que la categoría de Guerra Fría para conceptualizar el periodo, a falta de otra mejor, ofrece una temporalidad fecunda en tanto y en cuanto la definamos por su peculiaridad regional. El conocimiento acumulado en América Latina en torno a las redes transnacionales tejidas durante la Guerra Fría, que aún sigue siendo poco y fragmentado, nos está mostrando la importancia de construir una historia del Sur Global desde una mirada que parta desde el Sur, desde las propias Universidades, intelectuales y académicos, desde los propios archivos para su contrastación empírica.

¹²² Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (eds.), "Introducción", en *América Latina. Tiempos de violencias* (Buenos Aires: Ariel Historia, 2014), p. 20.

La Guerra Fría latinoamericana y el tema religioso. Una reflexión historiográfica

Massimo De Giuseppe
Università IULM

INTRODUCCIÓN. UNA SERIE DE PECULIARIDADES LATINOAMERICANAS

La historiografía sobre la Guerra Fría tiene una peculiar tradición de estudios relacionados con el tema de la presencia de lo religioso y de las religiones organizadas, en particular con respecto a sus repercusiones políticas, partidistas y sociales. Una tradición historiográfica que se ha ido articulando y consolidando a lo largo del tiempo, aunque en general centrada en horizontes típicamente nacionales, como se hace especialmente evidente en algunos casos europeos. Esto parece evidente, por ejemplo, en los estudios sobre el papel político-partidista de la Democrazia Cristiana (DC) italiana o de la Christlich Demokratische Union Deutschlands (CDU) alemana en los años de la Guerra Fría, pero también en las investigaciones sobre la relación entre las iglesias y la difusión del *American way of life* en la primera temporada bipolar de la posguerra. Otros elementos típicos se encuentran en los estudios sobre

las continuidades y cesuras en las tensiones entre instituciones eclesiásticas y partidos comunistas, el papel de las asociaciones y los movimientos religiosos, empezando por la Acción Católica, las posiciones de algunas iglesias protestantes o grupos católicos con respecto a la presencia de bases de la OTAN en el territorio nacional o a las dinámicas mediáticas y culturales de la era atómica.

Sin embargo, la dimensión transnacional ha permanecido en la sombra durante mucho tiempo en este tipo de estudios e investigaciones (a pesar de la existencia de redes pacifistas paneuropeas de origen religioso, como Pax Christi), con la única excepción parcial de la experiencia de la región latinoamericana. De hecho, aquí el elemento religioso quedó más directamente en la superficie, también en una perspectiva transnacional, en relación con una serie de puntos de inflexión que caracterizaron el impacto de la Guerra Fría en el subcontinente. En parte esto se debe precisamente al enfoque de la historiografía europea (más que la de América del Norte) que durante mucho tiempo ha considerado a esta región del mundo como una especie de "*unicum* católico" de la otra América: una idea de unidad ideal desarrollada sobre la base de las profundas conexiones entre cristianismos europeos (en particular mediterráneos) y latinoamericanos.

Al mismo tiempo, al menos desde una perspectiva católica, esta tradición es también fruto de las redes y lazos que se tejieron al otro lado del Atlántico en la época posconciliar de las décadas de 1960 y 1970, como se desprende de varios informes presentados en tres congresos organizados, casi en paralelo, entre 2018 y 2019. Los dos primeros, en el cincuentenario del 68 global, en la Universidad de Lovaina¹ y en South Bend, en la Universidad de

¹ "Progressive Catholicism in Latin America and Europe 1950s-1980s: Social Movements and Transnational Encounters" (KADOC-KU Leuven, Documentation and Research/Centre on Religion, Culture and Society Centre for Liberation Theologies, Faculty of Theology and Religious Studies, KU Leuven/Department of History at Sciences Po, (Paris). Y "Power in History", Antwerp University, 27-29 mayo de 2018, Irish College Leuven. El comité organizador estuvo compuesto por Kim Christiaens, Jan De Maeyer, Jacques Haers, Peter Heyrman, Gerd-Rainer Horn, Kristien Justaert y Leo Kenisuno.

Notre Dame,² se centraron principalmente en el catolicismo progresista latinoamericano y su reflejos en Europa en los años de la Guerra Fría, mientras que el tercero, realizado en el Vaticano al año siguiente (en el cuadragésimo aniversario de la Conferencia de Puebla del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), amplió su mirada sobre diversas experiencias eclesiales en su entretreji-do con la dimensión política y social en el crepúsculo de los años setenta.³

Esta vertiente historiográfica, todavía en formación, probablemente trae consigo el legado de una larga tradición que, desde el Concilio Plenario Latinoamericano de 1899, ha visto al mundo católico mirar al subcontinente latinoamericano como una realidad profundamente polimórfica pero indisoluble y culturalmente conectada a Roma, precisamente gracias a las redes profundas y articuladas, a veces hasta conflictivas entre sí mismas, de la catolicidad.⁴ Un proceso que habría buscado superar los prejuicios (incluso historiográficos) en torno a la "Leyenda negra" decimonónica de origen anglosajón, que situaba al clientelismo y obscurantismo ibero-católico en la base de los retrasos del desarrollo del subcon-

² "Latin America and Europe in 1968: A Cultural Revolution?", Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 26-28 de abril de 2018. El comité científico organizador estaba compuesto en este caso por James McAdams, William Donahue, Carmen-Helena Téllez y Jaime M. Pensado. Del congreso ha sido publicado el libro de James McAdams y Anthony P. Montha (eds.), *Global 1968: Cultural Revolutions in Europe and Latin America* (South Bend: University of Notre Dame Press, 2021).

³ "A quarant'anni dalla Conferenza di Puebla. Comunione e partecipazione", Pontificia Comitato di Scienze storiche, Pontificia Commissione per l'America latina, Auditorium Casa Generalizia della Compagnia di Gesù, 4-5 de octubre de 2019. El comité organizador estuvo compuesto por Marc Ouellet, Bernard Ardura, Miguel Cabrejos Vidarte y Guzmán Carriquiry Lecour. Véase el libro *A los 40 años de la Conferencia de Puebla. Actas del Congreso Internacional. Roma 2-4 de octubre de 2019* (Bilbao: Pontificia Comisión para América Latina/Pontificio Comité de Ciencias Históricas/Ediciones Mensajeros, 2020).

⁴ *Los últimos cien años de la evangelización en América Latina. Centenario del Concilio Plenario de América Latina, 1899. Simposio histórico, Ciudad del Vaticano, 21-25 de junio de 1999* (Città del Vaticano: Pontificia Commissio pro America latina/Libreria Editrice Vaticana, 2000).

tinente,⁵ para cruzar los populismos de la primera mitad del siglo xx y volver a proponerse, en términos inéditos, en las turbulentas y, al mismo tiempo, dramáticas décadas de revoluciones y dictaduras de la Guerra Fría.

La peculiaridad del predominio de la historiografía europea (y en particular italiana) y latinoamericana (frente a la anglosajona) en los estudios transnacionales sobre el papel del catolicismo y las iglesias en América Latina en los años bipolares y en su inevitable entrelazamiento con la Guerra Fría se debe, además de a la cuestión cultural, también a otros factores, como la presencia de archivos dedicados y redes de estudiosos (y fuentes), que a lo largo del tiempo han ido entrelazándose. Además del sistema de archivos vaticanos (Archivo Apostólico, Archivo de la Secretaría de Estado, Archivo Histórico de la Compañía de Jesús), recientemente inaugurado para los años cuarenta y cincuenta, existen de hecho los archivos históricos de las casas madres de las diversas congregaciones, masculinas y femeninas, en su mayoría con sede en Roma, además de los archivos de activistas y movimientos que se han dedicado a temas sensibles como la denuncia de las violaciones de derechos humanos en América Latina. Un ejemplo de ello es el Archivo Histórico de la Fondazione Lelio y Lisli Basso (ISSOCO) que, a pesar de las raíces socialistas de su fundador, se ha ido abriendo a los temas del catolicismo tercermundista, gracias también al trabajo de construcción de redes y relaciones emprendido por una exmonja, Linda Bimbi, y sus colaboradoras (y exhermanas) en el exilio brasileño. Además de los documentos del Tribunal Russell II para América Latina y de las distintas sesiones del Tribunal Permanente de los Pueblos, el archivo de ISSOCO cuenta con colecciones como las de Marianela García Villas y la Comisión de Derechos Humanos del Arzobispado de San Salvador, o la de Giulio Girardi,

⁵ Particularmente interesantes resultan los estudios de John P. Leary, *A Cultural History of Underdevelopment: Latin America in the U.S. Imagination* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2016); y Mauricio Tenorio Trillo, *Latin America: The Allure and Power of an Idea* (Chicago: University of Chicago Press, 2020).

sacerdote salesiano (luego expulsado de la congregación), miembro del grupo internacionalista de los Cristianos por el Socialismo, amigo personal del obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, y activista y promotor de la Nicaragua sandinista. Lo mismo puede decirse del Archivo Histórico de la Fondazione Giovanni XXIII per le Scienze Religiose (FSCIRE) de Bolonia, del Centro di Ricerca Óscar Romero de Verona (CEDOR), conservado en el antiguo seminario latinoamericano fundado por Juan XXIII, por no mencionar los archivos privados de otras figuras católicas "comprometidas" con causas sociales latinoamericanas, como David Maria Turoldo (Sotto il Monte, Bérgamo), Corrado Corgi (Reggio Emilia), Arturo Paoli (Lucca), Giorgio La Pira (Florencia)..

Esta peculiaridad no es exclusiva solo de la historia política y cultural italiana, sino que tiene reflejos también en otros países europeos: pensemos en el papel del Centrum für Internationale Entwicklung (CIE) en Viena, el Servicio de Solidaridad a los Pueblos de América Latina (SICSAL), buena parte de cuya documentación se conserva en Madrid (pero también en Roma, Cuernavaca y Riobamba), el Documentation and Research Centre on Religion Culture and Society (KADOK) de Lovaina en Bélgica, la red Civitas para el estudio de las democracias cristianas internacionales (con corazón en Alemania y sucursales en varios países de Europa y América Latina), la European Academy of Religion (EUARE), promotora de congresos e investigaciones.

En general, se trata de un mundo historiográfico en ebullición, con una fuerte vocación interdisciplinar y que empieza a triangular los estudios con las formas del activismo católico norteamericano, como el grupo alrededor del periódico *Christian Science Monitor*, del que se conserva mucha documentación en la Universidad de Notre Dame en Indiana, Estados Unidos. Entre las redes históricas latinoamericanas, a la base de interesantes trabajos historiográficos, debemos mencionar al menos la función prodrómica desempeñada por el Centro de Investigaciones Culturales (CIC), activo en Cuernavaca, Morelos, desde 1960, luego (de 1966 a 1976) por el más conocido Centro Intercultural de Documentación (CIDOC): dos realidades concebidas por el sacerdote de ori-

gen dalmata Iván Illich,⁶ cuya documentación se conserva ahora en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas del Colegio de México;⁷ la Comisión de Estudios Históricos de la Iglesia en América Latina (CEHILA), fundada en 1975 por el historiador y teólogo liberacionista argentino Enrique Dussel,⁸ cuyo modelo (fuertemente imbuido de elementos sociológicos) ha sido durante mucho tiempo central en la historiografía religiosa latinoamericana (incluida la relacionada a los años de la Guerra Fría), hasta llegar a grupos más recientes como la Red Mexicana de Investigadores del Fenómeno Religioso en México (RIFREM) o el Seminario permanente de las derechas en México, coordinado por Tania Hernández, del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Sin embargo, la época contemporánea ha experimentado precisamente la paulatina ruptura del monopolio católico de la religiosidad del subcontinente, a través de una consolidación no solo de los procesos de secularización –podríamos decir desde la época del positivismo hasta los años del neoliberalismo, en consonancia con la interesante interpretación reciente de Carlos Granés–⁹ destinado a experimentar una aceleración, en diferentes formas y tiempos, precisamente en las décadas cruciales de la Guerra Fría latinoamericana. Un proceso de secularización profundamente contemporáneo, como subraya Roberto Blancarte,¹⁰ quien es cier-

⁶ Valentina Borremans (ed.), *Iván Illich, obras reunidas. Volumen I* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

⁷ El CIDOC, además de recopilar fuentes y documentos, editó una serie de dosieres, cuadernos y revistas, entre los que destacan CIDOC Informa y CIDOC Documenta. Maura P. Camino, "El Centro Intercultural de Documentación (CIDOC); una utopía latinoamericana, 1959-1976", en Luis Anaya y Horacio Crespo (eds.), *Historia, sociedad y cultura en Morelos. Ensayos desde la Historia Regional* (Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2007), pp. 34-87; Tarcisio Ocampo, *CIF-CIC-CIDOC. En la década de 1960 (Un testimonio)* (Ciudad de México: Talleres CARFER, 2011).

⁸ Moises Sandoval, "CEHILA USA: Retrospect and Prospect", *U.S. Catholic Historian* 21:1 (2003), pp. 3-12, <http://www.jstor.org/stable/25154838>.

⁹ Carlos Granés, *Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina* (Madrid: Taurus 2022).

¹⁰ Roberto Blancarte, *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2008).

tamente hijo de las tradicionales fracturas entre el Estado latinoamericano y las instituciones eclesíásticas, que ya se manifestaron en la época borbónica, para madurar entre impulsos anticlericales y procesos de modernización política en la época liberal de las nuevas repúblicas, culminando con la violencia del trienio mexicano de la "lucha cristera". Un camino largo destinado a ser luego reelaborado y sistematizado precisamente en los años de la Guerra Fría. Los ejemplos son diversos y de distinta naturaleza y van desde el Guatemala del golpe a la primera fase de ajuste de la Revolución cubana (antes de la búsqueda castrista de un diálogo "controlado" entre foquismo y liberacionismo católico), hasta ese cortocircuito "intracristiano", como lo define Loris Zanatta, entre dictaduras militares y católicos de izquierda o tercermundistas, lo que habría generado una serie de historias y experiencias trágicas, desde el Cono Sur hasta Centroamérica.¹¹

Sin embargo, este proceso de fractura de la unidad católica latinoamericana fue acompañado también por las variopintas vías de consolidación de las religiones protestantes: primero las históricas (presbiterianas y metodistas), principalmente en las zonas urbanas en la primera fase del siglo xx; luego las de matriz evangélica y milenaria, también diseminadas en áreas rurales estratégicas, a partir de los años clave de la Guerra Fría global, para finalmente llegar al creciente peso político de la "bancada evangélica" brasileña y al auge de las microiglesias pentecostales políticamente activas en gran parte del subcontinente en este primer cuarto del siglo xxi, tal como lo reconstruyen Edward Cleary y Anna Gambino.¹² Tras los primeros estudios de Jean Pierre Bastian,¹³ la historiografía (aunque aún en pañales respecto a los, cada vez más difundidos,

¹¹ Loris Zanatta, *Chiesa ed eserciti in America latina: la guerra civile di El Salvador e la crisi dell'unione tra croce e spada*, en Massimo De Giuseppe (ed.), *Oscar Romero. Storia, memoria, attualità* (Bologna: EMI, 2006), p. 133.

¹² Edward L. Cleary y Hanna W.S. Gambino (eds.), *Power, Politics, And Pentecostals In Latin America* (London: Routledge, 2018).

¹³ Jean Pierre Bastian, *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

estudios de sociología y antropología religiosa) relativa a las distintas experiencias históricas de los protestantes en América Latina en la segunda mitad del siglo xx va creciendo y consolidándose. Se trata de estudios que, en general, se centran en la dimensión mayoritariamente desinstitucionalizada y transnacional de estas iglesias fragmentadas y que investigan las peculiares formas devocionales (e incluso iconoclastas respecto de la tradición católica), también gracias al impacto de complejas dinámicas de circulación migratoria.¹⁴ A pesar de estos avances, la historiografía sobre el protestantismo latinoamericano, tanto de origen anglosajón como en contextos académicos latinoamericanos o europeos, sufre aún un importante retraso en relación con los estudios relativos a las dinámicas específicas del impacto de la Guerra Fría en la región. Este tema ha sido evocado por el mismo Greg Grandin en la última reedición de *The Last Colonial Massacre*¹⁵ y retomado por Enrique Barillas y Virginia Garrard-Burnett para los casos salvadoreño y guatemalteco.¹⁶

Es cierto que huellas importantes de la presencia de lo religioso y de las religiones en la Guerra Fría latinoamericana también se pueden encontrar dentro de una serie de estudios específicos sobre la conformación de los ejércitos, el uso de la violencia, las violaciones de los derechos humanos, así como en trabajos dedicados a grupos económicos, organizaciones gremiales, partidos políticos, movimientos sociales, populares y cooperativos, grupos de intelectuales. Entran en esta perspectiva historiográfica también los

¹⁴ Kali Argyriadiis, René de la Torre y Cristina Zúñiga (eds.), *Raíces en movimiento: prácticas religiosas tradicionales en contextos translocales* (Ciudad de México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2008); Kali Argyriadiis et al., *Religions transnationales des sud: Afrique, Europe, Amériques* (Paris: Academia, 2012).

¹⁵ Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2011).

¹⁶ Enrique Barillas, *Los evangélicos en la Guerra Civil Salvadoreña. 1980-1992: ¿cómplices, neutros o ambivalentes?* (San Salvador: EB, 2018); Virginia Garrard-Burnetts, *Terror in the Land of the Holy Spirit: Guatemala under General Efraín Ríos Montt 1982-1983* (Oxford: Oxford University Press, 2011).

estudios de género, sobre la memoria colectiva, los indigenismos, la sociedad, los imaginarios colectivos, ámbitos que tienen mucho que ver con las formas de *Soft Power*. La mirada, como también se destaca en la introducción de un hermoso volumen sobre América Latina en la Guerra Fría global editado por Thomas Field, Stella Krepp y Vanni Pettinà, debe pues transitar entre historias nacionales, incluso de carácter regional, dinámicas transnacionales e, incluso, al estudiar los procesos regionales, para ponerlos en diálogo con el trasfondo planetario.¹⁷ Es interesante notar, a este respecto, que la historiografía latinoamericana y europea (no solo en inglés y español sino también en italiano, francés y alemán) se muestra particularmente dinámica por las razones antes mencionadas y está experimentando una fase de apertura general al diálogo con los estudios anglosajones. En este ensayo, luego de esta breve introducción y de una reflexión que intenta contextualizar la realidad latinoamericana en un escenario global de la relación entre religión y Guerra Fría, intentaré pues recordar algunos ejemplos emblemáticos a través de un recorrido cronológico sintético dentro de las cuatro largas décadas marcadas por el impacto de la Guerra Fría.

RELIGIÓN Y GUERRA FRÍA: UNAS ESPECIFICIDADES HISTORIOGRÁFICAS

En 2019, con mi colega y amiga Miranda Lida, de la Universidad de San Andrés de Buenos Aires, intentamos realizar un relevamiento historiográfico sobre la relación entre religión y Guerra Fría en una perspectiva transnacional, editando un monográfico para la revista *Contemporánea* que trató de analizar esta relación a partir de una serie de estudios de caso.¹⁸ Para la ocasión, Dianne Kirby ana-

¹⁷ Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), "Between Nationalism and Internationalism: Latin America and the Third World", en Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020).

¹⁸ Massimo De Giuseppe y Miranda Lida (eds.), "Religione e Guerra fredda in prospettiva transnazionale", *Contemporanea. Rivista dell'Ottocento e del Novecento* 3 (2019), pp. 331-338.

lizó las relaciones entre la Iglesia anglicana y el Foreign Office en los primeros años de la Guerra Fría; Nélide Bourgouldjian, el uso de la religión por parte de la comunidad armenia dividida entre la Unión Soviética y Argentina a principios de la década de 1950; Matteo Mennini, las experiencias de una red progresista católica francesa entre el Oriente Medio y Brasil; Adriano Rocucci, las relaciones entre la Iglesia ortodoxa rusa y la Conferencia de Iglesias Europeas en los años de Brezhnev y la *Ostpolitik*; Marco Di Donato, el Islam político y la Guerra Fría en los casos libanés e iraquí; y, finalmente, yo analicé las iniciativas antiatómicas promovidas por el político católico italiano Giorgio La Pira junto con el fraile trapense estadounidense Thomas Merton durante la década de 1960. En general, de esta lectura rapsódica del escenario global, surgió una creciente atención de los académicos sobre la relevancia del entrecruzamiento entre la cuestión religiosa y las dinámicas políticas, sociales, culturales e, incluso, militares, dentro de la Guerra Fría (con todas sus diversas repercusiones y periodizaciones). Al mismo tiempo, resurgió la dialéctica entre las historiografías nacionales y el análisis de los procesos transnacionales evocada por primera vez para el caso latinoamericano y explorada en una perspectiva de largo plazo (hasta el impacto subcontinental del Concilio Vaticano II) en un estudio original de Julia Young y Stephen Andes.¹⁹

Durante mucho tiempo, en efecto, los estudios se han centrado sobre todo en las perspectivas nacionales, prestando especial atención a los procesos de construcción nacional y a las repercusiones políticas de la acción de grupos, movimientos, partidos, sindicatos, asociaciones y organizaciones religiosas, laicas o abiertamente confesionales. Emblemáticas en este sentido, por citar algunos casos tradicionales, aparecen las investigaciones sobre la relación, en Italia, entre la Democracia Cristiana, Estados Unidos

¹⁹ S. Andes, J. Young, *Local Church, Global Church. Catholic Activism in Latin America from Rerum Novarum to Vatican II* (Washington: Catholic University of America, 2016). M. P. Leffler, O. A. Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1 *Origins* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).

y las instituciones eclesiales: desde los años posbélicos del "centrismo" degasperiano (1947-1953, cuando la DC controlaba casi en absoluto la área gubernamental) y Pío XII, cruzando la etapa de la fórmula de gobierno de centro-izquierda (DC y socialistas, a partir de 1962-1963) con Juan XXIII, para llegar a los años setenta de Pablo VI, marcados por la violencia política (de extrema derecha y extrema izquierda) y culminados en el secuestro y asesinato del líder demócrata-cristiano Aldo Moro por las Brigadas Rojas, que puso fin a la posibilidad de un diálogo entre la DC y el Partido Comunista Italiano.²⁰

Piénsese también en las políticas religiosas adoptadas en algunos países del bloque del Este, condicionadas por el ateísmo del Estado soviético²¹ o, por supuesto, la utilización de la religión como instrumento de resistencia (pero también de represión) en las distintas dictaduras latinoamericanas, que abordaremos en breve con algunos casos historiográficos. En el primer volumen de *The Cambridge History of the Cold War*, al prestar atención a la dimensión geopolítica, ideológica y socioeconómica del panorama cultural en el que cobró vida la disputa bipolar, se subraya el peso de la religión, tanto en las nacientes superpotencias como en las respectivas áreas de intervención o influencia indirecta.²² América Latina representa en este sentido un caso central, no solo por el papel

²⁰ Entre los muchos estudios, menciono solo algunos trabajos interpretativos generales que han intervenido sobre el tema: Guido Formigoni, *Storia d'Italia nella Guerra fredda. 1943-1978* (Bologna: il Mulino, 2016); Agostino Giovagnoli, *Il partito italiano. La Democrazia Cristiana dal 1942 al 1994* (Roma/Bari: Laterza, 1996); Umberto Gentiloni Silveri, *L'Italia sospesa. La crisi degli anni Settanta vista da Washington* (Torino: Einaudi, 2013); Guido Panvini, *Cattolici e violenza politica. L'altro album di famiglia del terrorismo italiano* (Bologna: il Mulino, 2014).

²¹ Lucian N. Leustean, *Orthodoxy and the Cold War. Religion and Political Power in Romania 1947-65* (London/New York: Palgrave MacMillan, 2009); Hanna Diskin, *The Seeds of Triumph. Church and State in Gomulka's Poland* (Praha: Central European University, 2001); Adriano Rocucci, *Stalin e il patriarca. La Chiesa ortodossa e il potere sovietico* (Torino: Einaudi, 2011).

²² Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1 *Origins* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).

que juegan las instituciones eclesiásticas en las relaciones con los sistemas políticos, sino también por la presencia misionera de congregaciones nacionales y transnacionales (jesuitas, salesianos, franciscanos *in primis*, sacerdotes diocesanos *fidei donum* desde la década de 1950), y por la centralidad de la religión (incluso en su pluralidad y multiculturalidad profundamente sincrética) en las dinámicas sociales y en las relaciones centro-periferia de los diferentes contextos nacionales. Este tema es abordado de manera original en un denso estudio del historiador y teólogo peruano Samuel Escobar publicado en 2012. En particular, en un capítulo titulado "La cristología en tiempos revolucionarios", el autor analiza la tensión entre grupos dedicados a la reflexión teológico-pastoral en diferentes contextos latinoamericanos de los primeros años sesenta, suspendidos entre las fascinaciones revolucionarias dictadas por el foquismo cubano y las violentas presiones de los regímenes de derecha, en un verdadero clima de "guerra fría periférica".²³

Reflexionando sobre la dimensión multifacética de la bipolaridad, Odd Arne Westad, en su reciente volumen *The Cold War. A World History*, ha querido insistir en cómo el elemento religioso ha permanecido demasiado tiempo al margen de los estudios sobre la Guerra Fría, incluso en los que se refieren a las dos superpotencias, hasta el punto de escribir:

The role of religion is important both in the American and Russian side. While the position of organized faith was already in decline in Europe (and in many other places, too), by the end of the nineteenth century, Russian and Americans still saw religions having a central place in their lives. In a certain sense, there were similarities between American Evangelical Protestantism and Russian Orthodoxy. Both emphasized teleology and certainty of faith above what was common in other Christian groups. Being unconcerned with concepts of original sin, both believed in the perfect-

²³ Samuel Escobar, *En busca de Cristo en América latina* (Buenos Aires: Kairós 2012). El libro se ha publicado en inglés con el título *In Search of Christ in Latin America. From Colonial Image to Liberation Savior* (Downers Grove: InterVarsity Press Academic, 2019), p. 127.

ibility of society. Most important, both, Evangelical and Orthodox believed that their religion inspired their politics in direct sense. They alone were set to fulfill God's plan for with men.²⁴

En la América Latina católica, naturalmente, las proyecciones bipolares de este enfoque han producido, entrelazándose y redefiniéndose con las características específicas de los distintos contextos nacionales, otras dinámicas de omnipresencia y presión político-social sobre los grupos y las instituciones religiosas. Como subraya Michael Burleigh, el tema religioso está resurgiendo con especial fuerza en la historiografía que aborda las líneas de superposición entre la Guerra Fría, los procesos de descolonización y el tercermundismo, contribuyendo a abrir una importante corriente de los llamados estudios poscoloniales que va mucho más allá de las fronteras del cristianismo y otras religiones abrahámicas (judaísmo e islam), tocando cultos asiáticos, animismos africanos y reabriendo la compleja caja de Pandora de las nuevas misionaldades y sincretismos en transformación.²⁵ No es casualidad que uno de los líderes de la Acción Católica Italiana, además de presidente del Comité Ejecutivo de la UNESCO, Vittorino Veronese, escribiera en 1956 (en el año de la crisis de Budapest y Suez) en la introducción a un libro del misionero Luigi Gheddo, del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras (PIME), todos sus temores por lo que llamó la "retirada de la raza blanca en Asia y África y el rechazo a cualquier influencia occidental". En Europa, estos signos seguían siendo considerados elementos funcionales a un relanzamiento del factor religioso en los escenarios de la Guerra Fría global, tanto que Veronese comentó con tono preocupado:

El islam, por ejemplo, que había estado en un estado casi letárgico durante siglos, ahora está recuperando su vigor primitivo... Sin embargo, estos países que se liberan, la buscan, pero aún no

²⁴ Odd Arne Westad, *The Cold War. A World History* (New York: Penguin Books, 2017), p. 21.

²⁵ Michael Burleigh, *Small Wars, Far Away Places: The Genesis of the Modern World 1945-65* (London: Pan McMillan, 2013).

han alcanzado una verdadera madurez política, y por eso son fácilmente vulnerables a los ataques ideológicos y a influencias de todo tipo. Uno puede preguntarse, no sin cierta inquietud, hacia dónde acabarán girando. El comunismo, de hecho, está presente en todas partes y su trabajo de infiltración se desarrolla, no solo a nivel diplomático, sino también, especialmente después de la abolición del Kominform, al frente de las organizaciones internacionales.²⁶

El padre Piero Gheddo, añadió que “la misión de paz universal de la Iglesia” debía asumir los desafíos de la descolonización y la bipolaridad, convirtiéndose en un filtro en el enfrentamiento a los nacientes nacionalismos afroasiáticos de los llamados “nuevos países”, convirtiéndose en un actor plenamente consciente de las “realidades de la Guerra Fría desde Asia hasta América Latina”.²⁷ Si Veronese y Gheddo, traduciendo su particular cultura anticomunista italiana a un escenario poscolonial, invitaron a las instituciones occidentales –lo que definieron como “el mundo político, social y económico”– a una consideración más cuidadosa del papel de las iglesias y los misioneros en la relación con los que se autodenominaban “pueblos de color” de Asia y África, recién reunidos en la Conferencia de Bandung, así como de las realidades latinoamericanas, otros católicos europeos tenían una mirada totalmente distinta del asunto. Por ejemplo, el párroco pacifista don Primo Mazzolari (uno de los primeros promotores de la Democracia Cristiana) invitó a los europeos a empeñarse para volver su mirada a los “hermanos cristianos” de América Latina, sometidos a presiones que, más o menos indirectamente, parecían poner en entredicho a la otra superpotencia: la aliada de Italia: Estados Unidos. Después del golpe de Estado en Guatemala en 1954, Mazzolari escribió palabras vehementes para invitar a los cristianos europeos a prestar atención a lo que estaba sucediendo en “nuestro Occidente”:

²⁶ Vittorino Veronese, “Presentazione”, en Piero Gheddo, *Il risveglio dei popoli di colore* (Milano: Emi, 1956), p. VII.

²⁷ Piero Gheddo, *Il Risveglio dei popoli di colore. Una nuova epoca nella storia della Chiesa* (Milano: Emi, 1956), p. XV.

Como nadie lo quiere, la guerra está sobre nosotros. Guatemala viene a demostrar que lo que algunos están haciendo en Corea y en Indochina y en otros lugares, es un sistema que no les repugna ni a éstos ni a aquéllos. Nadie es mejor ni se esfuerza por ser mejor: todos tratan de ser los más fuertes y prepararse para el ataque en condiciones más favorables al adversario... Si Arbenz hubiera sido presidente de Corea en lugar de Guatemala, Armas hubiera sido un agresor. Como Guatemala no es Corea y Arbenz es procomunista, Armas es un libertador. Claro, ¿verdad? Los chinos que cruzan las fronteras de Corea, para ocuparla en nombre del comunismo, son agresores y merecen la condena de los occidentales, así como los fusilamientos de los estadounidenses. Los mercenarios de Armas que cruzan las fronteras de Guatemala para derrocar a Arbenz en nombre de los intereses estadounidenses son buenos caballeros, obligados por las circunstancias a disparar y por lo tanto merecen el apoyo moral y material de las democracias occidentales. Claro, ¿verdad? Arbenz es un dictador y hay que eliminarlo, Franco es un dictador y hay que alentarlos... El costo, como siempre, es único. Es el precio de la carne de cañón, que vale tan poco en el mercado mundial como para ser tirada por doquier por toneladas en la infernal aventura.²⁸

Mazzolari iba planteando desde tiempo una reflexión sobre las asimetrías de la Guerra Fría, cuestionando directamente la propaganda y las formas de *Soft Power*. Pasando a escenarios latinoamericanos, el cura parecía subrayar dos temas destinados a marcar la historia de la Guerra Fría del otro lado del océano: el primero era la injusticia social, considerada estructural y embutida de elementos racistas; el segundo se refería a la cuestión no resuelta de las responsabilidades de la Iglesia en la violencia perpetrada sobre los grupos más frágiles de aquellas sociedades profundamente multiculturales. Todavía 35 años después, en el ocaso del bipolarismo, otro sacerdote progresista, David María Turoldo, habría afirmado: "Ahora me interesa más el Occidente que

²⁸ Primo Mazzolari, editorial con firma Il Pacifico, *Adesso*, VI:13 (1 julio 1954), p. 1.

el otro, porque es la parte del mundo donde mi Iglesia es más responsable".²⁹

Este tipo de entretejidos culturales nos ayudan, por tanto, a comprender la dimensión profundamente transnacional de la relación entre religión y Guerra Fría, que cobra cada vez más relevancia en la historiografía, permitiéndonos captar ecos de la historia latinoamericana incluso en estudios que surgen en otros contextos. Desde este punto de vista, cabe señalar que la historiografía europea, como subraya Alexander Wilde en la introducción a un volumen colectivo sobre Iglesia y violencia en América Latina,³⁰ ha dedicado especial atención a este tipo de problemas transnacionales, a partir de los estudios relativos a las redes transoceánicas de las congregaciones religiosas: pensemos, por ejemplo, en los trabajos de Gianni La Bella sobre los jesuitas en la época del generalato de Pedro Arrupe (1965-1981)³¹ o en la larga serie de trabajos monográficos y biográficos de misioneros, en su mayoría todavía de talla hagiográfica, militante o intracongregacional. Sin embargo de esta tradición también están madurando sólidos estudios historiográficos, como los muy recientes de Silvia Scatena sobre Arturo Paoli (exdirigente de la Acción Católica italiana, luego misionero de la Familia Espiritual de Charles de Foucauld en Argentina y Venezuela)³² o de Andrea Mulas sobre la actividad política y la protección de los derechos humanos de la citada Linda Bimbi, que vivió entre Lucca y Brasil, donde se politizó para ser expulsada y transformarse, luego del encuentro con el jurista Lelio Basso, en la impulsora del Tribunal Permanente de los Pueblos.³³

²⁹ David M. Turoldo, *La morte come rivoluzione*, epílogo a O. A. Romero, *Diario* (Molfetta: La Meridiana, 1990), p. 559.

³⁰ Alexander Wilde (ed.), *Las Iglesias ante la violencia en América latina. Los derechos humanos en el pasado y en el presente* (Ciudad de México: FLACSO/Center for Latin American & Latino Studies/American University, 2016).

³¹ Gianni La Bella (ed.), *Pedro Arrupe. Un uomo per gli altri* (Bologna: Il Mulino, 2007).

³² Silvia Scatena (ed.), *Arturo Paoli. Approdo in America latina. Lettere dall'Argentina. 1960-1969* (Brescia: Morcelliana, 2022).

³³ Andrea Mulas, *Linda Bimbi. Fede, diritti, liberazione* (Roma: Nova Delphi, 2021).

Otros estudios que han surgido dentro de la historiografía europea que implican la presencia de redes y movimientos católicos eurolatinoamericanos en los años de la Guerra Fría se refieren, para detenerme en la historiografía italiana, a mi volumen *L'altra America. I cattolici italiani e l'America latina*,³⁴ a las investigaciones de Raffaele Nocera sobre la Democracia Cristiana Internacional³⁵ y de Paolo Acanfora sobre la agencia de noticias IPS (estos dos trabajos con un fuerte enlace originario chileno),³⁶ de Giancarlo Monina sobre el Tribunal Russell II para América Latina,³⁷ de Alessandro Santagata sobre movimientos,³⁸ Benedetta Calandra y Luigi Guarnieri han captado elementos de la dialéctica religión-Guerra Fría en sus estudios sobre las redes italoargentinas durante los años de la dictadura, a través de la experiencia del movimiento Hijos y su impacto transnacional, por un lado, y reconstruyendo la biografía del diplomático Bernardino Osio, por el otro.³⁹ También se pueden encontrar elementos interesantes relacionados con las redes católicas italoatlánticas y la Guerra Fría en los volúmenes dedicados a los movimientos del 1968 editados por Marta Margotti y Marta Busani con Maria Bocci.⁴⁰ María Rosaria Stabili, por su parte, durante muchos años indagó en los nudos de las transiciones y las difíciles democratizaciones heredadas de la Guerra Fría (aten-

³⁴ Massimo De Giuseppe, *L'altra America. I cattolici italiani e l'America latina. Da Medellin a Francesco* (Brescia: Morcelliana, 2017).

³⁵ Raffaele Nocera, *Il sogno infranto. DC, l'Internazionale democristiana e l'America Latina. 1960-1980* (Roma: Carocci, 2017).

³⁶ Paolo Acanfora, *L'Inter Press Service e il nuovo ordine internazionale* (Roma: Reality Book, 2019).

³⁷ Giancarlo Monina, *Diritti umani e diritti dei popoli. Il Tribunale Russell II e i regimi militari latinoamericani. 1971-1976* (Roma: Carocci, 2021).

³⁸ Alessandro Santagata, *La contestazione cattolica. Movimenti, cultura e politica dal Vaticano II al '68* (Roma: Viella, 2016).

³⁹ Benedetta Calandra, *La memoria ostinata. HIJOS. I figli dei desaparecidos argentini* (Roma: Carocci, 2004); Luigi Guarnieri Calo Carducci (eds.), *Bernardino Osio. Tre anni a Buenos Aires. 1975-1978* (Roma: Viella, 2017).

⁴⁰ Marta Busani y Maria Bocci, *Towards 1968: Studenti cattolici nell'Europa occidentale degli anni Sessanta* (Roma: Studium, 2020); Marta Margotti, *Cattolici del Sessantotto: Protesta politica e rivolta religiosa nella contestazione tra gli anni Sessanta e Settanta* (Roma: Studium, 2020).

diendo también al fenómeno religioso) desde una perspectiva euroamericana.⁴¹

Este tipo de historiografía naturalmente se extiende también a otros países europeos, baste mencionar los estudios de Camila Bessa sobre el teólogo liberacionista francés (crítico de las políticas de Washington en el subcontinente) Charles Antoine,⁴² el dossier editado por el español José Manuel Ágreda Portero para *Nuevo mundo. Mundos nuevos*, la revista de estudios americanos de la École des Hautes Études de la Sorbona,⁴³ o, en una perspectiva más amplia, los trabajos alemanes de Quin Slobodian y de Martin Klimke, Joachim Scharloth y Kathrin Fahlenbrach sobre las culturas de protesta en una perspectiva transnacional en los años de la Guerra Fría.⁴⁴

La cuestión relativa al papel de las iglesias y los fieles no solo en relación con el entrelazamiento del bipolarismo y los escenarios poscoloniales, sino también de manera más general frente al dualismo paz-guerra, es otro elemento a tener en cuenta en estos caminos historiográficos. Un tema subrayado por Daniele Menozzi en sus estudios sobre la relación de los católicos con la guerra, la revolución y la violencia, elementos que jugaron un papel tan importante en la historia latinoamericana de la Guerra Fría.⁴⁵ Esta di-

⁴¹ Osvaldo Iazzetta y María Rosaria Stabili, *Las transformaciones de la democracia: Miradas cruzadas entre Europa y América Latina* (Roma: Università Roma Tre/Prometeo, 2021).

⁴² Camila Bessa, *Qu'est-ce que le christianisme de la libération? Charles Antoine, un passeur entre la France et l'Amérique latine* (Paris: Karthala, 2016).

⁴³ Massimo De Giuseppe y José Manuel Ágreda Portero, "Redes internacionales de apoyo y solidaridad con grupos, actores y movimientos político-sociales latinoamericanos, 1955-1995", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* [en línea], publicado el 10 octubre 2016, consultado el 4 de febrero de 2023. [<http://journals.openedition.org/nuevomundo/69607>]; [DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.69607>].

⁴⁴ Quin Slobodian, *Foreign Front: Third World Politics in Sixties West Germany* (Durham: Duke University Press, 2012); Joachim Scharloth, Kathrin Fahlenbrach y Martin Klimke, *Protest Cultures: A Companion* (Oxford: Berghahn Books, 2016).

⁴⁵ Daniele Menozzi, *Chiesa, pace e guerra nel Novecento: Verso una delegittimazione religiosa dei conflitti* (Bologna: Il Mulino, 2012). Un primer

mención ocupa, de manera muy simbólica, una parte significativa de la monumental obra curada por Maurice Cheza, Luis Martínez Saavedra y Pierre Sauvage, que conforma el *Diccionario histórico de la teología de la liberación*, un ambicioso proyecto nacido en el seno de la Universidad Católica de Lovaina en 2011 y publicado en 2017.⁴⁶

La Guerra Fría, ese conflicto aparentemente "en latencia", para retomar la definición de Federico Romero,⁴⁷ cuyas repercusiones en América Latina reverberan sin embargo a través de revoluciones y contrarrevoluciones "calientes", como recuerda en su reciente brillante trabajo Rafael Rojas,⁴⁸ se entrelaza sin embargo, a lo largo del tiempo, con procesos de secularización, con propuestas de aplicación del mensaje socio-evangélico-pastoral y con variadas formas de uso político de la religión, contribuyendo al mismo tiempo a modificar el panorama religioso de los contextos nacionales involucrados. Es desde aquí que intentaremos iniciar nuestro breve viaje para presentar algunas voces y experiencias dentro de un panorama naturalmente mucho más amplio y articulado.

ENTRE LOS AÑOS CINCUENTA Y SESENTA: DE GUATEMALA A MEDELLÍN

La relación entre la religión y la Guerra Fría está, por tanto, en la base de una serie de fenómenos complejos que han redefinido las relaciones intra e intercontinentales, estimulando en algunos casos los procesos de secularización acelerada de la sociedad (por ejemplo, a través del impacto del *American way of life* o del ateísmo estatal cubano), generando en cambio otras nuevas formas y dinámicas de retorno a lo religioso o de renovación eclesial.

intento de construir conexiones entre experiencias europeas y latinoamericanas se encuentra, además, en Lucia Ceci, *La fede armata: Cattolici e violenza politica nel Novecento* (Bologna: Il Mulino, 2022).

⁴⁶ Maurice Cheza, Luis Martínez Saavedra y Pierre Sauvage, *Dictionnaire historique de la théologie de la libération* (Nemours: Lessius, 2017).

⁴⁷ Federico Romero, *Storia della guerra fredda. L'ultimo conflitto europeo* (Torino: Einaudi, 2009).

⁴⁸ Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina* (Madrid: Turner, 2021).

Es particularmente interesante ver cómo la historiografía empieza a adentrarse en esos territorios de lenta generación de experiencias seminales, prodrómicas a la época conciliar y posconciliar de los años sesenta, que habrían marcado profundamente el catolicismo universal, entre empujes ecuménicos y liberacionistas, resurgimientos misioneros, campañas por la protección de los derechos humanos, encuentros y enfrentamientos interdevocionales. La Guerra Fría ha contribuido pues en algunos casos y en contextos geográficos particulares –también gracias a la construcción de redes formales e informales de solidaridad, denuncia, sensibilización, cooperación o intervención– a amplificar o redefinir el peso del elemento religioso en determinados contextos sociales y políticos, influyendo incluso en algunas expresiones devocionales. Se trata de elementos a veces olvidados pero funcionales para comprender la relación profunda entre el centro y las periferias y el lugar que ocupan las iglesias en la sociedad contemporánea. Sin embargo, se deben considerar una serie de elementos, esenciales para comprender el papel particular de América Latina en la etapa formativa de la Guerra Fría. El primero, más evidente, se refiere a la asimetría de la bipolaridad en el continente, que solo cambiaría parcialmente tras la Revolución cubana y la alianza de Castro con el bloque soviético. El segundo, en cambio, se refiere al papel de los nuevos países latinoamericanos católicos con respecto a las políticas estadounidenses, desde la onda larga de la política de buena vecindad de Washington, hasta la rigidez de la administración Eisenhower, pasando por la Alianza para el Progreso de John Fitzgerald Kennedy⁴⁹ para llegar hasta el impacto de la doctrina Mann y, más aún, del Informe Rockefeller en la segunda mitad de los años sesenta.⁵⁰

⁴⁹ Jeffrey Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America* (London: Routledge, 2007).

⁵⁰ En 1969, Nelson Rockefeller presentó su famoso informe a la administración de Nixon al final de un largo viaje por América Latina. El informe subrayó el riesgo de un giro revolucionario por parte de la Iglesia. "Rockefeller Report on the Quality of Life in the Americas", *The Department of State Bulletin* 61:1589, luego editado como *The Rockefeller Report on the Americas* (New York: Quadrangle, 1969).

Más allá de los acontecimientos internos de las llamadas historias nacionales de los países individuales, existen principalmente dos fenómenos que han interesado de manera más completa a la historiografía latinoamericana respecto a la relación entre la Guerra Fría y la religión durante la década de 1950. El primero se refiere a la ya mencionada experiencia del golpe de Estado en Guatemala de 1954, considerado un auténtico punto de inflexión; el segundo a la Conferencia de Río de Janeiro de 1955 que habría dado vida al Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). El tercer evento remite naturalmente, a fines de la década, a la Revolución cubana, aunque la historiografía aún presenta una serie de retrasos al respecto. La reciente apertura, en el Archivo Apostólico Vaticano (antiguo Archivo Secreto Vaticano) de los documentos de Pío XII, cuyo pontificado duró de 1939 a 1958, atravesando así toda la primera temporada de la Guerra Fría, ofrecerá a los estudiosos en un futuro cercano valiosas fuentes para profundizar tanto los casos nacionales como la dimensión continental de las relaciones entre la Santa Sede, episcopados, gobiernos y actores políticos y militares presentes en las tierras americanas.

En cuanto al caso guatemalteco, los estudios se centraron tanto en el papel del arzobispo de Santiago de Guatemala, Mariano Rossell y Arellano, en el diálogo con los golpistas, como en la transformación paulatina de la religiosidad en las zonas rurales e indígenas del país centroamericano. Desde este punto de vista, es particularmente interesante el volumen de Bonar Hernández Sandoval, *La revolución católica de Guatemala*, que trata de reconstruir una serie de pasajes delicados en el entrecruzamiento de la política, las reformas, la violencia y la historia religiosa en las diversas regiones de Guatemala, entre 1920 y 1968.⁵¹ A partir de documentos del Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Ciudad de Guatemala, Archivo de la Provincia Franciscana, Acción Católica pero también del Teologado Salesiano y de la Hemeroteca Nacio-

⁵¹ Bonar L. Hernández Sandoval, *Guatemala's Catholic Revolution. A History of Religious and Social Reform, 1920-1968* (South Bend: University of Notre Dame Press, 2019).

nal Clemente Marroquín Rojas, el estudio de Hernández Sandoval transita de manera orgánica desde la capital hacia las regiones rurales que configuran al país para dar cuenta de una serie de cuestiones que son todo menos baladíes: el legado de los procesos de romanización de la Iglesia guatemalteca, el impacto de la renovación eclesial de los años cuarenta, las relaciones de las instituciones eclesíásticas con las dictaduras militares y con la United Fruit Company, así como el papel de los católicos sociales en la reforma agraria de Arbenz Guzmán. El estudio analiza también las novedades producidas por las primeras reformas catequéticas, las experiencias de pastoral social experimental y el génesis de un nuevo espíritu misionero, abierto a la dimensión antropológica y al redescubrimiento de la religiosidad maya. Luego, tras el trauma del golpe, el impacto de la militarización, el peso de la Guerra Fría aflora de lleno, luego la época de las revoluciones, de la Alianza para el Progreso y el impacto del Concilio, hasta el nacimiento de las comunidades eclesiales de base. Si bien la historiografía norteamericana sobre la historia de Guatemala durante la Guerra Fría y sobre las consecuencias del golpe de 1954 ha reconocido ampliamente el papel de los católicos, como surge de los estudios de Gleijeses y Grandin,⁵² el ensayo de Hernández nos permite ampliar la mirada a una visión desde abajo de las estructuras católicas del país. Temas sobre los que se empieza a gestar una nueva historiografía.⁵³

Más en general, sobre la primera temporada de la Guerra Fría en América Latina, entre las décadas de 1940 y 1950, hay una serie de estudios de casos nacionales, empezando por los trabajos

⁵² Piero Gleijeses, *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton: Princeton University Press 1992); Greg Grandin, *The Blood of Guatemala: A History of Race and Nation* (Durham: Duke University Press, 2000).

⁵³ Patricia Harms, "God Doesn't Like the Revolution: The Archbishop, the Market Women, and the Economy of Gender in Guatemala, 1944-1954", *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 32:2 (2011), pp. 111-139; Claudia Dary et al., "Guatemala: entre la Biblia y la Constitución", en Ana Silvia Monzón (coord.), *Antología del pensamiento crítico guatemalteco contemporáneo* (Buenos Aires: CLACSO, 2019), pp. 83-120 [<https://doi.org/10.2307/j.ctv-txw2km.8>].

sobre Argentina, peronismo y tercera vía de Miranda Lida, Loris Zanatta, Roberto Di Stefano, Claudia Álvarez, Ana María Rodríguez, Damián Descalzo y otros.⁵⁴ Por supuesto, el surgimiento de las democracias cristianas en América Latina ha marcado un parteaguas historiográfico en este sentido, como recientemente reconstruyeron Diego Mauro e Ignacio Martínez en un trabajo de alcance subcontinental sobre el periodo formativo de los católicos en la política, destinado a confluir en los partidos demócrata-cristianos en las primeras etapas de la Guerra Fría.⁵⁵ Los trabajos sobre las diversas experiencias democristianas latinoamericanas entre las décadas de 1950 y 1960 comienzan a presentar nuevas perspectivas, como el estudio de Thomas Walker sobre la dimensión regional y transnacional de estos partidos, los de Yocelevzky e Ize sobre el nacimiento y desarrollo de la DC chilena, de Raffaele Nocera sobre las relaciones entre el PDC chileno y la DC italiana.⁵⁶ A pesar de la

⁵⁴ Ana María T. Rodríguez (ed.), *Estudios de historia religiosa argentina. Siglos XIX y XX* (Santa Rosa: Prohistoria, EdUNLPm, 2013); Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina en los siglos XIX y XX* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2000); Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica* (Buenos Aires: Sudamericana, 2006), Roberto Di Stefano, Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina* (Buenos Aires: Mondadori, 2000); Roberto Di Stefano y José Zanca, *Fronteras disputadas: religión secularización y anticlericalismo en la Argentina, siglos XIX y XX* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015); Ignacio Martínez y Diego Mauro, "Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica", *Historia Caribe*, XIV:35 (2019) [DOI:10.15648/hc.35.2019.12]. Sobre el tema Iglesia-Estado: Damián Descalzo, *¿Cómo se gestó el peronismo? Iglesia, Ejército y sindicatos en la génesis del peronismo* (Buenos Aires: Biblos, 2022).

⁵⁵ Ignacio Martínez y Diego Mauro (eds.), *Católicos y política en América Latina antes de la Democracia Cristiana* (Buenos Aires: Eduntref, 2022).

⁵⁶ Thomas W. Walker, "El papel de la Democracia Cristiana en la integración de América Latina", *Foro Internacional* 11:1 (41) (1970), pp. 77-91 [<http://www.jstor.org/stable/27737632>]; Ricardo A. Yocelevzky, "La Democracia Cristiana Chilena. Trayectoria de un proyecto", *Revista Mexicana de Sociología* 47: 2 (1985), pp. 287-352 [<https://doi.org/10.2307/3540545>]; María Francisca Ize, "La Democracia Cristiana en Chile: análisis de una experiencia", *Foro Internacional*, 10:2 (38) (1969), pp. 111-135 [<http://www.jstor.org/stable/27737528>]; Raffaele Nocera, *Acuerdos y desacuerdos. La Dc italiana y el Pdc chileno. 1962-1973* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2015).

octava reedición de las memorias de Rafael Caldera, en cambio hay cierto retraso en los estudios relativos al caso venezolano.⁵⁷ Para el peculiar caso mexicano (sin una partido demócrata-cristiano clásico) se recuerdan las investigaciones de Soledad Loaeza y Tania Hernández sobre el Partido de Acción Nacional.⁵⁸ Sobre las dinámicas políticas y culturales que vincularon a los movimientos y partidos católicos latinoamericanos con la Santa Sede, y sobre el papel agregador de los congresos eucarísticos, tras las primeras reflexiones originales de Jean Meyer, recuerdo en cambio un interesante estudio de Gianni La Bella.⁵⁹

La historiografía, en cambio, ha comenzado a interrogarse de manera madura hace algunos años sobre un paso importante en las relaciones entre católicos, instituciones eclesíásticas, regímenes políticos latinoamericanos, cuestiones sociales y religiosas: el nacimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), concebido como un órgano de enlace permanente entre los episcopados nacionales, con motivo de la Conferencia de Río de Janeiro de 1955. Si en el momento de convocar la conferencia fundacional las prioridades de los episcopados y de la Iglesia de Pío XII eran de carácter más bien defensivo –reaccionando a el avance de los movimientos considerados “anticatólicos”: protestantes, socialistas o comunistas–, el diálogo con gobiernos poco colaborativos y el enfrentamiento a la escasez de clero, en realidad se puso en marcha en Río una máquina de transformación y sinodalidad destinada a tener un impacto disruptivo. En efecto, el nacimiento del CELAM desencadenó un profundo proceso de intercambios, encuentros, confrontaciones en el campo institucional, teológico, pero sobre

⁵⁷ Rafael Caldera, *De Carabobo a Puntofijo. Los causahabientes. La historia de la democracia en Venezuela* (Caracas: LLC, 2013).

⁵⁸ Soledad Loaeza, *Acción Nacional: el apetito y las responsabilidades del triunfo* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2010); Tania Hernández Vicencio, *Tras las huellas de la derecha: el Partido Acción Nacional, 1939-2000* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2009).

⁵⁹ Jean Meyer, *Historia de los cristianos en América Latina: siglos XIX y XX* (Ciudad de México: Vuelta, 1989); Gianni La Bella, *Roma e l'America latina. Il Resurgimiento cattolico sudamericano* (Milano: Guerini, 2012).

todo pastoral y de la doctrina social que habrían contribuido a mover el panorama eclesial del continente, confrontándolo con una realidad social y política de manera cada vez más articulada, dinámica y, hasta, contestataria. La transformación se aceleró con el tránsito a los años sesenta, durante el pontificado de Juan XXIII (1958-1963), que coincidió con la historia de la Revolución cubana y la irrupción de América Latina entre los escenarios sensibles de la Guerra Fría, pero también con lo que la ONU definió como la "década del desarrollo", cuando incluso las formas de la actividad misionera latinoamericana comenzaron a cambiar.

Con el lanzamiento de las reformas conciliares se produjo de hecho una aceleración disruptiva en la actualización de la Iglesia latinoamericana que agudizó las divisiones entre los tradicionalistas y aquellos grupos que empezaban a afrontar de una manera nueva los problemas sociales y políticos del continente. Esta perspectiva nueva abrió un diálogo directo de actores eclesiales con los teóricos del desarrollismo, pero también con los de la teoría de la dependencia, incorporando las tesis económicas de la CEPAL, y las propuestas educativas del brasileño Paulo Freire en una etapa de sorprendente éxito mundial de su "pedagogía del oprimido". Andrew Kirkendall ha publicado un interesante estudio de la historia cultural que la conecta con la lógica del *Soft Power* en la Guerra Fría.⁶⁰ En efecto, las teorías del educador católico parecían chocar con las propuestas educativas impulsadas por la cooperación estadounidense, como en el caso estudiado por Héctor Lindo Fuentes y Erik Ching para El Salvador.⁶¹ Católicos partidarios de la naciente "opción por los pobres" se pusieron entonces en diálogo con antropólogos, historiadores y sociólogos, iniciando, en unos casos específicos, también un posible acercamiento con las tesis marxistas. En este sentido, el estudio de Silvia Scatena sobre el papel del

⁶⁰ Andrew Kirkendall, *Paulo Freire and the Cold War Politics of Literacy* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010).

⁶¹ Héctor Lindo Fuentes y Erik Ching, *Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2012).

CELAM en la construcción de las premisas de aquellos fenómenos que, tras el viaje de Pablo VI a Bogotá y la II Conferencia celebrada en Medellín en Colombia en 1968, habrían dado el pistoletazo de salida a la etapa liberacionista (muy genéricamente incluida dentro de la categoría de "teología de la liberación") que hubiera generado tanta fricción con las instituciones políticas y con la lógica de la Guerra Fría latinoamericana.⁶²

Entre 1965 y 1967, el CELAM impulsó experiencias de compromiso social en el mundo rural y en la periferia urbana y el nacimiento de centros de estudio de la realidad latinoamericana, como el Instituto Latinoamericano de Catequesis (ICLA) y el Instituto Latinoamericano de Pastoral (ISPLA), cuya documentación está todavía en gran parte por estudiar en términos históricos. En este proceso resultó crucial el empuje de obispos innovadores, en torno a los cuales la historiografía latinoamericana y europea comienza a producir interesantes resultados, como el brasileño Hélder Câmara, presidente del CELAM de 1961 a 1963, nombrado en 1964 (año del golpe de Estado en Brasil) obispo de Olinda y Recife, luego uno de los mayores denunciantes de las violaciones de los derechos humanos perpetradas por el régimen militar en Brasil; el chileno Manuel Larrain, obispo de Talca (al frente del CELAM de 1963 a 1966); el argentino Eduardo Pironio, obispo de Caeciri (secretario del CELAM de 1968 a 1972); y el panameño Marcos McGrath.⁶³ A ellos se sumaron algunos religiosos europeos y una línea de obispos indigenistas como el ecuatoriano Leonidas Proaño en Riobamba,⁶⁴ el paraguayo Ramón Bogarín en Misiones y el mexicano Samuel Ruiz en Chiapas.⁶⁵ Entre los otros actores involucrados en

⁶² Silvia Scatena, *In populo pauperorum. La Chiesa latinoamericana dal Concilio a Medellín, 1962-1968* (Bologna: Il Mulino, 2007). El estudio tiene un doble prefacio de Gustavo Gutiérrez y Samuel Ruiz.

⁶³ Nelson Piletti y Walter Praxedes, *Dom Hélder Câmara entre o poder e a profecia* (São Paulo: Ática, 1997).

⁶⁴ Giulio Girardi, *Seminando amore come il mais. L'insorgere dei popoli indigeni e il sogno di Leonidas Proaño* (Roma: Cipax, 2001).

⁶⁵ Jean Meyer, *Samuel Ruiz en San Cristóbal* (Ciudad de México: Tusquets, 2000).

este proceso de cambio se encuentran también sociólogos como el chileno Segundo Galilea o teólogos, como el joven peruano Gustavo Gutiérrez, autor en 1971 de un librito, *Teología de la liberación: Perspectivas* (Lima, 1971), destinado a ser traducido a 20 idiomas en los cinco años siguientes.⁶⁶ Al mismo tiempo, se consolidaron las relaciones con grupos de trabajo europeos y norteamericanos, como la Federación Internacional de Investigación Social (FIIS), impulsada en Lovaina por el sociólogo belga François Houtart.⁶⁷

Aún se espera una excavación documental histórica sobre Gutiérrez y otros protagonistas de esa temporada. Sin embargo, estos fermentos han sido estudiados desde una perspectiva subcontinental por Alicia Puente Lutteroth.⁶⁸ Una síntesis reciente de estas experiencias de la teología de la liberación se puede encontrar en la colección editada por Vicente Durán Casas y Margit Eckholt,⁶⁹ mientras que el impacto de las culturas de 1968 en este mundo católico remite a una línea de estudios emergentes, entre los que señalo el muy reciente volumen de Jaime Pensado sobre el caso mexicano.⁷⁰ El historiador de la Notre Dame University, en Indiana,

⁶⁶ Lucia Ceci, *La teologia della liberazione in America latina. L'opera di Gustavo Gutiérrez* (Milano: Franco Angeli, 1999).

⁶⁷ Véase F. Houtart, *El cambio social en América Latina* (Brussels: Oficina Internacional de Investigaciones Sociales de Feres/Centro de Investigaciones Socio-religiosas, 1964).

⁶⁸ Alicia Puente Lutteroth (ed.), *Actores y dimensión religiosa en los movimientos sociales latinoamericanos, 1960-1992* (Ciudad de México: Porrúa, 2006); Alicia Puente Lutteroth (ed.), *Innovaciones y tensiones en los procesos socio-eclesiales. De la Acción católica a las comunidades eclesiales de base* (Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos/CONACYT/CEHILA, 2002).

⁶⁹ Margit Eckholt y Vicente Durán Casas (eds.), *Religión como fuente para un desarrollo liberador: 50 años de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín: continuidades y rupturas* (Lima: Pontificia Universidad Javeriana, 2020).

⁷⁰ Jaime M. Pensado, *Love and Despair: How Catholic Activism Shaped Politics and the Counterculture in Modern Mexico* (Berkeley: University of California Press, 2023); Massimo De Giuseppe, "Italian Catholics and Latin America during the 'Long '68'", en James A. Mcadams y Anthony P. Montha (eds.), *Global 1968: Cultural Revolutions in Europe and Latin America* (South Bend: University of Notre Dame Press, 2021), pp. 37-72.

subraya en particular la heterogeneidad (y conflictividad interna) de la iglesia mexicana a lo largo de los movidos años sesenta, las incomprensiones con la Santa Sede, las tensiones con el laicado activo en la acción social (con el cambio radical de la Acción Católica mexicana), los procesos de marginalización de actores (el "Despair" del título) y, finalmente, las redes generadas a nivel transnacional con grupos y organizaciones europeas. Particularmente interesante en términos de relación con las lógicas de la Guerra Fría aparece la historia del obispo de Cuernavaca, monseñor Sergio Méndez Arceo, en torno a quien comienzan a surgir una serie de primeros estudios, aunque todavía en parte de corte militante, como los de Leticia Rentería, junto al ex salesiano italiano Giulio Girardi, y Gabriela Videla.⁷¹ Méndez Arceo desempeñó un papel político singular en la dinámica continental de la Guerra Fría, no solo por sus relaciones abiertas con el régimen castrista sino también por el apoyo brindado a las comunidades eclesiales de base y por su adhesión a los Cristianos por el socialismo (fue el único obispo presente en la Conferencia celebrada en Santiago de Chile en 1972) y, posteriormente, la fundación, con Samuel Ruiz y Leonidas Proaño, de la citada SICAL.

Precisamente el papel de Cuba y su apertura a un diálogo interesado del castrismo con exponentes de la teología de la liberación es un terreno aún por investigar a nivel historiográfico. Existen muchos ejemplos en este sentido: desde la exaltación del sacerdote colombiano caído en las filas del Ejército de Liberación Nacional, Camilo Torres, hasta los contactos con la pedagogía de Paulo Freire y con la pedagogía de los pobres del brasilero fray Betto (quien sobrevivió, a diferencia de su compañero fray Tito, a la tortura del régimen), para llegar a los contactos con los teólogos sandinista, Ernesto y Fernando Cardenal. En realidad, empiezan a aparecer las primeras aportaciones a nivel de conferencias

⁷¹ Gabriela Videla, *Sergio Méndez Arceo* (Ciudad de México: Editorial Juan Pablos, 2010); Leticia Rentería Chávez y Giulio Girardi (eds.), *Don Sergio Méndez Arceo, patriarca de la solidaridad liberadora* (Ciudad de México: Dabar, 2000).

y ensayos históricos, unas veces de carácter polémico, como en el caso de Loris Zanatta y su biografía del Castro católico,⁷² otras de carácter más diplomático, como en el caso de un ensayo de Riccardo Cannelli sobre la misión de monseñor Agostino Casaroli en Cuba en 1974.⁷³ Otras obras están más relacionadas con el filtro cubano en la historia de los movimientos, como es el caso de una colección curada por Paul Almeida y Allen Cordero, publicada por CLACSO en 2017 que reunió, entre otros, trabajos de Robert Mackin, Alexis Álvarez, María José Álvarez Rivadulla, Moisés Arce, Giovanni Beluche y Germán Bidegain Ponte.⁷⁴ La cuestión también fue abordada por Antonio Annino y por mí mismo en la conferencia internacional celebrada en Milán los días 27 y 28 de febrero de 2018, *El Che y Cuba: entre la Guerra Fría y el internacionalismo del Tercer Mundo*, con intervenciones, entre otros, de Antoni Kapcia, Eduardo Rey Tristán, Alfonso Botti, Onofrio Pappagallo, Giancarlo Monina, Irina Bajini, Benedetta Calandra, Luigi Bruti Liberati y Enrico Palumbo. El tema, naturalmente, también atañe al impacto del guevarismo y la propaganda de la Tricontinental, recientemente estudiados por Patricia Calvo,⁷⁵ que llevaron al italiano Giulio Girardi a escribir una serie de reflexiones sobre la dimensión cristiana del "Che".⁷⁶ Con respecto a las repercusiones latinoamericanas de estos hechos –en torno a los cuales trabaja un proyecto de investigación

⁷² Loris Zanatta, *Fidel Castro. L'ultimo re cattolico* (Napoli: Salerno editore, 2019).

⁷³ Riccardo Cannelli, "Il viaggio a Cuba di monsignor Casaroli", en Alberto Melloni y Silvia Scatena (eds.), *L'America latina fra Pio XII e Paolo VI* (Bologna: il Mulino, 2006), pp. 195-237.

⁷⁴ En particular, véase Robert Mackin *et al.*, "Teología de la liberación y movimientos sociales", en Paul Almeida y Allen Cordero (eds.), *Movimientos sociales en América Latina: Perspectivas, tendencias y casos* (Ciudad de México: CLACSO, 2017).

⁷⁵ Patricia Calvo, *iHay un barbudo en mi portada! La etapa insurreccional cubana a través de los medios de comunicación y propaganda 1952-1958* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2022).

⁷⁶ Giulio Girardi, *Cristianesimo, liberazione umana, lotta di classe* (Assisi: Cittadella, 1971); y *Che Guevara visto da un cristiano. Il significato etico della sua scelta rivoluzionaria* (Milano: Sperling & Kupfer, 2005).

internacional comisariado por Eduardo Rey de la Universidad de Santiago de Compostela-, en su entrecruzamiento con fermentos tercermundistas, recuerdo, para el caso argentino, un excelente trabajo de Claudia Touris: un estudio que ayuda a comprender una serie de dinámicas culturales y que reconstruye la génesis del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en Argentina y la fragmentación de los jóvenes justicialistas, entre la opción por los pobres y las influencias culturales de la Revolución cubana.⁷⁷ Este trabajo, aunque concentrado en la Gran Buenos Aires, supera ampliamente los confines nacionales, y aquí está su elemento más novedoso: utiliza la categoría de constelación para indicar una red latinoamericana de actores sociales y religiosos (masculinos y femeninos) como referencia ideal por los militantes argentinos, mucho más amplia y articulada con respecto al otro grupo nacional, de perspectiva insurreccional, conocido como Cristianismo y Revolución (CR).

En general, pues, tras una larga temporada de estudios militantes o denunciatorios, en espera de unos estudios de carácter subcontinental, puede decirse que la historiografía europea y latinoamericana, en diálogo con la anglosajona, comienza a brindar aportes cada vez más importantes sobre los diversos aspectos y protagonistas del panorama eclesial y religioso en relación a la dinámica revolución-contrarrevolución de la Guerra Fría, entre las décadas de 1950 y 1960.

DESDE LA DÉCADA DE 1970 HASTA EL OCASO DE LA GUERRA FRÍA: RELIGIÓN, VIOLENCIA, SOCIEDAD

El tema del involucramiento de católicos, protestantes y, más en general, del factor religioso en la dinámica violenta del circuito insurgencia-contrainsurgencia que caracterizó a América Latina entre los años setenta y principios de los ochenta, representa uno de

⁷⁷ Claudia Touris, *La constelación tercermundista. Catolicismo y cultura política en la Argentina, 1955-1976* (Buenos Aires: Biblos-Historia, 2022).

los próximos desafíos para la historiografía de la Guerra Fría. Paradójicamente, en la vasta literatura sobre el golpe chileno de 1973 y la consiguiente larga dictadura de Augusto Pinochet tenemos menos estudios específicos sobre el elemento religioso que en otros casos (como el argentino), a pesar del papel de los católicos presentes tanto en el gobierno de la Unidad Popular y en el régimen militar, así como en las formas de asistencia y solidaridad que tuvieron epicentro en el Comité Pro Paz y, desde finales de 1973, en la Vicaría de la solidaridad del Arzobispado de Santiago, instituida por el cardenal Silva Henríquez.⁷⁸ Con respecto a esta institución existe una rica documentación guardada ahora en la Fundación de Archivos de la Vicaría de la Solidaridad. Entre los nuevos estudios recuerdo los de Martín Bernales y Marcos Fernández sobre la revista disidente *Policarpo* y sobre las formas de oposición política al régimen.⁷⁹

A nivel general, la necesidad de profundizar en este tipo de investigaciones que correlacionan en el trasfondo de la Guerra Fría, la violencia, los movimientos sociales y las religiones, ha sido evocada en varios trabajos de gran envergadura a partir del libro editado por Verónica Oikón Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos sobre las revoluciones latinoamericanas entre 1959 y 1996.⁸⁰ La cuestión sigue siendo en gran medida marginal en muchos de

⁷⁸ Reynaldo Sapag, *El cardenal Raúl Silva Henríquez y los Derechos Humanos* (Madrid: Ediciones Copygraph, 2014). Unas primeras reconstrucciones se encuentran también en Cristián Precht, *En la huella del Buen Samaritano* (Santiago de Chile: Editorial Tiberiades, 1998); y Juan Ignacio Gutiérrez, *La Vicaría de la Solidaridad* (Madrid: Alianza Editorial, 1986). Otros documentos en *Vicaría de la Solidaridad: historia de su trabajo social* (Santiago de Chile: Ediciones Paulinas, 1991).

⁷⁹ Martín Bernales y Marcos Fernández, *Policarpo: catolicismo, espacio público y oposición política. Chile, 1981-1983* (Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2021); Martín Bernales y Marcos Fernández (eds.), *No podemos callar: catolicismo, espacio público y oposición política, Chile 1975-1981* (Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, 2020).

⁸⁰ Verónica Oikón Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.), *El estudio de las luchas revolucionarias en América latina (1959-1996). El estado de la cuestión* (Santiago de Compostela/Zamora: Universidad de Santiago de Compostela/El Colegio de Michoacán, 2014).

los principales estudios sobre "guerras sucias" internas, como en el caso del reciente, aunque muy interesante y articulado, volumen de Renata Keller, *Mexico's Cold War*.⁸¹ Y sin embargo, el dualismo antitético entre procesos de modernización y permanencia de lo religioso tomó nuevos caracteres en muchos de los conflictos periféricos latinoamericanos, como se desprende, por ejemplo, de algunos hallazgos sobre la persecución de católicos e indígenas disidentes dentro del Plan Cóndor, evidenciados en la investigación de John Dinges y en la reconstrucción documental de Peter Kornbluh.⁸² Un tema que impregna además uno de los ensayos de mirada subcontinental contenidos en un volumen italiano, nacido de un proyecto de investigación internacional: *De Puebla a Aparecida. Chiesa e società in America latina (1979-2007)*.⁸³

La cuestión del catolicismo, la dictadura y la violación de los derechos humanos ha sido analizada para el caso argentino en varios trabajos, entre los que recuerdo los de María Soledad Catoggio, Gustavo Morello, Loris Zanatta, Marcos Novaro y Vicente Palermo, entre otros.⁸⁴ Naturalmente estos textos analizan una serie de cuestiones sensibles que han generado controversias a lo

⁸¹ Renata Keller, *Mexico's Cold War. Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (Cambridge: Cambridge University Press, 2105).

⁸² John Dinges, *The Condor Years: How Pinochet and His Allies Brought Terrorism to Three Continents* (New York: The New Press, 2004); Peter Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability* (New York: New Press, 2013).

⁸³ Massimo De Giuseppe y Gianni La Bella (eds.), *Da Puebla ad Aparecida. Chiesa e società in America latina. 1979-2007* (Roma: Carocci, 2019).

⁸⁴ María Soledad Catoggio, "Tiempos violentos, catolicismo y dictadura en la Argentina de los años setenta", y Gustavo Morello, "Las transformaciones del catolicismo en situaciones de violencia política: Córdoba, Argentina", ambos en Alexander Wilde (ed.), *Las Iglesias ante la violencia en América latina. Los derechos humanos en el pasado y en el presente* (Ciudad de México: FLACSO/Center for Latin American & Latino Studies/American University, 2016). Loris Zanatta, *La larga agonía de la Nación católica: Iglesia y Dictadura en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2015); Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática* (Buenos Aires: Paidós, 2003).

largo de los años alimentadas sobre todo en el campo periodístico (pensemos en los trabajos de Horacio Verbitski) en relación con la actitud general de las instituciones eclesíásticas y con algunas ambigüedades, en particular de la nunciatura en los años de Pio Laghi (1974-1980), respecto al régimen militar argentino, hasta el paso del pontificado de Pablo VI a Juan Pablo II. En este sentido, cabe señalar también la muy reciente publicación (1 de febrero de 2023) de un primer volumen editado por los historiadores de la iglesia y teólogos Federico Tavelli, Carlos Galli, Luis Liberti y Juan Durán. Este trabajo se basa en documentos del archivo vaticano sobre los años de la dictadura, disponible en base a un decreto papal de 2019 con el que el papa Francisco respondió a una solicitud de la Conferencia Episcopal Argentina y puso los documentos desclasificados del periodo 1966-1983 a disposición de los estudiosos.⁸⁵ Entre estos hay fuentes procedentes del Archivo Apostólico Vaticano, del Archivo de la Secretaría de Estado, del Consejo para Asuntos Públicos de la Iglesia, del Archivo de la Nunciatura de Buenos Aires y del Archivo de la Conferencia Episcopal Argentina. Todavía es muy pronto para una evaluación historiográfica de esta larga documentación con respecto a los años dramáticos del "Proceso de Reorganización Nacional" emprendido por la dictadura militar después del 24 de marzo de 1976, pero sin duda de este primer relevamiento surgieron datos interesantes en cuanto a la articulación de una Iglesia, la argentina, involucrada tanto en cuanto a las víctimas del régimen (los casos de desaparición entre los hermanitos del Evangelio, los asuncionistas, los jesuitas, las religiosas, varios movimientos laicales y educativos...), como en cuanto a los eclesíásticos, sacerdotes y laicos que ofrecieron su apoyo a la dictadura. El dato más interesante que sobresale de esta investigación se relaciona con una serie de caminos de resistencia silenciosa que hasta ahora ha permanecido al margen del debate público.

⁸⁵ Federico Tavelli *et al.* (eds.), *La verdad los hará libres I: La Iglesia católica en la espiral de la violencia de la Argentina entre 1966 y 1983* (Buenos Aires: Planeta Argentina, 2023).

Después del precedente argentino, se espera ahora que esta tendencia a anticipar la abertura de archivos con documentos sensibles por los años de la Guerra Fría pronto se extienda también a Chile, Brasil, Ecuador, Paraguay, Colombia y los otros países de América Latina. Con respecto a la guerra civil colombiana y sus vínculos con la Guerra Fría, entretanto han surgido estudios sobre el componente católico dentro del Ejército de Liberación Nacional (ELN), como los de Carlos Medina Gallego y Liborio González,⁸⁶ mientras que para Brasil algunos elementos de interés empiezan a aparecer en las obras de Sara Sarzynsi, Antonio Pedro Tota y Lorena Balensifer, aunque hace tiempo que se espera un monográfico de corte nacional más centrado en el tema.⁸⁷

La dimensión religiosa está más directamente presente en los estudios sobre la Guerra Fría centroamericana de la primera mitad de la década de 1980, tanto por el involucramiento directo de altos protagonistas (como en el caso del asesinato del arzobispo de San Salvador Óscar Arnulfo Romero en marzo de 1980 o los seis sacerdotes jesuitas en la UCA, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, en 1989) y por la dinámica relativa al papel de los grupos evangélico-pentecostales, como por la presencia de redes internacionales especialmente activas y mediáticamente dinámicas. Para el caso guatemalteco, parecen particularmente interesantes los estudios sobre el entrecruzamiento entre el neopentecostalismo y la Guerra Fría en los años más terribles del conflicto, marcados por las políticas de la "tierra arrasada" del general, presidente y pastor evangélico Efraín Ríos Montt. Entre estos recuerdo el volumen de Garrard-Burnett, *Te-*

⁸⁶ Carlos Medina Gallego, *Ejército de Liberación Nacional (ELN). Historia de las ideas políticas. 1958-2018* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2020); Liborio José González Cepeda, *Guerra Fría en Colombia. Expresiones y transformaciones* (Bogotá: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2022).

⁸⁷ Sara Sarzynsi, *Revolution in the Terra Do Sol: The Cold War in Brazil* (Stanford: Stanford University Press, 2018); Antonio Pedro Tota y Lorena Balensifer Ellis, *The American "Amigo": Nelson Rockefeller and Brazil* (New York: Underline Publishing, 2021).

ror in the Land of the Holy Spirit,⁸⁸ y el de Blake C. Scott, sobre las conexiones entre religión, violencia y políticas de desarrollo en las masacres perpetradas contra las comunidades ixiles.⁸⁹ Un volumen testimonial, pero de gran interés relativo a la zona quiché se encuentra en la biografía del misionero español Luis Gurriarán escrita por Carlos Santos.⁹⁰ El tema religioso también entra con fuerza en el informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), dividido en cuatro partes: Impactos de la violencia, Los mecanismos de la violencia, El entorno histórico y Las víctimas del conflicto.⁹¹ La publicación de ese informe le costó la vida al arzobispo Juan José Gerardi Conedera, el 26 de abril de 1998, dos años después de los acuerdos de paz, en un silencio mediático que choca con la atención recibida 16 años antes al momento del asesinato de monseñor Romero, el 24 de marzo de 1980.

El caso salvadoreño es precisamente el que registra la historiografía más rica en el tema de las conexiones entre la religión y el impacto de la Guerra Fría en el pequeño país centroamericano, gracias también a los archivos puestos a disposición por la UCA, donde en octubre de 1989 ocurrió el asesinato de los seis jesuitas comentados antes (entre ellos el exrector y famoso teólogo liberacionista Ignacio Ellacuría de quien hay un hermoso retrato de Theresa Whitfield)⁹² y dos mujeres. Si durante muchos años ha dominado una bibliografía testimonial pero militante o apasionada (las obras del jesuita Jon Sobrino, entre otras), desde hace unos

⁸⁸ Virginia Garrard-Burnett, *Terror in the Land of the Holy Spirit: Guatemala under General Efraín Ríos Montt 1982-1983* (Oxford: Oxford University Press, 2011). Véase también Greg Grandin, *The Blood of Guatemala. A History of Race and Nation*. (Durham: Duke University Press, 2000).

⁸⁹ Blake C. Scott, *The Crossroads of Religion and Development: Guatemala's Ixil Region, Evangelical Religion, and General Ríos Montt* (London Lambert Academic Publishing, 2011).

⁹⁰ Carlos Santos, *Guatemala. El silencio del gallo. Un misionero español en la guerra más cruenta de América* (Madrid: Debate, 2007).

⁹¹ *Guatemala Nunca Más* (Ciudad de Guatemala: REMHI, 1998).

⁹² Theresa Whitfield, *Paying the Price. Ignacio Ellacuría and the Murdered Jesuits of El Salvador* (Philadelphia: Temple University Press, 1994).

quince años el entramado ha asumido características científicas. En Norteamérica, desde los estudios sobre la masacre de las monjas de Maryknoll de Theresa Keeley, quien define el conflicto salvadoreño como un conflicto católico adentro de la Guerra Fría, hasta los trabajos de Christian Smith sobre las redes cristianas movilizadas por el país centroamericano o de Molly Todd sobre el apoyo a los refugiados.⁹³ Otros estudios destacan la presencia católica en actores del movimiento armado, como el testimonial *Tiempos de locura* de Rafael Menjivar y los ensayos seleccionados por Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila en *Conflicto, memoria y pasados*,⁹⁴ o entre las víctimas de la desaparición forzada, en las obras de la autora austriaco-mexicana Kristina Pirkner y Tania Ocampo.⁹⁵ También surgen elementos importantes de los estudios de campo basados en la historia oral como los del holandés Ralph Sprenkel o del estadounidense Erik Ching.⁹⁶ Dos de mis trabajos analizan las redes católicas que apoyaban (de México a Europa) la actividad de defensa de los derechos humanos de Marianela García Villas, mientras que sobre Romero me refiero a los estudios

⁹³ Theresa Keeley, *Reagan's Gun-Toting Nuns. The Catholic Conflict over Cold War Human Rights Policy in Central America* (Ithaca: Cornell University Press, 2020); Christian Smith, *Resisting Reagan. The US Central America Peace Movement* (Chicago: University of Chicago Press, 1996); Molly Todd, *Beyond Displacement. Campesinos, Refugees and Collective Action in the Salvadoran Civil War* (Madison: The University of Wisconsin Press, 2010).

⁹⁴ Rafael Menjivar Ochoa, *Tiempos de locura. El Salvador 1979-1981* (Ciudad de México: FLACSO, 2008); Eduardo Rey Tristán y Pilar Cagiao Vila, *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo* (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2011).

⁹⁵ Kristina Pirkner, *La redefinición de lo posible. Militancia política y movilización social en El Salvador. 1970 a 2012* (Ciudad de México: Instituto Mora, 2017); Tania Ocampo Saravia, *Voces sobre la desaparición forzada de infantes durante la guerra en El Salvador. 1980-1984* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018).

⁹⁶ Ralph Sprenkel, *Stories Never to Be Forgotten: Eyewitness Accounts from the Salvadoran Civil War* (London: Bilingual Review, 2015); Erik Ching, *Stories of Civil War in El Salvador: A Battle over Memory* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016).

de Roberto Morozzo della Rocca y otros.⁹⁷ También en este caso el informe sobre crímenes cometidos en El Salvador antes y durante la guerra civil, publicado por la Comisión para la Verdad de las Naciones Unidas en 1993, dos años después de los acuerdos de paz firmados en el Castillo de Chapultepec, presenta una larga serie de casos específicamente dedicados a la violencia contra actores y comunidades católicas.⁹⁸ A nivel de actores no institucionales, emblemático, en la última temporada de la Guerra Fría, es el compromiso de la referida SICSAL, fundada gracias a la propuesta de Méndez Arceo y Samuel Ruiz, a raíz del asesinato de monseñor Romero. Una red católica militante, explícitamente crítica con el trabajo de Estados Unidos en Centroamérica y América Latina que hizo circular una serie de consignas, temas y acciones de denuncia, a través de textos, conferencias, artículos, atravesando también toda la década de los noventa. También hay una rica literatura militante y egocéntrica sobre esto, pero aún faltan estudios históricos sobre las fuentes.

Finalmente, para la experiencia sandinista en Nicaragua, las voces católicas emergen en varios estudios de historia oral, como el de Pilar Arias publicado en Siglo XXI.⁹⁹ En cambio, a pesar de la masiva obra de literatura militante en torno a figuras emblemáticas como el fraile trapense y ministro de Cultura sandinista Ernesto Cardenal, falta todavía una presencia historiográfica madura. Más bien, parece particularmente interesante un trabajo reciente de Hilary Francis, sobre la crisis del sandinismo en las décadas de 1990

⁹⁷ Massimo De Giuseppe, "Italia frente a la guerra civil salvadoreña: la iglesia, los movimientos religiosos, denuncias jurídicas e iniciativas políticas", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos* (2016) [<http://nuevomundo.revues.org/69633>]; y "¡A la solidaridad cristiana! I cattolici e il caso salvadoreño", *S-nodi pubblici e privati nella storia contemporanea*, Religioni, 12 (2013), pp. 83-130. Roberto Morozzo della Rocca, *Primerio Dios. Vita di Oscar Romero* (Milano: Mondadori, 2005).

⁹⁸ *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en el Salvador. Informe de la Comisión de la verdad para El Salvador* (San Salvador: Naciones Unidas, 1993).

⁹⁹ Pilar Arias, *Nicaragua: revolución. Relatos de combatientes del frente sandinista* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2021).

y 2000, que en parte lo asocia precisamente con la ruptura interna entre Ortega y el sandinismo católico, tema que ya estaba presente implícitamente en un volumen colectivo editado por Gary Prevost y Harry Vanden 20 años antes.¹⁰⁰

Con los procesos de paz y la puesta en marcha de las dinámicas, aunque frágiles, de democratización, la cuestión religiosa se habría cruzado, y en algunos casos entrelazado, con la lógica de las políticas de desarrollo occidentales impulsadas por las Comunidad Económica Europea (CEE). Emblemático en este sentido es el caso del Programa de Desarrollo para Desplazados, Refugiados y Repatriados en Centroamérica (PRODERE), pensado después de la firma de los acuerdos de paz de Esquipulas II en 1986 y que funcionó desde 1989 hasta 1995.¹⁰¹ Se trató de un proyecto experimental de cooperación para la región centroamericana coordinado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el gobierno italiano que involucró varias organizaciones no gubernamentales católicas, además de unos políticos de la DC como Gilberto Bonalumi. Estos tipos de experiencias están aún por estudiar, como muchas otras iniciativas que involucraron, a través de proyectos internacionales de cooperación en diversos contextos latinoamericanos, muchos actores y grupos con origen o conexiones de matiz religiosa (católica o protestante). Muchos de estos grupos han actuado a través de una movilización de actores individuales y colectivos, aprovechando factores y dinámicas socio-religiosas, contribuyendo indirectamente a una redefinición del concepto mismo de cosmopolitismo, reelaborado por Massimo Faggioli.¹⁰²

¹⁰⁰ Hilary Francis, *A Nicaraguan Exceptionalism? Debating the Legacy of the Sandinista Revolution* (London: University of London Press, 2020); Gary Prevost y Harry E. Vanden (eds.), *The Undermining of the Sandinista Revolution* (London: Palgrave-McMillan, 1999).

¹⁰¹ <https://www.unops.org/es/news-and-stories/stories/prodere-reflections-on-a-revolutionary-approach-to-development>.

¹⁰² Massimo Faggioli, *Cattolicesimo, nazionalismo, cosmopolitismo. Chiesa, società e politica dal Vaticano II a papa Francesco* (Roma: Armando Editore, 2018).

CONCLUSIONES

El camino de la historiografía es, pues, largo aún, pero a medida que se abren los archivos y se sistematizan las fuentes orales, el mosaico adquiere nuevas piezas. Al fin y al cabo, la religión estaba en el centro de la sociedad y de la política latinoamericana ya antes de la Guerra Fría, aunque esto habría ayudado a cambiarla, sobre todo después de la Conferencia de Medellín de 1968, con el lanzamiento de la "opción por los pobres" y la teología de la liberación, pasando por las dictaduras del Cono Sur, hasta las dramáticas guerras civiles centroamericanas de los años ochenta. En esas décadas la religión católica (y en unos casos la protestante histórica) era de alguna manera un elemento caracterizador de aquella Guerra Fría latinoamericana,¹⁰³ como lo prefiguraba (en términos defensivos) el Informe Rockefeller de 1969 que identificaba a los católicos de la región como un peligro potencial para los intereses de Washington. El propio magnate estadounidense, además de poderoso actor de *Soft Power* y promotor de acciones de diplomacia informal, se convirtió en el impulsor de un proyecto piloto para apoyar la difusión de los evangélicos en la región transamazónica, tal como lo reconstruyeron Gerard Colby y Charlotte Dennett.¹⁰⁴

Para una valoración de la historiografía sobre la Guerra Fría y la religión es interesante señalar que esta no sigue necesariamente un desarrollo temporal ordenado, también por el desorden y la fragmentación en la publicación de los documentos y las especificidades de los distintos casos nacionales. Si la historiografía anglosajona, por ejemplo, ha comenzado a realizar algunos estudios a través de documentos estadounidenses y en archivos latinoamericanos, un primer elemento llamativo es cómo este nexo (Guerra Fría-Religión) ha movilizadado de manera más orgánica so-

¹⁰³ Si veda Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018).

¹⁰⁴ Gerard Colby y Charlotte Dennett, *Thy Will Be Done: The Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil* (New York: Open Road, 2017).

bre todo a historiadores y estudiosos europeos, especialmente de países católicos o donde había una fuerte presencia de partidos demócratacristianos y movimientos sociales católicos. Incluso los historiadores latinoamericanos (como es claro en el caso argentino y, en parte, en el de México y Centroamérica) comienzan a dar pasos importantes en este sentido, tanto en el estudio de grupos católicos de izquierda y revolucionarios, vinculados a ideales de matriz religiosa, a la "opción por los pobres", como en su transnacionalización.

Como se mencionó al principio, la dialéctica nacional/transnacional es uno de los elementos más interesantes de este campo historiográfico que muchas veces tiene que tomar en consideración movimientos, grupos y asociaciones que se mueven en una perspectiva internacionalista. El mismo concepto de teología de la liberación es, en este sentido, profundamente transnacional, y fundacional del debate posconciliar, a pesar del hecho de que el elemento de impacto socio-políticos en los escenarios de la Guerra Fría latinoamericana estaba más directamente relacionado a las acciones socio-pastorales que a las teológicas. La historiografía debe todavía entender a fondo este elemento (a veces el uso de la categoría "teología de la liberación" sigue siendo muy genérico en varias obras). En cambio, el tema de la presencia religiosa en los estudios sobre violaciones de derechos humanos, violencias, y represiones y en los procesos de paz, según la lección del argentino Adolfo Pérez Esquivel,¹⁰⁵ está pasando de una etapa de literatura militante a una de plena maduración historiográfica.

La apertura de los archivos vaticanos y religiosos está favoreciendo un florecimiento historiográfico para los años anteriores al

¹⁰⁵ En 1996, presentando su obra *Una gota de tiempo: crónica entre la angustia y la esperanza* (Córdoba: Op Oloop Ediciones, 1996). Adolfo Pérez Esquivel decía que ya era tiempo de acompañar una literatura testimonial y de denuncia con una científica, repensando en su texto clásico, *Lucha no violenta por la paz: testimonios en América Latina* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1983), traducido al inglés con el pintoresco título *Christ in a Poncho: Testimonials of the Nonviolent Struggles in Latin America* (Maryknoll: Orbis Book, 1983).

Concilio Vaticano II y la experiencia argentina (ojalá precursora de la posibilidad de consulta de otros fondos relativos a nunciaturas y delegaciones apostólicas en países latinoamericanos involucrados directamente en las dinámicas más agresivas de la Guerra Fría) nos ayudaría a acelerar el trabajo también para los siguientes, en espera de los materiales documentales de los pontificados de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Sin embargo, muchas otras fuentes ya están disponibles, y la historia oral puede ofrecernos su apoyo en esta obra de reconstrucción.

Naturalmente quedan muchos huecos, pendientes, por ejemplo, de una efectiva apertura de los archivos cubanos (la relación entre el régimen castrista y el mundo católico progresista está por estudiar en detalle), en espera de una excavación en los archivos postsoviéticos del Kremlin y de muchas páginas aún sin desclasificar en la documentación de EE. UU. y de los países latinoamericanos.

Otra área que todavía está en gran parte por estudiar es la de la relación entre la Iglesia católica y las iglesias protestantes con los ejércitos y regímenes militares de derecha o de izquierda (en el caso peruano de Velasco Alvarado). Sin duda, el camino es largo, pero de muchos lados están surgiendo señales alentadoras (a pesar del rezago historiográfico de algunos países como Perú, Paraguay, Bolivia y Venezuela, sin mencionar el Caribe). Sobre todo, ya es hora de estudios regionales de casos dedicados al subcontinente en su conjunto y, finalmente, sería importante que la historiografía anglosajona dialogue de manera más cercana no solo con la latinoamericana, sino con la europea (aprendiendo también a superar unas barreras lingüísticas). Esto favorecería la circulación de ideas y las formas de diálogo.

Al final de la Guerra Fría, cruzando la década perdida y las reformas neoliberales, entre la crisis del catolicismo y los procesos migratorios, el elemento religioso parece sin duda reducido respecto a su primera etapa, aunque cambiante y variable y lejos de estar destinado a desaparecer.

Intelectuales, izquierdas y transiciones en la Guerra Fría latinoamericana

Rafael Rojas
CEH El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, la historiografía sobre la Guerra Fría cultural ha experimentado un importante relanzamiento. De los estudios clásicos sobre el tema, producidos en los años que siguieron a la caída del Muro de Berlín (María Eugenia Mudrovcic, Frances Stonor Saunders, Claudia Gilman...), en los que se enfatizaban las redes de financiamiento y las plataformas geopolíticas de Estados Unidos y Europa, se ha pasado a una visión más integradora de las polaridades ideológicas y políticas del conflicto en el campo intelectual latinoamericano, como se observa en los trabajos de Idalia Morejón, Benedetta Calandra, Marina Franco, Patrick Iber o Daniel Kent.¹

¹ María Eugenia Mudrovcic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década de los 60* (Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 1997); Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural* (Madrid: Debate, 1999); Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006); Idalia Morejón Arnaiz, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y*

La emergencia de ese corpus historiográfico está relacionada con la consolidación del nuevo orden global pero también con el desarrollo paralelo de la historia intelectual y de los estudios sobre la Guerra Fría en el contexto académico latinoamericano.² Importantes instituciones universitarias de la región, como la Universidad de Quilmes y El Colegio de México, han impulsado seminarios y cursos de historia intelectual y cultural de la Guerra Fría, y revistas como *Historia Mexicana*, *Prismas* y *Secuencia* han publicado dossieres sobre el tema.³ La riqueza y pluralidad de ese campo es inabarcable en un artículo, sobre todo, si se advierte que la producción académica avanza tanto a nivel nacional como continental.

Junto con la articulación de esa red de estudios sobre la historia intelectual de la Guerra Fría latinoamericana se observa, también, un decisivo impulso a trabajos académicos sobre las izquierdas en el mismo periodo. La obra de algunos historiadores como los argentinos Horacio Tarcus, María Cristina Tortti y Adriana Petra, los mexicanos Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri o los uruguayos Vania Markarian y Aldo Marchesi, es representativa de una profusión de artículos y libros que están renovando el mapa de las izquierdas latinoamericanas en la Guerra Fría.⁴ Los estudios

Mundo Nuevo (Ciudad de México: Educación y Cultura, 2010); Benedetta Calandra y Marina Franco (eds.), *La Guerra Fría Cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (Buenos Aires: Biblos, 2012); Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge: Harvard University Press, 2015); Daniel Kent, "La Guerra Fría cultural en el Tercer Mundo. El Congreso para la Libertad de la Cultura en México e India", *Secuencia*, 111 (2021).

² Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005).

³ Véase, por ejemplo, Ariel Rodríguez Kuri, "México: Guerra Fría, historia y política", *Historia Mexicana* 66:2, 262 (octubre-diciembre 2006); Ximena Espeche y Laura Ehrlich, "Guerra Fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto", *Prismas* 23 (2019), pp. 173-179.

⁴ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Punto Sur, 1991); María Cristina Tortti, Juan Alberto Bozza y Mora González Canosa, *La Nueva Izquierda en la historia argentina reciente* (Buenos Aires: Prohistoria, 2021); Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017); Carlos Illades y Daniel Kent, *Historia*

de Eugenia Palieraki, Marcelo Casals y Tanya Harmer sobre el Chile de Salvador Allende y Unidad Popular también integran ese nuevo acervo historiográfico, que desestabiliza lugares comunes sobre las izquierdas y sus intelectuales, durante la Guerra Fría.⁵

En las páginas que siguen intentaremos explorar las continuidades y rupturas entre esa nueva historiografía y los propios debates intelectuales y políticos de las izquierdas latinoamericanas, durante la Guerra Fría y los años posteriores a la caída del Muro de Berlín. La evolución del concepto de "Guerra Fría" está estrechamente relacionada con las mutaciones del latinoamericanismo y con los cambios operados por las propias izquierdas, entre el periodo revolucionario de la "New Left" y el democrático de las transiciones, en las dos últimas décadas del siglo xx. Interesa, aquí, reflexionar sobre esa interacción que permite localizar el contexto posterior a la Guerra Fría como lugar de enunciación de la nueva historiografía.

PREHISTORIA DEL CONCEPTO

El concepto de "Guerra Fría" se ha afinado en el lenguaje político y las ciencias sociales como una noción que capta las dinámicas históricas del largo periodo de cuatro décadas que va del fin de la Segunda Guerra Mundial a la caída del Muro de Berlín. Más allá de los exhaustivos debates sobre el concepto y su periodización, el término alude a un tipo de guerra, distinta a las dos conflagraciones

minima del comunismo y el anticomunismo en el debate mexicano (Ciudad de México: El Colegio de México, 2022); Ariel Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas en México* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2021); Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los años 60* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019); Vania Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre los molotovs y la música beat* (Montevideo: Estuario, 2022).

⁵ Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo"* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2010); Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Interamerican Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2011); Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años 60* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2014).

mundiales de la primera mitad del siglo xx.⁶ Un tipo de guerra que debió su frialdad a una tensión bipolar que logró evitar que el conflicto escalara por medio de un enfrentamiento militar que habría sido catastrófico para el mundo, dada la capacidad de fabricación de armamento nuclear que comienza a desarrollar Estados Unidos, la Unión Soviética y otras potencias desde los años cuarenta.

La "frialdad" de aquella nueva guerra tenía que ver con las dinámicas de provocación, disuasión y contención que adopta la diplomacia mundial en medio de la carrera armamentística nuclear, pero también con la dimensión propiamente ideológica o doctrinal del conflicto. Hablamos de un medio siglo que, tras la derrota del nazismo en 1945, escenifica en Occidente un acelerado desplazamiento a la tensión entre formas capitalistas de organización de la economía y regímenes políticos democráticos, del lado occidental, y sistemas de planificación nacional, partidos comunistas únicos e ideología de Estado marxista-leninista, especialmente, en Europa del Este y la URSS.

La Guerra Fría es incomprendible sin aquella batalla ideológica que colocaba en uno de los polos al liberalismo democrático, la socialdemocracia o la democracia cristiana y en el otro a las autodenominadas "democracias populares" del socialismo real. La disputa filosófica llegó a planos muy sofisticados del pensamiento moderno, como puede leerse en algunas intervenciones memorables como *El marxismo soviético* (1958) de Herbert Marcuse, las sucesivas antologías de la Academia de Ciencias de la URSS sobre el "pensamiento burgués contemporáneo" o los estudios de M. S. Alperóvich en torno a la historiografía soviética sobre América Latina.⁷

La querrela ideológica atravesó las ciencias sociales y la producción de políticas públicas a todos los niveles. El dilema de las dos Alemanias fue especialmente sensible en la esfera simbólica del conflicto. Las dos mitades de Berlín funcionaban como espejos de un mundo

⁶ Vanni Pettinà, *La Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), pp. 30-46.

⁷ Herbert Marcuse, *El marxismo soviético* (Madrid: Alianza Editorial, 1969), pp. 7-21; Juan A. Ortega y Medida, "Historiografía soviética iberoamericanista", en *Obras. 5. Historiografía y teoría de la historia* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018), pp. 51-82.

próspero y justo al otro lado del muro. El "acoso de las fantasías" que Slavoj Žižek describió como dinámica de la producción cultural sobre Occidente, desde el campo socialista, también determinó buena parte de las exotizaciones o estigmatizaciones discursivas del bloque soviético desde las grandes metrópolis europeas y americanas.⁸

El periodo en que tuvo lugar este gran debate ideológico es el que implica la categoría "Guerra Fría latinoamericana", entre los años cincuenta y los ochenta del siglo xx, pero la mayor producción historiográfica de historia intelectual sobre aquel conflicto se ha producido en las últimas décadas. Una nueva generación de historiadoras e historiadores está prestando creciente interés a ese periodo, desde múltiples perspectivas metodológicas: historia internacional y política, intelectual y cultural, social y económica.⁹ Los nuevos estudios insisten en que no se trataba, únicamente, de divergencias doctrinales sino de diferendos de cosmovisión, con su propio capítulo historiográfico, ya que las pugnas ideológicas y políticas de la Guerra Fría también se proyectaban en el campo de la historia académica.

Hubo polémicas entre aquellas cosmovisiones, perfectamente documentables, en revistas que responden a dos tipos de publicaciones en la historia de América Latina y el Caribe, bien analizadas en su trayectoria por autores como Horacio Tarcus, Alexandra Pita y María del Carmen Grillo.¹⁰ Unas (*Hispanic American Historical Re-*

⁸ Slavoj Žižek, *El acoso de las fantasías* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1997), pp. 8-12.

⁹ Vanni Pettinà, *La Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), pp. 241-260; Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà, *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020), pp. 1-16.

¹⁰ Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (Buenos Aires: Tren en Movimiento, 2020), pp. 23-26 y 30-34; Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, *La Revista de Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas* (Buenos Aires: Teseo Press, 2021), pp. 12-17; Gustavo Sorá, *Editar la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019); Aimer Granados, *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad, Ciudad de México* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, 2012).

view, *Historia Mexicana* o el *Boletín del Instituto Ravignani*) eran propiamente académicas; otras (*Cuadernos Americanos*, *The New Left Review* o *Casa de las Américas*) se inscribían más cómodamente en la categoría de revistas intelectuales o culturales.

Los debates que se suscitaron en aquellas publicaciones demostraban una gran capacidad de desplazamiento entre la esfera del saber especializado y el campo intelectual más abierto al debate público. La intensidad de la confrontación ideológica de la Guerra Fría, constatada por Francisco Zapata y Patrick Iber, permeaba diversos niveles de la discusión histórica sobre el pasado y el presente de América Latina, que convocaban posicionamientos políticos, adhesiones o rechazos ideológicos y compromisos vitales y afectivos.¹¹

Las páginas de aquellas revistas, al calor de la recepción de teorías marxistas y estructuralistas, dependentistas y cepalinas, guevaristas y desarrollistas, se llenaron de disquisiciones sobre la estructura feudal o capitalista de las sociedades latinoamericanas; sobre la cuestión agraria y la modernización urbana; sobre la Revolución cubana y la vía chilena al socialismo; sobre el colonialismo interno y las nuevas estrategias imperialistas. El debate sobre la Revolución cubana actualizó la discusión sobre las revoluciones previas (la mexicana, la guatemalteca y la boliviana) y sobre el populismo clásico (el varguismo y peronismo), y produjo una revisión de toda la historia poscolonial de la región, desde las gestas independentistas de principios del siglo XIX.¹²

La historia se convirtió, al decir de Enzo Traverso, en un "campo de batalla", donde "se interpretaban las violencias" de la modernidad latinoamericana.¹³ Una de las formas que adoptó aquella disputa fue la contraposición entre las revoluciones mexicana y

¹¹ Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 1990), pp. 137-139; Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2015), pp. 19-48.

¹² Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina* (Madrid: Turner, 2021), pp. 11-25.

¹³ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2016), pp. 11-31.

cubana, como dos paradigmas de la izquierda latinoamericana de la Guerra Fría. El tema, que ha sido explorado recientemente por historiadores como Renata Keller y Eric Zolov, recorre el fondo o la superficie de aquellas publicaciones.¹⁴ Frente al desafío rupturista del proyecto cubano, que velozmente se radicalizó por la vía socialista, la Revolución mexicana y su modelo de partido hegemónico e ideología nacionalista revolucionaria se asentó como la opción de "izquierda preferida" en amplias zonas del debate académico e intelectual.¹⁵

La Revolución cubana y las guerrillas marxistas latinoamericanas transformaron aceleradamente el discurso de la identidad continental.¹⁶ El campo de batalla de la Guerra Fría, tanto en la violencia armada como en la lucha ideológica, se desbordó hacia las polémicas historiográficas. En *Hispanic American Historical Review* e *Historia Mexicana* y en la obra de Stanley Ross, Juan A. Ortega y Medina y Daniel Cosío Villegas pudieron advertirse fricciones con la producción historiográfica soviética (Rudenko, Alperovich, Lavretski...), que intentaba reformular su visión del pasado latinoamericano a la luz del triunfo revolucionario y la radicalización socialista en Cuba.¹⁷ A partir de los años sesenta, en publicaciones de la isla, como *Cuba Socialista* y *Casa de las Américas*, se observaría un notable despliegue de narrativas e interpretaciones históricas provenientes del campo académico soviético.

¹⁴ Renata Keller, *Mexico's Cold War. Cuba, The United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (New York: Cambridge University Press, 2015), pp. 50-86; Eric Zolov, *The Last Good Neighbor. Mexico in the Global Sixties* (Durham: Duke University Press, 2020), pp. 80-107.

¹⁵ Daniel Cosío Villegas, *Change in Latin America. The Mexican and the Cuban Revolution* (Lincoln: The University of Nebraska Press, 1961), pp. 42-45.

¹⁶ Kurt Weyland, *Revolution and Reaction. The Diffusion of Authoritarianism in Latin America* (New York: Cambridge University Press, 2019), pp. 75-110; Anna Clayfield, *The Guerrilla Legacy of the Cuban Revolution* (Gainesville: The University of Florida Press, 2019), pp. 7-11.

¹⁷ Juan A. Ortega y Medina, *Obras. 5. Historiografía y teoría de la historia* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2019), pp. 111-142.

La reorientación ideológica marxista-leninista, en un flanco del horizonte intelectual latinoamericano, favoreció una mirada adversa a la trayectoria de la Revolución mexicana y los populismos clásicos, que privilegiaba el carácter modélico del experimento cubano. Pero en otros ámbitos de la izquierda regional, como se advierte en revistas tan disímiles como *New Left Review* y *Cuadernos Americanos*, los referentes del nacionalismo revolucionario y los populismos varguista y peronista seguirían siendo poderosos hasta bien entrados los años setenta.

En las dos últimas décadas del siglo xx, cuando avanzan las transiciones a las democracias y las políticas económicas neoliberales, el latinoamericanismo de la Guerra Fría comienza a vivir una nueva mutación. La historia intelectual de la recepción del debate entre modernidad y posmodernidad, en los ochenta, registra dos libros, *La ciudad letrada* (1984), del uruguayo Ángel Rama y *La isla que se repite* (1989), del cubano Antonio Benítez Rojo, que señalan la reconfiguración de un imaginario facturado durante la confrontación ideológica de las décadas previas, en buena medida cristalizado en ensayos como *Calibán* (1971), de Roberto Fernández Retamar y *Las venas abiertas de América Latina* (1971), de Eduardo Galeano.

LA MUTACIÓN DEL LATINOAMERICANISMO

En América Latina y el Caribe, las corrientes ideológicas fundamentales de la izquierda, en la Guerra Fría, heredaron de la tradición intelectual de los siglos xix y xx la obsesión con la identidad histórica y cultural de esa parte del mundo. Se trata de uno de los mensajes centrales del exhaustivo recorrido propuesto, en *La invención de Nuestra América* (2021), por el historiador argentino Carlos Altamirano, y de una evidencia documentable en la historia intelectual de la región.¹⁸

¹⁸ Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2021), pp. 8-14.

Hasta 1960, los más logrados intentos de definir identidades nacionales o continentales se habían producido en un campo intelectual liderado por poetas y antropólogos, filósofos e historiadores (Sarmiento y Martí, Darío y Rodó, Vasconcelos y Henríquez Ureña, Freyre y Ortiz, Paz y Martínez Estrada), cuya localización en "la izquierda" era flexible o fluctuante, de acuerdo con los cánones doctrinales de la época.

Con la Guerra Fría y, sobre todo, después de la Revolución cubana de 1959, el gran debate sobre la identidad latinoamericana se concentraría esencialmente en la izquierda. Quienes más protagónicamente intervinieron en las polémicas sobre lo latinoamericano o el latinoamericanismo fueron intelectuales con credenciales discernibles ya fuera en el marxismo, el comunismo, los diversos socialismos o en la amplia gama de populismos y nacionalismos revolucionarios.

En 1971 aparecieron dos ensayos ya citados que, de manera inocultablemente diversa, abordaban la cuestión de la identidad latinoamericana y caribeña: *Calibán*, del poeta cubano Roberto Fernández Retamar y *Las venas abiertas de América Latina*, del narrador uruguayo Eduardo Galeano.¹⁹ El núcleo de la diferencia residía en la apelación de Fernández Retamar al mestizaje, como cifra de la especificidad cultural del continente, en una inversión de los arquetipos de José Enrique Rodó en *Ariel* (1900), ensayo que carecía de mayor interés en el texto de su compatriota Galeano.

Galeano y Retamar trazaban una genealogía entre los líderes de las independencias anticoloniales o padres fundadores de las repúblicas del siglo XIX (Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Hidalgo, Morelos) y los dirigentes marxistas de las guerrillas de la Guerra Fría, con el Che Guevara y Fidel Castro a la cabeza. Aquella lectura teleológica desafiaba, desde el latinoamericanismo nacionalista, no solo el relato de la continuidad liberal o republicana de América

¹⁹ Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán* (Buenos Aires: CLACSO, 1993), pp. 33-37; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2020), pp. 315-334.

Latina sino las tesis materialistas que enfatizaban el tránsito de la democracia burguesa a la vía socialista de desarrollo.

Pero las divergencias recorrían también las bibliotecas de ambos ensayistas: mientras el cubano citaba profusamente a Martí, Rodó, Reyes, Henríquez Ureña o Vasconcelos, el uruguayo prefería las tesis cepalinas o dependentistas de Sergio Bagú, Darcy Ribeiro, André Gunder Frank o Daniel Vidart. Como sostiene otro historiador argentino, Adrián Gorelik, en *La ciudad latinoamericana: una figura de la imaginación social del siglo xx* (2022), toda la izquierda latinoamericana de la Guerra Fría gravitó hacia posiciones modernizadoras, sin mayores conflictos con una argumentación identitaria, de muy diversa índole.²⁰

El tópico del mestizaje entraba en contradicción con el indigenismo heredado de José Carlos Mariátegui, José María Arguedas y otros pensadores andinos, que interesaban tanto a las izquierdas socialistas como a las populistas. Pero también la mestizofilia chocaba con la persuasión marxista o estructuralista, que tendía a subordinar la conquista de una plena soberanía de la región a la lucha de clases y a la ruptura con un modelo de dominación basado en la dependencia de la exportación de materias primas y la importación de manufacturas.

Mientras *Calibán*, de Fernández Retamar, privilegiaba un compromiso con la revolución y el socialismo, entendidos como reproducciones del proyecto cubano, *Las venas abiertas...* apostaba por un cambio continental que no excluía la ruta reformista, industrializadora, centrada en la sustitución de importaciones y el desarrollo del mercado interno, como recomendaba la CEPAL, e intentarían, en esos mismos años, la coalición de Unidad Popular y Salvador Allende en Chile y los militarismos progresistas en los Andes.

Una divergencia parecida, dentro del mismo campo intelectual de la izquierda, aunque proyectada con mayor visibilidad en el horizonte de las poéticas literarias, emergería con la publicación

²⁰ Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo xx* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2022).

de *La ciudad letrada* (1984), del uruguayo Ángel Rama.²¹ El crítico, que en los años sesenta había sucedido a Emir Rodríguez Monegal al frente de la sección literaria del semanario *Marcha*, fundado y dirigido por Carlos Quijano en Montevideo, era profesor de las universidades de Maryland y Princeton cuando escribió aquel texto influyente.

Para entonces, Rama había transitado por las posiciones tradicionales de Fernández Retamar y la revista *Casa de las Américas*, de cuyo núcleo editorial formó parte hasta 1971, e intentaba formular una visión de la cultura latinoamericana acorde con los procesos de transición a la democracia que arrancaron en el Cono Sur a principios de la década. En *Cuadernos de Marcha* había expresado su rechazo a la dogmatización de la política cultural cubana, y luego, exiliado en Caracas tras la instauración de la dictadura uruguaya, había dado forma al catálogo plural de la Biblioteca Ayacucho.

El ensayo, escrito en diálogo con académicos de importantes universidades estadounidenses como Claudio Véliz, estudioso de la tradición centralista latinoamericana, y Richard Morse, autor del clásico *El espejo de Próspero: estudio sobre la dialéctica del Nuevo Mundo* (1982), proponía una historia intelectual de América Latina, desde los tiempos coloniales hasta el colapso de las dictaduras militares de la Guerra Fría, por medio de la sucesión de una serie de representaciones culturales de la ciudad: la ciudad "ordenada", la "barroca", la "escrituraria", la "modernizada" o la "revolucionada".

La obra crítica de Rama, bastante concentrada hasta entonces en el estudio del modernismo hispanoamericano de fines del xix (Darío, Lugones, Casal, Martí...) y de la que llamaba "transculturación narrativa" de mediados del xx (Arguedas, Rulfo, Gallegos, Guimarães Rosa...), daba un salto a una reflexión sociológica que recolocaba la literatura en el centro de la política, abandonando lugares comunes sobre el arte puro o comprometido. El carácter inconcluso y póstumo del texto, impidió que Rama extendiera su estudio más allá de la novela de la Revolución mexicana, hasta

²¹ Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984), pp. 7-14.

las décadas guerrilleras y dictatoriales entre los años sesenta y los ochenta, que fueron el contexto de su producción ensayística.

Sin embargo, es posible advertir en el prólogo a su libro el empeño de Rama por inscribirse en una "izquierda democrática", apelando al juicio de Geoffrey Stokes en una pieza sobre su obra en *The Village Voice*. También recordaba que, en un editorial del *New York Times*, de noviembre de 1974, se decía que su trabajo crítico en *Marcha* y la Biblioteca Ayacucho no se caracterizaba precisamente por "publicar a escritores comunistas" o por confundir la "prédica intelectual" con la propaganda de algún partido de izquierda.

Aquella suscripción de la premisa de la autonomía intelectual, en los años previos a su muerte en un accidente aéreo en Madrid, en noviembre de 1983, resituaron a Rama en la ola intelectual democratizadora de fines de la Guerra Fría. La mayor parte de los escritores, artistas y críticos latinoamericanos, a mediados de la década de los ochenta, estaba decidida a involucrarse en los procesos de transición a la democracia y a lograr el arribo al poder por medio de elecciones competidas y mecanismos de la democracia representativa.

Aquellos ensayos y aquellos debates abrieron interrogaciones sobre los modos de escenificación del pasado de América Latina y el Caribe en las polémicas de la Guerra Fría. Las polémicas sobre la disciplina tuvieron un impacto decisivo sobre la definición del latinoamericanismo. Más allá de que algunos de los historiadores protagónicos del periodo, como los mexicanos Daniel Cosío Villegas o Luis González y González y los argentinos Emilio Ravignani y Tulio Halperin Donghi, produjeran obras ancladas en los dilemas contemporáneos de sus respectivos países, su producción intelectual contribuyó a moldear las diversas formas de interlocución con lo latinoamericano.²²

Con la consolidación de la historia intelectual, en los últimos años, aquellos debates intelectuales de la Guerra Fría dejan ver aristas que trascienden el esquema binario de la confrontación ideoló-

²² Sobre la tradición historiográfica mexicana del siglo xx, véase Jesús Iván Mora Muro, *Los historiadores. Una comunidad del saber. México, 1903-1955* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2021), pp. 184-199; Daniel Cosío Villegas, *Llamadas* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2001), pp. 45-61,

gica. En el segundo tomo de la *Historia de los intelectuales en América Latina*, subtítulo "Los avatares de la ciudad letrada", coordinado por Carlos Altamirano, se introducen matizaciones pertinentes a la tradicional partición del campo intelectual latinoamericano en dos bandos, el de los amigos y el de los enemigos de Cuba.²³ Esa perspectiva, atenta a las instancias mediadoras de aquellas discusiones y consciente de que el espacio literario latinoamericano rebasaba al *boom* de la nueva novela y al propio cisma del caso Padilla, en Cuba, ha sido desarrollada más recientemente por autores como Patrick Iber, Claudia Gilman, Idalia Morejón o Karina Jannello.²⁴

En estos estudios, además de una atención mejor repartida entre los dos polos del conflicto –el Consejo Mundial por la Paz, promovido por la URSS y los partidos comunistas latinoamericanas, así como sus publicaciones, reuniones y congresos, ganan relevancia en la nueva historiografía– también se observa un mayor énfasis en la pluralidad ideológica y programática de los grupos intelectuales y sus respectivas conexiones con los actores políticos. La idea de los intelectuales y sus revistas como marioneta o ventrílocuos de grandes poderes geopolíticos pierde peso en la nueva historiografía y se destaca la capacidad de agencia de los propios actores culturales.

EL LATINOAMERICANISMO SOVIÉTICO

Los estudios sobre los debates intelectuales de la Guerra Fría, en América Latina y el Caribe, destacan el papel decisivo del campo académico de Estados Unidos, con su poderosa red de universidades y fundaciones. Como observa el historiador y arquitecto argen-

²³ Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. II (Buenos Aires: Katz, 2010), pp. 45-66.

²⁴ Véase, por ejemplo, Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2015), pp. 239-244; Karina Jannello, "La guerra fría cultural en sus revistas. Programa para una cartografía", *Universum (Talca)* 36:1 (2021), pp. 131-151; Rafael Rojas, *La polis literaria. La Revolución, el boom y otras polémicas de la Guerra Fría* (Madrid: Taurus, 2018).

tino Adrián Gorelik, en un libro reciente, nombres como los de Richard Morse, Robert Redfield u Oscar Lewis –o Frank Tannenbaum, Stanley Ross o John Womack en el caso específico de México– son ineludibles a la hora de pensar la reconfiguración del latinoamericanismo durante la Guerra Fría.²⁵

Raras veces se repara en el hecho de que la Unión Soviética también contó con su propio latinoamericanismo académico.²⁶ Desde los años cincuenta, la historiografía soviética tuvo una presencia creciente en México y otros países latinoamericanos. Con el tránsito al socialismo en Cuba, en la década de los sesenta, esa presencia contó con una plataforma para la edición, traducción y difusión en español, que reemplazó y potenció el latinoamericanismo soviético, hasta entonces circunscrito a pequeñas editoriales, institutos y asociaciones de "amistad", promovidas por las embajadas soviéticas y los partidos comunistas.

La muerte de Stalin en 1953 y el discurso ante el XX Congreso del PCUS de Nikita Jruschov en 1956 habían acelerado la reorientación de la política de la URSS hacia América Latina. Poco antes de que el nuevo líder soviético cuestionara el culto a la personalidad y otros "errores" del estalinismo, se celebró la Conferencia de Bandung, impulsada por Indonesia, Birmania, India, Pakistán y Sri Lanka, que reunió a más de una veintena de países de Asia y África y propició la creación del Movimiento de Países No Alineados. China y Yugoslavia estuvieron en el centro de aquella empresa geopolítica, que en 1961 volvió a reunirse en Belgrado, donde se incorporó a Cuba. Los soviéticos se propusieron rebasar a Mao y a Tito en el liderazgo del tercermundismo.

Patrick Iber, Eric Zolov, Renata Keller y otros historiadores han advertido la relevancia que América Latina y, específicamente, México, adquirieron para Moscú en aquel arranque de la Guerra Fría. Un lugar de privilegio que a partir de 1961, con el giro socialista de

²⁵ Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo xx* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2022), pp. 43-51.

²⁶ Soledad Jiménez Tovar y Andrés Kozel, *Pensamiento social ruso sobre América Latina* (Buenos Aires: CLACSO, 2017).

la Revolución cubana, debería someterse a una relación de equilibrio y rivalidad, no siempre favorable a México, desde la perspectiva soviética. Mientras Cuba era esgrimida como paradigma del verdadero cambio socialista en América Latina, por los historiadores soviéticos, un flanco del saber académico en Estados Unidos y México se volcaba al estudio de la Revolución mexicana y el sistema político que derivó de la misma.

Aunque los partidos comunistas latinoamericanos habían perdido, para entonces, el foro de coordinación del Comintern, preservaban la línea frentista creada desde los años treinta. Los comunistas cultivaban una, por momentos, agria coexistencia con los gobiernos del PRI en México y habían respaldado las revoluciones boliviana y guatemalteca, no así al peronismo argentino y al varguismo brasileiro, si bien Luis Carlos Prestes apoyó al presidente Juscelino Kubitschek a fines de los cincuenta y, en menor medida, a João Goulart a principios de los sesenta.

Con la Guerra Fría y la reavivación del interés por el tercer mundo en el Kremlin, el latinoamericanismo soviético entraría en una fase de profesionalización expansiva. A diferencia de algunos estudios sobre la Revolución mexicana del periodo bolchevique, como el de Stalínav Pestkovski, embajador de Moscú en México durante el callismo, firmado con el pseudónimo de Andrei Volski, donde se reconocía críticamente la diversidad de movimientos revolucionarios, los nuevos historiadores de la Guerra Fría (Alperóvich, Rudenko, Lavrov, Zubok, Shifrin...) tendían a comprender la Revolución de 1910 a 1917 dentro de un largo periodo "democrático burgués" o "antifeudal" de "formación de la nación mexicana", iniciado con el Grito de Dolores un siglo antes.²⁷

En un conocido ensayo sobre la guerra de independencia, M. S. Alperóvich aseguraba que Hidalgo y Morelos "dominaban la historia de la revolución burguesa en Francia", de la cual tomaban las principales ideas.²⁸ Con más citas de Lucas Alamán que de José

²⁷ M. S. Alperóvich *et al.*, *Ensayos de historia de México* (Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular, 1972), p. 17.

²⁸ *Ibidem*, p. 27.

María Luis Mora, Alperóvich sostenía que, con el Plan de Iguala, Agustín de Iturbide había creado "una plataforma para impedir el desarrollo de la revolución y asegurar la conservación de la dominación y los privilegios" de los "grandes terratenientes y comerciantes, el alto clero y la élite burocrático-militar".²⁹

De acuerdo con aquel relato, la estructura económica y social de México no "había sufrido alteraciones sustanciales" durante el siglo XIX.³⁰ Según otro historiador soviético, V. Ermolaev, el fracaso de la Reforma se debió a que el presidente Benito Juárez murió "inesperadamente" en 1872 y lo reemplazó Sebastián Lerdo de Tejada, que "pertenecía al ala derecha del Partido Liberal", que "buscaba el compromiso con los terratenientes y el clero".³¹ Alperóvich diría que el régimen porfirista y sus artífices, los "científicos" (Limantour, Pineda, Casasús, Macedo), "agentes directos de capitalistas extranjeros", se encargaron de llevar el capitalismo mexicano a su "fase superior imperialista".³²

Los historiadores soviéticos tenían diferencias de matices sobre la gesta revolucionaria mexicana. Ermolaev y Lavrov no le daban demasiada importancia a los magonistas, pero Alperóvich y Rudenko los glosaban bajo la definición de "movimiento de la pequeña burguesía urbana" o de la "intelectualidad pequeñoburguesa", dados "a la tarea de difundir las ideas de Bakunin, Kropotkin y Sorel".³³ Los juicios de cada uno de ellos sobre los cuatro grandes líderes revolucionarios y sus corrientes políticas (Madero, Zapata, Villa y Carranza) también podían ser divergentes, aunque coincidían en lo esencial.

Según Alperóvich y Rudenko el proyecto de Madero era "burgués-terrateniente".³⁴ En cambio, Lavrov destacaba el carácter

²⁹ Ibidem, p. 41.

³⁰ Ibidem, p. 43

³¹ Ibidem, p. 83

³² M. S. Alperóvich, B. T. Rudenk y N. M. Lavrov, *La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos* (Ciudad de México: Ediciones Los Insurgentes, 1960), pp. 12-13.

³³ M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910 a 1917 y la política de los Estados Unidos* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Popular, 1969), p. 52.

³⁴ Ibidem, p. 94.

profundamente popular de los movimientos zapatista y villista y reconocía el sentido de la soberanía nacional en Carranza, al enfrentarse a la intervención estadounidense en Veracruz.³⁵ Pero era justamente Lavrov, el más generoso en su valoración de Zapata y Villa, quien formulaba de manera más tajante la subestimación teórica en la historiografía soviética: la de 1910-1917 era, esencialmente, una revolución campesina que, por no haber sido encabezada por una "jefatura del proletariado", fue traicionada por la "reacción feudal-clerical" y ni siquiera triunfó como proyecto "democrático burgués".³⁶

Aquellos historiadores escribieron sus ensayos sobre México durante los años cincuenta y los publicaron en revistas del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de las URSS como *Voprosy Istorii, Novaia i Noveichaia Istorija y Otchetny i Novosti*. El comunista mexicano Arnoldo Martínez Verdugo, quien en los años cincuenta era dirigente de ese partido en el Distrito Federal y que en 1963 fuera ascendido a la Secretaría General, sería el traductor de algunos de aquellos ensayos, junto con su colega Alejo Méndez García. Otros traductores de los historiadores soviéticos, hasta principios de los años sesenta, como Makedonio Garza, Armén Ohanián y María Teresa Francés, trabajaron directamente en ediciones en español de la Editorial de Literatura Económica y Social de Moscú.³⁷

Desde Estados Unidos y México, varios historiadores (Daniel Cosío Villegas, Stanley R. Ross, Juan A. Ortega y Medina, J. Gregory Oswald, Lucila Flamand) reaccionaron de muy diversa manera al nuevo latinoamericanismo soviético en artículos en *Hispanic American Historical Review* e *Historia Mexicana* o en monografías independientes. Ese debate es fácilmente rastreable: más difícil

³⁵ M. S. Alperóvich, B. T. Rudenko y N. M. Lavrov, *La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos* (Ciudad de México: Ediciones Los Insurgentes, 1960), pp. 112-113.

³⁶ *Ibidem*, p. 124.

³⁷ M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910 a 1917 y la política de los Estados Unidos* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Popular, 1969), p. 6.

es localizar las múltiples reacciones a la historiografía académica mexicana y estadounidense que se acumularon en el propio latinoamericanismo soviético durante los años sesenta, nuevamente relanzado a partir de la experiencia cubana.

El mexicanista Y. G. Mashbits, por ejemplo, arremetía contra "los sociólogos mexicanos que contraponen en forma obsesionante la revolución mexicana a la cubana".³⁸ ¿A quiénes se refería? Una vez más, al exiliado republicano Ortega y Medina, que había refutado puntualmente la que llamaba "historiografía soviética", a Víctor Alba, militante del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) refugiado en México, pero también a Jesús Silva Herzog y la revista *Cuadernos Americanos* y al sociólogo yucateco, Carlos Echánove Trujillo, discípulo de Antonio Caso.³⁹ Las tesis que insistían en el carácter heterogéneo o inconcluso de la nación mexicana, o sobre la excepcionalidad del nacionalismo revolucionario, incomodaban al latinoamericanismo soviético.

Alperóvich y Mashbits hostilizaban el diálogo de los académicos estadounidenses con sus colegas mexicanos. Admiraban profundamente la obra de un historiador hispanófilo como Carlos Pereyra, pero desdeñaban la de Daniel Cosío Villegas. Valoraban positivamente la historiografía antiexpansionista de Scott Nearing, Joseph Freeman, Ludwig Denny y T. P. Munn, pero descartaban la de Lesley Byrd Simpson, Frank Tannenbaum, Stanley R. Ross y John Womack.⁴⁰ Mashbits era especialmente agresivo cuando se refería a la obra del economista P. C. M. Teichert o del politólogo William P. Tucker porque el primero ponía la industrialización de México como ejemplo para América Latina y el segundo enfatizaba la irreductible diversidad regional del país.⁴¹

³⁸ M. S. Alperóvich *et al.*, *Ensayos de historia de México* (Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular, 1972), p. 47.

³⁹ *Ibidem*, pp. 47-50.

⁴⁰ M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910 a 1917 y la política de los Estados Unidos* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Popular, 1969), p. 12.

⁴¹ M. S. Alperóvich *et al.*, *Ensayos de historia de México* (Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular, 1972), pp. 47 y 50.

A principios de los años setenta, el mexicanismo soviético, renovado por los estudios de una nueva generación de académicos (Klesmet, Sizonenko, Shugolski, Kovalev, Visgunova), comenzó a hilvanar de un modo más explícito las tesis del Partido Comunista Mexicano, el Partido Popular Socialista lombardista y el PRI, del nacionalismo revolucionario y las diversas variantes del marxismo-leninismo local. Historiadores de la generación anterior, como Lavrov y Rudenko, aligeraron su celo ideológico y se volvieron más permeables a las tesis de Silva Herzog, Cosío Villegas y, sobre todo, de nuevos científicos sociales de izquierda como Pablo González Casanova, Alonso Aguilar Monteverde, Gerardo Unzueta o José Luis Ceceña. De las largas citas de discursos de Lombardo Toledano e informes de Martínez Verdugo a los sucesivos congresos del PCM se pasó, en estudios del propio Rudenko o de Kovalev, a una mayor familiaridad con la producción académica mexicana.⁴²

Los nuevos mexicanistas soviéticos de los setenta, a tono con la *détente* inaugurada por Leonid Brezhnev, sumaban al relato una visión del México posrevolucionario, que actualizaba el maniqueísmo aplicado a la Independencia, la Reforma y la Revolución. La "ruta progresista", aún dentro de un esquema "democrático burgués", había avanzado bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, pero se estancó bajo la de Manuel Ávila Camacho, a pesar del restablecimiento de vínculos diplomáticos con la URSS en 1942. Ese hilo histórico, según los historiadores soviéticos, fue recobrado con Adolfo López Mateos, pero volvió a cortarse con Gustavo Díaz Ordaz, aunque, en 1968, el canciller Antonio Carrillo Flore viajó a Moscú y firmó varios convenios con Andréi Gromiko.⁴³

Momento revelador en el mexicanismo soviético fue cuando Kovalev, después de exaltar el papel del PCM y el PPS, sostuvo que, sin dejar de ser "burgués", el sistema político mexicano "se diferenciaba cardinalmente de la democracia burguesa tradicional".⁴⁴ A la defensa de la integración social de las comunidades indíge-

⁴² Ibidem, pp. 153 y 167.

⁴³ Ibidem, pp. 139-147 y 153-158.

⁴⁴ Ibidem, p. 169.

nas, el mestizaje, la subvaloración del mundo campesino, se sumaban una imagen favorable de los procesos de industrialización y urbanización del país y un silenciamiento de la represión contra la resistencia sindical magisterial y ferrocarrilera, el movimiento estudiantil y las guerrillas.

La constitución de la hegemonía transexenal del PRI, basada en un diseño presidencialista de poder y una ideología nacionalista-revolucionaria, era una virtud para los soviéticos. La diferenciación entre aquel sistema y la democracia liberal aportaba ventajas geopolíticas, ya que México se distanciaba de las dictaduras militares anticomunistas del Cono Sur, se acercaba a la Cuba revolucionaria, al Chile de Allende y luego al sandinismo nicaragüense, sin perder la interlocución con los estadounidenses y los soviéticos.

Aquella fue la plataforma de relanzamiento de las relaciones entre la URSS y el México de Luis Echeverría y José López Portillo, que ha estudiado recientemente Hanna Deikun.⁴⁵ En la primavera de 1973, Echeverría fue el primer presidente mexicano en funciones en visitar Moscú –Cárdenas había viajado en 1958–, donde fue recibido por Kosiguin, Podgorni y Gromiko, quienes lo condujeron al apoteósico agasajo que le ofreció Leonid Brezhnev en el Kremlin. Los mandatarios firmaron acuerdos de colaboración comercial, científica y técnica, hablaron de la paz mundial y de la causa del tercer mundo, pero un año antes, en la Casa Blanca, Echeverría había ofrecido a Richard Nixon desplazar a Cuba y a Fidel Castro como referentes del altermundismo de izquierda.

LA REVOLUCIÓN PREFERIDA

Poco a poco la disputa por la "revolución preferida" y el contraste entre el modelo mexicano y el cubano fue desapareciendo de la historiografía soviética y estadounidense, en buena medida porque en México avanzaba el consenso en torno la superación his-

⁴⁵ Hanna Deikun, *México y la URSS en los setenta. Juegos conceptuales y estratégicos* (Ciudad de México: SRE, 2022), pp. 55-58.

tórica del periodo revolucionario y Cuba entraba en un proceso de institucionalización inspirado en los socialismos reales de Europa del Este. Durante los setenta, la Academia de Ciencias de las URSS consolidó su propio grupo de cubanistas (Darusénkov, Larin, Sliozkin, Okuneva, Zórina...), que sostenían ya no que la Revolución cubana había transitado de una fase "democrática, burguesa, agraria y antimperialista" a otra socialista, como en los sesenta, sino que Fidel Castro y los asaltantes del cuartel Moncada eran marxistas y leninistas desde 1953.⁴⁶

Mexicanistas y cubanistas terminaron conformando dos núcleos diferentes dentro del latinoamericanismo académico soviético, que se conectaban en la cúpula. Papel clave en aquella última etapa de las ciencias sociales de la URSS sobre América Latina y el Caribe jugaría Iosif R. Grigulévich, agente retirado del NKVD y el KGB, que intervino en el asesinato de Andreu Nin en Barcelona, secundó a David Alfaro Siqueiros en su atentado contra León Trotski en México, fue embajador de la URSS en Costa Rica y el Vaticano y estuvo involucrado en una tentativa de magnicidio del mariscal Josip Broz Tito en Yugoslavia. Grigulévich, que desde los años cuarenta había incursionado en la historia latinoamericana con el pseudónimo de L. R. Lavretski, popularizó un tipo de narrativa biográfica sobre próceres de la región (Francisco Miranda, Simón Bolívar, Pancho Villa, Che Guevara, Salvador Allende), cuyas semejanzas con las genealogías heroicas del latinoamericanismo fidelista y chavista son más que evidentes.

El Bolívar de Grigulévich era un precursor del antimperialismo de Fidel Castro y el Che Guevara, convencido de que la identidad cultural latinoamericana, ajena a los conflictos de raza, era incompatible con Estados Unidos.⁴⁷ Su Pancho Villa, aunque limitado por una indefinición ideológica similar a la de Emiliano Zapata, que les impedía comprender que el liderazgo máximo de la revolución debía estar en manos de la clase obrera, también era, a su juicio, un

⁴⁶ M. Okuneva *et al.*, *Historia de Cuba. El periodo burgués* (Moscú: Academia de Ciencias de las URSS, 1979), pp. 178-212.

⁴⁷ Iosif R. Grigulévich, *Simón Bolívar* (Moscú: Progreso, 1982), pp. 62-65.

tenaz antimperialista que se opuso a la invasión de Veracruz y atacó Columbus, convencido de que Estados Unidos quería hacer de México un protectorado gringo.⁴⁸

En un ensayo dedicado a la "cultura nacional cubana" en la primera mitad del siglo xx, Grigulévich condensó la tesis central del latinoamericanismo soviético en la etapa final de la Guerra Fría: en cualquier país latinoamericano, la ideología nacionalista-revolucionaria, debidamente orientada contra el antimperialismo, podía producir el advenimiento del sistema socialista.⁴⁹ El nacionalismo revolucionario, el populismo reformista, el militarismo progresista, todas esas corrientes de la izquierda latinoamericana que, desde la Academia de Ciencias de la URSS, habían sido rechazadas por "idealistas" y "democrático-burguesas", demandaban una nueva lectura de los ideólogos y burócratas soviéticos.

Algunos de aquellos libros, publicados entre los años setenta y ochenta por la editorial Progreso de Moscú y Casa de las Américas de Cuba, fueron cuestionados en *Hispanic American Historical Review* por historiadores académicos estadounidenses como David Bushnell, Robert Alexander y William H. Richardson.⁵⁰ Bushnell argumentaba que el Bolívar de Grigulévich era un antimperialista anacrónico, que ocultaba sus elogios a Gran Bretaña y exageraba sus críticas a Estados Unidos.⁵¹ Alexander hacía notar que, en el extraño libro colectivo soviético *La Iglesia y la sociedad en América Latina* (1983), los autores reunidos por Grigulévich reafirmaban sus afinidades con el viejo hispanismo colonial y mostraban una visión positiva del papa Juan XXIII, cuya convocatoria al Concilio

⁴⁸ Iosif R. Grigulévich, *Pancho Villa* (Moscú: Progreso, 1991), pp. 174-180.

⁴⁹ Iosif R. Grigulévich, "La cultura nacional en el periodo de la dominación imperialista", en M. Okuneva *et al.*, *Historia de Cuba. Periodo Burgués* (Moscú: Academia de Ciencias de la URSS, 1979), pp. 142-163.

⁵⁰ William H. Richardson, *Mexico Through Russian Eyes* (Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 1988), pp. 195-208.

⁵¹ David Bushnell, "Simón Bolívar", *Hispanic American Historical Review* 64:1 (febrero 1984), pp. 164-165.

Vaticano II veían en las antípodas de la estrategia pastoral de Juan Pablo II.⁵²

Durante las dos últimas décadas de la Guerra Fría, este exigente de los servicios secretos soviéticos fue miembro de la jerarquía máxima de la Academia de Ciencias de la URSS. Unas veces fue vicepresidente, bajo el mando de P. Fedosev, otras fue el verdadero capo de las ciencias sociales soviéticas. Falleció en 1988, un año antes de la caída del Muro de Berlín. Tras la desintegración de la URSS, algunos de sus excolaboradores, como M. S. Alperóvich, tuvieron la honestidad y el coraje de denunciar sus malinterpretaciones, documentadas en las sucesivas ediciones de los informes de Vasily Mitrojin, exarchivista del KGB en Lubianka.

En un artículo de Alperóvich, aparecido en la revista *Historia Mexicana*, del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, en 1995, se revelaba que Grigulévich había sido el artífice de gran parte de los equívocos sobre la historia de América Latina y el Caribe en el campo académico soviético.⁵³ La premisa de la superioridad teórica y metodológica del marxismo soviético había creado un sistema de autorización política, que se reflejaba en aquellos errores de interpretación pero también en una torcida ética del debate, que recurría al escamoteo y la descalificación de sus pares latinoamericanos y estadounidenses.

DE LA REVOLUCIÓN A LA TRANSICIÓN

El nuevo campo historiográfico parte de la premisa de que la Guerra Fría no fue una confrontación únicamente europea, del primer mundo o instalada en el conflicto Este-Oeste. El proceso de mundialización, que arrancó entre los siglos xv y xvi y que llegó a su apogeo entre fines del siglo xix y principios del xx, no hizo más que

⁵² Robert Alexander, "La Iglesia y América Latina", *Hispanic American Historical Review* 64:2 (mayo 1984), pp. 367-368.

⁵³ M. S. Alperóvich, "La Revolución mexicana en la interpretación soviética del periodo de la Guerra Fría", *Historia Mexicana* 176 (abril-junio 1995), pp. 677-690.

acelerarse en la era bipolar. La mayor parte del planeta se vio involucrada en una rivalidad múltiple, que puso a prueba las formas de convivencia a nivel doméstico e internacional.

En los últimos años, la historiografía sobre la Guerra Fría ha producido nuevas interpretaciones que resemanizan ese concepto central de la historia de la segunda mitad del siglo xx. Frente a interpretaciones tradicionales que asociaban la Guerra Fría al mundo bipolar, surgido tras la Segunda Guerra Mundial, los nuevos estudios de Odd Arne Westad, Daniela Spenser, Greg Grandin, Gilbert Joseph, Hal Brands, Eric Zolov, Renata Keller y Vanni Pettinà han ampliado espacial y temporalmente el campo semántico del concepto.⁵⁴

Estos historiadores proponen localizar las raíces de la Guerra Fría en los años que siguieron a la Revolución bolchevique y la gran tensión entre comunismo y capitalismo, que antecedió y sucedió al ascenso y caída de los fascismos entre los años veinte y cuarenta del siglo xx. Aquel conflicto se vio acentuado por el proceso de descolonización del tercer mundo, que se aceleró desde el periodo de entreguerras y que alcanzaría su máximo dinamismo a partir de la Conferencia de Bandung en 1955.

La reinterpretación historiográfica de la Guerra Fría ha llevado a relativizar, también, su supuesto desenlace a fines del siglo xx. Muchos de los elementos característicos del llamado mundo bipolar, como la rivalidad entre superpotencias como Estados Unidos y la Unión Soviética, en las franjas periféricas de América Latina, Asia y África, han continuado caracterizando la historia global después de la caída del Muro de Berlín. La imprecisión de la fórmula binaria o bipolar ya era evidente desde los años setenta, con el entendimiento entre Estados Unidos y China. A partir de los noventa, con el despegue económico de la gran nación asiática, la lógica multipolar del reparto global no ha hecho más que afianzarse.

⁵⁴ Un buen resumen de esta línea de interpretación se encuentra en el ya citado libro de Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), pp. 19-61.

La nueva historiografía insiste en no circunscribir el conflicto a la pugna militar y tecnológica, pero reconoce en esa dimensión el eje de buena parte de los conflictos globales de la segunda mitad del siglo xx.⁵⁵ La carrera armamentista, especialmente en su faceta de producción atómica y nuclear, y la conquista del espacio, fueron dos áreas donde los superpoderes midieron fuerzas. Esa medición de fuerzas recurría con frecuencia a alardes y simulaciones simbólicas (desfiles militares en la Plaza Roja, lanzamientos de cohetes en Cabo Cañaveral, grandes despliegues propagandísticos), pero alcanzaba altos grados de confrontación tangible en países periféricos.

Dado que gran parte de los conflictos militares del tercer mundo fueron capítulos de aquella larga Guerra Fría, la nueva historiografía intenta reconstruir fenómenos como el tercermundismo y la descolonización.⁵⁶ Capítulos de esa mundialización del conflicto bipolar serían la pugna de las dos Coreas (1950-1953); los choques militares entre Israel y diversos países árabes (Libano, Siria, Irak, Irán, Egipto) en 1948, en 1956 por el Canal de Suez, entre 1967 y 1970 luego de la campaña de los seis días, las ofensivas de Yom Kipur o del Ramadán en 1979; los procesos de descolonización en el Norte de África; el conflicto de Afganistán; la guerra de Vietnam (1955-1975); la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica; las guerras civiles en el Congo, Angola o Etiopía; y la independencia de Namibia.

El arraigo que llegó a tener el llamado "modelo socialista de desarrollo", impulsado por la URSS, Europa del Este, China, Vietnam y Cuba, entre otros países, en Asia y África, en los años de la descolonización, da cuenta de la mundialización de la Guerra Fría. Los debates historiográficos sobre el subdesarrollo y el desarrollo se entremezclan con un énfasis en el compromiso y la solidaridad de

⁵⁵ Jean Heffer y Michael Launay, *La Guerra Fría* (Madrid: Akal, 1992), pp. 156-166; y John Swift, *Atlas histórico de la Guerra Fría* (Madrid: Akal, 2008), pp. 44-50.

⁵⁶ Ronald E. Powaski, *La Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética. 1917-1991* (Barcelona: Crítica, 2011), pp. 125-170.

las juventudes en las causas del tercer mundo.⁵⁷ En amplias zonas del tercer mundo, sin excluir el África subsahariana o las guerrillas marxistas suramericanas, aquella lucha de vida o muerte era asumida por miles de jóvenes latinoamericanos, africanos y asiáticos como una epopeya socialista y nacionalista contra el capitalismo y el imperialismo.

Entre los años cincuenta y setenta del siglo xx, el horizonte ideológico del conflicto, estudiado por Patrick Iber, alcanzó su mayor densidad.⁵⁸ A los proyectos culturales de la CIA, como el Congreso por la Libertad de la Cultura, se enfrentaron las grandes iniciativas del bloque soviético, como el Congreso Mundial por la Paz. El campo intelectual mundial se vio zanjado en una dicotomía que no lograba trasplantarse plenamente en todos los contextos regionales y nacionales, pero que involucraba a buena parte de la élite letrada global.

A pesar de proyectar esa polarización tan rígidamente binaria, desde el punto de vista ideológico, la Guerra Fría supuso una serie de valores compartidos en el plano de la industrialización y el desarrollo científico y tecnológico. Es por ello que algunas instituciones internacionales como la ONU, la Unesco, la FAO y la OMS experimentaron un crecimiento importante en la segunda mitad del siglo xx. Al margen de las feroces lides del Pacto de Varsovia y la OTAN, o de la KGB y la CIA, llegó a haber competencia desleal, pero también colaboración poco conocida, en áreas de la ciencia, la cultura y el deporte.

En América Latina, la Guerra Fría avanzó por medio de una serie de revoluciones que escenificaron la pugna entre diversas iz-

⁵⁷ Véase, por ejemplo, Germán Albuquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos en la Guerra Fría* (Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2017); Ivette Lozoya López, *Intelectuales y Revolución. Científicos sociales latinoamericanos y el MIR chileno* (Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2020); Tanya Harmer, *Beatriz Allende, A Revolutionary Life in Cold War Latin America* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020), pp. 65-83.

⁵⁸ Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2015), pp. 1-18.

quierdas, incluida la comunista, y la gran movilización de las derechas católicas y anticomunistas. La Revolución boliviana de 1952, la guatemalteca que se inició con Juan José Arévalo en los cuarenta y desembocó en el golpe de Estado contra Jacobo Arbenz en 1954 y el triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959 marcaron tres momentos decisivos del desplazamiento de la Guerra Fría hacia la región. En los tres casos, el papel de Estados Unidos y la CIA, así como el de la Unión Soviética, los partidos comunistas y sus redes de inteligencia y proyección ideológica, fue central.⁵⁹

A diferencia de la Revolución boliviana, que recibió apoyo de Estados Unidos, la hostilización de las revoluciones guatemalteca y cubana desde Washington intensificó el avance de la lógica de la Guerra Fría. El alineamiento de Cuba con la URSS y el campo socialista entre 1961 y 1962, en medio del creciente conflicto con Estados Unidos, hizo del Caribe uno de los escenarios fundamentales del pulso mundial entre el Este y el Oeste. El gobierno de Fidel Castro jugó hábilmente sus cartas en aquella radicalización de lo que Eric Zolov ha llamado "espíritu de Bandung" y logró construir un régimen socialista con una gran capacidad de intervención en el tercer mundo a partir de los proyectos de la Conferencia Tricontinental y la creación de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL), en los sesenta, y de su liderazgo en el Movimiento de los No Alineados durante los setenta.⁶⁰

La crisis de los misiles, en el otoño de 1962, fue un acontecimiento crucial para la historia de la Revolución cubana, ya que a partir de entonces la isla caribeña oscilaría entre la inserción en el socialismo real de Europa del Este y la búsqueda de un socialismo más radical y autónomo, como el que defendía el Che Guevara. Pero aquella crisis también sería decisiva para la propia Guerra Fría

⁵⁹ Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina* (Madrid: Turner, 2021), pp. 11-25.

⁶⁰ Eric Zolov, *The Last Good Neighbor. Mexico in the Global Sixties* (Durham: Duke University Press, 2020), pp. 108-139; Anne Garland Mahler, *From the Tricontinental to the Global South* (Durham: Duke University Press, 2018), pp. 200-240.

global, toda vez que bajo el liderazgo de Nikita Krushev y, sobre todo, de Leonid Brezhnev, los soviéticos se propondrían evitar otra tensión nuclear como la del otoño de 1962 y avanzarían hacia el modelo de "coexistencia pacífica" o *détente*.

En América Latina, la *détente* de los setenta propició la disminución del respaldo de Cuba a las guerrillas latinoamericanas –que se vio muy circunscrito a la región de Centroamérica–, la aparición de breves gobiernos de izquierda como los de Salvador Allende en Chile, Juan Velasco Alvarado en Perú y Juan José Torres en Bolivia, y la entronización de múltiples dictaduras militares de derecha.⁶¹ El último frente de la Guerra Fría latinoamericana fue, en buena medida, Centroamérica, donde se produjo un alud de guerras intestinas provocadas por el levantamiento de la contra antisandinista en Nicaragua, respaldada por el gobierno de Ronald Reagan, y el respaldo de Washington a los regímenes contrainsurgentes de El Salvador y Guatemala.⁶²

Es en el contexto de aquella dinamización política del tercer mundo, como consecuencia de los procesos de descolonización, que puede advertirse la emergencia de una Nueva Izquierda en América Latina. Sea a través de la conexión directa con las guerrillas marxistas o de un involucramiento en los proyectos de integración y solidaridad con los movimientos de liberación nacional, en Asia y África, la Nueva Izquierda introdujo en la región latinoamericana y caribeña un nuevo repertorio de los valores y símbolos que iban desde la contracultura hasta el posestructuralismo francés, crítico del marxismo soviético.⁶³

⁶¹ Rafael Pedemonte, "Una historiografía en deuda: las relaciones entre el continente latinoamericano y la Unión Soviética en la Guerra Fría", *Historia Crítica* 55, Bogotá (enero-marzo 2015), pp. 132-254.

⁶² Gilles Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas en América Central* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2008), pp. 31-36; Gerardo Sánchez Nateras, *La última revolución. La insurrección sandinista y la Guerra Fría interamericana* (Ciudad de México: SRE, 2022), pp. 35-82

⁶³ "La Nueva Izquierda en la historia reciente de América Latina. Un diálogo con Erik Zolov, María Cristina Tortti, Elisa Servín, Aldo Marchesi y Rafael Roias", *Escripta* 2:4 (2021), pp. 292-323.

Las interpretaciones sobre la Nueva Izquierda han adoptado rutas novedosas en la nueva historiografía sobre la Guerra Fría. Estudios de fines del siglo xx, como los de Jorge Castañeda para América Latina, o de Van Goose y William O'Neil para Estados Unidos, enmarcaban el contexto en un distanciamiento o ruptura con el comunismo soviético.⁶⁴ La historiografía citada y la que, desde Estados Unidos o Europa, enfoca los nexos con América Latina en la Guerra Fría, desde la perspectiva de la radicalización de una izquierda descolonizadora y tercermundista (Kepa Artaraz, Todd F. Tietchen, Aldo Marchesi...), maneja con mayor flexibilidad el vínculo con la URSS y se detiene en las diversas variantes de rebeldía y revolución que convergieron entre los años sesenta y setenta.⁶⁵

A la par de esta renovación de los estudios sobre la Nueva Izquierda, crece la producción académica sobre las dinámicas de integración del Sur Global durante la Guerra Fría. Los estudios de Joseph Parrott, Atwood Lawrence, Stites Mor y Kerry Bystrom desplazan las tensiones Este-Oeste al conflicto entre el Norte y el Sur y describen procesos transnacionales de radicalización de las izquierdas y de colaboración y alianzas por una globalidad alternativa.⁶⁶

⁶⁴ Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina* (Ciudad de México: Joaquín Mortiz, 1993); William O'Neil, *The New Left. A History* (Wheeling: Harlan Davidson, 2001); Van Goose, *Rethinking the New Left: An Interpretative History* (London: Palgrave, 2006).

⁶⁵ Kepa Artaraz, *Cuba and Western Intellectuals since 1959* (New York: Palgrave, 2009), pp. 7-13; Rafael Rojas, *Fighting Over Fidel. The New York Intellectuals and the Cuban Revolution* (Princeton: Princeton University Press, 2016), pp. 13-28; Aldo Marchesi, *Latin America's Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global Sixties* (New York: Cambridge University Press, 2018), pp. 1-22.

⁶⁶ Kerry Bystrom y Joseph R. Slaughter. (eds.), *The Global South Atlantic* (Fordham: Fordham University Press, 2017), pp. 7-14; Kerry Bystrom, Monica Popescu y Katherine Zien (eds.), *The Cultural Cold War and the Global South* (New York: Routledge, 2021), pp. 8-13; R. Joseph Parrott y Mark Atwood Lawrence (eds.), *The Tricontinental Revolution. Third World Radicalism and the Cold War* (New York: Cambridge University Press, 2022), pp. 1-40; Jessica Stites Mor, *South-South Solidarity and the Latin American Left* (Madison: The University of Wisconsin Press, 2022), pp. 51-98.

Estos trabajos señalan un ciclo ascendente de radicalismo internacional, con causas como la paz en Vietnam, la independencia de Palestina y la erradicación del *apartheid* en Sudáfrica, que comenzaría a decaer al final de la Guerra Fría.

Desde los años setenta, mientras avanzaba la soviétización del socialismo cubano, China, una potencia que había jugado un importante papel en la descolonización de los años cincuenta y sesenta, buscó el entendimiento con Estados Unidos. Con la estrategia liberalizadora de Deng Xiaoping, a partir de 1978, China se adelantó al proceso de reformas que se iniciaría a mediados de la década de los ochenta en la Unión Soviética y Europa del Este. Los años previos a la caída del Muro de Berlín en 1989 estuvieron caracterizados por un avance de la lógica del mercado en todas las economías del viejo socialismo real.

Un flanco de la reciente producción historiográfica ha explorado el impacto de la *perestroika* y la *glásnost* encabezadas por Mijaíl Gorbachov en América Latina.⁶⁷ En la Unión Soviética esos fenómenos tuvieron un claro componente liberalizador en la economía, pero también un inédito llamado a dotar de transparencia la vida pública en Europa del Este. Para la opinión pública se trató de una apertura que hizo posible el cuestionamiento de la burocracia, las denuncias de corrupción y un revisionismo histórico que permitió reivindicar disidentes estigmatizados y reconstruir procesos de represión como el gulag, los crímenes de Stalin o las invasiones de Hungría en 1956 o Checoslovaquia en 1968.

Las aperturas aceleraron las crisis económicas, políticas y sociales que sufrían aquellos regímenes desde principios de los años ochenta. En algunos países como Polonia, Checoslovaquia y Hungría hubo importantes procesos de insurgencia doméstica como el movimiento Solidaridad, Carta 77 o los sindicatos reformistas

⁶⁷ Véase, por ejemplo, VV.AA., *La perestroika y América Latina* (Caracas: Fundación Simón Bolívar, 1989); Jorge G. Castañeda, *La utopía desarrollada* (Ciudad de México: Joaquín Mortiz, 1993); Ugo Pipitone, *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina* (Ciudad México: CIDE/Taurus, 2015); Jorge G. Castañeda y Marco A. Morales, *Lo que queda de la izquierda* (Ciudad de México: Taurus, 2017).

húngaros. El respaldo a Gorbachov desde Occidente, que unió a líderes de la derecha neoliberal, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, con socialistas como Felipe González, François Mitterand y Willy Brandt, más el papa Juan Pablo II, precipitó el colapso del socialismo real.

En América Latina, la izquierda experimentó un proceso de cambio profundo, que la llevaría, en pocos años, a reemplazar el paradigma de la revolución por el de la transición. Si bien la nueva historiografía académica sobre la Guerra Fría latinoamericana da cuenta de una importante renovación de los estudios sobre las revoluciones y guerrillas entre los años cincuenta y setenta (Carnovale, Marchesi, Palieraki, Markarian...), que ya comienza a documentar aquellos procesos en Centroamérica, con investigaciones como las de Arturo Taracena, Gerardo Sánchez Nateras o Juan Carlos Vázquez Medeles, no se observa un interés equivalente en los procesos de transición democrática que avanzaron desde fines de la década del setenta.⁶⁸

Los estudios sobre las transiciones democráticas desde diversos regímenes autoritarios en la América Latina de la Guerra Fría estuvieron liderados, desde fines del siglo xx, por los politólogos. Las antologías clásicas de Guillermo O'Donnell, Philip Schmitter y Lawrence Whitehead, en 1986, y de Juan Linz y Alfred Stepan, en 1996, marcaron poderosamente el campo de los estudios latinoamericanos por varias décadas.⁶⁹ En años recientes, historiadoras e historiadores han comenzado a propiciar lecturas críticas de aquellos procesos, que los italianos Massimo De Giuseppe y Gianni La

⁶⁸ Juan Carlos Vázquez Medeles, *Militantes clandestinos. Historia del Partido Guatemalteco del Trabajo-Partido Comunista (PGT-PC)* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2019); Arturo Taracena Arriola, *Yon Sosa. Historia del MR13 en Guatemala y México* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2022).

⁶⁹ Guillermo O'Donnell, Philip Schmitter y Lawrence Whitehead, *Transitions from Authoritarian Rule* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986); Juan Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transitions and Consolidation* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996).

Bella llaman “democratizaciones difíciles”, desde múltiples perspectivas: cultural, social, jurídica o política.⁷⁰

Uno de los temas recurrentes en la historiografía crítica sobre las transiciones democráticas en América Latina y el Caribe es el carácter inconcluso de los procesos de memoria, justicia y verdad, estudiado recientemente en un volumen compilado por Cristiano Paixao y Massimo Meccarelli.⁷¹ Otros estudios contemporáneos empiezan a documentar los límites de los pactos políticos de las transiciones democráticas, en términos de costos sociales del giro neoliberal y rebrotes autoritarios. Un estudio pionero de esa perspectiva revisionista de las transiciones fue el de la politóloga Susan Stokes, *Mandates and Democracy* (2001), al que habría que sumar las nuevas historias del neoliberalismo que ya se escriben en diversos países de la región.⁷²

CONCLUSIÓN

El corpus historiográfico sobre Guerra Fría en América Latina se encuentra en pleno desarrollo en los últimos años. En ese corpus confluyen diversos campos de la historiografía académica, donde destacadamente se inscribe la historia político-intelectual. Los intelectuales y las izquierdas aparecen como actores protagónicos de una transformación social que en pocas décadas pasó de diver-

⁷⁰ Massimo De Giuseppe y Gianni La Bella, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Turner, 2022), pp. 331-349. Véase, por ejemplo, Marina Franco, *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018); y Carmen González Martínez (ed.), *Transiciones políticas contemporáneas. Singularidades nacionales de un fenómeno global* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2018).

⁷¹ Cristiano Paixao y Massimo Meccarelli, *Comparing Transitions to Democracy. Law and Justice in South America and Europe* (Cham: Springer, 2021).

⁷² Susan Stokes, *Mandates and Democracy. Neoliberalism by Surprise in Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001); Fernando Escalante Gonzalbo, *Historia mínima del neoliberalismo* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2015).

sas modalidades del cambio revolucionario a una ruta más convergente –al menos desde el punto de vista constitucional– de transiciones pacíficas y pactadas a la democracia. Tradicionalmente, la Guerra Fría se asocia únicamente a las guerrillas y las dictaduras, pero no es menos cierto que la mayoría de los tránsitos democráticos, en la región, arrancaron antes de la caída del Muro de Berlín en 1989.

Es por ello que el recorrido aquí descrito traza un arco zigzagueante de complejas implicaciones geopolíticas. Comienza con el debate entre los dos grandes referentes de la tradición revolucionaria latinoamericana del siglo xx, el mexicano y el cubano, se ramifica en el espectro de opciones de la izquierda entre los años sesenta y setenta y desemboca en las transiciones de los ochenta y noventa. Así como el periodo de las revoluciones, las guerrillas y las dictaduras coincide con el ascenso de los debates sobre el compromiso del intelectual y la recepción del marxismo, ya sea en su variante soviética u occidental, el de las transiciones está indisolublemente ligado a la difusión del neoliberalismo a fines del siglo xx. La historiografía apenas comienza a testificar esa nueva mutación del latinoamericanismo que, sin duda, también forma parte de la historia de la Guerra Fría en América Latina y el Caribe.

